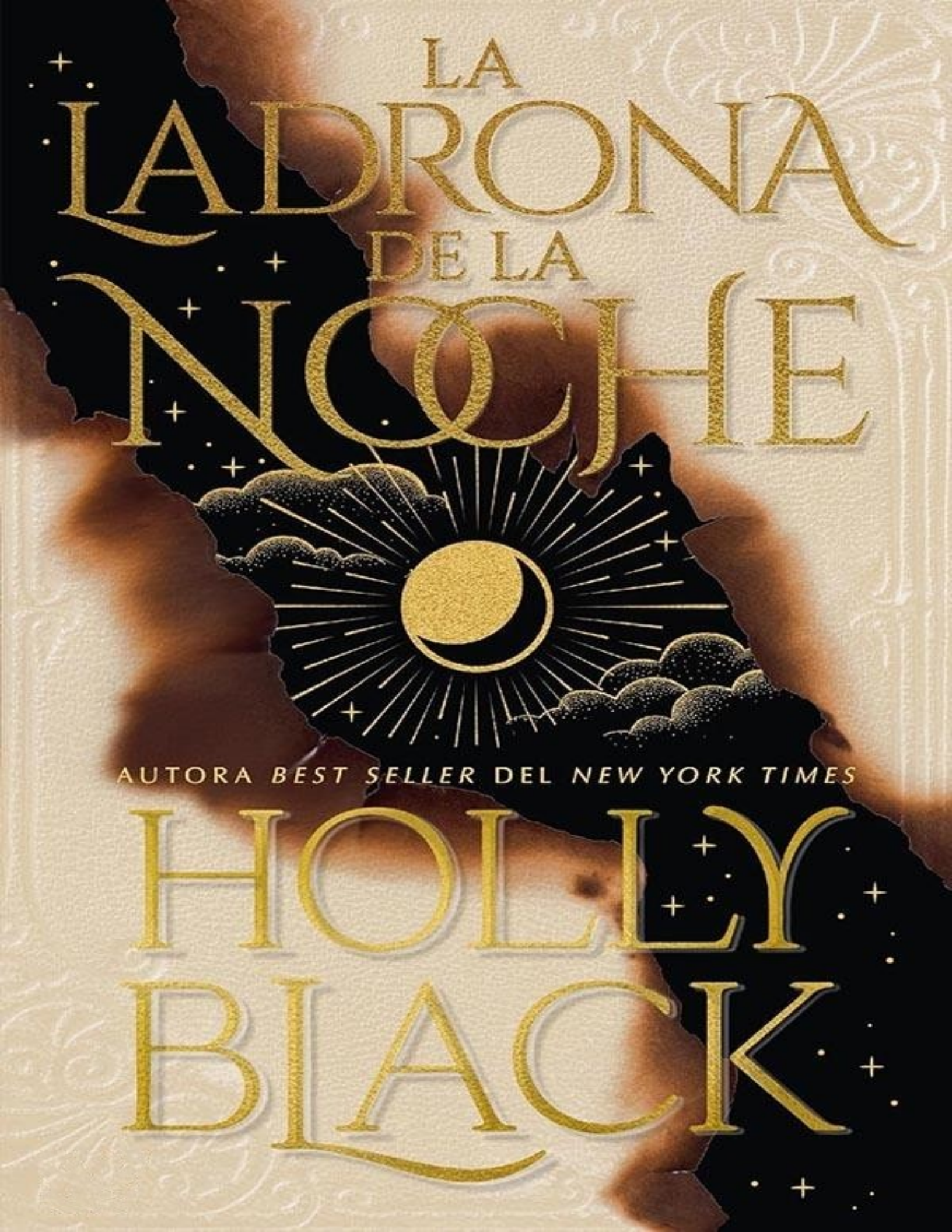
LA LADRONA DE LA NOCHE



AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

HOLLY BLACK

Charlie Hall era una ladrona y timadora experta… hasta que su último golpe casi le cuesta la vida. En lugar de huir, entregó su libertad a la Cábala, la implacable camarilla de umbristas de élite que había encerrado al novio de Charlie, una poderosa sombra llamada Vince. Ahora, Charlie, como nueva Hierofante de la Cábala, persigue a las sombras rebeldes en su nombre; no por lealtad hacia ellos, sino para impedir que Vince vuelva a caer en sus manos.

O, al menos, lo que queda de él.

El vínculo que los une borró todos los recuerdos que Vince tenía de ella; en su lugar, solo quedó Red, un peligroso Estrago con el rostro de Vince. Frío, despiadado e irascible, Red no confía en Charlie ni siente nada por ella, así que cuando esta se ve obligada a trabajar para el miembro más manipulador de la Cábala, el nuevo líder de los titiriteros, está sola.

Charlie no es investigadora, tan solo es una ladrona sobrepasada por la situación, a la que envían en busca del Estrago responsable de la brutal masacre en una iglesia. Y lo que es peor: su propia sombra planea traicionarla. Vulnerable, desconsolada y en clara desventaja mágica, Charlie tiene una última oportunidad de salvarse, pero el precio podría ser la única persona que jamás pensó que estaría dispuesta a perder.

Holly Black

La ladrona de la noche

Título original: *Thief of Night*
Holly Black, 2025
Traducción: Carlos Loscertales Martínez

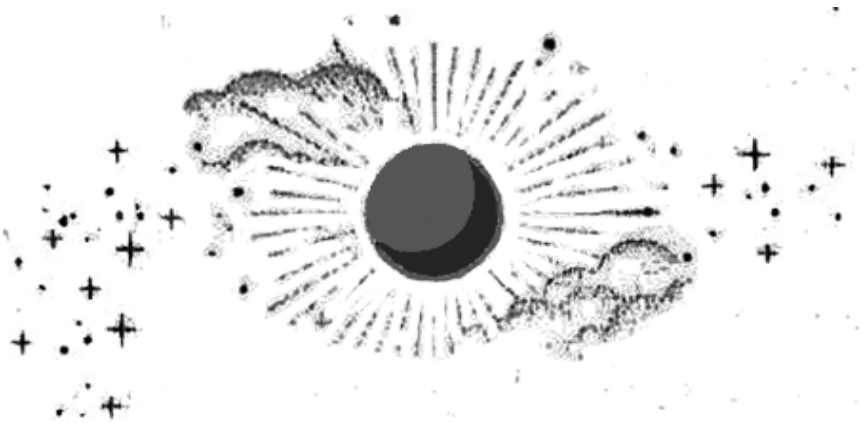
LA LADRONA DE LA NOCHE



HOLLY BLACK

Traducción de Carlos Loscertales Martínez

Para todos los que celebran Fin de Año sin más
compañía que su propia sombra.



PRÓLOGO

A partir de cierta hora, la casa quedaba en silencio. Nadie fumaba puros en la biblioteca. Nadie chillaba en el sótano.

Noche tras noche, la sombra atravesaba flotando las paredes de la mansión de Salt. Salía de donde dormía Remy, cuyos dientes rechinaban como piedras de molino. Pasaba frente al dormitorio de Adeline, que se tapaba la cara con las almohadas para asfixiarse hasta quedarse dormida.

Se sentaba en el patio de piedra y allí intentaba sentir el frío. Repetía para sus adentros las cosas que sabía. *El río más largo del mundo es el Nilo. El río más caudaloso del mundo es el Amazonas. Dos por dos son cuatro. Infinito menos uno sigue siendo infinito*. Después, a veces entraba en la sala de estar y hojeaba los cómics de Remy. Las historias eran buenos escondites, pero no podía dejar de buscarse a sí mismo en ellas. ¿Él era Batman? ¿El Joker? ¿Cómo se llamaba?

Remy no. Remy seguía dormido.

Red. «Rojo».

Rojo como la sangre.

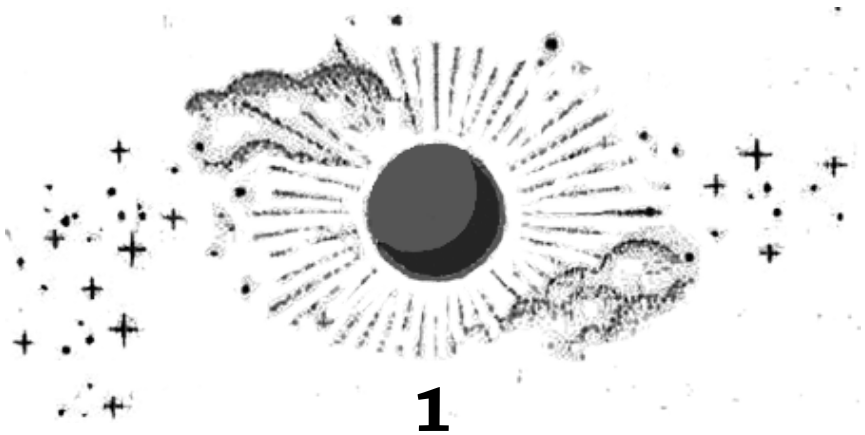
Una frase de *Blancanieves*. En esa época, alguien le leía cuentos. Casi se acordaba de ella (el pelo gris, las gafas con montura ajedrezada), pero no tenía todas las piezas.

No, él no era Remy. Era la sombra de Remy *El monstruo de Remy*. Una criatura hecha de retales que se mantenían unidos con esputo, nervio y rencor.

Pasó así noche tras noche, hasta que una vez entró en la biblioteca y encontró a la chica tumbada en un charco de su propio vómito. No era muy tarde; todavía se oían los gritos del sótano y el olor de los puros impregnaba el aire.

No me mires, le había dicho a la chica.

Pero una parte de él quería que se diera la vuelta.



1

LA HIEROFANTE

Casi todas las antiguas fábricas de Easthampton, abandonadas desde hacía mucho, estaban siendo resucitadas poco a poco por las constructoras. De sus cascarones resecos brotaban apartamentos y oficinas, academias circenses, jardines cerveceros hidropónicos, almacenes de *merchandising* de webcómics, tiendas de cannabis y salas de exposición de encimeras de cemento artesanales. Pero unas pocas seguían intactas: esqueletos de ladrillo que se alzaban sobre los árboles y el río, con las entrañas oscuras y rebosantes de clavos oxidados y basura.

No era la clase de lugar por el que a Charlie Hall le apeteciera abrirse paso mientras buscaba a un Estrago peligroso, armada solo con un cuchillo, una linterna y mucho rencor.

Ella era una embustera y una timadora. No una luchadora.

Pero desde que había engatusado a los de la Cábala para que la nombraran Hierofante, era responsabilidad de Charlie localizar y despachar a las sombras desuncidas, y se había avistado una cerca de las fábricas. Las sombras solo alcanzaban la consciencia si el

umbrista al que estaban uncidas se lo permitía. Y únicamente las sombras con consciencia independiente sobrevivían a la muerte de su umbrista. Sin embargo, aquellas que lo conseguían se transformaban en Estragos, repletos de energía mortal y mala leche. En general, eso significaba que mataban gente, bebían sangre y daban mala imagen a la magia de sombras.

Darles caza era un curro de mierda. En opinión de Charlie, su única ventaja en ese momento era que esa noche brillaba la luna, alta y redonda, e iluminaba las salas sucias y escalofriantes que iba atravesando.

Por supuesto, eso también implicaba que había sombras por todas partes.

Y al menos una de esas sombras estaba viva y hambrienta.

Su aliento se condensaba en el aire. Lo único que se oía en aquella sala era un goteo constante cerca de la ventana y sus propias pisadas.

Mientras caminaba, algo que había en el suelo le llamó la atención y dirigió hacia allí el haz de luz de la linterna. Eran unos huesecillos pequeños y delicados. Retrocedió un paso apresuradamente. Una rata muerta, dedujo por la forma de la mandíbula y los jirones de pelaje gris que le quedaban.

O, más bien, ratas muertas, en plural. Al empujar los restos con la punta de la bota, aparecieron más huesos. Muchos más.

Por instinto, Charlie se acercó a la ventana abierta y a la luz de la luna. Una gota cayó del techo y le salpicó la manga del abrigo. Otra, oscura y densa, le cayó en la mano. Durante un instante la embargó la incomprensión, a pesar de que ya había visto algo así anteriormente, y en abundancia. No era una fuga de aceite ni condensación de alguna cañería vieja. Era sangre.

La luz de la linterna parpadeó sobre las paredes mientras la espalda de Charlie chocaba con el borde de ladrillo de una ventana sin cristal. El pánico le dejó todo el cuerpo inmóvil y rígido.

Tenía que largarse de allí. Marcharse y decirle a la Cábala que había inspeccionado el edificio entero sin encontrar nada. Su

verdadero talento eran los embustes; debería mentir.

Pero ¿quién detendrá a este Estrago si no lo haces tú, Charlie Hall?

Inspiró hondo y se obligó a caminar hacia las escaleras, palpando cada tablón con el pie antes de avanzar. Una vez allí, echó una mirada a su propia sombra, a la delgada madeja de oscuridad que la unía a un Estrago más aterrador incluso que aquel al que ahora daba caza. Red.

Red no, se dijo. *Vince*. Vince, que la había querido. Vince, que le había mentido. Vince, que se había hecho pasar por un novio normal (con secretos, sí, pero secretos normales, como quien tiene un fetiche repulsivo, no como quien oculta que en realidad es la sombra de un muerto y que solo se mantiene viva gracias a la magia de sangre).

Vince, que ya no recordaba a Charlie desde que los habían uncido.

Y, si bien Charlie podía invocarlo mediante su vínculo, no creía poder controlarlo si se enfrentaba a ella. Aunque no tenía intención de controlarlo.

Charlie le había prometido que no sería una herramienta en sus manos, como lo había sido en las de Salt. Pero Vince no la creía. Y por eso le había dejado muy claro que no pensaba ayudarla a menos que Charlie lo obligara.

Lo cual quería decir que Charlie estaba sola. Otra vez. Típico de Charlie Hall, capaz de rebanarse la garganta con tal de incordiar al cuchillo.

La confianza se gana, se recordó. Igual que el dinero, el amor, la bondad y la amistad. Y si la mayoría de las veces no se ganaba honradamente, bueno, mejor para ella. Charlie era tramposa por naturaleza. Solo tenía que encontrar la trampa adecuada para que Vince se fiara de ella antes de que descubriera cómo utilizar su inmenso poder contra Charlie.

Con ese incómodo pensamiento en mente, agarró el cuchillo de piedra con más fuerza y se obligó a subir las escaleras, en lugar de

echar a correr para escapar de aquel edificio.

La tercera planta estaba tan llena de mugre y basura como la segunda. Charlie pasó frente a unos armarios cubiertos por una capa tan densa de polvo y suciedad que le fue imposible saber de qué color eran. Más adelante, a lo largo de una pared, los tablones del suelo habían cedido y en su lugar había un gran agujero. Charlie se aproximó con cautela. Al asomarse por el borde, esperaba ser capaz de ver hasta el sótano, pero no había más que oscuridad.

Cuando entró en la siguiente estancia, vio a un hombre hecho un guiñapo en el suelo, vestido con un abrigo sucio y tumbado en un saco de dormir más sucio todavía. Al acercarse, se fijó en que el saco tenía unas manchas oscuras de sangre. Charlie se inclinó, pero el fulgor de la linterna no parecía molestarlo. Su pecho no subía ni bajaba. Su aliento no se condensaba en el aire.

El muerto vestía una cazadora de camuflaje y unas botas de trabajo sucísimas. A sus pies había una bolsa de la compra con mi pack de seis cervezas Schlitz casi intacto y un sándwich a medio comer. Seguramente se había colado en el edificio para pasar la noche y había descubierto que ya había algo dentro.

El olor característico de la cerveza derramada se mezclaba de manera desagradable con un tufo a carnicería. Sin embargo, no olía a descomposición. La sangre ni siquiera había podido coagularse todavía. Había muerto hacía muy poco tiempo; tal vez Charlie hubiera interrumpido al Estrago mientras se alimentaba.

Andaría cerca. Quizá siguiera en aquella estancia.

—¿Vince? —dijo Charlie en voz baja, susurrando, pero no hubo respuesta. Notaba el delgado hilo de su conexión con él, pero nada más.

A su espalda, un roce en los tablones del suelo la hizo girarse, extender su daga de obsidiana y acompañarla con la linterna.

El haz iluminó a una rata; la luz se reflejaba en sus ojos. Parecía tan sorprendida como Charlie.

—Deberías irte de aquí —le dijo, pensando en todos los huesos de rata que había visto en la planta inferior.

El roedor olisqueó el aire sin dejar de observarla. Meneó los bigotes.

—Ya lo sé. Yo también debería irme —continuó Charlie como si tal cosa—. Pero tengo la tradición de tomar solo malas decisiones.

La rata soltó un chillido de sorpresa antes de escabullirse hacia el laberinto de basura. Charlie apenas tuvo tiempo para darse la vuelta antes de que el Estrago se le echara encima, bañándola en una profunda oscuridad.

Todo su cuerpo se quedó frío mientras la criatura intentaba abrirse paso por su garganta. Introducirse en su pecho. Charlie se atragantó; los pequeños discos de ónice que llevaba colgados del cuello y las muñecas eran lo único que impedía que la sombra la asfixiara inmediatamente.

Charlie golpeó a ciegas con su cuchillo, sin la menor técnica. Por suerte, la hoja lo alcanzó y golpeó algo sólido. Sin saber en absoluto si le estaba causando algún daño a la criatura, Charlie volvió a apuñalarla, como un animal acorralado que luchaba únicamente porque la huida era imposible.

El Estrago se deslizó por el suelo para alejarse y se volvió sólido delante de Charlie; lo único que se veía era una oscuridad más profunda, un agujero abierto en el tejido del mundo. La boca se abrió como un desgarro y luego se abrió todavía más.

Debería haber traído mucho más ónice.

Debería haber hecho caso a todas las personas que le habían dicho que era una idiota y que iba a acabar muerta.

No debería haberle hecho esa promesa a Red.

Charlie se dio la vuelta y echó a correr. Ya se había enfrentado a Estragos pequeños, pero esos eran ridículos al lado de este otro, repleto de sangre fresca y poder puro. No tenía ni idea de cómo luchar contra aquel monstruo hecho de oscuridad… y a oscuras, además.

Apenas logró dar unos pocos pasos antes de que el Estrago le cayera sobre la espalda. Se tambaleó bajo su peso imposible y unas garras de sombra se le hundieron en el hombro.

Charlie se echó hacia un lado para intentar estampar a la criatura contra la pared y quitársela de encima. En vez de eso, la sombra se disipó tan deprisa que lo único que consiguió Charlie fue darse un buen golpe en el hombro con la pared de ladrillo.

El Estrago volvió a cobrar forma, esta vez la de un hombre flaco y demasiado alto que le cortaba el paso y alargaba hacia ella sus dedos monstruosos.

Charlie saltó hacia un lado y consiguió esquivar su mano por muy poco. Respiraba con dificultad. Tenía la garganta tan áspera como el papel de lija.

Cuando la sombra se abalanzó sobre ella una vez más, Charlie se deslizó por debajo del brazo de la criatura y le hundió la daga de ónice en el vientre antes de girar para apartarse. El Estrago se estremeció, como si intentara alterar su forma otra vez, pero la daga de ónice que tenía clavada lo obligaba a mantenerse sólido, incapaz de cambiar.

Charlie retrocedió jadeando, sin aliento y casi sin ideas.

Red. Trató de llamarlo mentalmente, aunque no estaba segura de que pudiera oírla. ¡Ayúdame! No te obligo, pero…, por favor.

El Estrago avanzó hacia ella; la daga que le asomaba del costado apenas lo ralentizaba.

Charlie ya no tenía más armas de ónice. En su lugar soltó la linterna, cuyo haz empezó a girar vertiginosamente en el suelo, y agarró un tablón de madera astillado.

La sombra alargada casi la había alcanzado de nuevo cuando Charlie deslizó el pulgar por la rueda de su mechero. Vieja, medio podrida y empapada en alguna sustancia oleosa, la madera se prendió enseguida.

El Estrago dejó de acercarse en cuanto vio el fuego.

Las llamas fueron lamiendo el tablón, en dirección a la mano de Charlie. Lo que había provocado que la madera se prendiera tan fácilmente también la hacía arder demasiado rápido. Notó que el calor le rozaba los dedos hasta que se los chamuscó.

Con un grito desesperado, Charlie le arrojó el tablón al Estrago.

El monstruo de sombra se prendió fuego como una enorme antorcha en la noche. Dejó escapar un aullido inhumano, a medio camino entre el ululato de un búho y el llanto de un bebé, y Charlie retrocedió a trompicones. Las llamas lamieron el techo antes de consumirse como el papel inflamable instantáneo. Tras un fogonazo tan intenso que hacía daño a la vista, desapareció.

Charlie notó que le dolían los dedos; se los llevó a la boca mientras pisoteaba las brasas. Se fijó en una sustancia aceitosa, más oscura que la carbonilla. Eran los restos de la sombra.

Entonces otra sombra se dejó caer desde la ventana sin cristal y aterrizó con agilidad, como un gato. Charlie chilló.

Pero cuando lo distinguió, vio que era Red.

Red.

Charlie quería pensar que era Vince, pero no podía.

Alto y ancho de hombros, con cabellos de bronce y los ojos como dos cráteres humeantes.

Buen trabajo. El eco de esas palabras reverberó en la mente de Charlie.

—Pues no gracias a ti —dijo ella en voz alta; no quería que se diera cuenta de lo alterada que estaba. Aun así, no pudo evitar apoyar las manos en los muslos e inclinarse para respirar hondo varias veces, y luego varias veces más.

—He acudido cuando me has llamado. Si me necesitabas, haberme llamado antes. —Charlie percibió el susurro de las emociones de Red, tan intensas y penetrantes que se filtraban a través de su vínculo—. Puedes obligarme a hacer lo que tú quieras, Charlie.

Las cenizas humeaban a sus pies y todavía le escocían los dedos por el fuego. Charlie se agachó y sacó el cuchillo de entre los restos. Lo utilizó para raspar un poco de la sustancia oscura que debía llevarle a la Cábala para reclamar la recompensa.

—Has tardado mucho.

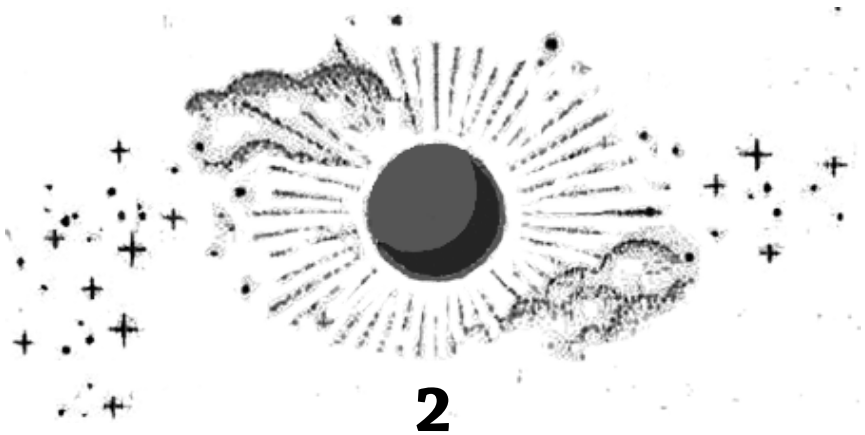
Él se limitó a observarla con aquellos ojos aterradores.

Charlie metió las manos en los bolsillos y echó a andar de nuevo para salir del edificio y regresar a la furgoneta blanca que conducía ahora. Procuró ignorar el hombro dolorido, los dedos quemados y el dolor de cabeza. Ignorar que Red no la seguía. Convencerse de que la cacería había sido un éxito.

Ella era la Hierofante. Se había librado de un Estrago peligroso y ahora estaba un paso más cerca de saldar su deuda con los cabalistas.

Tres oscuras manzanas después, Red le dio alcance. Sus ojos parecían más humanos; ya no estaban vacíos ni humeantes. Charlie pensó en el cadáver de la tercera planta, cuya sangre aún estaba húmeda cuando lo había visto, cuya piel quizá incluso estuviera caliente todavía.

Se preguntó si ahora le quedaría algo de sangre dentro.



2

DIENTES APRETADOS

Al reclinarse en el asiento de la furgoneta, Charlie notó una humedad pegajosa en la camiseta, debajo del abrigo. Sangre, de cuando la sombra le había clavado las garras en la espalda. Al ser consciente de la hemorragia, el dolor reprimido por la adrenalina se desbordó y ocupó el lugar de la sensación fría y extraña que había tenido hasta ahora.

Charlie apretó los dientes y agarró el volante con fuerza; ojalá estuviera sola. Ojalá Red no estuviera con ella, siendo testigo de cada momento de debilidad.

Ojalá pudiera estar sola al menos dentro de su cabeza, sin tener que preocuparse de que él percibiera el filo de sus emociones, o incluso más que eso.

Charlie llevaba toda su vida siendo capaz de esconderse. Era mucho más sencillo parecer dura cuando nadie la veía pasarse el día entero tirada en la cama, demasiado deprimida para darse una ducha. Dejar que la gente pensara que estaba de juerga cuando no

se presentaba en el trabajo, en lugar de confesar que no tenía ánimos ni para levantarse del sofá.

Y era mucho más sencillo romper a sollozar histéricamente cuando no había testigos delante, por no hablar de un ex-Estrago aterrador. Charlie supuso que en realidad siempre había estado acompañada por su propia sombra, aunque nunca hubiera pensado demasiado en ella. Ahora su sombra estaba con Posey y ella solo podía pensar en Red.

—Deja que te vea el hombro —dijo este con su voz de humo.

Charlie se había esforzado mucho por fingir que era una persona normal, buena, por Vince. Le había ocultado su peor versión y lo había conseguido. Más o menos. Pero a Red era imposible esconderle nada.

Charlie se bajó el abrigo con cuidado, se inclinó hacia delante y apoyó la frente y las manos en el volante. Sus músculos, doloridos por el golpetazo contra la pared de ladrillo, ya se estaban agarrotando.

Los dedos de Red le levantaron la camiseta con delicadeza.

—La herida es grande —dijo mientras le tocaba la piel con las manos cálidas—. Seguramente necesite puntos.

Ni de coña pensaba ir a un hospital para que le hicieran preguntas sobre aquel enorme mordisco humano.

—Nada de puntos. —Se pasaría por una farmacia de camino a casa y compraría pomada antibiótica y unas suturas cutáneas o algo así. Con eso bastaría—. Supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro para que tú… ya sabes.

—¿Para que beba tu sangre? —dijo su voz suave y profunda. Charlie se alegró de darle la espalda para no tener que mirarlo a la cara mientras hablaban del tema—. Puedo esperar.

El procedimiento de alimentar a su propia sombra no había sido tan raro, aunque sí peculiar. Charlie se había sentido en parte como si amamantara a un bebé y en parte como una bruja, con un familiar satánico enganchado a su tercer pezón mágico.

En cambio, con Red era más bien como dejar que un tigre le lamiera un corte en el dedo y confiar en que no se aficionara al sabor.

Sin embargo, ella sabía que alimentar a una sombra era muy importante para la conexión. No era simple sangre. Era un vínculo más fuerte, más prieto. Y cuanto más unidos estuvieran, irónicamente, más libertad tendría Red.

—Hazlo de una vez —dijo Charlie con voz quebradiza mientras se giraba—. A menos que ya estés lleno.

Él le echó una mirada inescrutable.

Charlie notó que la lengua de Red recorría el borde del corte de su espalda. Le dolió (solo un poco) e hizo que se le erizara el vello de los brazos. Una punzada de deseo la golpeó como una descarga eléctrica.

Lo siguiente que notó fue la presión de su boca; todos sus sentidos se volcaron en ese punto de contacto. El mundo se redujo a los labios de Red en su piel, en una lengua que era como vapor. Charlie se estremeció y apretó los dientes para resistir la sensación.

Cuando Red retrocedió, Charlie estaba mareada. Cerró los ojos un buen rato mientras intentaba ordenar sus ideas. Creía que alimentar a Red la distraería del dolor, pero ahora tenía que concentrarse en el martilleo de la cabeza para no sentir el ansia entre los muslos.

Furgoneta. Conducir. Farmacia. Casa.

Follar.

—Si ya has acabado… —dijo Charlie con un carraspeo. Temblaba; esperaba que fuera por el frío.

—Solo puedo tomar lo que tú me permitas —le recordó Red, ahora con voz tensa.

Red odiaba estar atado a Charlie. Tal vez la odiara a ella, punto. Red no recordaba haber accedido a trabajar para los cabalistas. No tenía motivos para creer que Charlie solo se había unido a él para ahorrarle problemas peores. Él solamente recordaba a Salt, a Remy, la sangre… y luego nada.

Para Red, Charlie Hall no era más que una desconocida a la que estaba uncido. Una desconocida que podía obligarlo a cometer atrocidades. Pues claro que le guardaba rencor. Sencillamente, Charlie no sabía qué hacer al respecto.

Giró la llave y la furgoneta cobró vida con un ronroneo. Era la furgoneta de Vince, llena de aerosoles y bolsas de plástico para su trabajo en negro limpiando escenarios de crímenes. Charlie Recordó a Vince empujándola contra la puerta del conductor, metiéndole mano por debajo de la falda, presionándole el cuello con la nariz.

Procuró concentrarse en cualquier otra cosa mientras conducía hasta el Walgreens más cercano. Una vez dentro, ignoró la mirada de alarma del adolescente melenudo que despachaba y se puso a llenar una cesta con esparadrapo, gasas, toallitas desinfectantes, agua oxigenada, pegamento instantáneo y regalices negros.

Faltaban pocas semanas para Navidad, así que las estanterías estaban rebosantes de abetos diminutos, renos de peluche y cajas de regalo con salsa picante, bombas de baño de menta y colonias baratas, todo ello para captar a los desesperados compradores de última hora. En un estante, un coro de televisores analizaba la «Masacre de la secta de Hatfield», que llevaba veinticuatro horas dominando los telediarios. A Charlie no le gustaba oír esa noticia. Su madre se había casado con su segundo marido en la misma iglesia en la que se habían hallado los cadáveres. Charlie y su hermana habían observado junto a un banco, con sus bonitos vestidos y sendos ramilletes de flores de carrota medio marchitas en las manos sudorosas. Aunque ellas nunca habían bajado al sótano, donde se habían producido los asesinatos, le seguía pareciendo un lugar demasiado familiar. El macabro reportaje que se oía de fondo hacía que aquellos extraños Papás Noel con pinta de duende le parecieran aún más siniestros mientras recorría los pasillos. Desde los estantes, los elfos la miraban con malicia. Un muñeco de nieve luminoso le cortaba el paso.

Charlie no estaba preparada para otro día de fiesta. Ya había tenido bastante con Acción de Gracias. Su madre, cómo no, le había

preguntado por Vince y por… en fin, por todo lo que aparecía en los periódicos. Remy. Salt.

—Si era tan rico, deberíais haberle cobrado alquiler —había dicho Bob, su padrastro, mientras cenaban el pavo del Stop & Shop, recalentado en el horno de la habitación de hotel para estancias de larga duración de su madre.

Para ganar tiempo, Charlie había bebido un buen trago del vino de tetrabrik, que no estaba tan mal. No quería hablar de Vince ahora que Red era una sombra a sus pies y escuchaba todo cuanto decía.

—Se lo cobrábamos —intervino Posey, cosa que Charlie agradeció.

—Pues… haberle cobrado más. —Bob le guiñó un ojo a Charlie. Sabía que Bob estaba siendo amable. Todos estaban siendo amables, a pesar de sus preguntas. Daban rodeos en lugar de preguntar lo que querían saber en realidad.

—¿Y Vince pasa el día con su familia? —Su madre sirvió champán Korbel en cuatro copas. Aunque creyera en la astrología y los médiums, ni se le pasaba por la cabeza que Vince renunciara a celebrar Acción de Gracias en una mesa con cristalería de verdad, con una cena preparada por un chef y servida en platos con borde de oro auténtico. Nadie querría tanto a Charlie como para preferirla a algo así.

Los niños ricos eran distintos. Toda su familia lo sabía, incluido Bob. Aunque pasaras tiempo con uno, más te valía aprovecharte mientras pudieras, porque todas sus promesas se evaporaban como la niebla matinal cuando empezaban a aburrirse de ti.

En realidad, Red no era uno de esos niños ricos. Pero tampoco se podía decir que no lo fuera.

—Sí, con su familia —había mentido Charlie—. A lo mejor el año que viene lo pasa con nosotros.

Le dolió la mirada que le echó su madre cuando dijo eso. De compasión. Como si ahora fuera Charlie la que no comprendía cómo funcionaba el mundo. Su madre, que perdía la cabeza por los

hombres y se creía sus embustes desde antes de que naciera Charlie.

Sí, la Navidad iba a ser una mierda.

Charlie pasó junto a unos angelitos de purpurina, echó en la cesta un pintalabios y una botella de Gatorade y se dirigió al mostrador.

—Tienes un poco de… —dijo el dependiente con tono preocupado. Le señaló la cara.

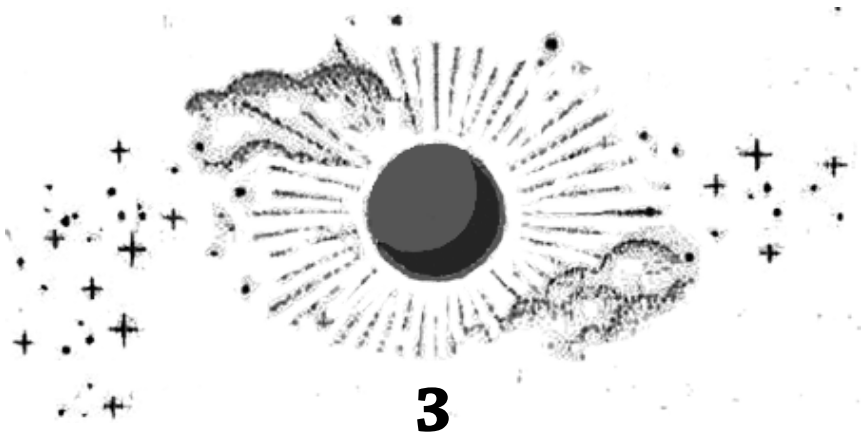
Charlie levantó la cabeza y vio su propio reflejo distorsionado en el espejo superior. Una mancha roja le cruzaba la frente y le bajaba por una mejilla. Levantó la mano y se pasó los dedos por el pelo. Estaba pegajoso, como la miel cristalizada, y notaba un escozor justo encima de la oreja. Otro rasguño de la sombra. No tan grave como el zarpazo de la espalda, pero las heridas en la cabeza sangraban más.

—Gracias —le dijo al dependiente. Suspiró—. Dame un rasca y gana mientras me cobras. No puedo seguir teniendo tanta mala suerte eternamente.

Las mujeres de la familia Hall estaban hechas para las rupturas dramáticas y las malas decisiones. Se enamoraban de la persona equivocada de forma tan sistemática que era como si una maldición ancestral las condenara a tener siempre el corazón roto; desde la abuela, casada con un tipo tan horrible que había terminado matándolo, hasta el novio anterior de Charlie, que le había disparado. Posey decía que hacía falta que un hombre tuviera un agujero en la cabeza, el corazón o la cartera para que una Hall se enamorara de él. Y Posey se dedicaba a leer el futuro.

Con su rasca y gana en una mano y la bolsa de la compra bamboleándose en la otra, Charlie salió de la farmacia, fingiendo no darse cuenta de que la sombra que la seguía no se parecía en absoluto a la que debería haber proyectado.

Incluso teniendo en cuenta lo alto que estaba el listón de las Hall, Charlie se había metido en un buen lío.



3

MANSO

Una vez que aceptó que Charlie sería la próxima Hierofante, Bellamy le había explicado lo que iba a pasar.

Se encontraban en la torre de observación abandonada de Holyoke, el lugar que utilizaba como fortaleza la facción de la Cábala conocida como los antifaces, especializados en las teorías más crípticas del umbrismo. Malik estaba presente como representante de los titiriteros, cabalistas que utilizaban su sombra para controlar a las personas. También Vicereine, de los alteradonistas, capaces de moldear las sombras… y la naturaleza de sus dueños. Y Bellamy, por supuesto, el líder de los antifaces. Tres facciones que representaban tres de los cuatro aspectos de la magia de sombras. El último, los caparazones, maestros de la magia física, no tenían representante.

Le habían dicho que sería la Hierofante durante cinco años. O tres, si lo hacía especialmente bien o si alguien más los cabreaba lo suficiente para postularse al cargo.

—Seguro que os encantaría perderme de vista antes de tiempo —había dicho Charlie; un poco de chulería no venía mal.

—No te pases de lista —le había contestado Malik.

La Cábala le proporcionaría todo lo necesario para su trabajo e incluso le daría una recompensa por cada Estrago. Los pequeños, tamaño gato, solo valían calderilla, pero los de tamaño humano daban bastante pasta; si Charlie despachaba uno cada mes y medio, seguramente podría permitirse dejar su empleo en el Rapture. Aunque claro, que un Estrago de tamaño humano aterrorizara a la población cada mes y medio quizá fuera un problema aún mayor.

—Haz el juramento —había dicho Malik— y te entregaremos al Estrago.

Así que Charlie los había mirado a los ojos y había prometido cumplir condena por sus ofensas del pasado dando caza a sombras rebeldes.

Poco después le habían traído a Vince, envuelto en cadenas de ónice. Sus ojos ardían como carbones encendidos. A Charlie no le había dado miedo. Pensaba que Vince solo estaba enfadado porque no quería involucrar a Charlie en todo aquel embrollo con él y con la Cábala.

En ese momento, Charlie creyó que había ganado. Que había sido más lista que nadie. Que les había robado a su amante delante de sus narices. Y estaba segura de que volvería a ganar. Que el trato que habían hecho los cabalistas con ella iba a ser como una de aquellas canciones sobre un pacto con el diablo, donde al final el violinista triunfaba a fuerza de talento y astucia.

Charlie Hall, ebria de amor.

Vicereine había creado una aguja con su propia sombra, pellizcando un borde. Luego pareció introducir la mano en Vince y sacó un fragmento de él. Este soltó un siseo cuando ella lo tocó, como si lo que le hacía fuera doloroso. Vince era de los que disimulaban la incomodidad, así que tenía que haberle dolido de verdad.

—¿Qué haces? —preguntó Charlie—. Para ya.

—Lo preparo para uncirlo a ti —le respondió Vicereine; enrolló una pizca de lo que había tomado para formar un hilo y le entregó el

resto a Bellamy—. ¿No es lo que querías?

—No es necesario hacerlo así —protestó Charlie.

—Oh, claro que sí —dijo Bellamy mientras introducía el trozo de sombra en un tubo de piedra—. Con lo que le acabamos de quitar a tu Estrago, podemos rastrearlo si alguna vez intenta desaparecer. Y disponemos de otras formas de utilizarlo en su contra en caso necesario.

—Es más seguro para ti que tengamos el fragmento —le dijo Malik—. Recuerda que hasta ahora solamente ha estado uncido a su creador. Puede que no le haga gracia ser de tu propiedad. Puede que incluso quiera hacerte daño.

—No todo el mundo es como tú —le había replicado Charlie.

—Nadie es como yo —la corrigió Malik con una sonrisa engreída —. Bueno, recuerda que él podrá oírte cuando hables, incluso si no se ha manifestado. Como sombra tuya, siempre está presente. No lo olvides nunca.

—Ya —dijo Charlie, incómoda.

—Puede que también perciba tus emociones si son muy intensas, pero no será capaz de leer tus pensamientos a menos que tú se los transmitas.

Bueno, era un alivio. Quizá la situación no fuera tan grave como ella temía.

—¿Y los recuerdos? —preguntó Charlie de pronto.

—No es tu sombra, así que la conexión que puedes tener con él es limitada. No se irá pareciendo cada vez más a ti. Si le entregas recuerdos, podrá absorber su energía y experimentarlos en ese instante, pero no pasarán a ser suyos.

Eso también era un alivio.

Aun así, Charlie no pudo evitar preguntarse si, por las noches, Vince sería capaz de hurgar en sus sueños.

No te pongas paranoica, se dijo. *Vince nunca haría eso*.

Por supuesto, Charlie no tenía forma de saber si lo hacía ni si era capaz de ello.

Malik empezó a pasearse con las manos a la espalda mientras continuaba:

—Lo más importante, lo que debes hacer sí o sí, es entregarle sangre con regularidad. Lo mejor sería hacerlo a diario, pero como mínimo cada pocos días. Es la única forma de que la conexión siga siendo lo bastante fuerte para que te obedezca. —Se detuvo y la miró a los ojos—. Y no lo olvides nunca: no es una persona; es un Estrago. Debes controlarlo, Charlie Hall. Si no lo haces, si nos enteramos de que el vínculo se ha roto o de que él actúa por cuenta propia, los dos perderéis esta oportunidad que hemos tenido la generosidad de ofreceros. Y tú lo perderás a él de manera permanente.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Charlie—. Habla claro.

—Dejémoslo en lo que he dicho.

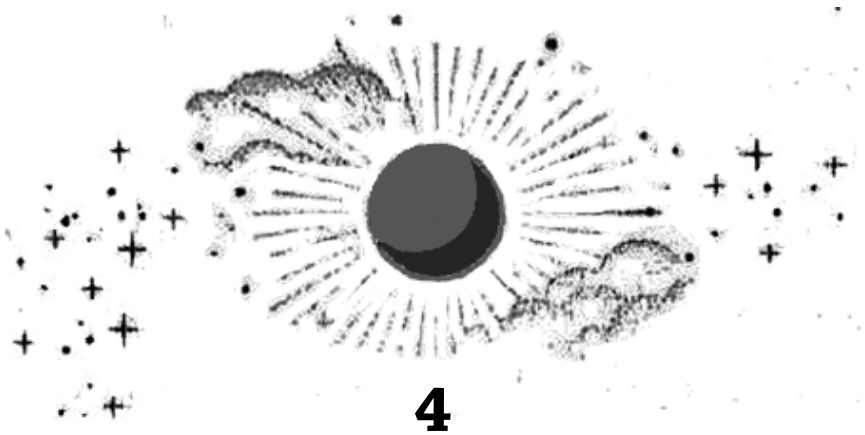
Vince miró a Malik con sus ojos ardientes y sonrió.

—Por el bien de Charlie, seré manso —había dicho.

Pero Red no recordaba haber hecho esa promesa. En cuanto Charlie y Vince quedaron unidos, él enmudeció. Una vez fuera, mientras Charlie caminaba bajo la nieve hacia la furgoneta, había intentado engatusarlo, creyendo que estaba enfadado con ella por el sacrificio que había hecho. Había intentado tentarlo con sangre fresca de un corte en el dedo.

Y entonces, el eco de esas primeras palabras en su mente. *Tú no eres Remy*. Esa voz baja y amenazante. Su cuerpo surgido de las sombras, sus ojos ardientes que no la reconocían. La victoria se le había agriado en la boca.

Charlie pensaba a menudo en esa noche. Se preguntaba por el fragmento que le habían quitado a Vince. Por lo que sabía, este había perdido más de un año de recuerdos. Tal vez, si Charlie lograba recuperar esa parte de su sombra, recuperaría también a Vince.



4

REDREDRED

Charlie Hall era un rompecabezas, uno que a Red no le gustaba.

De pequeño, Remy le había preguntado adonde iba cuando era una sombra. Red había intentado explicarle el no lugar, ese ni aquí ni allí. Que desde ahí veía el mundo real, pero emborronado, distorsionado y plateado. El tiempo también discurría de manera distinta allí, como una película que avanzaba a velocidad normal durante unos minutos, luego se aceleraba y vuelta a empezar, una y otra vez.

Mientras veía a Charlie limpiarse la herida desde el no lugar, el tiempo pareció ralentizarse en lugar de acelerarse. Estaba sentada en el asiento delantero de la furgoneta, de espaldas a él, y se miraba el hombro desnudo por el retrovisor. Había aparcado delante de su casa, pero no había entrado.

El cabello negro y corto enmarcaba los huesos fuertes de su rostro, pero también resaltaba sus ojeras de cansancio. Ni siquiera el llamativo diseño de escarabajos que llevaba tatuado a lo largo de la clavícula te distraía de esas ojeras una vez que te fijabas.

Y Red se fijaba en todo.

Cuando Charlie se levantó la camiseta y se mordió el labio mientras se vertía agua oxigenada en la piel, Red apenas pudo apartar la vista. Casi todo el líquido caía fuera de la herida y empapaba el asiento de la furgoneta. El poco que daba en el blanco burbujeaba como la gaseosa mientras Charlie hacía una mueca de dolor.

Red no la entendía.

¿Por qué no le pedía que lo hiciera él? No habría sido brusco con ella. Había tardado en manifestarse en la fábrica abandonada, pero solo porque no sabía que la criatura acababa de alimentarse; había supuesto que estaría débil, que la tarea sería sencilla. No había entendido que Charlie corría peligro hasta que ella lo había llamado, e incluso entonces no había sido consciente de lo grande que era el peligro.

No podía dejar de pensar en el momento en que había llegado y la había visto magullada y ensangrentada, con el Estrago cerniéndose sobre ella.

Ojalá el tiempo se acelerara, como hacía antes, y se llevara consigo ese recuerdo. Pero no, tuvo que quedarse mirando mientras Charlie se cerraba la herida a duras penas con pegamento. Tuvo que fijarse en el brillo de sus ojos, en las pestañas húmedas que le rozaban las mejillas al parpadear, en el sollozo que reprimió. En el movimiento de su garganta mientras bebía despacio el Gatorade, como si los electrolitos fueran un remedio para la pérdida de sangre.

¿Por qué Charlie se había puesto en esa tesitura en la fábrica? Había convencido a los cabalistas para que le uncieran a Red a cambio de acceder a ser su Hierofante, pero ¿por qué? ¿Qué ganaba con ello? Red había sido muy valioso para Salt como asesino, pero no le parecía que Charlie lo quisiera para eso. Pese a que ella misma se definía como timadora y ladrona, parecía escrupulosa en lo relativo al asesinato. ¿Quizá lo necesitara precisamente por eso? O tal vez creyera que Red podía serle útil para otras cosas. También

podía robar, claro. Conocía la disposición de unas cuantas mansiones de umbristas con grandes bibliotecas repletas de antigüedades.

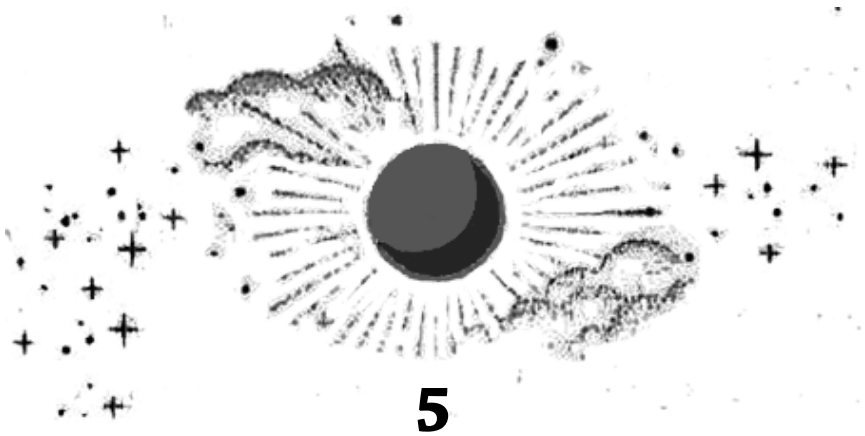
Charlie le había dicho que se las había ingeniado para ser la Hierofante porque lo amaba. Porque quería salvarlo.

Qué ridiculez. Red infundía miedo en los demás, no preocupación. Los hacía sentir incómodos. Incluso Remy, la persona a la que más le había importado Red, se había mostrado asustado e intranquilo en su presencia. Aunque durante buena parte de su relación Charlie no sabía qué era realmente Red, sí que lo sabía cuando se había uncido a él.

No voy a obligarte a hacer nada que no quieras hacer.

Todos decían eso. Desde luego, Salt se lo había dicho a Remy al principio, cuando se había mudado a la mansión. Incluso Remy se lo había dicho a Red, aunque para entonces ya había obligado a Red a hacer muchas cosas. Lo único que significaban esas palabras era que la persona no te obligaría a hacer algo atroz inmediatamente.

Por eso le daba igual que los ojazos castaños de Charlie lo miraran con una calidez tan convincente, que lo tratara como si de verdad creyera que Red era una persona. No se creía que hubiera arriesgado su propia vida para salvarlo a él. No se creía nada. Charlie era una timadora y aquello era un timo.



5

LA MALDICIÓN DE LA FAMILIA HALL

Posey, la hermana pequeña de Charlie, dejó de empaquetar cosas y levantó la cabeza al oír el portazo de la mosquitera. Los armarios de la cocina estaban todos abiertos, y la mitad del contenido, apilado de cualquier manera en cajas de cartón con rótulos de lo más aleatorios y, a la vez, tremendamente específicos, escritos con rotulador: sombrillitas, tazones, espátula, pinzas y escurridores de pasta o exprimidor de limones, cuchillos, diadema y molinillo de café. Su gata, Lucipurrr, estaba dentro de una caja con la etiqueta «COMPOSTERA DE GUSANOS», apenas visible salvo por el resplandor de sus ojos verdes.

—Por fin llegas —le dijo Posey a su hermana, mirándola—. ¿Pedimos una pizza?

Charlie sonrió como si la herida no le doliera.

—Vale.

—He encontrado un piso para nosotras —continuó Posey—. Los de State Street nos han devuelto la llamada. Solo tenemos que

pasarnos por allí y firmar el contrato de alquiler. Podemos mudarnos la semana que viene.

—¿En Northampton? —preguntó Charlie; desconfiaba de las buenas noticias—. ¿Seguro que nos lo podemos permitir?

—Te sorprenderías… Es casi barato —respondió Posey—. No sé por qué. A lo mejor allí se cometió otro asesinato.

El anterior Hierofante había asesinado a un hombre llamado Adam en la actual casa de alquiler de las hermanas Hall. Su sombra había pintado las paredes del salón con la sangre de Adam. Había escrito «RedRedRed» hasta el techo con letras espantosas, porque era a Red a quien buscaba.

Charlie y Posey habían regresado a la casa en cuanto retiraron el precinto policial y limpiaron la sangre. Sin embargo, su implacable pragmatismo no le había importado al horrorizado casero, que se había apresurado a endosarle la casa a una incauta pareja de Brooklyn que se mudaba al Valle tras el nacimiento de su segundo hijo. La venta se haría efectiva justo antes de Navidad, así que esa era la fecha límite que tenían todos ellos (hermanas, gata y Estrago) para largarse.

—¿Y cuánto necesitas que ponga yo para la fianza? —Charlie no iba sobrada de pasta, pero le debían una recompensa por el Estrago de hoy. Y ya había atrapado a dos más (aunque pequeños y no tan imponentes ni lucrativos). Además, si hacía falta, podía empeñar un par de cosas que había mangado de la mansión de Salt.

—De momento, nada —contestó Posey.

Seguramente eso significaba que Posey iba a necesitar que Charlie pusiera todo el dinero, pero no quería darle la mala noticia. Posey se había pasado más de un año haciendo lecturas de tarot por Zoom, un trabajo que nunca había sido especialmente rentable. Y desde que se había convertido en umbrista, había empezado a ausentarse a menudo, cuando antes podía pasarse meses seguidos sin querer salir de la casa. A Charlie le aliviaba que la salud socioemocional de Posey estuviera en auge, pero su cartera había sufrido las consecuencias. Ultimamente Posey apenas trabajaba.

Aunque la casa nueva fuera barata, Charlie no estaba segura de poder ganar lo suficiente en el Rapture como para pagar el alquiler completo sin falta. Iba a tener que capturar o matar a muchos Estragos más.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Posey. Olfateó el aire—. ¿Y por qué hueles a fogata?

La mirada de Charlie se detuvo en la sombra avivada de Posey. Era mágica, pero no tenía consciencia propia. Al menos eso creía ella. Charlie se sentía rara cada vez que la miraba, y no solo porque antes hubiera formado parte de ella. A veces le entraban ganas de hacer algo (¿hablar con ella, asegurarse de que estaba bien?), pero no sabía cómo.

Posey la alimentaba con frecuencia. Charlie se había fijado en los pequeños cortes que lucía en las pantorrillas y en el paquete de hojas de afeitar de acero inoxidable que solía haber en el borde de la bañera, sin maquinilla alguna a la vista. Charlie la veía investigar sobre sombras hasta altas horas de la noche, devorar libros viejos y practicar la manipulación de sombras una y otra vez.

Era inevitable pensar en qué otras cosas podía estar haciendo cuando nadie la veía, en si ya habría intentado extraerse más sangre de la cuenta.

Su experiencia con Salt le decía que la forma más rápida de potenciar una sombra era alimentarla con sangre ajena, y en abundancia.

—En serio —dijo Posey—. ¿Qué te ha pasado?

—Un trabajo, nada más —contestó Charlie mientras se dirigía al portátil de Posey, apoyado en la mesa de la cocina. Buscó el menú de la pizzería de su misma calle—. ¿La de aceitunas, pimiento y champiñones?

Había un chat abierto en la pantalla; los participantes se quejaban de un retiro para ricos que querían avivarse la sombra.

ChileEscéptico82: Ricachones bañándose en agua helada

franqueza_temporal: Yo aprovecharía para clavarles un picahielos

—A la mierda la Cábala —dijo Posey—. Intentan matarte.

Charlie no pensaba que lo estuvieran intentando de verdad, pero eso no quería decir que no fueran a conseguirlo.

—Estoy bien —insistió, agotada—. Será solo un tiempo.

Posey soltó un suspiro exagerado.

—Años. Y no te lo tomas en serio. Eres la Hierofante y ni siquiera te has bifurcado la lengua.

—No hace falta que finjas lástima si lo que quieres es darme un sermón —dijo Charlie—. Es como ver a un trol actuar en directo.

Bifurcarse la lengua despertaba ciertos músculos inactivos. Si aprendías a controlarlos (para ser capaz de mover las dos mitades a la vez), supuestamente eso te ayudaba a alcanzar lo que los umbristas llamaban «consciencia bífida»: la capacidad de controlar tu cuerpo y tu sombra de manera simultánea. Controlar una sombra como si se tratara de otra extremidad era la forma «ética» de ser umbrista.

La forma más fácil y no tan ética consistía en introducir fragmentos de ti mismo en tu sombra. Los recuerdos resultaban especialmente eficaces. Con los fragmentos suficientes, se creaba una sombra poderosa, capaz de actuar mediante instrucciones limitadas. Y si al final terminaba siendo un Estrago, en fin, ¿no había un refrán sobre hacer tortillas y romper huevos?

—Ser umbrista es algo muy especial. Solo quiero que alcances tu potencial —le explicó Posey. Eso le hizo pensar en su madre y en que, cuando se creyó la mentira de que Charlie era médium, no había querido que lo dejara. Le había dado la misma razón: el potencial desperdiciado.

—Yo no soy como tú —le dijo Charlie a su hermana con firmeza —. Soy una charlatana. He sido maga falsa, médium falsa, fantasma falsa… Pero siempre falsa. Y cuando termine todo esto, volveré a serlo, porque eso es lo que se me da bien.

—¿Y si no te dejan? —preguntó Posey.

—¿Qué has dicho hace un momento? A la mierda la Cábala —le recordó Charlie.

El ordenador seguía abierto en la mesa; Charlie vio que en el chat habían pasado a comentar los asesinatos en el sótano de la iglesia de Hatfield.

fraude_estrafalario00: todos eran buscadores verdad?

ProgreGrosero: todos no, yo conozco a un umbrista que formaba parte de ese grupo

ChileEscéptico82: esa noche no iba a dar una charla allí un cabalista? También la ha palmado?

Culozzzzzz: no hay nada en el tiktok de rooster

Charlie se levantó.

—Voy a echarme una siesta.

—¡Espera! No hemos acabado de hablar —dijo Posey—. Tienes que hacer algo.

—Lo hago —contestó Charlie.

—Con él —dijo Posey, bajando la voz como si así pudiera impedir que Red la oyera—. ¿Y si nunca recupera sus recuerdos?

—Malhar dice que es posible que los recupere. —Logró sonar tranquila, pero le preocupaba que Red notara su angustia a través del vínculo. Madurai Malhar Iyer era un universitario que estudiaba a los Estragos para su tesis de posgrado. Para él eran posibles muchas cosas.

—Diga lo que diga —continuó Posey—, sigue creyendo que lo que haces es, en palabras suyas, «equivalente a jugarte la vida».

—Últimamente pasas mucho tiempo con Malhar —comentó Charlie—. ¿Tú no tienes que contarme nada?

Posey se llevó una mano a la cadera.

—Sí. Que necesitas aprender más sobre el umbrismo, porque puede que algún día tengas que… detenerlo. Detener a Red.

Impedir que la consumiera por completo. Eso era lo que preocupaba a Posey.

—Posey… —Charlie levantó una mano para intentar adelantarse a lo que se avecinaba.

—Estáis uncidos —le recordó Posey—. No podéis separaros. Es como un matrimonio, pero más permanente. ¡Y él es un asesino! No digo que sea mala persona, porque no tuvo elección, pero…

—No hables así —le espetó Charlie al notar el cambio en el ambiente, como si el aire se cargara de electricidad.

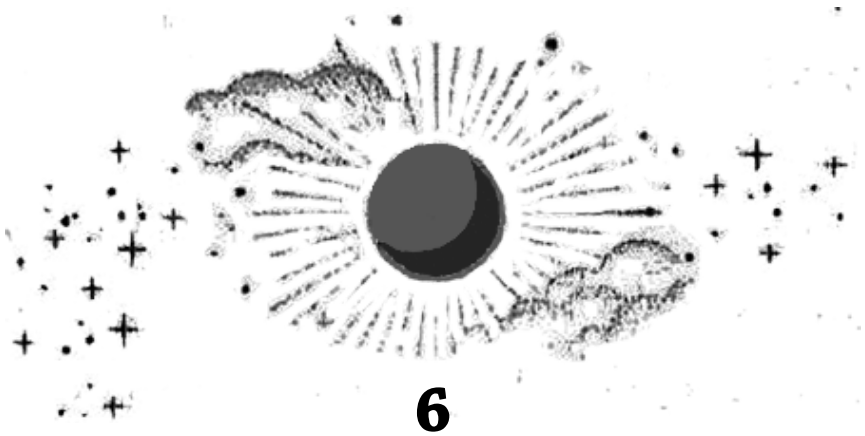
Posey frunció el ceño.

—¿Así cómo?

Red apareció en el umbral, igual que si acabara de entrar desde la habitación contigua, en lugar de haber brotado de las sombras.

Posey reprimió un jadeo de espanto.

—Como si él no estuviera —respondió Charlie.



6

FIESTA DE EMPRESA

La alarma del móvil de Charlie la despertó a última hora de la tarde. El reloj que tenía junto al colchón parpadeaba inútilmente desde que Charlie había sido incapaz de reconfigurarlo has el último corte de electricidad. Encontró el ruidoso móvil a tientas en el bolsillo del abrigo; después de la pelea de la noche anterior con el Estrago, la pantalla estaba cubierta por una telaraña de grietas. Tenía dos llamadas perdidas de Adeline y un montón de mensajes que no logró abrir por mucho que pulsó el icono correspondiente.

Al menos uno de esos mensajes tenía que ser de la dueña del Rapture Bar & Lounge, para recordarle a Charlie que hoy tenía turno de noche.

Caminó con rigidez hasta el cuarto de baño; el movimiento le tironeaba de la herida que se había cerrado con pegamento. Una parte de ella quiso llamar para decir que estaba enferma, pero seguramente no habría demasiado jaleo un jueves por la noche. Y quizá al día siguiente se sentiría peor. El dolor era así. Te iba desgastando.

Charlie se metió en la ducha y dejó que el agua caliente enjuagara la sangre que le quedaba en la espalda y la que se le había secado en el pelo. Le daba vergüenza estar sin ropa ahora que Red siempre andaba cerca, pero eso no era nada en comparación con todas las demás formas en que se sentía desnuda. Dios, era humillante sentirse observada mientras vivía su vida. Después de que los uncieran, Charlie se había pasado la primera semana gritando: «¡No me mires mientras meo!». Aunque eso también significaba otras cosas: «No me mires mientras lloro», «No me mires cuando estoy dormida y se me cae la baba», «No te fijes en todas las asquerosidades de los humanos», «No te fijes en todas las cosas que me hacen humana».

Charlie se puso el sujetador deportivo más suave que tenía, con la esperanza de que no le rozara mucho la herida, y una de las camisetas nuevas del Rapture, con dos látigos cruzados en la parte delantera. Después de ponerse unos vaqueros elásticos, calcetines abrigados y botas de suela gruesa, se acercó al espejo para ponerse corrector y delineador. Por último, se manchó las mejillas con pintalabios rojo cereza y lo difuminó para darse un poco de color. Cuando terminó, parecía menos cansada y dolorida, aunque no lo estuviera.

Por lo visto Posey se había terminado la pizza sobrante, así que Charlie desayunó regalices negros, regados con un enorme café soluble que se preparó a toda prisa. Tras esa forma de empezar el día, se dirigió al Rapture Bar & Lounge.

Rachel, la nueva asistente personal de Odette, estaba encaramada a una escalerilla junto a la entrada. Colgaba guirnaldas de espumillón blanco de unos clavos en la fachada pintada de negro, además de adornos de cristal en forma de botellitas de licor, Krampus en miniatura y bastoncillos de caramelo a rayas. En Navidad, a Odette le gustaba poner una decoración llamativa, vampiresca y exagerada. Un montoncillo de coronas navideñas de color rojo, adornadas con versiones fetichistas de Papá Noel y sus

elfos (con medias de rejilla y zapatos de tacón) esperaban su turno para subir a la fachada.

—Esta noche tenemos la primera fiesta de empresa —le dijo Rachel desde arriba por toda explicación. Era una chica de veintipocos años, curvilínea e implacablemente ordenada, que llevaba gafas gruesas y vestidos *pin-up* de estilo años cincuenta. Le gustaba incluso a Don, con ese desconcierto que sienten los hombres guapos cuando una chica, en lugar de estar colada por ellos, apenas se acuerda de cómo se llaman. Y aunque a Rachel le interesaba un poco más de la cuenta la casa de sombras que Balthazar tenía en el sótano del edificio…, en fin, ojalá también tuviera la sensatez de no entrar.

—Es la época —dijo Charlie mientras sus sueños de tener una noche tranquila se desvanecían.

Las fiestas navideñas de empresa le venían genial al negocio, pero no al personal. La gente nunca daba buenas propinas cuando las copas eran gratis, y menos ahora que casi nadie llevaba efectivo encima. Además, a la gente se le iba la olla en las fiestas de empresa: bebían muchísimo, las rencillas de oficina acumuladas se desbordaban y terminaban descargando todo ese mal rollo sobre cualquiera lo bastante desafortunado para cruzarse en su camino. Charlie no soportaba la temporada de fiestas de empresa.

Odette, la dominatrix jubilada que regentaba el Rapture, estaba sentada con dos amigas; levantó la vista mientras Charlie cruzaba el local. Llevaba recogido el cabello plateado en un severo moño y vestía un caftán que parecía hecho de plata líquida. Un cordón con pesadas cuentas de ónice le colgaba del cuello, tan decorativo como práctico. Desde que un umbrista había puesto patas arriba el Rapture con su sombra, Odette tenía mucho más cuidado con las medidas de protección.

—Querida —le dijo a Charlie—. Cuando estés lista, ¿te importa preparamos una ronda de Pink Squirrel antes de que haya demasiado ajetreo?

—Enseguida —contestó Charlie.

Don ya estaba detrás de la barra, secando vasos. Charlie y él ya se conocían por el mundillo hostelero de la ciudad, pero era la primera vez que trabajaban juntos. Don se había pasado años en el Top Hat, un bar más grande y convencional, y todavía no se había acostumbrado al espíritu del Rapture. En su opinión, echar hielo seco en las copas era no tomarse las cosas en serio, y no soportaba tener que quemar el azucarillo cuando alguien pedía absenta. A pesar de eso, claramente pensaba que solo era cuestión de tiempo que le encargaran todas las decisiones importantes y pudiera cambiar todo lo que no le gustaba.

Probablemente por eso torció el morro cuando Charlie guardó el bolso detrás de la barra, además del abrigo. El relleno asomaba por los desgarrones de la espalda; fingió no darse cuenta.

—Odette me podría haber pedido las copas a mí —protestó Don, como si el hecho de que se las hubiera pedido a Charlie fuera una crítica indirecta contra él.

Seguramente Charlie Hall, despedida de todos los bares respetables de la ciudad y de casi todos los menos respetables, no parecía alguien que debiera estar por encima de él en la jerarquía del Rapture ni caerle bien a la jefa.

—¿Sabes quién celebra la fiesta? —preguntó Charlie para intentar cambiar de tema.

—El concesionario de Ford de la calle Main. —Don le echó una mirada impaciente, como si fuera algo que Charlie ya debería saber. Error suyo, probablemente.

Un trabajador del Daikaiju, el local de ramen que había en la misma calle, empezó a traer bandejas de aluminio con pollo karaage y las fue dejando encima de unos quemadores Sternos sobre la mesa plegable arrimada a una pared. El aroma a soja, ajo y mirin hizo que a Charlie le rugiera el estómago.

Para intentar quitárselo de la cabeza, empezó a mezclar el licor de cacao y la Crème de Noyaux para preparar las copas de Odette. Mientras vertía el líquido rosa en las copas coupé, mi chaval joven

con el pelo de punta y un chaleco acolchado plateado entró con su equipo de DJ.

—¿Quieres que dejemos preparados unos lotes? —le preguntó Charlie a Don, pero este se limitó a encogerse de hombros y empezó a trocear limas. En el Top Hat, la gente no pedía cócteles como en el Rapture, ya que el Top Hat era famoso por su extensa carta de cervezas, que incluía dos docenas de IPA de barril, todas con sabor a plátano o envejecidas en barricas de *whisky* en noches de luna llena. Don no sabía la que se le venía encima.

Charlie les llevó con cuidado los Pink Squirrel a Odette y sus amigas y los dejó en la mesita, con una pila de servilletas de cóctel. Una *drag* vestida con un mono *Barbiecore*, pendientes de arañas gigantes de color rosa y peluca a juego le hizo un gesto de agradecimiento a Charlie mientras tomaba su bebida de color chicle.

El equipo de música del DJ cobró vida con un estruendo repentino y el *Fairytale of New York* de los Pogues empezó a sonar tan fuerte que todo el mundo dio un brinco.

—¿Esta noche hay carta especial? —le preguntó Charlie a Odette.

—Barra libre —respondió Odette, claramente complacida por el presupuesto y el compromiso juerguista del concesionario—. Pero si te apetece apuntar algunos especiales, adelante. Es posible que me haya pasado encargando Cantón.

—Tengo un par de ideas. —Charlie se acercó a la pizarra colgada junto al pasillo (el que conducía al camerino trasero, además de al despacho y ocasional mazmorra de Odette) y empezó a improvisar algunos cócteles. Estaba casi segura de que tenían un montón de zumo de arándanos y un licor de pimienta de Jamaica que nunca se había abierto.

Cuando levantó la vista, Don la fulminaba con la mirada desde detrás de la barra.

—No puedes hacer eso.

—¿El qué? —Charlie miró de nuevo la pizarra. Tres especiales basados en cócteles populares: un margarita de arándanos (muy apropiado para el invierno), un Corpse Reviver de jengibre con el

Cantón y un Negroni especiado que iba a preparar con el licor de pimienta.

—Inventarte cosas sin pedir permiso a nadie.

Miró de reojo a Odette, absorta en la conversación con sus amigas. Don no tenía ni idea de lo que había hablado con Charlie, y aún menos de si a Odette le parecía bien su carta especial. Ese alguien a quien decía que había que pedirle permiso era él.

—¿Quieres añadir algo?

—Yo solo te lo digo —murmuró Don antes de seguir trabajando. Quizá esperaba que Charlie perdiera los papeles, pero estaba demasiado cansada y dolorida.

Los vendedores de coches y el personal administrativo no tardaron en empezar a llegar; el DJ ajustó el volumen para compensar el nivel creciente de las conversaciones. El atuendo de los asistentes iba desde los vestidos de fiesta y los trajes hasta las camisetas de manga corta y los vaqueros, con ocasionales pendientes de copo de nieve o alfileres de corbata en forma de abeto como accesorios. Casi ninguna de sus sombras estaba alterada y, por lo que pudo ver Charlie, ninguna estaba avivada. Uno de los vendedores más jóvenes tenía una sombra más corpulenta y ancha de hombros que él mismo, pero era bastante sutil y hacía falta fijarse bien para darse cuenta.

Una mujer mayor, rechoncha y seria, vestida con un jersey rojo con luces navideñas, se sentó inmediatamente en la barra y pidió un *whisky* de centeno doble, con el hielo aparte. Depositó un billete de veinte en el mostrador de madera.

—Para ti. No quiero ver el vaso vacío.

A Charlie le gustó su estilo.

Un hombre con los dientes grandes y de un blanco cegador golpeó ruidosamente la barra con los nudillos.

—Necesito seis margaritas de arándano y los necesito ya. Esta es mi fiesta, compláceme.

—Claro —contestó Charlie, y miró de reojo a Don para ver si pensaba ayudarla. Estaba ocupado dándole una charla sobre las

cervecerías locales a una madurita rubia con un vestido de lentejuelas verdes.

Como Charlie ya tenía los lotes preparados, los margaritas no tardaron mucho. Solo tuvo que poner sal en el borde de las copas y agitar bien la bebida. Pero cuando el tipo se marchó, con aspecto complacido a su pesar, la barra se llenó de gente. Charlie se perdió en la inercia de preparar cócteles interminables y escamotear en su delantal las escasas propinas que le dejaban. El bar se iba caldeando por el calor corporal de tantos humanos apretujados en un sitio estrecho; Charlie notó que el sudor se le acumulaba en las axilas y el cuello. Seguían pidiendo bebidas. Vodka Seltzer. Dirty Martini extrasucios. Cervezas Corona con lima.

La rutina de Charlie se vio interrumpida cuando Balthazar Blades se acodó en un extremo de la barra, sonriendo con todo su carisma de dudosa reputación.

—Ponme un *amaretto sour* y cárgalo a la cuenta de estos. —Se había recogido los rizos en una coleta y bostezaba como si llevara menos de una hora despierto. No podía descartarlo. La casa de sombras que regentaba en el sótano del Rapture, al estilo de los locales clandestinos de la época de la Ley Seca, era un negocio mayoritariamente nocturno.

Charlie puso los ojos en blanco.

—Ni de coña.

—Anda, venga —insistió Balthazar—. No se van a dar cuenta.

El director del concesionario estaba en la pista de baile, margarita de arándano en mano, agitando el puño al ritmo de *Oi to the World*, de The Vandals. Charlie decidió prepararle la copa a Balthazar.

—Por cierto —dijo este después de probar un sorbo—, Vicereine dice que quiere verte lo antes posible. ¿Qué le pasa a tu móvil?

¿Uno de los mensajes que Charlie no había conseguido leer era de Vicereine? Lo último que necesitaba era meterse en líos con los cabalistas.

—Se me ha rajado la pantalla. —No se molestó en darle más detalles—. Pero no hace falta que me atosigue. El trabajo está hecho.

Balthazar hizo girar el líquido que quedaba en su vaso.

—Díselo tú. No soy tu recadero.

—Hola, muñeca —les interrumpió uno de los vendedores, un tipo medio calvo y con la cara roja por el alcohol y el calor de llevar puesta la americana dentro del local.

¿Muñeca?

—Hola, visitante del pasado —respondió Charlie.

El vendedor parecía desconcertado. Y borracho.

—Tu colega no me quiere poner una copa.

Charlie miró de reojo a Don, que parecía decidido a ignorar la situación. Balthazar apuró su *amaretto sour*, se levantó y le echó a Charlie una mirada de compasión mientras la abandonaba.

—¿Y has pensado que conmigo sería más fácil? —preguntó Charlie.

—¿Más fácil? No sé…, pero me gustaría averiguarlo. —Se inclinó hacia ella y le agarró la muñeca con los dedos húmedos. Charlie retrocedió, arrepentida de no haberlo expresado con otras palabras

El hombre no la soltó; su sonrisa ahora era menos simpática.

—Suéltame —le dijo Charlie.

Él le apretó la muñeca con fuerza.

—Me vas a poner una copa, ¿verdad?

—¡Que me SUELTES! —gritó Charlie. A la mierda la Navidad, Papá Noel y todos sus elfos. A la mierda el contrato social. Y a la mierda el tipo aquel.

De repente, Charlie tenía la muñeca libre y el hombre estaba en el suelo, con Red de pie a su lado. Si parecía haber surgido de la nada, era porque lo había hecho, más o menos.

La sombra se agachó y agarró la cara del hombre con fuerza.

—No la toques —gruñó—. Nunca más.

Charlie los miró fijamente, muda de sorpresa.

Un momento después, dos hombres aferraron a Red por los brazos e intentaron quitárselo de encima a su compañero. Charlie notó la rabia del Estrago filtrándose a través de su vínculo, como una bofetada ardiente. Red podía matar a ese hombre. Podía matar a ese hombre sin pensarlo dos veces.

Charlie se encaramó a la barra de un salto y se deslizó hasta el otro lado, tirando servilletas al suelo.

Varias personas habían sacado los móviles y grababan la escena.

—Para —le ordenó Charlie a Red, apoyando la mano en su espalda ancha y robusta.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó la mujer del vestido de lentejuelas verdes y diadema con cuernos de reno. Era la misma a la que Don le había dado una charla sobre cerveza—. Soy la directora financiera de Hampshire Ford. Se supone que este evento es exclusivo para nuestra empresa.

Red soltó la garganta del hombre con brusquedad y centró toda su atención en la mujer.

—Y si yo no hubiera estado, ¿le habría dejado hacer lo que le diera la gana? —Su tono de autoridad resultaba sorprendente—. Ya veo por qué quiere que me vaya.

Algo cambió en la expresión de la mujer, como si ya no estuviera tan segura de querer participar en la conversación.

—¡Guardad los móviles! —le gritó a la multitud.

El calvorota se puso en pie con vacilación, sin dejar de tocarse la garganta.

—Fred —dijo la directora financiera—. ¿Estás bien? Vamos a sentarnos.

—Quiero denunciarlo —balbuceó él, furioso. Se giró hacia Charlie —. Me van a oír. ¿Dónde está tu jefa? Elaine, llama a nuestro departamento jurídico.

Odette caminaba hacia ellos; el caftán de plata líquida ondeaba a su alrededor. No le iba a hacer ninguna gracia.

La expresión de Red se volvió funesta. El vendedor pareció desinflarse mientras miraba a la sombra a la cara, esos ojos que

parecían arder como brasas resplandecientes hasta consumirse en la oscuridad.

—Sus ojos… —susurró el hombre.

—Vince —siseó Charlie. Con una punzada de horror, se dio cuenta de que tal vez no reaccionara ante ese nombre—. Red.

La sombra se giró hacia ella y luego cerró los ojos un momento; quizá trataba de recuperar el control de sí mismo. ¿Por qué la defendía ahora, después de haberla abandonado a su suerte en la fábrica? El vendedor no era una amenaza tan grave.

—Tienes que salir de aquí —le ordenó Charlie.

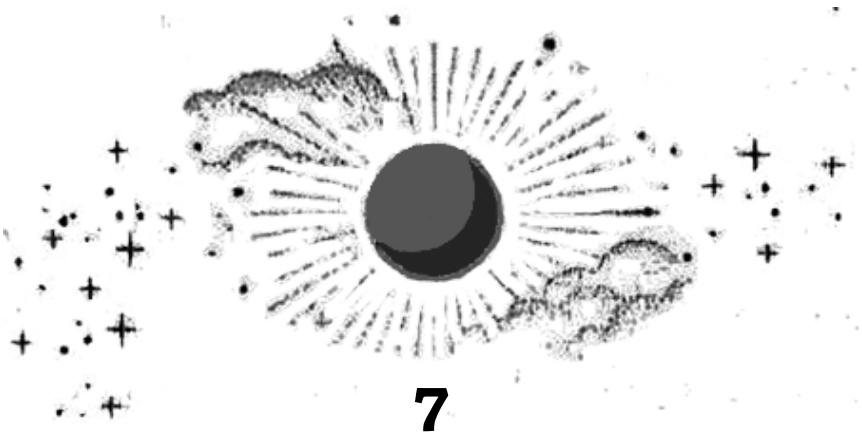
Don la miraba desde el otro lado de la barra con una sonrisilla, como si ya pudiera saborear la bronca que Odette le iba a echar a Charlie.

Por lo menos, la directora financiera se estaba llevando al calvo (a Fred) de allí. Se dirigían a una mesa llena de vendedores de coches con cara de preocupación. Y cuando Red volvió a abrir los ojos, ya no eran pozos negros. Eran sus ojos humanos, de color gris claro, en los que se reflejaba la luz.

Entonces Fred se dio la vuelta. Quizá le fastidiara la idea de que sus colegas pensaran que había perdido una pelea. O quizá estuviera demasiado borracho para tener miedo de verdad. Por el motivo que fuera, inspiró hondo, apretó el puño y se abalanzó sobre Red para golpearlo.

El puñetazo traspasó a Red. Y luego Fred también lo atravesó, arrastrado por su propio impulso.

Directamente contra Charlie, que se llevó una hostia en toda la cara.



7

EL PERIODISTA

En el camerino, Charlie se aplicaba hielo, envuelto en una servilleta, en la mejilla magullada. Le dolía todo.

El DJ había puesto *Merry Christmas (I Don't Want to Fight Tonight)*, de los Ramones (quizá a modo de comentario), y el ritmo hacía vibrar las paredes. De no haber estado tan dolorida, se habría echado a reír.

Odette le tendió a Charlie un vaso con *whisky*, sin hielo. Quizá pensaba que, con tanto hielo en la cara, no le hacía falta también en la bebida.

—Cómo odio estas fiestas. ¿Quieres que llame a alguien? ¿A un agente de la ley?

Charlie aceptó el vaso con una sonrisa y se bebió el *whisky* de un trago.

—No, no. Me preguntarían adonde ha ido Vince. —Su jefa le caía muy bien, pero le gustaba especialmente la poca consideración que mostraba Odette a los clientes que trataban mal a sus empleados.

—¿Tu novio no se ha quedado contigo? No jodas —dijo la amiga drag de Odette, que resultó llamarse Acechadora Histeria Rurpurini.

Charlie bajó la mirada hacia su sombra.

—No arreglaba nada quedándose aquí.

Acechadora enarcó las cejas, dejando claro que para ella eso no era lo importante.

—Bueno, descansa un poco —continuó Odette—. Túmbate en el sofá; vendré a ver cómo estás dentro de una hora. Don puede ocuparse del bar.

Seguramente Don estaría encantado de ocuparse del bar.

Acechadora se levantó.

—Y si tienes náuseas, ves doble o algo así, tienes que ir a urgencias. Las lesiones en la cabeza son chungas. Yo conocí a una chica que se dio un golpe en la cabeza en el escenario y la palmó.

—No creo que necesite saber eso, querida —dijo Odette.

—Estoy bien —murmuró Charlie mientras se reclinaba y cerraba los ojos. Todavía le dolía el cuerpo por la pelea con el Estrago de la noche anterior. A lo mejor debería darle las gracias a Fred por haberle pegado. Al menos ahora tenía una excusa para echarse un rato.

La despertó el sonido de su móvil; no sabía cuánto tiempo había pasado. Lo buscó a tientas, respondió sin pensar y se hizo un corte en el dedo índice al deslizarlo por la pantalla rota.

—¿Hablo con Charlotte Hall? —No reconoció la voz.

—Charlie —contestó adormilada mientras se metía el dedo ensangrentado en la boca—. No quiero comprar nada.

—Llamo de parte de *Vulture*, de la revista New York. Quería hablar contigo sobre Edmund Carver. Tengo entendido que sois amigos.

—No —dijo Charlie, repentinamente despierta—. Espera. ¿Qué?

—Ya sé que no querrás contarme nada que tu amigo quiera ocultar, y también sé que lo ha pasado muy mal, pero te prometo que esta conversación será absolutamente confidencial a menos que me digas lo contrario.

—No entiendo nada. —Charlie se incorporó. En cuanto lo hizo, la habitación se inclinó de manera alarmante. Tuvo que cerrar los ojos un momento. ¿Qué le había dicho Acechadora sobre las lesiones en la cabeza?—. ¿Cómo has conseguido mi número?

—Alguien tiene que publicar su historia —dijo el hombre al otro lado de la línea—. Y en *Vulture* nos gusta hacer las cosas bien.

Quería hablar contigo sobre Edmund Carver. Tengo entendido que sois amigos.

No que «eran» amigos.

Adeline le había dicho a Charlie que había puesto a trabajar a su abogado para que Edmund «Remy» Vincent Carver dejara de constar como «fallecido». Ya había divulgado la historia de que Remy había estado encerrado en el sótano de la mansión de Salt. Según Adeline, y tal como aparecía publicado en la *Hampshire Gazette*, «los que se aventuraron en las entrañas de la casa tras la muerte de Salt hallaron no solo un calabozo, sino al mismísimo nieto de Salt pidiendo ayuda a gritos».

El artículo era bastante bueno. En un mundo mejor, quizá hasta habría sido verídico.

Red tendrá mucho dinero, había dicho Adeline cuando pensaba que sería ella quien estaría uncida a él. *Podrá retomar la vida de Edmund justo donde terminó*.

De pronto Charlie estaba bastante segura de cómo había conseguido su número un periodista del *Vulture*.

—Bueno, ¿conoces bien a Adeline? —preguntó Charlie.

Hubo un largo silencio.

—Me has pillado —contestó el periodista—. Una amiga de Addy iba conmigo a clase. Por eso sabe que trataré con respeto la historia de su primo. Pensó que tú podrías convencer a Remy de que soy de confianza y puede hablar conmigo. Desde que salió la noticia, ha sido muy discreto. Ni una declaración. Ni una entrevista. No podrá continuar así eternamente.

—Técnicamente, Adeline es su tía. Él es su sobrino. —Charlie esperaba de verdad que eso apareciera en la versión final del

artículo.

El periodista hizo otra pausa y, al parecer, decidió cambiar de estrategia.

—Os llamarán más medios de comunicación. La historia de Remy no va a seguir siendo un simple párrafo de un reportaje sobre los crímenes de Lionel para siempre. Es una noticia nacional. Y mira, no te lo digo por nadie en concreto, pero ahí fuera hay mucha gente sin escrúpulos.

—Sin escrúpulos, ¿eh? —repitió Charlie, pero su mente iba a toda velocidad.

El periodista soltó una carcajada elogiosa, como si no le molestara la indirecta.

—Es una historia demasiado buena —continuó—. ¿Un tipo asquerosamente rico que encierra a su nieto guapo y famoso durante más de un año y lo incrimina por asesinato? Y tengo entendido que hubo drogas de por medio. A los informativos nocturnos les encantará. Y a los programas matinales también, sobre todo si está dispuesto a echar la lágrima. Hasta podría escribir un libro.

El periodista tenía razón: los ricos siempre suscitaban el interés del gran público, y la idea de que uno de ellos hubiera estado involucrado en algo tan escabroso resultaba seductora. Las penurias del joven y guapo Remy Carver fascinarían a la gente.

Era una lástima que, en realidad, el joven y guapo Remy Carver siguiera muerto.

A Charlie le tembló la voz al pensar en la clase de atención que iba a recibir Red.

—Le diré que has llamado.

—También podríamos hablar tú y yo —insistió el periodista—. Nada demasiado personal. Y todo extraoficialmente. Un par de detalles de contexto. Su madre murió de sobredosis, ¿verdad? Debió de ser muy duro. Tú eras su novia…

—Si quiere hablar contigo, te avisará —lo interrumpió Charlie.

El periodista empezó a decir algo más, pero Charlie le colgó. Y acto seguido llamó a Adeline.

—Charlie Hall —la saludó Adeline con su voz suave y sofisticada, con apenas un deje frívolo de niña pequeña—. Por fin. Necesito verte. Y a Red también.

—No sé —contestó Charlie—. Puede que esté demasiado ocupado dando ruedas de prensa. ¿A cuántos periodistas has llamado?

—Quería animarte a devolverme las llamabas —le dijo Adeline, como si esa respuesta fuera perfectamente lógica—. Podría pagarte por tu tiempo, ¿sabes?

Adeline había heredado un buen pellizco de la fortuna de Salt. La cantidad había salido publicada en los periódicos; era una cifra impactante que rondaba los 400 millones de dólares. Sin duda podía permitirse sobornar a Charlie, que en ese momento ni siquiera disponía de un vehículo operativo y con la documentación en regla.

—No quiero tu dinero —respondió Charlie.

Adeline dejó escapar una risilla, como si eso fuera una mentira muy evidente.

—Red necesita planificar su regreso al mundo y Trevor sería una buena opción como primera entrevista. Es amigo mío. Tendrá paciencia con Red. Ensayaríamos primero, por supuesto. Podemos seguir hablando del tema cuando lo traigas aquí el sábado.

—Si quieres verlo, ya sabes dónde vivo. —Después de todo, unas semanas después de la muerte de Salt, Adeline le había enviado suficiente ropa de Remy como para llenar dos armarios, toda ella ridículamente suave y cara.

—Pero ¿cómo sabré cuándo estará en casa Red? —preguntó Adeline, la inocencia personificada—. Tú y la Cábala lo tenéis muy ocupado. La gente está preocupada por él. Me han llamado varios amigos suyos del colegio. Todos quieren verlo. Vamos a tener que programar un calendario social o algo así.

—¿Amigos suyos? —repitió Charlie, sin saber cómo tomárselo.

—El fin de semana parece un buen momento, ¿no crees? A menos que ya tengas algo en tu agenda.

Charlie pensó en las fotos de Remy Carver que había visto en internet de su época en Nueva York. Remy en galas benéficas, con esmoquin y copa de champán en mano. Y con Adeline siempre cerca. Rodeado de mujeres jóvenes y ricas con mechas en el pelo, cejas depiladas y vestidos de satén. De hombres jóvenes con camisa almidonada de cuello abierto, pulseras de oro relucientes y barbita de actor.

¿Red podría comportarse como esa persona? ¿Podría ser esa persona? Al fin y al cabo, Remy y él estaban hechos de los mismos recuerdos, de la misma sangre y los mismos traumas.

Bueno, más o menos de la misma sangre.

—Tengo trabajo —se excusó Charlie—. Elige otro fin de semana.

Adeline volvió a soltar su lisa cantarina.

—Oh, seguro que encontramos una solución.

—Ya veremos. —Volvía a palpitarle la cabeza. No debería haber contestado a la primera llamada, y mucho menos debería haber llamado a Adeline. No estaba en condiciones para competir intelectualmente con nadie.

Ahora que se estaba saliendo con la suya, Adeline casi parecía simpática.

—Te enviaré un mensaje con la hora para el sábado.

—Tengo el móvil jodido —replicó Charlie—. Ahora mismo no me llegan los mensajes.

—Tu vida está repleta de inconvenientes —dijo Adeline con indiferencia—. Pues ven a las once para el *brunch*.

—¿A la casa? —preguntó Charlie; le horrorizaba la idea de regresar a esa mansión.

—Pues claro que a la casa. —El tono de Adeline se volvió impaciente—. ¿Adónde va a ser?

Por un momento, Charlie se planteó cortar la llamada y volver a tumbarse sin más. O negarse a ir. Pero, al parecer, Red estaba a

punto de ser Remy Carver, oficialmente vivo y acaudalado, y no sería ella quien se lo impidiera.

—No le des mi número a nadie más —dijo Charlie con dureza—. Y si ya lo has hecho, diles que lo borren.

—No te pongas tan…

—Y si quieres que sea la chófer de Vince, no vuelvas a amenazarme, chantajearme ni sobornarme. ¿Entendido?

—Aquí la amenaza eres tú, Charlie Hall. Remy era como un hermano para mí y Red forma parte de él. No es justo que tú nos separes.

Charlie pensó en la foto de los paparazzi que había visto en internet, la que parecía haber pillado a Adeline y a Remy en un acto íntimo a bordo de un yate; eso sugería que no se consideraban hermanos, a pesar de haber crecido juntos en la casa de Salt.

—Yo no os separo. Organiza tus planes con él.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea. Con tanto dinero, debía de ser muy frustrante que algunas cosas escaparan a su control.

—Vale —dijo Adeline—. Dile que se ponga.

—Lo siento —respondió Charlie con tono inocente; sabía que estaba siendo tozuda, pero le daba igual—. Ahora mismo no está. —Y colgó.

Le temblaban las manos y le dolía la cabeza. Estaba casi segura de que no había gestionado bien ninguna de las dos llamadas. Y terminó de convencerse cuando se dio la vuelta y vio a Red sentado en una silla junto a la cafetera, con las manos no del todo sólidas y unas sombras que brotaban de él como si fueran niebla. ¿Estaba enfadado? No lo sabía.

Charlie dejó escapar un jadeo ahogado, pero se obligó a hablar:

—Adeline quiere que vayamos el sábado, aunque supongo que lo has oído.

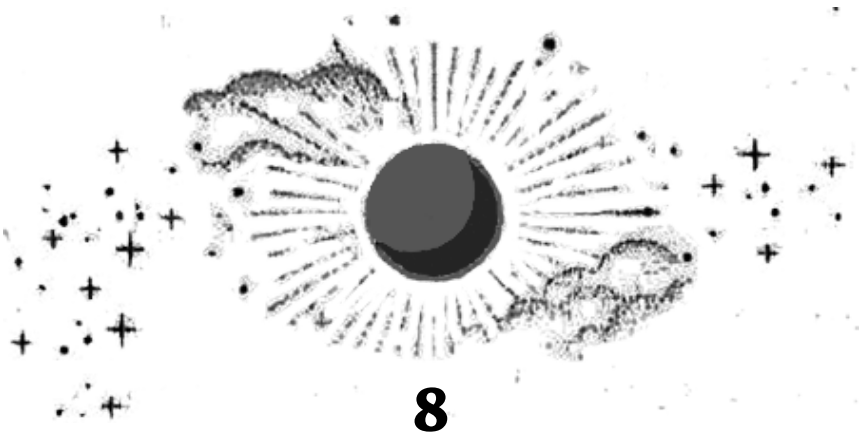
—Sí —contestó él.

—Parece que, oficialmente, estás vivo. Conque, eh… ¿Felicidades?

Red clavó su mirada en ella, con los ojos llenos de brasas.

Charlie soltó una risa tan forzada que le dio vergüenza. Odiaba que Red le diera miedo, pero, en aquel momento, así era.

—Yo no soy Remy Carver —dijo Red con una voz tan hueca como el eco de un túnel—. Adeline debería haberle permitido morir.



8

COBARDES

Cuando Charlie salió tambaleándose del camerino, la fiesta navideña del concesionario ya estaba en declive. Casi todas las bebidas preparadas de antemano se habían acabado y Don no parecía demasiado agobiado por tener que ocuparse de la barra él solo.

—Deberías irte a casa, querida. —Odette se había trasladado a un extremo de la barra, al lado de la mujer taciturna que bebía *whisky* de centeno. Tenía delante otro Pink Squirrel de color chicle.

—Sí, lo tengo todo controlado —intervino Don.

Al oír eso, Charlie estuvo a punto de decir que se quedaba, solo por llevar la contraria, pero con eso solo se perjudicaba a sí misma. Y ya estaba bastante perjudicada.

—Pues hasta mañana.

—Ponte un filete en ese ojo —le dijo Odette.

Mientras Charlie se abría paso entre el gentío, fulminando a cualquiera que la mirara, se fijó en lo deprisa que la gente desviaba la vista. Una vez en la furgoneta, se miró la cara en el retrovisor. La

piel del ojo izquierdo se había puesto de un violento color rojo amoratado y estaba claramente hinchada.

—Deberías dejarme conducir a mí —dijo Red. Charlie dio un respingo. No lo había visto surgir de las sombras en el asiento del copiloto.

—¡Joder! —Volvió a apoyarse en el respaldo—. Me has asustado. —Red le echó una mirada impasible—. Estoy bien —dijo Charlie al cabo de un momento.

—Eres una mentirosa. —Unos mechones de cabello, como hilos de oro, le caían sobre los ojos. A Charlie le costaba creer que en otro tiempo ella se los habría retirado de la cara sin pensar.

A pesar del sobresalto, y del dolor de la mejilla, Charlie se obligó a sonreír.

—Bueno, eso es verdad, pero no significa que no me encuentre bien.

—Charlie. —Red convirtió su nombre en un suspiro, uno que casi podía confundirse con afecto.

—Vale —dijo ella; salió del vehículo para cambiar de asiento. Red fluyó hasta el asiento del conductor, sin fingir siquiera que era humano. Charlie frunció el ceño al sentarse de nuevo—. Bueno, ¿me vas a contar por qué te has lanzado sobre ese tío del concesionario?

Red sacó la furgoneta del aparcamiento y giró por Cottage Street. Pasaron por delante del estanque Nashawannuck sin hablar.

—No sé por qué lo he hecho —confesó por fin.

Charlie no estaba segura de cómo interpretarlo.

—Bueno, pues gracias por defenderme —dijo—. No lo vuelvas a hacer. —Red asintió y frunció el ceño—. A menos que tu intención fuera que me dieran una hostia —añadió Charlie. Sabía que era mejor callarse. Seguía muy alterada después de la conversación con Adeline.

Red le echó una mirada rara y enarcó una ceja.

—¿Y si es así?

Charlie sonrió sin poder contenerse.

—En ese caso, la próxima vez no seas cobarde y pégame tú mismo.

Red rompió a reír, aunque claramente le sorprendía su propia reacción.

Charlie tuvo la sensación de que Red no se había reído mucho cuando vivía en casa de Salt.



Después de preparar unos tallarines, Charlie se duchó otra vez y se dirigió a la cama, envuelta en una gastada toalla azul. Su dormitorio estaba hecho un desastre. La mitad de su ropa limpia estaba guardada en cajas encima de la cómoda, y la mayoría de la sucia, desperdigada por el suelo, recordándole todo lo que le quedaba por empaquetar aún. Ojalá lo de la casa de State Street saliera bien.

Mientras caminaba, reparó en que la toalla tenía gotas de sangre. El pegamento de la herida no había aguantado el turno entero. Quizá Red tuviera razón: habría sido mejor ir a que le pusieran puntos. Tal vez aún estuviera a tiempo, pero era tarde y no le apetecía pasarse horas en urgencias y acabar con una deuda aún mayor. Su seguro tenía un deducible brutal y, en el poco tiempo que llevaba como Hierofante, no había atrapado a suficientes Estragos para ganar bastante con las recompensas.

El plan de Charlie era masticar un par de aspirinas, tomarse una gominola de cannabis y, por la mañana, comprobar cuánto le dolía y cómo de hinchado tenía el ojo. Pero se sentía tan agarrotada que no tenía ánimos ni para ir a por unas bragas y una camiseta limpias; no era buena señal.

Durante un momento el aire se cargó de electricidad, una sensación lo bastante familiar como para saber lo que significaba. Al darse la vuelta, vio que Red la estaba mirando con ojos ardientes.

Charlie se apartó el pelo mojado de la cara, negándose a dejarle ver lo nerviosa que la ponía.

—Pásame una camiseta de pijama.

Red no podía hacerle daño. Ella tenía el control. ¿No era eso lo que siempre le decía, que Charlie tenía poder sobre él? No tenía por qué estar asustada.

Red caminó hasta la cómoda, la abrió y sacó una camiseta con el logo de un club de una serie de televisión de vampiros. Se la tendió con cuidado, como si Charlie pudiera morderle, y su mirada se detuvo un poco más de la cuenta en su clavícula.

Red se dio la vuelta, pero el miedo de Charlie ya se había transformado en otra cosa: deseo. Un deseo tan potente como una patada en los dientes.

A menudo Red parecía despreciarla, pero no siempre. Esta noche, Charlie le había hecho reír. Y ahora la miraba fijamente.

Ella inspiró hondo.

—¿Quieres venir a la cama? —susurró mientras dejaba caer la toalla. Por lo menos no podrían tacharla de tímida.

Durante un instante, Red se quedó totalmente en silencio. Se le movió un músculo de la mandíbula. Charlie vio que su cuerpo reaccionaba ante ella. Al parecer era lo bastante humano para eso; seguía lleno de sangre. Cuando habló, lo hizo con voz ronca:

—Remy nunca habría podido querer a alguien como tú.

Sus palabras fueron una bofetada. Por un momento, como ocurría con el dolor físico, Charlie tuvo que quedarse inmóvil hasta asimilar la sensación. Entonces le mostró la más cruel de sus sonrisas.

—Puede que tú tampoco me quieras. Pero me deseas. Siempre me has deseado.

Él retrocedió un paso, cosa que Charlie consideró una victoria. Eso es, *Estrago espeluznante. Soy una bomba de relojería. Puedo hacerte daño con palabras*.

—Qué pena que esta noche te vayas a quedar con las ganas —continuó Charlie, regodeándose en su maldad. Agarró la camiseta que le había dado Red y se la metió por la cabeza—. Propuesta sexual cancelada. —Entonces tuvo que someterse a la indignidad de

levantarse para buscar unas bragas. Cuando se las puso, Charlie se dejó caer sobre el colchón, de espaldas a él.

—Podrías obligarme, ¿sabes? —dijo Red, que no se había movido de su sitio junto a la puerta—. No hace falta que me lo preguntes.

Charlie se dio la vuelta, sorprendida, y el dolor la hizo arrepentirse de haberse movido con tanta brusquedad.

—¿Cómo?

Red no lo repitió, pero si quería pelea, Charlie estaba lista. Sería un alivio para ella transformar su vergüenza y confusión en rabia.

—¿Quieres que te dé órdenes? ¿Es eso? ¿Te gusta que te digan lo que tienes que hacer?

—Deja de fingir —le espetó Red, mordiendo el final de cada palabra—. Tarde o temprano me vas a enviar a hacer cosas malas. ¿Por qué te comportas como si no? ¿Por qué juegas a esto?

—Si no quieres estar uncido a mí, dame uno de los cuchillos de ónice de la mesilla y te liberaré ahora mismo. Puede que la Cábala te dé caza, pero ya no será problema mío.

Él le enseñó los dientes.

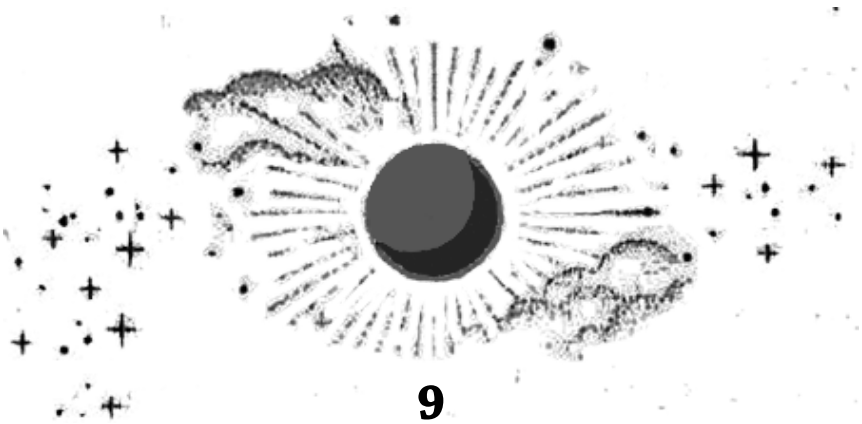
—No lo harías.

—Dame uno y lo averiguaremos —insistió Charlie—. A menos que te preocupe que te apuñale en el corazón si te acercas demasiado.

—Quizá juguemos a ese juego otra noche —dijo él. Y entonces se disolvió en la oscuridad y desapareció.

—Solo los cobardes terminan una pelea así —gritó Charlie, y lanzó una almohada hacia donde estaba Red un momento antes.

No volvió.



9

[BORRADOR] Transcripción por IA de una grabación de Madurai Malhar Iyer

Contexto: Me han pedido que hable con la sombra que aparece en estas grabaciones, y que se refiere a sí misma con el nombre de «Red», con la esperanza de remediar la pérdida de memoria provocada por la transformación de la misma, que pasó de ser una sombra autónoma (también llamada a veces «sombra salvaje» o «Estrago», si bien las connotaciones negativas de esta última denominación resultan evidentes) a ser una sombra uncida y parasitaria.

Sesgos personales: Tengo amistad con Charlotte Hall, la persona a la que Red está vinculado, y una amistad más íntima *[nota personal: ¿amigo-vios? ¿algún término que suene más científico? revisar]* con su hermana, Posey Hall. No conocía a Red antes de que perdiera la memoria, pero me consta que se hacía llamar «Vincent» y era capaz de hacerse pasar por un humano.

Más sesgos personales [¿borrar? revisar]: Hacía mucho tiempo que quería hablar con un Estrago.

Nota adicional: Da mucho miedo.

Malhar: Puedes pedirme que deje de hacerte preguntas en cualquier momento y la entrevista concluirá.

Red: Vale. Deja de hacerme preguntas.

Malhar: ¿Es que no quieres recordar?

Red: ¿Recordar el qué? ¿Que me hacía llamar Vincent? ¿Que fingía ser una persona y vivía entre ellas? No sé. ¿Debería?

Malhar: ¿Y qué es lo que quieres?

Red: Ser…

Malhar: ¿Humano?

Red: Ser o no ser. Esa es la cuestión. O… ¿cómo era? ¿Pienso, luego existo? Y yo existo. O al menos creo que existo. Yo soy. Sam Yo~Soy. Huevos verdes con jamón.

Malhar: ¿Qué significa cuando te pones a hablar así?

Red: Quizá es que no sé qué es adecuado decir en voz alta. Algunos pensamientos míos seguramente deberían estar encadenados.

Malhar: Es una forma muy dramática de expresarlo.

Red: Pero es lo que piensas tú, ¿no? Que sería más fácil que yo estuviera encadenado.

Malhar: ¿Por qué dices eso?

Red: Noto que tienes miedo.

Malhar: Claro que lo tengo. Soy consciente de que no te conozco bien y de que me podrías hacer daño. Has hecho daño a otras

personas. Tú mismo lo has admitido. Pero he decidido confiar en ti.

Red: ¿Te parece inteligente?

Malhar: Dímelo tú.

Red: He querido ser humano.

Malhar: Me sorprende. Hace más o menos un minuto, creía que no pensabas eso. De hecho, creía que te estabas burlando de mí por insinuarlo.

Red: ¿Quién quiere ser una cosa llena de agujeros? ¿Un tapiz a medio tejer? ¿Algo a punto de desmoronarse? Algo que quizá no debería existir en absoluto. Yo solo soy los trozos que alguien no quiso. ¿Por qué querría ser como soy?

Malhar: ¿Lo crees de verdad? ¿Que una sombra no es más que eso?

Red: Ahora eres tú el que me lo tiene que decir. Tú eres el científico.

Malhar: Soy etnógrafo.

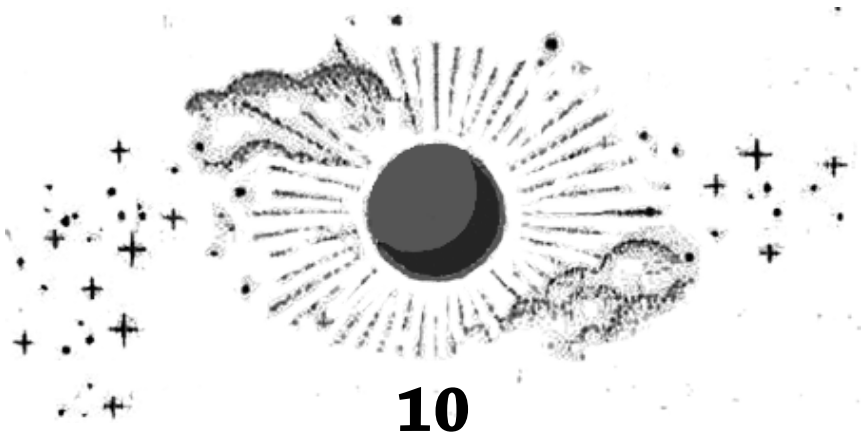
Red: Y yo soy una criatura hecha de agujeros. No sé qué es un etnógrafo.

Malhar: La idea es que hablemos de ti. De cómo ves tú el mundo. Y no te preocupes por no saber lo que es un etnógrafo; mis primos siempre me dicen que no es un trabajo de verdad para tocarme los huevos. Hasta mi madre se olvida de lo que significa.

Red: No sé describir cómo veo el mundo. No tengo nada con lo que compararlo. Podría decirte que lo veo tal cual es, pero sé demasiado como para decir eso. Es como… ¿Cómo se llama? Ese rollo de las sombras en la pared de la caverna. ¿Platón?

Malhar: Eres una perturbadora mezcla de erudición e inestabilidad.

Red: Ah, sí. Me perturbo hasta a mí mismo.



10

MAL CONSEJO

Charlie despertó en la oscuridad, arrancada de sus sueños sobre Estragos y tartas de cumpleaños y hordas de niños pegajosos que se daban la mano con sombras mientras giraban en círculo y cantaban: *Al corro de la noche oscura, los bolsillos llenos de lunas. ¡Una sombra! ¡Otra sombra! Moriremos todos a una*.

Se incorporó de inmediato, alerta, aunque sin saber por qué, hasta que oyó una pisada demasiado fuerte. Lo bastante para hacer crujir el suelo de madera.

Charlie rodó de costado y buscó a tientas la palanqueta de hierro que había guardado debajo del colchón después de los acontecimientos del pasado otoño.

—¿Hay alguien ahí? —oyó decir a Posey con voz adormilada. Posey no sonaba asustada, cosa que acojonó a Charlie.

Abrió de golpe la puerta del dormitorio, enarbolando la barra de hierro.

En el pasillo aparecieron dos hombres cuyas sombras flotaban a su alrededor. Uno llevaba una pistola y el otro una red con cuentas

de ónice. Los dos vestían ropa, botas y abrigos oscuros. Durante un momento, se quedaron con la mirada fija.

No en Charlie ni en Posey. Miraban a Red, que había empezado a cobrar forma delante de ellos.

—¿Qué queréis? —preguntó Posey con voz temblorosa.

La mezcla tenía que ser desconcertante: la sombra acechante de Red; Charlie en camiseta y bragas, con la palanqueta y un ojo morado; y Posey con su pijama de *Guardianes de la noche* y el portátil sujeto bajo el brazo como si tal cosa.

Sin embargo, curiosamente, los dos hombres parecían haber entrado esperando algo mucho peor.

—Tú —le dijo a Charlie uno de ellos, el que llevaba una fina perilla—. Uno de los líderes de la Cábala quiere verte.

—¿En plena noche? —Cuando Balthazar le había dado el mensaje de Vicereine, no había sonado tan urgente.

—Cuando uno de ellos te tira de la correa, acudes de inmediato —sentenció el otro, un pelirrojo mucho más joven que el primero.

Charlie se frotó la cara con el dorso de la mano libre.

—Esto es absurdo. No es necesario montar esta escena.

—Si necesitas un recordatorio más claro de que la Hierofante sirve a los caprichos de la Cábala, eso tiene arreglo —dijo el sicario perilludo.

—¿Ah, sí? —preguntó Red en voz baja y amenazante.

En ese momento, a Charlie se le pasó por la cabeza que, como no había contestado a los mensajes de Vicereine, quizá esta creyera que le había ocurrido algo. Algo como Red. A lo mejor esos tipos habían venido a comprobar si ahora había un Estrago peligroso suelto.

—¿De verdad me estáis diciendo que Vicereine quiere que vaya a verla ahora? He hecho el puto encargo y estoy viva. Volved con ella y decídselo.

—Vístete —dijo el tipo de la perilla—. Tenemos prisa.

Red se difuminó un poco, volviéndose clara y perturbadoramente inhumano. Su cuerpo empezó a irradiar sombras como si fueran

humo.

—Acercaos un poco más y os mataré enseguida. Ya que tenéis tanta prisa.

Los dos hombres se miraron. El pelirrojo retrocedió un paso.

—Más vale que os marchéis —intervino Posey, que por una vez parecía contenta con Red.

Charlie ya había visto a Red matar antes. Aunque la ponía enferma la facilidad con la que aquellos dos se habían colado en su casa, no quería verlos morir.

—No. Iré con vosotros —dijo Charlie, obligándose a poner los ojos en blanco, a actuar con indiferencia, aunque el corazón se le quería salir del pecho—. De todas formas ya estoy despierta.

—Charlie… —la advirtió Posey.

—No pasa nada —contestó Charlie.

Red avanzó otro paso hacia los matones y, por un momento, Charlie creyó que no iba a detenerse. Pero lo hizo y se los quedó mirando, como retándolos a hacerle cambiar de opinión.

Charlie, confiando en que Red se quedara quieto, regresó a su cuarto con el corazón igual de acelerado. Se había metido en demasiadas peleas en las últimas veinticuatro horas. Tenía el cortisol por las nubes.

Se obligó a ponerse unos vaqueros y una sudadera. Cuando fue a por el abrigo, se dio cuenta de lo destrozada que estaba la espalda; el forro de espuma se salía por todas partes. Decidió llevarse la cazadora de cuero y una bufanda.

Red estaba en el umbral. Charlie dio un respingo; no lo había oído entrar.

—Podrías dármelo a mí —le dijo él.

Ella frunció el ceño, confundida. No podía referirse al abrigo.

—¿Darte el qué? Creía que no querías nada de mí. ¿No es eso lo que me diste a entender antes?

—Me refiero a lo que estás sintiendo. A todo lo malo. Puedes dármelo a mí.

—¿Y entonces no te sentirás mal tú? —Charlie le echó una mirada. Red se encogió de hombros—. ¿Quieres sentir lo que siento yo ahora mismo? —Se le quebró la voz; temía estar a punto de echarse a llorar—. ¿Que tengo ganas de subirme por las paredes, o de vomitar, o de ponerme a lanzar cosas? ¿Que no puedo proteger a mi hermana? ¿Que todo el mundo cree que me quieres matar y que soy una imbécil por pensar que no?

—No quiero matarte —dijo Red.

—Me alegra saberlo —respondió Charlie—. Y para tu información, tanto si quieres sentir toda la mierda que siento yo ahora como si no, no vas a poder, porque es mi mierda y no te la voy a dar.

Red soltó un resoplido que tal vez fuera de risa.

—Eres una persona muy extraña, Charlie Hall.

—¿Sí? Pues tú también eres raro de cojones —respondió ella. Salió a zancadas de la habitación y cruzó el pasillo hasta el baño, donde se puso desodorante, se cepilló los dientes y lloró un poquito sin saber del todo por qué.

Posey entró mientras Charlie se miraba el ojo izquierdo en el espejo; estaba muy hinchado y se estaba poniendo de color violeta y negro.

—¿Te ha pegado él? —preguntó Posey.

—No. —Charlie se untó inútilmente un poco de corrector.

—Los cabalistas son peligrosos —dijo Posey—. Deberías dejar que te acompañe.

—No estaré sola —le recordó Charlie.

Posey le echó una mirada escéptica.

—Os he oído discutir. O sea, no oía lo que decíais, pero he oído vuestro tono de voz. Antes Vince era buen tío; puede que un poco calzonazos, pero era bueno. Ya no es así.

—Antes no te caía bien.

—Bueno, pues ahora lo echo de menos —admitió Posey—. Y no me fío de Red.

Vince había mentido, pero a Charlie no le molestaban las mentiras. Una mentira era la mejor historia posible. Los cuentos

inverosímiles solían ser ciertos, pero las mentiras… Las mentiras eran el mundo tal y como queríamos que fuera o queríamos creer que fuera. Las mentiras eran arte, optimismo y profundos temores. Charlie nunca se había sentido tan cerca de las personas como cuando les mentía, pero esa cercanía solía ser unidireccional.

—Yo también lo echo de menos

—¿Entonces puedo ir contigo? —preguntó Posey.

—Claro que no —le contestó Charlie a su hermana—. Si no he vuelto a mediodía, llama a Raven. Te pasaré su número.

Posey se rio sin ganas.

—¿Qué va a hacer ella?

—No lo sé —dijo Charlie—. Pero ella conoce a los cabalistas. Prométele que le haré cualquier favor que me pida y ella usará sus contactos para averiguar lo que ha ocurrido. Si me meto en un lío, te necesito a ti fuera.

—Vale. —Después de fulminarla con la mirada, Posey salió del baño. Por muy cabreada que estuviera, seguía siendo mejor eso que ponerla en peligro. Lo último que necesitaba Charlie era meter a otra persona en su pésima situación.

Cuando salió del cuarto de baño, los matones de la Cábala la estaban esperando.

—Vamos. —El de la perilla la agarró del brazo para llevársela.

En el exterior, el aire se había vuelto aún más gélido. Aún faltaba al menos una hora para el amanecer. El aliento de Charlie se condensaba delante de su cara mientras los sicarios de la Cábala la guiaban hasta un Jeep negro con un par de dados blancos de peluche colgados del retrovisor.

Cuando subió a la parte trasera, el pelirrojo le sonrió con arrogancia por el retrovisor. El de la perilla toqueteó su móvil y puso un podcast por los altavoces del coche mientras se alejaban del camino de entrada. Una especie de *bro* motivacional les empezó a dar la chapa:

—A las mujeres les atrae el éxito, pero piénsalo bien: el éxito atrae a todo el mundo. Si a ti no te atrajera el éxito, no me estarías

escuchando. Te daría igual lo que cuento si no quisieras tener lo que tengo yo: dinero, respeto y, está claro, tías. Pero hablemos claro: si consigues el dinero y el respeto, las zorritas llegarán. Y para eso vas a tener que ser disciplinado. Vas a tener que trabajar duro y con cabeza. Vas a tener que verte a ti mismo como la clase de hombre al que se le abren todas las puertas.

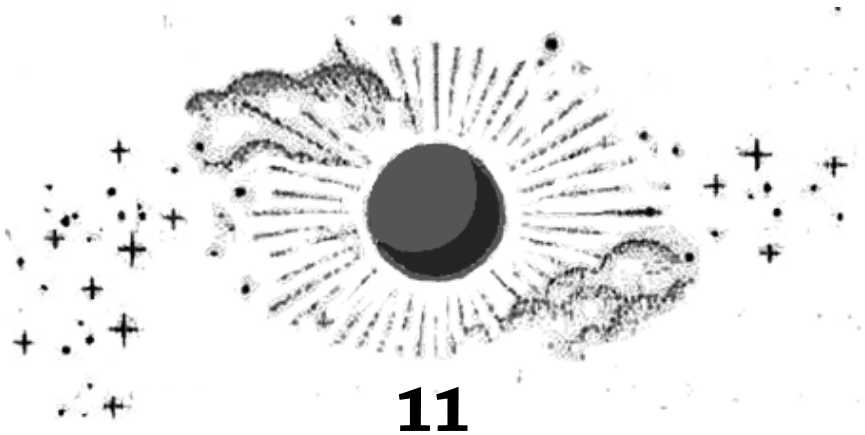
—¿Por qué siempre tenemos que escuchar esta mierda? —preguntó el pelirrojo.

—Cállate —respondió el de la perilla—. Igual hasta aprendes algo.

Charlie trató de ignorar la voz del podcast, pero eso de «la clase de hombre al que se le abren todas las puertas» le recordaba a Rand. Él le había dicho algo similar sobre los timadores: «Tienes que ser capaz de encajar en cualquier lugar, Charlie. En un bar de mala muerte. En un restaurante con estrella Michelin. El timador debe ser un camaleón. Si lo consigues, nunca te encontrarás una puerta cerrada».

Rand había intentado enseñarle a ser así. A ser capaz de entrar y salir de cualquier parte. A no desentonar con nadie, ni siquiera con los poderosos.

Y, bueno, solo había que ver dónde estaba ahora Charlie Hall.



11

EL SR. GUIÑOL

Veinticinco minutos después, aparcaron en la entrada de una casa en los bosques de Leverett. Un ventanal iluminaba el jardín en pendiente; a un lado de la casa se veía el borde de un acantilado y, debajo, la alfombra de árboles. Había un letrero de SE VENDE en el césped, muy a la vista.

—¿Esta casa es de un miembro de la Cábala? —preguntó Charlie. No estaba segura de lo que se había imaginado, pero los antifaces de Bellamy tenían su base en una torre abandonada en el bosque, con sus grafitis y su cemento resquebrajado. Aquella casa tenía un garaje de dos plazas.

—No —contestó el pelirrojo—. El Sr. Guiñol la ha tomado prestada.

—¿El Sr. Guiñol? —repitió Charlie.

—El nuevo líder de los titiriteros —le aclaró el de la perilla.

—¿Qué le ha pasado a Malik? —A Charlie nunca le había caído especialmente bien (ser capaz de controlar cuerpos ajenos era un uso atroz de la magia de sombras y Charlie recelaba muchísimo de

cualquiera que quisiera especializarse en ello, por no hablar de liderar su Cábala), pero tampoco le había hecho nada para que ella le guardara un rencor especial.

—Salt hizo que Malik pareciera débil. Tarde o temprano alguien de la organización iba a actuar.

Un derrocamiento, entonces, y reciente. Charlie se preguntó si Bellamy y Vicereine lo habrían apoyado o si les habría pillado desprevenidos.

El pelirrojo la llevó hasta la puerta, la abrió y entró. Charlie lo siguió. En una sala de estar de techo alto y ventanas enormes, sentado en un sofá de terciopelo verde, había un hombre mayor con pijama y batín. Tenía los ojos cerrados.

—Charlie Hall —dijo el hombre sin abrir los ojos—. Al fin nos conocemos.

Un estremecimiento recorrió a Charlie, como si fuera un pantalón en una cuerda de tender. Aquel tenía que ser el nuevo líder de los titiriteros, pero… no exactamente. ¿Había titerizado al dueño de la casa? Charlie trató de tragarse el horror y pensar de forma racional. El Sr. Guiñol tenía una manera de ocultar su identidad y hacer alarde de sus habilidades al mismo tiempo. Quería asustarla.

Y lo conseguía.

—¿Dónde está Vicereine? —preguntó Charlie, con un nudo de temor en el estómago.

—¿Qué importa eso? —dijo el Sr. Guiñol por boca del otro hombre.

Charlie había dado por hecho que aquello era cosa de Vicereine. Que había sido ella quien había mandado llamar a Charlie para echarle la bronca, aunque hubiera más gente presente. Ya no estaba tan segura.

—Es que no sé por qué estoy aquí.

—Porque sirves a la Cábala y yo soy uno de sus líderes. Puedes llamarme Sr. Guiñol, aunque ni ese es mi nombre ni este es mi rostro. —El hombre esbozó una sonrisa horrible, como si sus

músculos lucharan entre sí—. Bueno, ¿adivinas por qué te he traído aquí?

—He cumplido mi último encargo. —Charlie se señaló el moratón que le había hecho el tipo del bar; aunque no era del todo cierto, era más fácil que enseñarle la herida de la espalda—. Si es que se trata de eso.

—Eres rápida —dijo el Sr. Guiñol—. Y puede que imprudente.

—Soy ambiciosa —repuso Charlie—. Mi ambición es que Vince y yo nos libremos de este curro lo antes posible.

—¿Y a ti te está gustando este trabajo, sombra? —preguntó el Sr. Guiñol.

Charlie se dio la vuelta y vio a Red detrás de ella, tan sólido como cualquiera de ellos. No lo había visto manifestarse. ¿Por qué lo había hecho?

—Suelo de ónice —le dijo Red en silencio, solo moviendo los labios.

Joder, Charlie había perdido su don. Lo había pisado sin darse cuenta siquiera.

—¿Sombra? —repitió el hombre.

Se hizo un silencio; Charlie temía que Red se negara a contestar al nuevo líder de los titiriteros a menos que ella se lo ordenara.

—¿Matar a otros Estragos? —contestó Red finalmente, con una voz sedosa que era pura amenaza—. ¿Cómo no me va a gustar?

Charlie reparó en la expresión de sorpresa de los dos hombres que la habían traído allí. Sabían que Red podía hablar, pero aun así parecía asombrarles. Tal vez no se esperaban ese sarcasmo.

El Vince que Charlie había conocido solía encorvarse para parecer menos alto, trataba de ocupar menos espacio allá donde iba. En cambio, Red emanaba violencia. Ni se le pasaba por la cabeza aparentar docilidad; la correa le estorbaba y no le importaba que la gente se diera cuenta. Cuando sus ojos se encontraron con los de Charlie, Red le sonrió, pero no había ni un gramo de dulzura en esa sonrisa.

—Vayamos al grano —dijo el Sr. Guiñol—. Siéntate, Charlie Hall.

Entonces el hombre del batín pareció desinflarse; una sombra se despegó de su cuerpo y se deslizó por el suelo, hacia el rellano.

—Sí, siéntate —dijo una segunda voz desde las escaleras. Era una mujer de cincuenta y tantos años, de cabello plateado, vestida únicamente con un camisón. Tenía los ojos cerrados y se bamboleaba ligeramente, como si estuviera profundamente dormida. ¿La otra dueña de la casa?

—Qué teatral —comentó Red.

—Qué mal rollo —añadió Charlie mientras recorría la estancia con la mirada. Si encontraba la línea que conectaba la sombra del Sr. Guiñol con su escondite, quizá podría averiguar su identidad. Pero había demasiadas sombras en esa habitación—. ¿Ya has terminado de jugar a las muñecas?

—No seas maleducada —dijo el pelirrojo, que se llevó inmediatamente la mano a los labios, como si no pudiera creer lo que acababa de decir. Otro truco del Sr. Guiñol.

—Siéntate —dijo el hombre del sofá mientras la sombra del titiritero regresaba con él—. Antes de que pierda la paciencia.

Como no quería que la próxima orden saliera de su propia boca, Charlie se sentó en el sofá de terciopelo. Red se situó detrás de ella, lo bastante cerca como para tocarlo si se inclinaba hacia atrás, cosa que definitivamente no quería hacer.

—Bueno, seamos buenos anfitriones —le dijo el Sr. Guiñol al pelirrojo que acababa de controlar—. Trae un té.

El matón frunció el ceño, pero se dirigió a la cocina.

—Un café, si hay —le dijo Charlie mientras se alejaba, tratando de actuar como si aquello fuera normal. Como si no pasara nada.

La mujer seguía en las escaleras, con los ojos cerrados, meciéndose. Charlie no sabía cómo se mantenía en pie.

—Tengo un encargo para ti, Hierofante —dijo ella, con la entonación del Sr. Guiñol.

Solo había pasado una semana desde que Vicereine le había ordenado cazar al Estrago de la fábrica, después de que unos críos sombríos lo hubieran visto merodeando por el paso subterráneo del

río. Lo último que necesitaba Charlie era otro encargo. Pero al parecer estaba a punto de recibir uno.

Al menos le ofrecerían una recompensa.

—Hubo una masacre en la iglesia Grace Covenant —continuó el Sr. Guiñol.

—La de Hatfield —dijo Charlie; pensó en los televisores del Walgreens, en el periodista que hablaba de los muertos del sótano. Pensó en los tallos blanquecinos y pegajosos de las flores que sostenía mientras su madre se casaba con Travis. Las acababan de recoger en la cuneta. Charlie había sentido esperanza por el futuro, por su familia—. La de la secta.

—Las víctimas se reunían periódicamente en el sótano de la iglesia para hablar sobre magia de sombras —dijo el Sr. Guiñol, hablando a través del hombre del sofá—. Aspiraban a avivar su sombra. Seguro que estás familiarizada con esa clase de personas.

Charlie no estaba segura de si el Sr. Guiñol insinuaba que la propia Charlie había sido una de esas aspirantes (no era cierto, bueno, no del todo) o que él conocía a Posey.

—Lo estoy —se limitó a contestar.

—No formaban parte de ninguna secta —le explicó el Sr. Guiñol —. Uno de los nuestros estuvo allí. Esa noche daba una charla. Nadie lo ha vuelto a ver desde entonces. Quiero que averigües lo que ocurrió.

—¿Yo? —Charlie levantó las manos en un gesto defensivo. Eso no formaba parte de las responsabilidades de la Hierofante, y era poco probable que fueran a pagarle por ello—. No se me da bien investigar desapariciones ni encontrar a asesinos. Yo cazo Estragos rebeldes y robo cosas.

—Creía que eras ambiciosa —dijo el Sr. Guiñol.

Durante un instante, Charlie no supo qué responder.

—¿Qué me estás diciendo?

—Mata al Estrago responsable. Localiza a Rooster Argent y borra su rastro. No quiero que nada de este asunto se vincule con la Cábala, ¿entendido?

—¿Lo hizo un Estrago? —preguntó Charlie.

El pelirrojo regresó con una sola taza de café, instantáneo a juzgar por el olor. Ella la aceptó agradecida. El primer trago le despejó un poco la mente. Pero después del segundo se dio cuenta de que el tipo no le había traído nada a Red. ¿Era porque no esperaban que Red pudiera ingerir comida o bebida? ¿Era muy inusual que lo hiciera?

Charlie miró a Red de reojo, pero no pudo leer en su rostro nada de lo que sentía.

¿Quieres un poco?, le preguntó a través de su vínculo mientras levantaba la taza. Seguía enfadada con él por la discusión en el dormitorio, pero tratarlo como si no fuera una persona no era manera de vengarse.

Red negó con la cabeza.

—¿Quieres que mate a un Estrago y que encuentre a un tipo llamado Rooster? ¿«Gallo»? —Charlie se giró de nuevo hacia el títere del Sr. Guiñol para intentar retomar el hilo de la conversación—. ¿Quiquiriquí?

Ya que el tipo seguramente estuviera muerto, era un poco insensible opinar sobre su nombre. En fin. Demasiado tarde.

—Sí —continuó el Sr. Guiñol—. Elimina todo y a todos los responsables de esas muertes. Silencia el asunto. Encuentra a Rooster o lo que quede de él. Limpia su nombre. Lo último que necesitan los cabalistas es más publicidad negativa, más amenazas de supervisión gubernamental. Haz que el problema desaparezca, sé discreta con lo que descubras y convenceré a los demás de que os liberen a los dos del cargo de Hierofante. Sabes perfectamente que nunca pondrán en libertad a tu sombra sin mi intercesión.

Esa recompensa era mucho mejor que el dinero.

—¿Y crees que podrás convencerlos? —A Charlie le gustaba la oferta, sobre todo porque implicaba que había algo que silenciar. Podía serle muy útil obtener material con el que chantajear a un líder de la Cábala. Claro que, si lo que el Sr. Guiñol quería ocultar era muy gordo, tal vez preferiría que Charlie se llevara el secreto a la

tumba antes de tiempo. El Sr. Guiñol podía prometerle el cielo si planeaba matarla después.

—Puedo conseguir que os liberen a los dos —insistió, hablando por una boca robada.

Charlie no veía ninguna forma de librarse; más le valía confiar en que estuviera diciendo la verdad.

—¿Puedes contarnos algo sobre la masacre? ¿Hay algún motivo por el que crees que hubo un Estrago involucrado?

La respuesta salió de la mujer de las escaleras:

—Los cuerpos estaban exanguinados.

Bueno. Eso era un motivo. Un motivo inquietante.

—Ningún Estrago necesita tanta sangre. —Red frunció el ceño—. Puede desearla. Pero no necesitarla.

Los dos matones intercambiaron una mirada incómoda.

—¿Debería preocuparnos tu lealtad, Vincent Carver? —preguntó el Sr. Guiñol.

Un largo silencio invadió la habitación y Charlie volvió a pensar en la taza de café que había traído el pelirrojo. ¿Cómo esperaban que les fuera leal si ni siquiera le habían dado algo de beber?

—No —contestó finalmente Red.

—A Bellamy le gustaría estudiarte —dijo el títere del Sr. Guiñol—. Cree que podría aprender mucho sobre los Estragos si te hurgara un poco. Si hiciera unos experimentos.

—No es una rata de laboratorio —le espetó Charlie.

—No. Es un monstruo —contestó el Sr. Guiñol, aunque había admiración en su tono—. Si me fallas, la sombra irá a parar a manos de los antifaces para que la estudien. Y a ti, Charlie Hall, te convertiré en un títere de verdad.

—¿Qué significa eso? —Empezó a arrepentirse de la pregunta en cuanto la formuló.

—Te obligaré a atacar a todas las personas que más te importan. Les harás daño y lo recordarás, pero serás incapaz de contenerte —le dijo—. Haz lo que te pido. Acabo de ascender al poder entre los

líderes de la Cábala locales. Necesito aliados. Puedes ser mi aliada… o mi enemiga.

Una gran promesa, una amenaza aún mayor y nada que lo obligara a cumplir su parte del trato. Y no solo eso, sino que por lo visto equiparaba «fracasar en una tarea difícil» a «ser su enemiga». No pintaba bien. Charlie había logrado eliminar a duras penas al último Estrago al que se había enfrentado; uno que hubiera matado a tantas personas sería muchísimo peor.

Sin embargo, el Sr. Guiñol la tenía en sus manos. Sus amenazas eran demasiado aterradoras y su oferta demasiado buena.

—Cumpliré el encargo —dijo Charlie—. ¿Cómo me pongo en contacto contigo si necesito preguntarte algo más? O informarte de lo que haya averiguado.

—Yo te encontraré a ti —contestó la mujer de las escaleras; hablaba como si estuviera soñando.

—Yo te encontraré a ti —dijo el hombre del sofá, en pijama y batín, con los pies descalzos sobre la alfombra.

—Yo te encontraré a ti —dijo el matón de la perilla. Se limpió la boca con el dorso de la manga cuando terminó de hablar, con expresión asqueada.

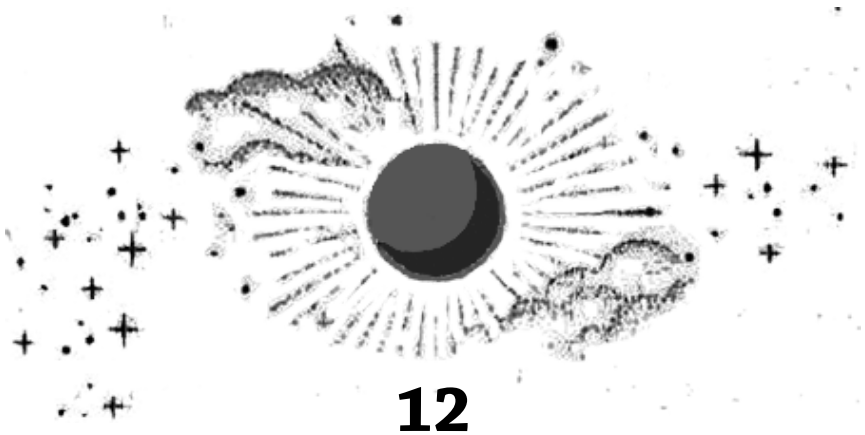
Charlie se levantó.

—Pues será mejor que me ponga a ello. —Dejó su taza en la mesita.

El hombre del batín no respondió. Su rostro se había quedado laxo. Tenía el aspecto de alguien que te podías encontrar en el supermercado, mirando si los huevos tenían grietas. El típico padre que sacaba la escalerilla refunfuñando para colgar las luces de colores antes de que sus hijos volvieran a casa por Navidad. ¿Se despertaría en el sofá sin saber cómo había llegado allí, con una taza usada delante? ¿Su mujer amanecería en las escaleras y se plantearía si tenía síntomas de demencia? Y lo peor de todo era que ninguno de los dos sabría que el Sr. Guiñol los había utilizado.

Nadie debería encubrir al líder de los titiriteros. Nadie debería «silenciar el asunto».

Así que Charlie no era nadie, porque, a pesar de saber eso, iba a hacer exactamente lo que él quería.



12

FINGIR

El alba resplandecía entre los árboles como una hoguera lejana cuando Charlie se sentó en el bordillo de la acera para pedir un Cosmic Cab, una de las alternativas a Uber o Lyft más peculiares del Valle. Al mirar a Red por el rabillo del ojo mientras daba la dirección de su casa, tuvo la incómoda sensación de que, en cuanto dejara de observarlo, volvería a transformarse en sombra.

—No te vayas —le dijo mientras guardaba el móvil. Red frunció el ceño, como si no supiera a qué se refería—. Digo que no hace falta que desaparezcas constantemente —continuó Charlie—. Aunque entiendo que quieras hacerlo. A veces a mí también me gustaría poder desaparecer.

Él se sentó a su lado, sobre la hierba gélida.

Quizá no pudieran ser nada más que amigos, pero Charlie necesitaba encontrar la manera de llegar a ese punto con él.

—También podrías hablar más conmigo —le dijo con un bostezo —. O sea, evidentemente. Perdona, es que estoy cansada.

—Yo antes no dormía nunca —la complació Red, mirándola con atención—. Pero ahora sí. Unas pocas horas todas las noches. ¿No te parece raro?

—¿Y sueñas? —preguntó Charlie, aunque ya lo sabía. En una ocasión, Red había llamado a Adeline en sueños.

—Creo que siempre he soñado —contestó él. Parecía sorprenderle su propia respuesta.

Ella le sonrió.

—¿Puedo apoyarme en tu hombro?

—Puedes —respondió Red, como si estuviera seguro de que no lo haría. Pero en ese momento Charlie necesitaba todo el consuelo que tuviera a mano. Le resultaba fácil imaginar que en realidad apoyaba la cabeza en Vince. Vince, que limpiaba los canalones de la casa y hacía la compra incluso cuando no le tocaba, que pagaba su parte del alquiler puntualmente y sin quejas. Vince, tan estable que era un enigma.

El abrigo de lana de Red era suave y olía a colonia, una colonia cara con clavo y humo. Vince olía a lejía y al gel barato que Charlie compraba para la ducha. Vince había intentado aparentar que no tenía nada de especial. Pero ya entonces una parte de Charlie lo había sabido: aunque ahora tuviera a Vince, no podía ser suyo.

Y al final había resultado no ser real.

Red era la cara oculta del hombre al que Charlie había querido, la que ella le había obligado a enseñar algunas veces. Esos atisbos le habían hecho sentir que los dos compartían un secreto perverso. Ahora que él le mostraba esa cara a todo el mundo, todo el tiempo, y que tal vez Charlie ni siquiera le caía bien, sus sentimientos eran un doloroso revoltijo de deseo y vergüenza.

Vince había sido la clase de persona junto a la cual una podía envejecer cómodamente. Red era un monstruo. Una no envejecía con un monstruo. Prendía fuego al mundo a su lado hasta que las llamas los consumieran a ambos.

Aun así, apoyó la mejilla en el brazo de Red y cerró los ojos. Típico de Charlie Hall, ignorar todas las advertencias.

—Despiértame cuando llegue el coche.

No se durmió. Pero sí escuchó el canto matinal de los pájaros y sintió la calidez del sol que atravesaba el frío aire nocturno. Dejó que Red la reconfortara echándole un brazo sobre los hombros, tan sólido como si estuviera hecho de carne.

El Sr. Guiñol le había ofrecido una oportunidad, siempre que no la cagara. Iba a tener que averiguar qué era lo que intentaba ocultarles a los otros dos líderes de la Cábala. Y también iba a tener que encontrar al asesino, aunque no sabía cómo hacerlo, sobre todo porque, en teoría, los Estragos podían regresar a las sombras y no volver a salir.

Cuando oyó el crujido de los neumáticos sobre la grava, abrió los ojos.

Fiel al cósmico nombre de la empresa, el Mitsubishi Mirage estaba tuneado, aunque no se habían gastado demasiado: la carrocería tenía unas espirales de color rosa y azul oscuro pintadas con aerosol, para darle un aspecto vagamente galáctico y, de paso, tapar diversos arañazos y abolladuras.

Cuando Charlie abrió la puerta, la recibió el ritmo machacón de la música *eurodance* y un asiento trasero con funda de pelo rosa. El techo tenía una tela plateada pegada con pegamento y tachonada de luces LED arcoíris que iban cambiando de color. Una persona alta no entraría fácilmente en aquel coche.

Charlie se sentó, le dejó sitio a Red y le dio su dirección al conductor. El chaval (parecía universitario) tecleó enseguida la dirección en la aplicación de mapas de su móvil.

—¿Puedes pasar por la ventanilla de un Dunkin' por el camino? —le preguntó Charlie.

El chaval levantó la cabeza.

—Eso está hecho.

Dicho eso, Charlie volvió a recostar la cabeza en el hombro de Red. Esta vez, el runrún del motor y la sensación de la calefacción extendiéndose por su cuerpo la alejaron de sus planes. Al cabo de unos momentos, a pesar de la música, se quedó dormida.

Soñó que estaba en la biblioteca de la mansión de Salt, tumbada en la alfombra. Pero esta vez no era la niña de entonces, que se había despertado en un charco pegajoso de vómito, veneno y sangre falsa. Ahora era la Charlie adulta, con el traje rojo que llevaba la última vez que había estado allí. Rand, sentado en un sillón de cuero, la miraba entre calada y calada de un puro.

Rand, su mentor en el arte de la estafa cuando era demasiado pequeña para saber lo que hacía y demasiado mayor para mejorar como persona. Rand, al que había odiado casi tanto como lo había querido, y al que echaba muchísimo de menos desde que Salt lo había asesinado.

—Es un puro cubano. —Rand le dio una profunda calada y frunció los labios para hacer unos aros de humo—. Solo lo mejor para Lionel Salt.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Charlie mientras se ponía de pie —. ¿No deberías estar muerto?

Rand le sonrió con afecto.

—Ya me conoces, siempre me cuelo en sitios donde tengo prohibido entrar. El caso es que he venido a advertirte.

Charlie miró a su alrededor.

—Creo que ya es tarde para eso. Salt está muerto.

—No puedes fiarte de los habitantes del castillo —continuó Rand, negando con la cabeza—. De ninguno. Ni siquiera de los prisioneros de la mazmorra. —¿Se refería a Red?—. Son como vampiros. —Rand le dio la vuelta al puro y presionó el extremo encendido contra la palma de su mano. El olor a carne chamuscada invadió la estancia. Su sonrisa familiar se volvió extraña, amenazante—. Se beberán tu sangre.

Y entonces Charlie se despertó con un jadeo. Seguía en la parte trasera del Cosmic Cab; la música seguía atronando. Quizá la hubiera despertado el aire frío que entraba por la ventanilla abierta, porque el conductor estaba recogiendo una bandeja de bebidas.

—Te he pedido un café con leche grande —dijo Red. Por un momento, Charlie no entendió lo que decía. ¿Por qué recordaba

cómo le gustaba el café?

Se frotó la cara con la mano, dándose cuenta de que un café no significaba que Red hubiera recuperado la memoria. Solo quería decir que había prestado atención las últimas semanas.

—Vale. Gracias.

El conductor le tendió un café inmenso, le pasó a Red otro más pequeño (pero igual de lechoso) junto con el cambio y se quedó con una monstruosidad de nata montada.

Red se había pedido un café. Interesante. Conque sí quería comer y beber como los humanos.

—¿Qué miras? —le preguntó él.

—Antes lo tomabas sin leche. —Charlie señaló su vaso.

Red pestañeó.

—¿Sí?

—A lo mejor solo intentabas hacerte el duro —contestó ella.

Red probó un sorbo, pero su expresión no le dejó adivinar si le gustaba o no. A Charlie se le ocurrió que tal vez Red ni siquiera supiera cómo prefería el café. Quizá antes lo tomaba sin leche porque lo había elegido en una ocasión, al azar (probablemente porque había oído a alguien pedirlo así), y ya no había cambiado. Quizá muchas de las cosas que Charlie creía saber sobre Vince no habían sido nada más que un camuflaje protector.

Eso le dio una idea.

Al volver a casa, Charlie descubrió que Posey había salido. Solo había dejado un plato sucio en el fregadero y una solitaria carta de tarot en la encimera. El Hierofante.

Charlie conocía su significado, porque llevaba años escuchando a Posey echarle las cartas a la gente por Zoom. La adhesión a las convenciones, las restricciones y las normas. El representante de una institución. Pero puesto que también era el cargo que tenía Charlie en la Cábala, seguramente esa carta no fuera más que una forma de fastidiarla, y lo había conseguido.

Charlie quiso enviarle un mensaje a Posey para decirle que había llegado sana y salva, pero en cuanto sacó el móvil recordó que no

podía. Optó por llamarla, pero la llamada se fue directa al buzón de voz de su hermana.

Hasta hacía apenas unos meses, Charlie se había acostumbrado a saber dónde estaba su hermana en todo momento. Se había acostumbrado a una Posey que se escondía dentro de casa, que no era peligrosa ni proclive a ponerse en peligro. Ahora que tenía la sombra avivada, Posey era ambas cosas. Charlie iba a tener que acostumbrarse también a eso.

—Voy a hacer ramen para el desayuno, o como llames tú a esta comida —dijo Charlie mientras buscaba una cacerola—. ¿Quieres?

—¿Yo? —preguntó Red.

—En el coche has bebido café —le recordó.

Al morir, Remy había introducido todo su ser en Red. Eso, además del poder que Red ya poseía, le permitía hacerse pasar por un ser humano, algo de lo que ningún otro Estrago parecía ser capaz.

Red la observó desde un rincón de la estancia mientras ella hervía los tallarines y un par de huevos. La observó mientras les añadía salsa de soja y aceite de sésamo y picaba espinacas congeladas. Luego le puso un cuenco delante.

—Pruébalos.

Red titubeó, pero se llevó la cuchara a la boca. Charlie casi podía ver su incredulidad a medida que comía, como si hacerlo fuera algo prohibido para él. Pero se los tragó, igual que se había tragado el café. Un momento después, la miró a los ojos.

—No siempre podía hacer esto.

—¿A qué saben? —preguntó Charlie.

—A sal —contestó—. Como el sudor.

La comparación era extraña (y ligeramente asquerosa), pero no se equivocaba: el sudor era salado. Seguramente hubiera probado la piel antes, al lamer sangre.

—¿Qué más cosas has comido?

Su expresión cambió, como si hurgara en sus recuerdos.

—Tarta de cumpleaños. —Charlie le echó una mirada curiosa—. Remy decía que el cumpleaños era de los dos, no solo suyo. —En ese momento transmitía timidez—. Quería que yo comiera, así que aprendí a hacerlo. Su abuelo pensaba que yo era un parásito. Una imitación. No le gustaba que Remy me dejara hacer cosas agradables.

Charlie se preguntó si eso se debía a que Salt había invertido mucho para que Red trabajara para él haciendo cosas desagradables.

—¿Y notaste el sabor de la tarta?

—Estaba demasiado dulce. Sobre todo el glaseado.

Red había seguido probando la sopa a sorbitos mientras respondía a sus preguntas. Con cada uno, añadía algo. Un tallarín. Un trozo de espinaca. A pesar de haber comparado su sabor con el sudor, no parecía disgustarle.

—Me dijo que no le contara a nadie lo de la tarta.

Un parásito. Una imitación. ¿Así se veía él? Decía esas palabras como si no le dolieran, pero ¿de verdad era así? Charlie no recordaba haber visto ningún cambio en su expresión cuando el Sr. Guiñol lo había llamado monstruo.

—Ahora puedes comer todo lo que te apetezca —le aseguró Charlie mientras se inclinaba sobre su propio cuenco de ramen.

Red sonrió con picardía.

—Eso no me volverá más humano —le dijo—. Aunque a ti te ayude a fingir que sí.

Charlie le sostuvo la mirada.

—No era yo quien fingía que eras humano.

Esa tarde, Charlie le tomó prestado el portátil a Posey y buscó artículos sobre lo que la prensa denominaba la «Masacre de la secta de Hatfield». A pesar de ese título tan sensacionalista, los reportajes

más serios reconocían que se trataba de un grupo esporádico que se reunía cada dos semanas en la iglesia Grace Covenant. No de una secta.

Charlie encontró un artículo que contenía una lista de víctimas con fotografías. Doce muertos. Sobre todo gente mayor y unos pocos adolescentes. La policía les había seguido la pista a varios miembros del grupo que seguían vivos, pero nada indicaba que hubieran asistido aquella noche. Una de las víctimas tenía drogas en el organismo, pero eso no quería decir mucho. Con suerte, habría estado lo bastante colocada para no sufrir.

No se mencionaba ni a Rooster ni a las Cábalas.

No parecía haber ninguna pista sólida, lo cual suscitaba toda clase de especulaciones por parte de las fuentes habituales. Algunos comentaristas de X y Reddit estaban convencidos de que el grupo había sido víctima de alguien que pensaba que todos los umbristas estaban poseídos por demonios. Unos cuantos analistas conservadores sostenían que las muertes habían sido el resultado de un intento de avivamiento de sombra, un proceso que requería derramamiento de sangre y se les había ido de las manos.

Charlie esperaba que el Sr. Guiñol no considerara que esa clase de especulaciones eran un fracaso por parte de Charlie a la hora de silenciar el asunto. A la gente le interesaba. Si el Sr. Guiñol quería que la opinión pública lo olvidara, seguramente era verdad que había que resolver el asesinato. Y como la gente no se iba a conformar con culpar a un Estrago, puesto que eso requeriría que los Estragos se aceptaran como algo real, alguien iba a tener que comerse el marrón.

De hecho, a la gente le interesaba tanto el caso que Charlie se topó con un enlace a unas fotografías filtradas del escenario del crimen en un foro de Reddit. Si las fotos eran reales (y desde luego lo parecían), los asesinatos habían sido espantosamente brutales. Las heridas de los cadáveres eran anchas y profundas, como hechas por un animal. Parecía que algunos se habían acurrucado juntos antes de morir. Una mujer había protegido a los estudiantes con su

cuerpo; tenía la espalda tan destrozada que le asomaba la columna vertebral. Las manchas de sangre cubrían las paredes hasta el techo, aunque la cantidad de sangre que había en el suelo no parecía cuadrar con el número de cadáveres.

¿A ti qué te parece?, le preguntó Charlie a Red.

¿Me lo preguntas por todos los asesinatos que he cometido?

No, porque limpiabas escenarios de crím… Charlie reprimió el pensamiento. Eso lo había hecho Vince. Red no recordaba su trabajo en negro. No recordaba a sus compañeros de trabajo, a los que Vince les caía genial, ni a su jefe, que les contaba que se llevaba a su mujer gratis a habitaciones de hotel que acababan de limpiar porque aún tenía las llaves. *Da igual*.

La voz de Red pareció reverberar en su mente: *Creo que el Sr. Guiñol se ha precipitado al decir que los cuerpos estaban exanguinados. «Desanguinados» sería un término más preciso*.

¿Eso existe?, preguntó Charlie.

Percibió su tono divertido: *La exanguinación puede ser menor, siempre que baste para considerarse la causa de la muerte. La desanguinación es… bueno, mayor*.

Se acordó del amigo de Remy, el médico (al que Charlie había chantajeado para que la ayudara). Y de Salt y su sótano. No quería saber de cuál de los dos había aprendido Red ese dato. *Vale, pero ¿notas algo más? ¿Algo que nos sirva?*

Cuenta las sombras, contestó él.

Charlie entornó los ojos. No veía a qué se… Oh. Una chica, a la izquierda. No proyectaba ninguna sombra. Lo había confundido con un efecto óptico. Por supuesto, había muchos motivos posibles para que una sinsombra asistiera a un grupo de debate para buscadores.

Charlie recordó el chat que había leído justo antes de pedir la pizza, el que mencionaba que alguien de la Cábala iba a dar una charla. Y que uno de los miembros era umbrista. ¿Podía ser esa chica, antes de que perdiera la sombra?

La voz de Red sonó como si le susurrara al oído: *Es raro que no echaran a correr todos hacia la puerta*.

Sí que era raro. Charlie se envió las fotos a sí misma para analizarlas mejor. Después, tras un momento de duda, cerró el portátil. No le gustaba la idea de que Posey tuviera relación con aquello, por muy lejana que fuera la conexión, ni la de curiosear en los mensajes privados de Posey sin su permiso.

Charlie continuó con las fotografías, esta vez desde su móvil. Así era más sencillo ampliar las imágenes. La sinsombra seguía sin sombra. Pero al mirarla con más atención, se fijó en que uno de los cuerpos tenía algo parecido a un mordisco en la pantorrilla.

Cuanto más estudiaba la foto, más le parecía que esa herida la habían hecho unos dientes romos, humanos.



Charlie se presentó a su turno de noche en el Rapture más distraída que nunca. El DJ que había pinchado música navideña para los del concesionario había vuelto y estaba instalando un karaoke junto al escenario. El proyector encendido estaba orientado hacia la pared y reproducía en silencio un videoclip de FKA Twigs. Las bailarinas parecían tener serpientes en vez de sombras.

Don, frente a la pizarra, escribía una carta con muchos cócteles cuyos nombres incluían las palabras «pelo» y «tijeras», lo que llevó a Charlie a pensar que se avecinaba otra fiesta de empresa, esta vez para una peluquería.

También le hizo pensar que Don quería tener la carta lista antes de que Charlie llegara al bar.

—Eres un currante —le dijo mientras guardaba la chaqueta y el bolso detrás de la barra y se ponía el delantal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Don.

—Nada —respondió ella mientras echaba un vistazo a la carta. Abundaba el vodka y casi todo llevaba limón, pero eso no era malo de por sí—. Tiene buena pinta.

Eso pareció ablandarlo. O quizá se acordara de que el último tío que la había molestado había terminado estrangulado.

—¿Qué tal el ojo?

Charlie se lo palpó con cuidado. La hinchazón había remitido mucho, aunque el moratón seguía tan oscuro que le costaba tapárselo con el corrector. Qué ganas de que llegara su día libre mañana.

—Bien, supongo. Espero que esta fiesta vaya mejor que la otra. ¿Odette está por aquí?

—En la parte trasera, con un pobre señor que intentó entrar sin que nadie lo viera —respondió Don, y enarcó las cejas.

—Espero que ese «pobre señor» le pague generosamente por semejante privilegio —dijo Charlie antes de salir a comprobar los aderezos.

Mientras troceaba limas, pensó en los cuerpos del sótano de la iglesia de Hatfield. Pensó en el mordisco que había visto en el cadáver de la foto, que le recordaba a los arañazos que tenía ella en la espalda. Aunque no creía que se tratara del mismo (no podía tener tanta suerte), le hacía pensar que lo había hecho un Estrago.

Lo cual convertiría aquel asunto en un trabajo para Charlie, incluso si el Sr. Guiñol no la hubiera reclutado.

Cuando llegó a las guindas al marrasquino, echó dos en un vaso chato y preparó un Godmother con vodka y *amaretto*. Lo llevó hasta la cortina de terciopelo, la cruzó y bajó las escaleras de la casa de sombras de Balthazar.

El primer escalón tenía ónice, así que Red se vio obligado a manifestarse en cuanto Charlie lo pisó. Oyó sus rotundas pisadas tras ella mientras bajaban el resto de los escalones.

Pero cuando llegó abajo y se dio la vuelta, Red no estaba.

Charlie se quedó sin aliento y miró a su alrededor. La casa de sombras tenía el techo bajo, las mismas paredes negras que el Rapture y numerosas mesitas, en torno a las cuales umbristas y clientes se reunían para ultimar los detalles de sus acuerdos.

Un chaval negro con una parka tocaba la muñeca de un tipo blanco de mediana edad que tenía los ojos vueltos hacia arriba. Un subidón de gozo, probablemente, aunque los alteracionistas también podían quitarte partes que no te gustaran de ti mismo (adicciones, rabia incontrolable, celos…). Pero eso era menos habitual, porque lo que se perdía desaparecía por completo. Si le quitabas demasiado, la persona terminaba lobotomizada a todos los efectos. Eso era más o menos lo que el Sr. Guiñol había amenazado con hacerle a Charlie.

Una chica con el pelo teñido de negro lloraba discretamente con dos amigas.

—Me la ha robado —dijo mientras Charlie pasaba a su lado—. Me dijo que me quería y luego me robó la sombra.

Joey Aspirinas estaba delante de la segunda cortina, que delimitaba el despacho de Balthazar. Aspirinas tenía un tatuaje nuevo de una langosta en el antebrazo, embadurnado de pomada. Parecía tan demacrado y enfermizo como siempre.

—¿Está? —le preguntó Charlie.

Aspirinas asintió una sola vez y se cruzó de brazos.

—Para ti, sí.

Charlie se lo tomó como un cumplido. Abrió la cortina. Balthazar Blades estaba sentado en uno de los sillones de cuero. Balthazar era alto y flaco, con los ojos oscuros y el cabello moreno, ondulado y despeinado. Vestía un traje de terciopelo arrugado de color burdeos. Los tres primeros botones de la camisa blanca que se veía debajo, igual de arrugada, estaban desabrochados.

—Veo que ha llegado la problemática —la saludó—. ¡Y me trae una copa! ¿Para qué intentas sobornarme exactamente esta vez?

—Necesito tu ayuda —contestó ella.

Balthazar parecía tan complacido como un tiburón que acababa de olfatear la sangre en el agua.

—Continúa —dijo, casi ronroneando.

Charlie inspiró hondo. Aunque Posey no estuviera allí, seguro que ahora le pitaban los oídos.

—Necesito aprender algunas cosas sobre ser umbrista.

—Y no hay mejor profesor que Balthazar.

—Pese a que hable de sí mismo en tercera persona.

Él sonrió, impertérrito.

—Por supuesto, eso tiene un precio.

—Oigámoslo —dijo Charlie.

—Consígueme uno de esos Estragos que te encargan matar. Uno de los buenos, no una de esas criaturillas que cose Raven.

—La Cábala no envía a la Hierofante a por esos —le recordó Charlie.

—Quiero volver a tener una sombra de verdad —dijo Balthazar, señalando el suelo—. No esta minucia dormida.

Justo lo que necesitaba. Otra persona que quería que Charlie cazara un Estrago.

—Hecho y hecho —dijo, tragándose la frustración—. Pero espero un adelanto por mis servicios. Tú empieza a enseñarme y yo empezaré a cazar para ti.

—Después de tantos años de relación, creo que podemos confiar en que ambos cumpliremos el trato —dijo él con una sonrisa.

Charlie se llevó una mano a la cadera.

—Si lo dices así, sabes que suena justo al revés, ¿verdad?

—No te preocupes —dijo Balthazar mientras sacaba un sobre del escritorio—. Tengo otra cosa con la que negociar contigo. He conseguido lo que buscabas.

Charlie abrió la esquina de la solapa con tanta ansia que rasgó el papel. Dentro había una descripción y un mapa hecho a mano, tosco pero funcional, de una zona subterránea situada debajo de la fortaleza de los antifaces, repleta de tesoros.

—¿Cómo…?

Miró a Balthazar.

—Te dije que lo conseguiría. —Su expresión era extremadamente engreída—. Siempre hay alguien que necesita algo. Por lo visto, se rumorea que contrataron a una empresa para excavar una sede nueva y luego les robaron los recuerdos a los obreros.

—¿Has preguntado…? —empezó a decir Charlie.

—Sí, el fragmento que le quitaron a Red está allí, en un vial de ónice. Está identificado con un número: 335.

Charlie dobló las hojas y se las guardó en el delantal.

—Te conseguiré esa sombra —prometió.

—Asegúrate de ello. —Balthazar sonrió y probó su copa—. Y supongo que puedo añadir unas lecciones. Enseñarte un par de trucos. Ven a mi casa. Mejor por la tarde. O a última hora, después de que cierre el Rapture. Aunque es posible que no me pilles del todo sobrio.



Cuando Charlie volvió a subir, los peluqueros habían llegado. Claramente era una peluquería pequeña; incluso contando a las parejas, el bar parecía vacío. Don estaba con el móvil, distraído, enviando mensajes.

En el escenario, el karaoke ya había empezado y un peluquero con purpurina en la barba y orejas de gato cantaba a voz en cuello *Animal In Me*.

Charlie le sirvió un Chardonnay a un tipo con los labios perfectamente pintados de negro; no se le pegó ni una pizca a la copa al beber el primer sorbo. Preparó una hilera de chupitos de tequila para tres chicas con corte lobo en el pelo y aros en la nariz. Una mujer mayor, con una enorme serpiente blanca y amarilla sobre los hombros, estaba sentada en un extremo de la barra. Su sombra tenía cuernos.

—¿Me pones un Espresso Martini? —le preguntó a Charlie—. Solo.

—Con esa serpiente tan grande que tienes, te pongo lo que quieras —contestó ella.

—Aduladora —dijo la mujer.

Mientras Charlie seguía sirviendo bebidas, de vez en cuando metía los dedos en el bolsillo del delantal para comprobar que los

papeles seguían dentro. Tuvo que ser por su despiste por lo que no se fijó en el hombre hasta que se detuvo justo delante de la barra. Llevaba el gorro de lana bien calado y estaba más flaco de lo que recordaba. Tenía las mejillas hundidas.

Seguía siendo guapo, con ese aire de chico melancólico, delgado y moreno que habían tenido todos sus novios antes de Vince. Mark, el que había estado a punto de matarla. Mark, el que tenía que estar en la cárcel.

Por un momento, Charlie se limitó a mirarlo. Tenía la mente atascada. Creía que, si parpadeaba, resultaría que solo era un efecto óptico. Si de verdad lo hubieran puesto en libertad, alguien se lo habría dicho. Alguien la habría avisado.

—Tú —dijo Charlie. Su espalda chocó con el mostrador; se dio cuenta de que había retrocedido sin querer—. No puedes estar aquí.

Mark tenía las uñas sucias. Parecía hambriento.

—Vengo a pedirte perdón.

¿Quién es este? Oyó la voz de Red en su mente.

Charlie se las había arreglado para no pensar en Mark desde que le habían quitado los vendajes del balazo. Para no palparse las cicatrices en la ducha ni mirárselas frente al espejo.

Y luego había conocido a Vince, un buen tío; él tenía que ser la prueba de que Charlie Hall sí era capaz de tomar buenas decisiones. Tenía que tapar el pasado de Charlie con su negativa a hablar sobre el suyo propio. Nada de eso había funcionado.

Mi ex, le dijo a Red.

Lo mato. Después de una pausa, añadió: *Si tú quieres*.

Charlie procuró ignorar aquella oferta tan increíblemente tentadora.

—¿Qué pasa, que te han enviado un pastel con una lima dentro? —le dijo a Mark—. ¿Cómo te has escapado de la cárcel?

—No me he escapado —respondió él. Su aspecto era patético de verdad. Aun así, Charlie no pudo evitar pensar en el agujero en el cristal de su ventanilla, en la confusión antes de comprender lo que había ocurrido. En la sangre.

Lo había visto antes, dijo Red.

Ahora mismo no podía pensar en eso. *Era un ladrón. Como yo. Puede que hiciera algún trabajo para Salt*.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Charlie con una mano en la cadera. Algunos de los peluqueros los miraron. A lo mejor había levantado demasiado la voz.

—Me han revocado la sentencia —contestó mientras una sonrisa se iba apoderando lentamente de su rostro—. Mi hermano declaró que yo no sabía que él te iba a disparar. Hasta le hicieron una prueba con el detector de mentiras. Y es la verdad. Yo te odiaba, pero no quería hacerte daño.

En eso no había ni una pizca de verdad.

—¿Y qué pasa con el tío al que se cargó? —preguntó Charlie.

Mark pestañeó, como si se le hubiera olvidado que su hermano también había disparado al hombre que iba sentado a su lado. Un ligue de una noche al que Charlie apenas conocía. Un hombre que la había hecho reír en un bar, y eso le había costado la vida.

—Yo creía que las balas eran de fogueo.

—Y una mierda. —Charlie lo miró a los ojos, decidida a demostrarle que le daba igual lo que dijera—. Lárgate de aquí. Es una fiesta privada.

—¿Eso significa que el bebercio es gratis? —preguntó Mark, con la misma sonrisa que había persuadido a un montón de gente para cometer un montón de errores.

—Largo —repitió Charlie—. O llamo a la poli y les digo que me estás acosando.

—No lo vas a hacer —repuso él con sorna—. Sé que te traes algo entre manos. Siempre tienes algo.

—Me he retirado —respondió ella.

—Sí, claro. —Mark sonrió, cada vez más seguro de sí mismo—. Mira, ya nos veremos, ¿vale? Seguiremos hablando.

Charlie apoyó las manos en la barra y bajó la voz.

—Si te vuelvo a ver, acabarás bajo tierra.

Su sonrisa flaqueó. Él nunca había sido un tipo duro; ese era su hermano. Mark solo era un timador. Charlie esperaba que fuera lo bastante espabilado para desaparecer en el mundo como una gota de agua en el océano.

Sin embargo, las manos de Charlie seguían temblando mientras servía otra fila de chupitos.

Un hombre anciano y de cabello blanco, con un traje gris de raya diplomática, salió del despacho de Odette; su expresión era profundamente incómoda. Estaba casi segura de que ese era el señor que había mencionado Don, al que su jefa había recibido en la parte trasera. Esperaba que a los peluqueros no les molestara que llegara otro intruso a su fiesta.

En cambio, Charlie se alegraba de tener una distracción. Miró de reojo a Don, que agitaba un Martini. En el estante que tenía al lado, su móvil vibraba sin parar.

Al pasar cerca, Charlie distinguió un nombre en la pantalla: «Erin». La novia de Don. La última vez que Charlie los había visto juntos había sido en casa de Barb y Aimee, en una fiesta nocturna. Al entrar en la cocina, Charlie se había topado con una intensa discusión sobre cuál de los dos había sido borde en primer lugar. Don había intentado disimular que lloraba. Charlie se había compadecido de él. Ella también había llorado en muchas fiestas.

Sin embargo, seguía alterada por la visita de Mark; el zumbido del móvil era como una alarma.

El anciano del traje a rayas estaba en la barra, con aire expectante. Charlie se dio cuenta de que ya lo conocía. Pero no por su cara. Por su reloj: el Vacheron Constantin que Vince había identificado en su muñeca el mes anterior, cuando había aparcado en la parte trasera para intentar entrar en el bar sin que nadie lo viera.

Era uno de los clientes antiguos de Odette, uno de los motivos por los que solo era una dominatrix semijubilada, no jubilada.

—¿Qué tienes ahí que sea caro? —le preguntó el hombre.

Charlie enarcó las cejas. Tenían buenos licores, pero dado que el tipo llevaba puesto un accesorio que costaba tanto como un coche nuevo, no estaba segura de cómo impresionarlo.

—Tenemos un Macallan de veinticinco años a doscientos dólares el vaso. —Había unos cuantos *whiskies* escoceses y americanos de cincuenta o sesenta dólares, pero nada que se acercara al Macallan.

—Ponme uno doble —dijo el hombre mientras sacaba cuatro billetes de cien dólares y dos de veinte—. Me ha dicho que lo pida puro y en el cuenco, por favor.

Hacía bastante que nadie le pedía eso. Buscó debajo del estante y sacó un bebedero de perro de acero inoxidable. La mujer de la serpiente parecía intrigada.

Charlie sirvió dos generosos chupitos de *whisky* directamente en el cuenco, lo agitó un poco y lo colocó en el suelo, delante de la barra.

Algunos peluqueros se dieron cuenta de que estaba pasando algo interesante y se arremolinaron para ver mejor.

Lentamente, el hombre se puso a gatas en el suelo y empezó a lamer el *whisky*. Charlie se fijó en el rubor de sus mejillas. Tenía que sentirse humillado, teniendo en cuenta lo incómodo que parecía antes. Desde luego, Odette era perversa.

Casi todos los espectadores parecían divertirse; unos pocos estaban horrorizados y al menos uno estaba claramente intrigado. Charlie captó algunas miradas, se encogió de hombros y se ocupó de varios pedidos.

—¿Me puedes poner la cerveza así? —preguntó una de las chicas con corte lobo.

—Eso cuesta más —le explicó Charlie.

—¿También va a ladrar como un perro? —preguntó un tipo con el pelo decolorado mientras le daba un codazo a su amigo.

—Si ella se lo ordena —respondió Charlie; señaló con la frente a Odette, que ya había salido de la trastienda y se dirigía a la barra, con un vestido de neopreno negro y unas botas rojas con cordones hasta las rodillas.

—Joder —dijo el tipo.

—Joder —coincidió la mujer de la serpiente.

Charlie sirvió más bebidas. Cuando el del pelo decolorado se fue, él y su amigo le dejaron una generosa propina, como si así esperaran protegerse contra el mal de ojo.

—Bueno, ¿qué tal vamos, Marni? —le preguntó Odette a la mujer de la serpiente. Ella (Marni) debía de ser la dueña de la peluquería.

—Es una buena fiesta. —Marni señaló con la frente al hombre del suelo—. Pero no tan buena como la que te estabas montando tú.

Cuando se terminó el *whisky*, el anciano del traje se levantó despacio, se sacudió la chaqueta con aire digno y, después de saludar con la cabeza a Odette, se dirigió a la salida.

—Buen perrito —le dijo ella en voz alta mientras se alejaba.

—¿Te pongo un Aviation? —le preguntó Charlie a su jefa, aunque ya estaba echando mano de la ginebra.

Odette le dedicó una sonrisa.

—Perfecto, querida.

En el escenario, el peluquero del pintalabios negro desafinaba de manera espectacular mientras cantaba *Anti-Hero*. Charlie dejó la bebida de color violeta delante de Odette, en una copa coupé congelada.

—Tienes a todo el mundo muy bien enseñado —le dijo Marni a Odette—. Bueno, menos a él.

Charlie y Odette siguieron su mirada hasta Don, que había dejado de mandar mensajes y ahora estaba en un rincón de la barra, cuchicheando a gritos con el móvil.

—¿Y eso? —Odette revolvió la bebida con un dedo.

—Es su novia —le explicó Charlie—. Creo que se han peleado.

Odette suspiró.

—Bueno, mientras les guste…

—No parece de esos, ¿verdad? —Charlie suponía que Don rompería con Erin en cuanto las cosas se pusieran complicadas, dada la escasa paciencia que parecía tener en general.

—Ah, no sé. Contigo discute mucho. A lo mejor le gusta pelearse —dijo Odette—. Espero que a ella también. El amor verdadero puede ser feo.

—Eres una cínica. —Marni señaló la puerta por la que acababa de salir el anciano—. Puede que tú solo veas el lado feo.

—No —repuso Odette—. El amor debe ser feo.

Charlie frunció el ceño, confundida. No pudo evitar pensar en Mark y en la cicatriz arrugada del balazo.

Odette apuró su bebida y señaló a Charlie con la copa vacía.

—Tú eres joven. Seguramente todavía creas que todas las relaciones se basan en procurar no hacerse daño el uno al otro. —Se giró para señalar a Marni con la copa—. Pero tú no tienes excusa.

—¿Y no es así? —preguntó Charlie. Quizá para Odette, siendo dominatrix, las metáforas sobre «hacerse daño» fueran un pelín complejas—. O, al menos, ¿no debería ser así?

Odette soltó una carcajada áspera.

—¿Y qué pasa cuando no consigues cumplirlo?

Los pensamientos de Charlie regresaron a Vince, a lo cuidadosa que había sido siempre ella con él, a lo mucho que se había esforzado por esconderle su verdadero yo. A lo concienzudamente que él se había escondido de ella. Aunque se habían querido, nunca habían llegado a conocerse de verdad. Luego pensó en Red y se sintió desbordada.

—Sinceramente, no lo sé.

Odette suspiró.

—Te imaginas que eres una actriz que unta la lente con vaselina para esconder sus defectos. Pero deberías querer a alguien que te bese las cicatrices. Alguien que te recoja el vómito con las manos. Que te quiera igual aunque te emborraches hasta mearte en la cama, aunque necesites llevar un puto catéter y una bolsa de orina. El amor verdadero debe aceptar el hedor además del dulzor.

Un pánico desconocido aceleró el corazón de Charlie.

—Las personas no son así. —Odette le echó una mirada perpleja. Marni las observaba sin participar—. Todo tiene un precio —le aclaró

Charlie, tratando de encontrar terreno firme; las palabras de Odette le infundían un pánico irracional.

Odette se encogió de hombros como si eso fuera evidente, pero no muy relevante.

—Recibes lo que das.

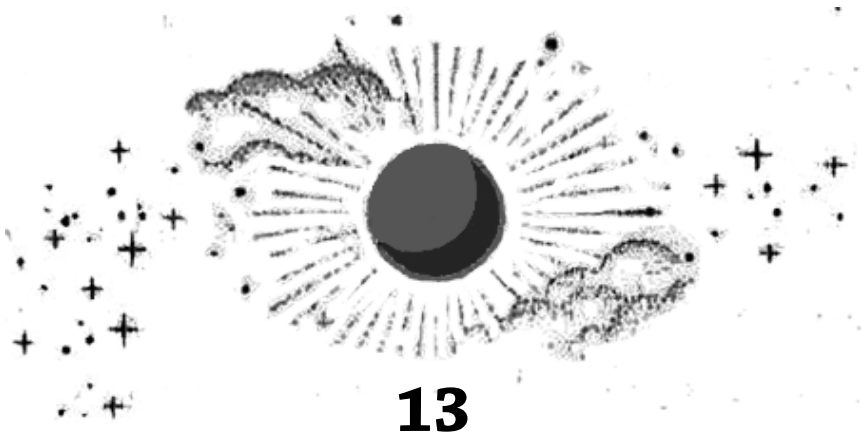
No, quiso insistir Charlie. *Las personas solo te quieren si haces que les merezca la pena. Nadie te ama después de ver tus debilidades. Nadie ama tus defectos. Nadie ama tus partes rotas y feas. Nadie te ama sin esperar a cambio nada más que tu amor*. En vez de eso, balbuceó:

—¿Y cuál de los dos da primero?

En cuanto esas palabras salieron de su boca, se preguntó si tenían sentido. Sobre todo porque habían empezado esa conversación hablando sobre Don y Erin.

Pero Odette ya no parecía confundida.

—Ah —dijo—. Ahí está lo verdaderamente complicado.



13

ROSE

Cuando terminó su turno, Charlie salió al aparcamiento del Rapture. Con la mano en el bolsillo, tocaba los papeles que le había dado Balthazar. Un mapa para encontrar la parte que le faltaba a Red, la pieza que quizá pudiera restaurar su memoria y devolvérselo a Charlie. Vince. Devolverle a Vince. Eso quería decir.

Se le escapó un ruido de sorpresa al percatarse de que Red caminaba a su lado, al mismo ritmo que ella. Charlie se llevó la mano al pecho. Demasiadas sorpresas últimamente. Tenía los nervios a flor de piel.

—Me dijiste que no hacía falta que desapareciera todo el tiempo —la acusó Red. Tenía los hombros en tensión.

—Ya —contestó ella—. Muy bien.

Red asintió una vez y pareció relajarse un poco.

El motor de la furgoneta resolló al encenderlo. El coche de Charlie la había dejado completamente tirada unos meses antes, y la reparación costaba más de lo que valía el coche. No le había quedado más remedio que usar la furgoneta de Vince, un vehículo

que él nunca había registrado ni asegurado, puesto que no era una persona que tuviera número de la Seguridad Social, ni siquiera carné de conducir. Charlie no sabía lo que haría si la furgoneta también se averiaba.

—Háblame de Mark —la animó Red.

Ella negó con la cabeza; no estaba preparada para esa conversación.

—Mejor hablamos del tío que ha bebido en un cuenco para perros.

Red se encogió levemente de hombros.

—Quincy Crowninshield.

—Espera. ¿Lo conoces? —Eso la cabreaba. Vince no se lo había dicho. Solo le había hablado de su reloj.

—Construcciones Crowninshield es la dueña de la mitad de Massachusetts Occidental —dijo Red, ajeno a las mentiras de su antiguo yo—. Es uno de los colegas de Salt; no lo conocía bien, pero pasaban tiempo juntos en el club de campo.

—Qué asco —dijo Charlie.

Red la miró a los ojos.

—¿Ahora te alegras más de haberle servido *whisky* en un cuenco para perros?

Charlie sonrió.

—Sí, un poco.

—¿Sabías que Don a veces se pelea con su novia en este aparcamiento?

Charlie parpadeó, sorprendida.

—¿Cóóóóómo?

Red le mostró su media sonrisa habitual; Charlie recordó lo mucho que le habían gustado siempre los cotilleos a Vince.

—Y Balthazar se ve con Bellamy detrás del Rapture de vez en cuando. No creo que sea estrictamente profesional.

Charlie se echó a reír mientras conducía hasta la autovía, y se dio cuenta de que Red había conseguido que dejara de pensar en Mark. Lo había hecho por ella.

—Voy a pasar por la iglesia —le informó Charlie.

—¿Crees que encontraremos algo? —preguntó Red.

—No lo sé. Seguramente no. —Charlie se guiaba por el instinto. Si ella hubiera tenido que robar en esa iglesia, primero habría estudiado el lugar, así que esa le parecía una forma familiar de iniciar una investigación.

La iglesia Grace Covenant se encontraba en un rincón tranquilo de una carretera de Hatfield, Massachusetts, un pueblo que parecía sacado directamente de un cuadro de Norman Rockwell. Bajo las copas de los árboles se alzaban casas viejas de aspecto distinguido, con las puertas decoradas con lazos rojos y guirnaldas elegantes.

Charlie aparcó frente a la iglesia, al otro lado de la calle. A esas horas de la noche no había más coches en la carretera. Casi todas las luces de las casas ya estaban apagadas. Unas pocas velas artificiales titilaban en las ventanas, y en los arbustos parpadeaban las luces navideñas.

Detrás de la iglesia había un viejo cementerio que se extendía hacia un bosque. Charlie se habría marchado por allí si fuera la asesina, incluso si fuera un Estrago.

Un coche de policía entró en la calle y redujo la velocidad al pasar junto a la furgoneta. Al ver que no se detenía, Charlie dejó de contener la respiración. Sin embargo, después de alejarse un par de manzanas, empezó a dar media vuelta.

—Hora de irse —dijo Charlie; esperaba que el poli no estuviera comprobando su matrícula. Llevó la furgoneta a la carretera principal y salió del pueblo. El coche de policía no la siguió.

De pronto sonó su móvil y Charlie dio tal brinco que el volantazo casi los sacó de la carretera.

Cuando comprobó quién la llamaba, no se tranquilizó.

Vicereine. Ah, claro, porque la líder de los alteracionistas quería hablar con Charlie. Y como al final no había sido ella quien la había sacado a rastras de su casa, Charlie la había dejado colgada.

Se apoyó el móvil en el hombro para poder hablar mientras conducía.

—Perdona, tenía el móvil jodido y…

—Me ha llamado un abogado —la interrumpió Vicereine—. Quería informarme de que Remy Carver está a punto de volverse muy rico y me conviene apartarme de su camino. Le he dicho que debe de tratarse de un error, porque Vincent tiene tanto de Remy Carver como Adeline Salt de su propio reflejo.

Red se puso rígido en el asiento y se le oscurecieron los ojos, como si estuvieran a punto de arder. Alargó la mano, le quitó el móvil a Charlie y pulsó el botón del altavoz.

—¿Qué más ha dicho el abogado?

—Quería saber si yo pensaba contarle a alguien más lo que acababa de contarle a él. —Vicereine parecía sorprendida de oír la voz de Red.

—¿Y lo vas a contar? —preguntó Charlie, pensando en el periodista que la había llamado a ella.

—No, a menos que tenga motivos —respondió Vicereine con un deje de fastidio—. Pero si alguien me pregunta, no esperéis que mienta.

Era una advertencia, pero también un motivo de gratitud. Charlie odiaba estar agradecida.

—¿A que te alegras de no haber nombrado Hierofante a Adeline? —preguntó—. Imagina la de veces que te habría llamado su abogado.

—Si piensa que puede comprar a las Cábalas —dijo Vicereine—, acabaremos con ella. Deberías decírselo. Recuérdale con quién estás en deuda.

—Ella quiere a Vince —la corrigió Charlie—. No a mí.

Vicereine resopló.

—Cree que Vince ya es suyo.

—¿Y tú no lo crees? —preguntó Charlie.

Vicereine soltó un ruido de impaciencia.

—Si no querías que pasara esto, no deberías haberte puesto un collar en el cuello y habernos dado la correa, Charlie Hall.

Cortó la llamada.

—No ha ido tan mal —dijo Charlie, pero Red miraba por la ventanilla, sumido en sus pensamientos.

Cuando llegaron a casa, Charlie se volvió hacia él.

—Puedes dormir en la cama conmigo si quieres —le dijo, afrontando la vergüenza y decidida a superarla—. Te prometo que no intentaré seducirte ni nada parecido.

Él la observó con expresión inescrutable.

—Eres muy guapa.

Charlie mantuvo el rostro cuidadosamente neutro.

—A lo mejor no te gustan las guapas. Cada cual tiene su tipo. —Charlie se dejó caer en la cama y trató de descalzarse usando solo los pies. Las botas eran de cordones, pero no estaban tan apretados como para no poder hacerlo.

Red le sujetó la pantorrilla. Se arrodilló delante de Charlie y le desató los cordones como si fuera una niña pequeña. Luego le quitó las botas, primero una y después la otra. Cuando terminó, Charlie apartó los pies de él y los deslizó bajo las sábanas, fingiendo no sentir todavía el calor de sus manos en la piel. Fingiendo que no le había afectado en absoluto.

Red se tumbó en el borde mismo del colchón.

A pesar de que seguía casi totalmente vestida, Charlie cerró los ojos y procuró ignorar la cercanía de su cuerpo, la suavidad de su boca y la dureza de su mandíbula; sus pestañas, que brillaban como el oro cuando la luz de la luna se reflejaba en ellas.

Aún llevaba el sujetador puesto. El collar de ónice se le clavaba en el pecho. Así no iba a poder conciliar el sueño.

Su mente rondaba el recuerdo de Mark en el Rapture, con aquella sonrisa falsa tan familiar. De la bala impactando en el parabrisas. De Red hablándole mentalmente: *Lo mato. Si tú quieres*. Una y otra y otra vez.

Entonces, por el rabillo del ojo, se fijó en que una sombra se movía cerca de la ventana. Ninguna sombra debería deslizarse así por el suelo.

Charlie cerró los ojos por instinto y se hizo la dormida. Era una tontería, pero, ya que lo había hecho, podía aprovechar para pensar un momento. El arma que había demostrado mayor eficacia contra los Estragos era el fuego, y ella llevaba un mechero en el bolso. Si se daba prisa, quizá pudiera alcanzarlo, pero su llama era muy pequeña.

—Red. —La voz extraña y ronca procedía de la sombra, una voz de mujer que sonaba como un chirrido metálico. A Charlie se le cortó la respiración. Un Estrago capaz de razonar, capaz de hablar, era muy muy peligroso.

Quizá incluso tan peligroso como Red.

—Tú —respondió Red en voz baja. Charlie supo que se levantaba por el movimiento del colchón.

¿Red conocía a esa criatura? Joder, joder, no me jodas.

—Ven conmigo —dijo la sombra.

Se hizo un largo silencio. Charlie abrió los ojos justo a tiempo para ver que las dos sombras salían por la ventana. Al cabo de un momento, Charlie se incorporó y se llevó la mano al corazón acelerado, como si la presión pudiera tranquilizarlo. Al menos Posey no estaba en casa. Su hermana pasaba cada vez más noches fuera y volvía a casa casi al amanecer, a hurtadillas. Aunque a Charlie le preocupaba que hubiera secretos entre ellas, ahora daba gracias por ello.

Bajó de la cama y volvió a calzarse. Tenía que averiguar lo que pasaba. Se puso el abrigo desgarrado, salió por la puerta delantera haciendo el menor ruido posible y se internó en la noche. Si se concentraba, era capaz de seguir la sensación de tensión que notaba en el centro de su cuerpo y que la atraía hacia Red. Percibía la distancia y, si miraba hacia abajo, a la luz de la luna distinguía levemente el hilo de sombras que los unía, tan fino como una telaraña.

El aire frío le mordía las mejillas y las rachas de viento le metían el pelo en la cara, pero oía voces no muy lejos de donde se

encontraba. Siguió acercándose y se agazapó bajo un arbusto para ocultarse. Ya empezaba a tener las piernas entumecidas por el frío.

—¿Pensabas que había muerto? —preguntó la mujer de sombra —. ¿O intentabas no volver a pensar nunca en mí? ¿Olvidar los viejos tiempos?

—¿Qué quieres? —El tono de Red era tan brusco como sus palabras.

—No tengo mucho tiempo —respondió ella con aquella extraña voz—. Escucha.

—Supongo que al menos te debo eso —dijo Red.

—Me debes más —replicó la mujer de sombra—. Mucho más.

—Ahora eres tú la que está perdiendo el tiempo —le recordó él.

—Necesito que mates a un hombre. —Su voz se mezclaba de forma siniestra con el sonido del viento.

—Tengo una guardiana —repuso Red.

—¿Te entregaron a ella igual que a mí me entregaron a él? —preguntó la voz—. ¿Creías que te perdonarían si te convertías en su monstruo fiel?

—Ten cuidado —dijo Red—. Eres tú quien ha acudido a mí, Rose.

—No me salvaste en aquella ocasión. Sálvame ahora. Tal y como has dicho, me lo debes.

Rose. A Charlie solo le sonaba una persona que tuviera ese nombre. Rose Allaband. La mujer de cuya muerte habían acusado a Remy. La mujer cuyo cadáver se había hallado en Springfield, dentro de un coche calcinado.

Nadie se había preguntado qué habría sido de su sombra.

—Yo también podría ayudarte a ti —dijo la mujer de sombra.

Él soltó una carcajada, aunque sin rastro de alegría.

—A mí ya nadie me puede ayudar.

—La mataré si tú quieres —dijo la sombra, señalando hacia la casa. Hacia Charlie. Se refería a matar a Charlie.

—¿Ahora? —preguntó Red, como si le gustara la oferta.

—Como pago por ayudarme —replicó ella.

—¿Qué te ha hecho venir hasta aquí?

—Ah, es que todo el mundo habla de la nueva Hierofante y su sombra. Cuando dijeron que se llamaba Red, lo entendí. —Hablaba deprisa—. He podido venir esta noche porque él ha ido a un bar cercano, a encontrarse con el Sr. Guiñol, pero seguramente nos vayamos enseguida. Nos movemos mucho.

El Sr. Guiñol. Era de esperar que cualquier cosa siniestra terminara llevando hasta él. Charlie se preguntó cuánto tiempo llevaba planeando derrocar a Malik como líder de los titiriteros.

—Si os movéis tanto, ¿cómo pretendes que encuentre a ese tipo? A menos que quieras que vuelva contigo al bar ahora. Que lo matemos juntos.

—No, hay otros umbristas con él. Es demasiado peligroso —dijo ella, con un leve deje de pánico—. Te avisaré. Hay una tienda a las afueras a la que suele ir. Venden la marca de cigarrillos que le gusta. Busca un mensaje en la pared del baño; te dirá dónde y cuándo atacar. Dame dos días.

—Lo buscaré —dijo Red.

—Y tráela a ella. —Rose señaló hacia la casa—. A Charlie. Se llama así, ¿verdad? Los mataremos juntos y seremos libres. —Levantó la cabeza hacia él y le tocó el brazo con una mirada de anhelo. La luz de la luna la volvía translúcida, un fantasma enamorado que planeaba pasar la eternidad con su amado.

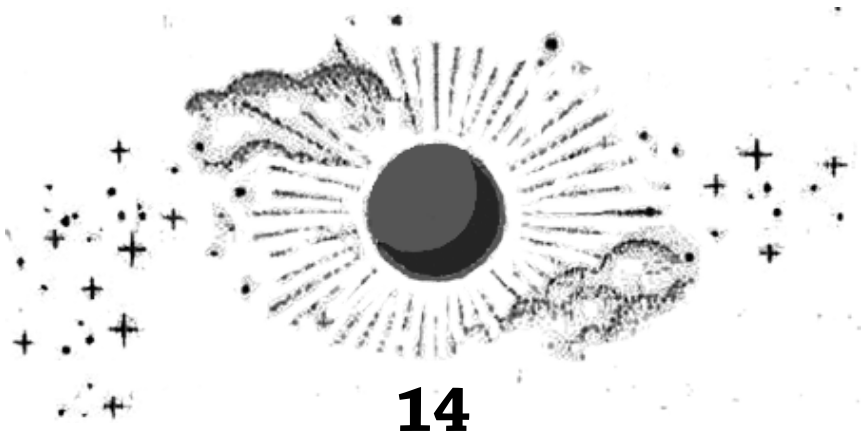
O un fantasma que planeaba arrastrar a su enemigo a la muerte.

De pronto, Charlie cayó en la cuenta de que debía regresar a la casa antes que Red. Sin esperar a oír la respuesta de este, se dirigió a la puerta a hurtadillas; tenía las manos temblorosas y los muslos dormidos le picaban por el frío.

Y entonces vio su almohada. Estaba destrozada: la funda estaba hecha jirones y el relleno se había desparramado. Si no hubiera seguido a Red al jardín, si se hubiera dormido de verdad, así habría quedado su garganta. Y puesto que Rose seguía fuera, Charlie no tenía ni idea de quién había entrado a buscarla.

Al desplomarse en la cama, temblaba tanto que no podía parar. Logró controlarse antes de que Red regresara, pero cuando el

colchón se combó bajo su peso, Charlie tuvo que morderse el carrillo para no gritar.



14

EL PASADO

Mark era el peor novio que había tenido Charlie.

Quizá no fuera coincidencia que su relación también fuera la única que había empezado de forma sincera. Mark sabía exactamente quién era Charlie (una timadora, igual que él) y le había dicho que eso le gustaba. Admiraba sus engaños, besaba sus dedos de ladrona y cubría su lengua mentirosa con la suya.

Cuando Rand había empezado a enseñar a Charlie, le había descrito la vida del estafador de forma elogiosa. Hienas que acechaban en la periferia de la sociedad, buscando a los más débiles y lentos. Con Mark, había sido exactamente así.

Lo había conocido mientras competían por el mismo premio. Una umbrista llamada Edith quería un libro que un anticuario se negaba a venderle por lo que Edith consideraba un precio razonable. Personalmente, Charlie pensaba que Edith se había convertido en la principal sospechosa por haber regateado, pero eso no era problema suyo. Su problema era cómo conseguir ese libro.

Concertó una cita con el anticuario. Luego se tapó los tatuajes y se puso unas gafas y un vestido vintage negro. Un disfraz de bibliotecaria sexi. Charlie confiaba en que el librero, en caso de que se acordara de ella, recordara su atuendo más que su cara.

Cuando llegó a la librería, vio salir con mucha prisa a un hombre delgado, vestido con un traje que no era de su talla. Y mientras Charlie hojeaba una colección de cuentos folclóricos japoneses ilustrados (el libro por el que había preguntado como excusa para poder evaluar las medidas de seguridad de la tienda), convenció al librero para que le dijera lo que había estado mirando aquel tipo: el mismo libro que ella había venido a robar.

El miedo le revolvió las tripas.

Una hora después, Charlie encontró a Mark en el bar que había al otro lado de la calle, con una cerveza delante. Había cambiado la americana por una cazadora de cuero.

—Esto no se te da muy bien —dijo Charlie mientras se sentaba a su lado.

Su boca se torció en una sonrisa traviesa e infantil. No era feo. Tenía una cara capaz de fundirse con la multitud, salvo por el impresionante color azul celeste de sus ojos.

—¿Y tú quién eres?

—Seguro que te encantaría saberlo.

Él se giró para mirarla de arriba abajo. Tenía el aspecto pálido y ligeramente ojeroso que a ella le atraía, como si ocultara algún dolor secreto.

—¿Te puedo invitar a una copa?

¿Por qué no?, pensó Charlie. Conocía a más ladrones, pero casi ninguno era de su generación.

—Un *whisky*, por favor.

—¿Con hielo? —preguntó mientras se levantaba.

—Un cubito de los grandes si tienen.

No tenían, pero no le importó. Probó un sorbo. Wild Turkey, adivinó Charlie mientras pensaba en lo que decía de él esa elección.

—Bueno —dijo después—. ¿Quieres que hagamos una apuesta?

—¿Crees que conseguirás robarlo antes que yo? —preguntó él.

Charlie asintió con la cabeza y revolvió el licor pardo de su vaso para que el hielo se derritiera antes.

Él sonrió; estaba claro que le gustaba la idea de competir con ella.

—¿Y qué consigo cuando te gane?

—¿Qué quieres? —Charlie se reclinó en su asiento. La excitaba ligar con él durante un robo, probablemente porque era una idea pésima. Todas sus ideas favoritas eran malas.

—A ti —contestó él con una sonrisa.

Charlie enarcó una ceja. Era descarado y estaba un poco borracho, pero aun así se sintió halagada.

—¿Y si gano yo?

Se inclinó hacia ella y le susurró al oído, como si le contara un secreto:

—No vas a ganar.

Charlie se encogió de hombros y, sin perder una leve sonrisa, le susurró a su vez:

—¿Qué clase de timador avisa a su víctima?

—Todo el mundo me ha dicho siempre que soy un cabrón arrogante, pero supongo que me gustan los retos. —Bebió otro trago de cerveza—. ¿Qué quieres tú?

—Saber quién te ha contratado —contestó Charlie, aunque ya lo sospechaba—. Y qué te ha ofrecido a cambio.

—Hecho. —Le tendió la mano—. ¿Conforme?

—O —dijo Charlie sin hacer ademán de tocarlo— podríamos hacer el trabajo juntos y repartirnos el dinero.

—¿Por qué iba a acceder a eso si…? —empezó a decir él.

—¿Si ya has robado el libro? —Charlie terminó la frase por él.

Charlie disfrutó viendo su asombro. Y cuando abrió su bolsa a toda prisa, su cara de horror al encontrarla vacía.

—Serás… —Se interrumpió y le dirigió una mirada repleta de malicia genuina—. Te vas a arrepentir.

Charlie vio la bandera roja, pero le gustaba el peligro.

—Eh, vamos —dijo—. Seamos socios. Estoy segura de que ella te iba a pagar más que a mí.

—¿Trabajabas para Edith? —Había encontrado un nuevo blanco en quien volcar su ira.

—Parece que ya éramos socios —dijo Charlie—. Solo que no lo sabíamos.

—Me llamo Mark —le dijo él con un suspiro—. Hagamos un trato. Puedo ser todo un caballero cuando no me queda más remedio.

Charlie no percibió el tono de advertencia. Se había vuelto igual de arrogante que Mark, igual de segura de que no podía perder. Llevaba un par de años triunfando, ganando mucha pasta. Y tenía un plan. Cuando tuviera dinero para pagar la entrada, tendría casa propia. Después le pagaría la universidad a su hermana. Cuando las dos estuvieran encaminadas, invertiría en una caja fuerte con compuerta militar y unos documentos falsos que le permitieran viajar para hacer encargos complicados en el extranjero. Al fin y al cabo, ella era la Charlatana. Era capaz de robar las estrellas del puto cielo y dejar una falsificación tan buena que nadie se enteraría de que ya no estaban.

Una vez cerrado el trato, Mark y Charlie fueron juntos a ver a Edith. Avergonzada al haberse descubierto que había contratado a dos ladrones para que compitieran entre sí, les pagó a ambos. Charlie y Mark se gastaron parte del dinero en una habitación de hotel con servicio de habitaciones, patatas fritas y champán, que se tomaron en la cama. Cuando ella le preguntó qué tenía pensado hacer después de esa noche, Mark se echó a reír.

Mark pensaba que uno trabajaba cuando no tenía dinero y después se lo gastaba hasta que se terminaba. Y solo entonces aceptaba otro curro. A Mark no le interesaba labrarse una reputación. No le interesaba el trabajo rutinario que servía como tapadera. Como timador era bueno, pero no ambicioso. No creía en los planes a largo plazo, y punto.

Además, tocaba en un grupo de música.

—Ese tío, Rand… —decía Mark cuando Charlie le hablaba sobre algún aspecto del mundillo—. Le daba vergüenza ser un ladrón, así que intentaba adornarlo para que sonara más bonito. Y tú eres igual. ¿Qué sentido tiene ser delincuente si tienes que vivir igual que todos los demás bobos?

Durante un tiempo, a pesar de sus diferencias, todo fue muy bien. Charlie consiguió un empleo a tiempo parcial en el Top Hat y abundantes encargos clandestinos a través de Balthazar y otros contactos. Aunque de vez en cuando Mark se metía con ella, valoraba que Charlie se ocupara de todo el trabajo preliminar de los robos y le encantaba todo el dinero que ganaban.

Se reservaba los fines de semana para tocar música. Su grupo no dejaba de cambiar de miembros y de nombre. A algunos Charlie los conocía de su empleo en el bar o a través de amigos que trabajaban en cocinas. Ella lo miraba subido al escenario, radiante de felicidad, y en ese momento lo quería tantísimo que le dolía.

Pero no todo era tan genial. De vez en cuando Mark desaparecía y no quería decirle adonde había ido. ¿De juerga? ¿A un encargo que no quería compartir con ella? ¿A ver a alguna amante? Cuando Charlie insistía, se cabreaba y la acusaba de no confiar en él.

Y ella, pensando en su madre (que hurgaba en la basura de sus novios, que pasaba por los sitios en los que decían que iban a estar por si veía su coche), cedía y dejaba de preguntar. Había buenos momentos, momentos en los que se tumbaban juntos en la cama y él le susurraba al oído: *Te quiero de aquí a la luna*. Charlie procuraba centrarse en esos momentos.

Pero al final todo eso dio igual.

—Oye, ven aquí —la llamó Mark una tarde cuando estaban en casa de Brian, el hermano de Mark. Brian era exmilitar y quería hacerse policía. A Mark le parecía una idea estupenda. Charlie no estaba tan segura.

Cuando entró en la habitación, estaban viendo un vídeo de un umbrista con alas de sombra; explicaba que una sombra se había avivado tras una pelea en un bar.

—¿Qué te parece? —preguntó Mark.

—Me gustan las alas —respondió Charlie. Seguía pareciéndole increíble que al final la magia hubiera resultado ser real.

—Si fuéramos umbristas, podríamos quedarnos los libros que robamos —dijo Mark, como si a Charlie nunca se le hubiera ocurrido.

Recordó sus juegos infantiles y adonde la habían llevado. Pensó en Posey y su obsesión con todas las formas de convertirse en umbrista: asfixia, hipotermia, dolor extremo. Ningún método tenía el éxito garantizado y todos eran increíblemente peligrosos. Charlie siempre temía por ella.

—Pero no somos umbristas —respondió—. La gente como nosotros nunca consigue magia.

Poco después, los Artistas (una banda de alteracionistas dirigida por Vicereine, antes de que se volviera una persona respetable) quisieron obtener unas memorias robadas a un tipo de Atlanta por un titiritero que al parecer vivía en Albany, Nueva York. Encargaron a Charlie y Mark que robaran a otro ladrón.

—Ningún problema —le dijo Charlie a Vicereine antes de irse a casa para empezar a maquinar.

Sin embargo, mientras trazaba y retrazaba su plan, Mark no paraba de hablar de lo injusto que era que los umbristas estuvieran siempre al mando. No quería hacer el encargo. Quería centrarse en avivar su propia sombra.

—No pasa nada —le dijo Charlie—. Este lo haré yo sola.

Mark estaba tumbado en la cama de su apartamento, jugando a un videojuego en la Switch.

—Sabes que no te respetan, ¿verdad?

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Creía que no nos tenía que importar una mierda lo que opinaran de nosotros, siempre y cuando nos pagaran.

Él soltó un gruñido de fastidio.

—Acabo de pagar el anticipo de una casa —dijo Charlie. De haber sido una persona diferente, habría procurado evitar la discusión que se avecinaba. Pero al ser Charlie, quería acelerarla.

—Menuda chorrada. —Mark soltó la consola y la miró—. Eres una ladrona. Hacienda te va a pillar, si es que no lo hace antes alguno al que hayas jodido.

—Nadie me va a pillar. —Los dos podían ser igual de tozudos.

Mark se rio.

—Quieres ser una señorita elegaaaaante. Tu hermana irá a la universidad y tú te construirás una cerca de madera.

—Y tú solo quieres quedarte tirado en la cama y llorar porque tu sombra es tan vaga como tú. —Cualquier mención a su hermana la sacaba de sus casillas.

Mientras Charlie recogía sus cosas, Mark iba de un lado a otro, claramente cabreado. Pero antes de que ella se fuera, le pidió perdón.

—Oye, lo siento. No sé qué me pasa últimamente. —Se acercó para abrazarla y le dio un beso en la coronilla—. Te voy a echar de menos.

Y Charlie, aquejada de la maldición familiar, adicta al amor, se creyó hasta la última palabra.

En cuanto volvió, Mark le robó el libro delante de las narices.

A Mark se le había ocurrido la idea de intercambiarlo por una sombra avivada. Charlie no conocía su plan, pero no iba a permitir que le hiciera la misma jugarreta que ella le había hecho a él cuando se habían conocido. Le volvió a dar el cambiazo y luego se hizo la tonta.

Ya era bastante grave que Mark hubiera exigido un pago que se consideraba tabú en los círculos umbristas. Una sombra avivada solamente se podía conseguir amputándosela a otro umbrista; pedirles una era pedirles que traicionaran a uno de los suyos.

Seguramente por eso Vicereine, cuando descubrió que Mark no tenía el libro, le cortó todos los dedos de la mano derecha. Le dijo que había tenido suerte de que no le amputaran la mano entera hasta la muñeca. Al fin y al cabo, ese era el castigo tradicional para los ladrones.

Mark nunca volvería a tocar música. En un abrir y cerrar de ojos, había perdido la única cosa que amaba de verdad.

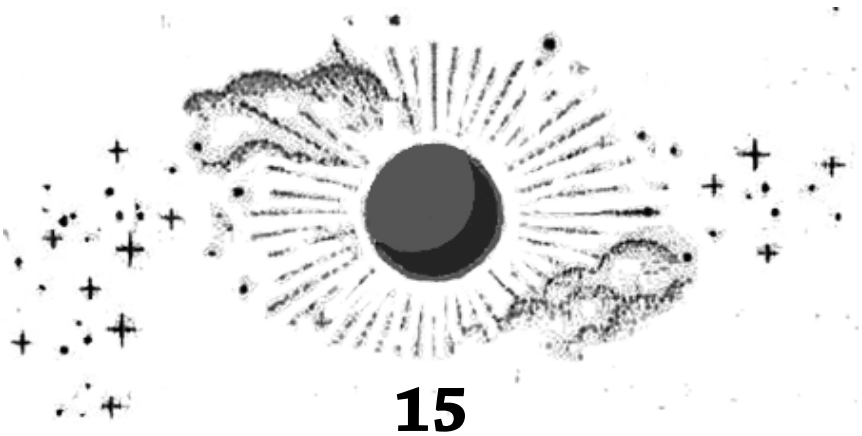
Charlie no se podía imaginar que Vicereine le haría eso. Nunca había querido que ocurriera. Pero daba igual. A Mark no le importaba. Odiaba a Charlie. La odiaba tanto que Brian y él tirotearon su coche, le metieron dos balazos en el cuerpo y mataron al tío que iba con ella. Josh Ford; Charlie ni siquiera conocía su apellido cuando había muerto.

Mark era el peor novio. El peor de los peores.

Pero, por lo que ella sabía, Mark solo había matado a una persona, y por accidente. Y la única persona a la que había querido matar seguía viva.

Y él no era un monstruo.

Si con Mark había ignorado las banderas rojas, ahora Charlie era un toro que se lanzaba de cabeza a por ellas.



15

LA ZANAHORIA Y EL PALO

Charlie esperó a que Red le hablara de la visita de Rose mientras llenaba de agua la cafetera. Esperó mientras preparaba los huevos, mientras se vestía y, tras imaginarse a Adeline juzgando su ropa, mientras se cambiaba para ponerse unos vaqueros rotos y una camiseta con la frase «Dame café o mátame» en el pecho; quería asegurarse de que Adeline la odiara a muerte.

Todo se arreglaría si Red le contaba su versión de lo que había ocurrido anoche. Si admitía que una sombra había venido a buscarlo y se había ofrecido a matar a Charlie. Si le hablaba de Rose.

Pero Red no dijo nada; se limitó a contemplar por la ventana el césped escarchado. La luz del sol que traspasaba las cortinas teñía su cabello de dorado oscuro, recortaba su silueta y se filtraba apenas a través de su piel.

Quizá fuera imposible que Red no la odiara, al estar uncidos. Quizá, debido a sus experiencias previas, fuera imposible que no la quisiera ver muerta.

Dímelo, pensó Charlie. *Antes de que vayamos a ver a Adeline*.

La cafetera empezó a temblar, como si lo estuviera pasando tan mal como ella, y dejó de funcionar.

—Ay, no —dijo Posey, mirándola con desesperación. Llevaba un pijama enterizo de felpa, con cremallera y pies—. Necesitaba ese café.

Charlie sacó una sartén de debajo de la encimera.

—Creo que puedo prepararlo al estilo vaquero.

Posey la miró con mucho escepticismo.

—Prefiero el estilo barista.

—Pues es lo que hay. —Charlie vertió el café en grano en la sartén, la llenó de agua y revolvió la mezcla—. Tengo que preguntarte una cosa. Tú conoces gente de la comunidad local de buscadores. ¿Has oído algo sobre esos asesinatos en Grace Covenant?

—¿Lo de la secta? —Posey se sentó en una silla de la cocina y recorrió la estancia con la mirada—. ¿Lista para que nos mudemos la semana que viene? Ya está todo preparado.

Charlie estaba tan poco habituada a que las cosas salieran bien (y sobre todo a no ser ella quien las hiciera salir bien) que, por un momento, no supo a qué se refería su hermana.

—¿Vamos a poder estar en la casa nueva antes de Navidad? ¿No tendremos que pasarla en la habitación de mamá, apretujadas contra las torres de cartas de *Magic* de Bob?

Posey sonrió de oreja a oreja.

—Eso es justo lo que estoy diciendo. A ver, ¿quién es tu hermana favorita?

—¡Tú! ¡Tú! —Charlie se acercó y la abrazó con fuerza—. ¡Qué maravilla, joder!

Red le dio la espalda a la ventana, probablemente porque hacían mucho ruido. Al cabo de un momento, les dedicó una sonrisa ladeada.

—Puedo ayudaros —dijo en voz baja, como si no supiera si a ellas les parecería bien que participara en la conversación—. A cargar las cajas.

A veces resultaba facilísimo darse cuenta de que él y Vince eran la misma persona.

—Y los muebles pesados —le dijo Posey—. Sobre todo los muebles pesados. Menos mal que tenemos esa furgoneta.

—No quiero preguntar —dijo Charlie, recuperando la atención de su hermana—. Pero ¿que hayas cambiado de tema significa que no has oído ningún rumor sobre los asesinatos de la secta?

—Pues la verdad es que sí he oído algo —respondió Posey—. Que Rooster Argent iba a dar una charla.

—¿Lo sabías? —preguntó Charlie, preocupada. Cuanta más gente lo supiera, más rápido llegaría el rumor a las autoridades.

—Es bastante famoso. —Posey puso los ojos en blanco—. Hace vídeos en TikTok sobre alteracionismo. Da consejos para avivar la sombra.

—¿Así que es un estafador? —El avivamiento de sombras era el crecepelo del momento; uno podía abusar de los incautos y los desesperados, igual que había hecho Rand al ofrecerse a contactar con sus seres queridos fallecidos.

—No seas tan cínica. —Posey le sacó la lengua—. Solo intentas disimular que en el fondo eres una blanda.

—Vale, pues entonces me sorprende que las Cábalas dejen que ese tal Rooster exponga sus secretos en las redes sociales. —El café empezó a hervir y Charlie lo apagó; lo había calentado de más.

—Es una buena herramienta de reclutamiento.

—¿Y ahora quién es la cínica?

—Lo importante es que nos he conseguido un piso —dijo Posey, ufana.

—¡Nos has conseguido un piso! —coreó Charlie mientras terminaba de preparar el café de sartén y lo colaba con papel de cocina. Salió tan oscuro como su cabello y con muy pocos posos.

Sirvió tres tazas. Lo probó.

Sabía a culo.

Red bebió un poco, pero no pareció notar lo malísimo que estaba. Eso sí, le echó un buen chorro de leche.

Posey hizo una mueca al probarlo.

—Intenso. Amargo.

—Igualito que Charlie —añadió Red con una sonrisa irónica.

—¿Acabas de hacer una broma? —preguntó Posey, fingiendo estupefacción.

Ja, ja, un graciosete que planea matarme, pensó Charlie. En efecto, sentía mucha amargura. Red había dicho que no quería matarla, se había reído con sus bromas y parecía que Charlie le caía bien, pero con cada minuto que pasaba sin llevársela aparte para explicarle lo que había sucedido anoche, más le costaba creer que Red no pretendiera hacerle daño.

Después de dedicarle una media sonrisa a Posey, Red dejó la taza vacía en el fregadero y se dirigió a la puerta. Charlie se puso el abrigo y luego volvió a por el bolso. La mezcla de miedo y falta de sueño la despistaba.

Cuando salió, Red había abierto el capó de la furgoneta y hurgaba en sus entrañas.

Ah, lo que faltaba.

—La batería está descargada. —Red se limpió las manos con un trapo—. Y el trasto con pinzas de la parte trasera tampoco funciona.

Claro, el trasto con pinzas de la parte trasera. El mismo que Vince conectaba a menudo y del que Charlie se había olvidado por completo. Desde luego, Charlie era una maestra a la hora de joder cosas. Lo único que se le daba mejor era enfurruñarse después.

—Si llamas a Adeline, enviará a alguien a buscarnos —dijo Red—. O podemos olvidarnos del asunto.

—Llámala tú —le espetó Charlie. Le puso el teléfono en las manos.

Red tocó la pantalla del móvil con el dedo, pero esta no registró el contacto, como si la hubiera rozado un objeto inanimado. Entonces su cuerpo pareció vibrar, se concentró en su mano y consiguió que funcionara.

El teléfono sonó ruidosamente en el aire frío; Red había puesto el altavoz. Adeline respondió al segundo tono.

—Charlie Hall —dijo—. Nada de excusas. Os espero aquí dentro de una hora.

—No soy Charlie —repuso Red.

Durante un rato se hizo el silencio. Después, con un tono mucho más agradable, Adeline dijo:

—No esperaba que me llamaras.

—Ya me lo imagino. —Hizo una pausa—. Envíanos un coche, ¿quieres, Addy?

—S-sí. —Sonaba nerviosa. Vulnerable.

Red cortó la llamada sin explicarle a Adeline por qué necesitaban el coche ni adonde tenía que enviarlo.

Sin embargo, al cabo de veinte minutos, una elegante limusina negra apareció frente a la puerta. Veinte minutos durante los cuales Red, de nuevo, no le contó absolutamente nada sobre Rose.

No podía negar que quería que Red reaccionara. Su mal humor se debía, al menos de manera inconsciente, a que tenía la esperanza de que Red aplacara sus temores. Pero era una tontería. Red no iba a contarle nada sobre la chica de sombra y su oferta. No iba a contarle a Charlie que había accedido a asesinar a un umbrista.

Tu exnovio y su cómplice planean asesinarte, pensó. En serio, eres la única persona a la que podía pasarle dos veces.

Tenía que guardarse sus emociones. Su ira no era para enseñarla; era la rabia que una se comía y saboreaba sola. La furia que una avivaba para hacerla crecer y utilizarla como combustible para lo que fuera necesario.

Charlie salió de la casa y subió al vehículo. Red se sentó a su lado en la parte trasera con expresión pensativa, como si estuviera dándole vueltas a algún problema.

Ella le sonrió para seguirle la corriente. Se haría la tonta y dejaría que Red la fuera dirigiendo para cometer ese asesinato. Mark la había pillado por sorpresa; no permitiría que Red hiciera lo mismo.

Así que, en lugar de quedarse callada y dolida o clavarse las uñas en las palmas de las manos durante todo el trayecto hasta la

mansión de Salt, que era lo que tenía ganas de hacer, Charlie abrió TikTok en su móvil y buscó a Rooster Argent.

Sus primeros vídeos eran cortos, sobre todo bromas en las que hacía que su sombra cometiera travesuras o asustara a la gente. Su lugar favorito eran los supermercados. Solía acompañarlo un amigo llamado Archie; sobre todo se encargaba de grabar, pero a veces también participaba en las bromas. Después, a Archie lo sustituyó una chica que se hacía llamar Razor. Las bromas se volvieron más crueles. Más adelante, Razor ya no salía y Rooster empezaba a grabar más vídeos del tipo «Te explico cómo es ser un umbrista», con instrucciones como «Alimenta a tu sombra sin sufrir una infección» o «¿Es divertido poder hablar con tu sombra o da mal rollo que siempre haya alguien dentro de tu cabeza?», una pregunta que Charlie podría haber respondido en ese mismo momento.

Cuando el coche cruzó la verja de hierro abierta de la finca de Salt, Charlie no pudo evitar levantar la mirada; sus ojos buscaron el tejado de la mansión a través de los árboles. El corazón le palpitaba con fuerza. Mientras ascendían por el serpenteante camino de entrada, el miedo empezó a marearla. La acechaban los recuerdos de su primera visita, agudizados por toda la muerte y el horror de la última vez que había estado allí. Cuando la mansión de Salt apareció ante su vista, Charlie sentía la piel tan tirante que tenía ganas de arrancársela.

Era el mismo castillo de cuento de hadas que había atormentado su infancia. Piedra gris cubierta de tallos marchitos de hiedra de Boston. Las gárgolas de bronce, con el cuerpo teñido de verdín, la observaban con lujuria desde el tejado. Todo en aquel lugar se le antojaba aberrante.

Aquella noche terrible, Charlie y Rand habían ido allí con la intención de convencer a Salt de que eran dos ocultistas. Pretendían que él y sus amigos les pagaran por acceder al «más allá». Rand, con su ridículo bigote encerado, sus chaquetas de *tweed* y su arrogancia de estafador. Pensó en la vez que había soñado con Rand, con el puro encendido encima de la mano.

El coche se detuvo y el conductor se giró en el asiento.

—Le espera dentro, Sr. Carver. —Miró a Charlie como si creyera que ella solo podía estar allí por equivocación. La gente con el aspecto de Charlie (arrugada, magullada, con las botas oliendo ligeramente a alcohol) solo iba a lugares como aquel para robar, y por lo general no lo hacía a plena luz del día.

Aunque, en realidad, Charlie conocía a un par de ladrones de casas que juraban que el día era el momento ideal para un robo.

—Gracias por traernos —le dijo Charlie mientras salía del coche.

Red subió los escalones deprisa, como haría cualquiera que conociera bien el lugar. Charlie habría llamado al llegar a las inmensas puertas dobles, pero, por supuesto, Red no lo hizo. Entró como si nada.

Porque aquella era su casa.

Un estremecimiento recorrió a Charlie mientras lo seguía al interior.

Se topó con un Red quieto y rígido en el recibidor, abrazado por Adeline. Esta se apartó únicamente para ponerse de puntillas y besarlo en ambas mejillas; Charlie supuso que era la costumbre europea.

Adeline tenía un aire diferente. Tenía el pelo más brillante, de un tono acaramelado más lustroso. Vestía un pantalón de lana beis oscuro y un jersey de cachemira de color crema. En el aparador había un bolso Birkin de color rojo sangre. Era la primera vez que Charlie veía uno.

Supuso que ser multimillonaria era muy distinto de ser solamente la hija de un multimillonario.

Adeline se colgó del brazo de Red y le apretó la muñeca con la mano.

—Cómo me alegro de verte. —Levantó la cabeza para mirarlo—. Cielo, vas a tener que relajarte un poco. Lo ensayaremos, ahora que vas a ser Remy. ¿Te ves capaz de responder a su nombre?

—No —contestó Red; parecía que tenía los dientes apretados—. Yo no soy Remy.

Adeline dejó escapar un largo suspiro.

—Lo sé. Es terrible. Pero siempre hemos salido a flote en circunstancias que no eran idóneas. Invéntate otro nombre. Pero que no sea Red. Lo han oído demasiados conocidos nuestros. Y Vincent tampoco, claro. No te pega en absoluto; sin duda por eso lo elegiste. —Red no respondió—. Carver —dijo finalmente Adeline—. Ese sí que podría valer. Tus amigos te llamaban así en el colegio.

—Ciertamente, es más apropiado —admitió él.

Charlie se mordió el carrillo y trató de convencerse de que se alegraba de que Red fuera a recibir el dinero de Salt. Claramente Adeline creía que no se alegraría, así que no iba a darle la satisfacción de tener razón.

—Bueno, ¿cómo va a ser? ¿Firma unos papeles y le das la mitad de la fortuna familiar? —preguntó Charlie.

Adeline soltó una risilla cantarina.

—¿No es eso lo que prometí cuando estábamos en la torre de la Cábala? He traído a Remy de entre los muertos para que Red pueda vivir su vida y recibir su herencia. —Se acercó al Birkin rojo sangre y hurgó en su interior hasta que sacó un sobre de papel manila. Con una leve y discreta sonrisa, se lo tendió a Red.

Al abrirlo, lo rompió sin querer y el contenido cayó al suelo.

Charlie se arrodilló instintivamente para ayudarle a recogerlo. Dos tarjetas de crédito: una American Express de metal plateado y una MasterCard negra. Y varios documentos sujetos con un sólido cierre de latón.

—No es una Palladium. —Adeline señaló la tarjeta—. Pero quiero que te la quedes hasta que esté todo en orden. Léelos bien y luego iremos al bufete de Grassl Law para que firmes los papeles delante de ellos, ante notario. El juez de sucesiones ha accedido a recibirnos en privado. Va a respetar el testamento original de Salt, que te legaba una parte igual a la mía.

—Doy por hecho que le has pagado —comentó Red sin la menor emoción en la voz.

Adeline se rio.

—Les he pagado a todos.

Charlie hojeó los documentos. Formularios bancarios con cifras vertiginosamente altas. Y algo más. Charlie se lo mostró.

—¿Un poder notarial financiero y médico? ¿Se supone que Red tiene que cedértelo a ti?

Adeline esbozó una sonrisa astuta.

—Es para protegerlo. De gente que pudiera intentar manipularlo. O creer que tiene derecho a su dinero.

—¿Quieres que salga de la sartén para lanzarse al fuego? —Era agradable tener a alguien en quien volcar su rabia, alguien que se la merecía de sobra.

—Todo esto no es necesario —dijo Red—. Firmaré lo imprescindible para tener carné de conducir y nada más.

Adeline frunció el ceño.

—Cielo, no digas tonterías…

—El dinero es tuyo —la interrumpió Red.

—Pero deberíamos compartirlo —insistió ella—. Tú eres…

—No soy Remy. Soy su eco.

Adeline puso cara de tristeza.

—Eres lo que queda de él.

—No, no lo es —le espetó Charlie. Recordó que Salt lo había llamado «parásito» y que él no parecía haberse sentido insultado—. Eres una persona. Una persona completa. No un eco. No lo que queda de otra.

Una persona completa que quería matarla. No tenía ni idea de por qué se enfadaba tanto por él.

—Por supuesto —dijo Adeline después de un momento de sorpresa.

—Si quieres que me quede con parte de tu herencia, Addy —dijo Red, mirándolas a Charlie y a ella—, puedes dármela. Pero no la necesito.

—Le dije a Peter que quería que el dinero fuera un regalo. —Adeline meneó una mano en el aire—. Pero hay no sé qué problema con los impuestos. Él dice que es mejor que obtengas tu parte de las

propiedades de Salt a través del juzgado. Yo estoy en trámites para vender varias de las empresas que heredé y he empleado parte de ese dinero en… Da igual. Tendremos tanto que podremos vivir la clase de vida que queramos. Cuando te conviertas en Remy, podrás dejar atrás todo aquello que te refrena.

—Menos las Cábalas —apuntó Charlie.

Adeline la miró.

—Habla con ellos. Descubre cómo hacer que pongan en libertad a Red. ¿Cuánto haría falta?

Charlie pensó en su conversación con Vicereine.

—Sabes que eso no funcionará. Tú ya has hablado con ellos. Tu abogado ha hablado con ellos. Y si seguís insistiendo, se cabrearán y contraatacarán.

Adeline hizo una mueca.

—No quieren que nadie piense que se los puede mangonear. Pero eso no significa que no haya algo que…

La gente decía que había cosas que el dinero no podía comprar, pero Charlie no estaba tan segura. No, no podías comprar el amor, pero era más fácil amar a alguien que no estuviera estresado por el dinero, que pudiera pagar la cuenta de un restaurante, que no necesitara dos empleos para llegar a fin de mes. No podías comprar la salud, pero el dinero, en más de un sentido, hacía que fuera más fácil no ponerte enfermo o, si ya lo estabas, curarte. Aunque los cabalistas no estuvieran dispuestos a canjear la libertad de Red directamente por dinero, tal vez Adeline tuviera razón. El dinero podía ofrecerles una zanahoria… y si eso no bastaba, podía darles un palo. Pero los cabalistas también disponían de palos de sobra.

—Me han pedido que te haga una advertencia —le dijo Charlie. Ojalá no hubiera venido. Tenía los nervios fritos después de haber seguido a Red por la noche. Estaba agotada, triste y todavía dolorida. Y, más que nada, no soportaba la mansión de Salt. Cada vez que entraba, sentía la indefensión y el terror de su infancia. Lo único que quería era marcharse de allí.

Red levantó los documentos.

—Gracias, Addy. Deberíamos irnos ya.

—¿Y bien? —preguntó ella—. ¿Vamos todos al bufete de Peter? ¿Para terminar ya?

Red negó con la cabeza.

—Ya me ocuparé yo.

Adeline abrió los ojos por la sorpresa, como si no estuviera acostumbrada a que Red se resistiera, ni siquiera a algo tan leve.

—Tenemos que ir juntos. Yo tengo que firmar el formulario del poder notarial y el…

—No quiero nada de eso —la interrumpió Red.

Charlie veía lo que estaba a punto de suceder, aunque Red no. Adeline no le iba a dejar quedarse con nada a menos que él le cediera el control de su vida. Y si eso no era suficiente motivación, Adeline disponía de otros medios. La zanahoria y el palo, exactamente igual que su padre.

—No puedo dejarte solo. —Adeline le puso la mano en el brazo —. Red, todavía no comprendes el mundo. Tienes que dejar que te ayude.

Adeline conocía el secreto de Red. Con una palabra suya, él se quedaría sin nada y, lo que era mucho peor, no sería nadie. Y aunque Adeline lo expresara con delicadeza o siguiera dando rodeos, la amenaza estaba ahí: «No eres una persona, eres un Estrago».

Unas pisadas los interrumpieron.

Mientras se apartaba de Adeline, Red levantó la cabeza hacia la mujer que bajaba por las escaleras y se quedó paralizado.

La sonrisa de Adeline fue de pura satisfacción, como un gato repantigado al sol.

—No puedes irte todavía, Remy, cielo. Hay alguien más que quiere verte. Le prometí que tomaríamos un *brunch* juntos.

La mujer de las escaleras tenía el cabello plateado y un aire especialmente aristocrático. Aunque anciana, era bastante más joven que Salt. Red la miraba como hechizado.

Cuando llegó abajo, la mujer tenía los ojos húmedos por las lágrimas.

El chico de Fiona, ese tan majo, había dicho Odette, refiriéndose a Remy. Odette, que en otra época había conocido tanto a Salt como a su primera esposa. Tenía que ser ella: Fiona, la primera esposa de Salt.

—Remy —dijo Adeline—. Es tu abuela.

—Ya sé quién es —gruñó Red, con la voz tensa por el horror.

La mujer cruzó la estancia y lo estrechó entre sus brazos. Red no la empujó ni tampoco se relajó bajo su abrazo; se quedó inmóvil como una estatua. Su altura y la anchura de sus hombros resaltaban la delicadeza pajaril de la mujer.

—Lo siento muchísimo —dijo esta mientras retrocedía—. Creía que me culpabas por lo de tu madre… Oh, da igual lo que creyera. Nunca debí permitir que te fueras con él. Pero quiero que sepas que, si lo hubiera sabido, si hubiera tenido la más mínima sospecha, habría hecho todo lo posible para ayudarte a escapar.

—Recuerdo que viví contigo —dijo él lentamente, como si tuviera que abrirse paso a través de un sueño—. Hace mucho tiempo. Me leías cuentos.

Ella asintió.

—Cuando se fue, tu madre insistió en llevarte con ella, y cuando Lionel terminó consiguiendo tu custodia, creí que estarías mejor. Ay, qué tonta fui.

—Le escribías cartas a R… a mí —se corrigió Red—. En mi cumpleaños.

Red se obligaba a decir «a mí» y «en mi cumpleaños» por Fiona, pero su expresión de angustia hacía que Charlie se preguntara si alguna vez Red habría deseado que esas cartas fueran para él, si alguna vez habría fingido que lo eran.

Su abuela sonrió.

—Me alegro de que las recibieras. Ojalá hubiera hecho mucho más.

Red siguió inmóvil durante un rato.

—Charlie y yo tenemos que irnos —balbuceó por fin.

Durante un instante, un silencio incómodo ocupó la estancia.

—Pero si vamos al *brunch* —le recordó Adeline.

—No puedo —dijo Red con la intensidad de alguien que se queda sin oxígeno en una habitación cada vez más estrecha.

Fiona retrocedió un paso y se miró las manos. La manicura era impecable; en el dedo corazón llevaba un anillo cóctel tan grande que parecía imposible que estuviera tachonado de diamantes y esmeraldas auténticos. Lo hizo girar distraídamente, nerviosa.

—Lo siento, cariño. No debería haberte sorprendido así.

Hacía un momento, Charlie había estado tan ansiosa por irse como Red, pero ahora se sentía fatal. ¿Fiona era mala persona? No lo parecía. Su disculpa espontánea sonaba desgarradoramente sincera. Y a Odette le caía bien.

—R… Remy, ¿estás seguro? —dijo Charlie.

—No pasa nada. Estaré unas semanas en la ciudad —le dijo Fiona a Red, poniéndole una mano en el brazo—. Me gustaría que nos sentáramos a charlar con calma sobre lo que ocurrió en realidad en esa época. Y me gustaría que me contaras cómo es tu vida ahora. —Miró a Charlie—. Tú debes de ser Charlotte.

—Charlie Hall —respondió ella, levantando a medias la mano en un torpe saludo.

La mujer la miró con intensidad, como si pudiera deducir algo sobre su nieto a partir del aspecto de Charlie.

—¿Y estáis juntos?

Charlie era muy consciente de que el maquillaje que le tapaba el ojo morado no era gran cosa. De que llevaba ropa barata y su único perfume era el café. Lo más caro que llevaba encima eran los tatuajes.

—Sí —mintió, porque eso explicaba su conexión mejor que la verdad—. Debería disculparme por esta visita tan breve. Anoche salimos hasta tarde y casi no hemos dormido.

Así parecía que eran unos fiesteros y posiblemente unos drogatas. Pero al menos era una excusa.

—Bueno, pues entonces no os entretendremos —dijo Fiona—. Charlie, ¿te apetecería comer conmigo algún día?

—¿Yo? —No se lo esperaba en absoluto. Por un momento se preguntó si acababa de conocer a alguien mucho mejor que Salt a la hora de manipular a los demás.

—Los dos, si queréis —dijo Fiona—. ¿Qué tal mañana?

—Suena bien —respondió Charlie, porque decir cualquier otra cosa solo habría servido para retrasar el momento de largarse de allí. Si Red quería escaquearse de ese almuerzo, podía hacerlo después, por mensaje de texto, como todo el mundo.

Red fue directo hacia la puerta, obviando todos los rituales de despedida. Charlie le dedicó a Fiona una sonrisa de disculpa antes de seguirlo.

Red se acercó al teclado del garaje triple y empezó a pulsar botones.

—Puedo llamar a un taxi… —empezó a decir Charlie mientras buscaba su móvil—. ¿Qué haces?

El portón de la izquierda del garaje empezó a inclinarse y levantarse.

Cada uno de los tres compartimentos tenía espacio suficiente para dos coches, además de los cortacéspedes y podaderas del jardín y una pared de cajas con etiquetas, llenas de lo que parecían ser adornos navideños. El Rolls-Royce Phantom Mansory Conquistador negro mate, la envidia de todos los fanáticos de los coches del Valle, acechaba cerca, rezumante de amenaza. Red pasó frente a él, se detuvo junto a un Porsche 911 plateado, abrió la puerta y se apoderó del llavero que descansaba en el salpicadero.

Charlie abrió la boca para protestar.

—Sube —se adelantó Red. Su voz era plana, tajante.

—¿Qué haces? —preguntó Charlie, aunque era bastante evidente.

—Por favor —añadió mientras la miraba a los ojos—. Sube.

Con un suspiro, Charlie subió por el lado del copiloto y se acomodó en un asiento de piel más blando que su cama.

Red pulsó el botón de arranque sin llave y el coche cobró vida con un ronroneo. Charlie miró de reojo hacia la casa, esperando a

que alguien hiciera algo al respecto. Marcharse con el Porsche era tan descarado que casi no podía considerarse un robo, salvo porque Red se estaba llevando algo que no le pertenecía.

Nadie los persiguió por el camino de entrada. Red pulsó un mando a distancia enganchado al parasol y, tras ellos, la puerta del garaje empezó a cerrarse. Fue cambiando de marcha mientras pisaba a fondo el acelerador. Al cabo de unos minutos, iban a toda velocidad por la 91, rumbo a casa. El coche tenía una aceleración absurda.

Red fulminaba la carretera con la mirada.

—Antes de que digas nada, quiero que entiendas una cosa: Adeline quiere que yo le robe la vida a Remy y no voy a hacerlo. —Charlie observó sus músculos tensos, sus ojos relucientes como brasas—. Ya sé lo que vas a decir —continuó—, que ya le he robado su vida.

Charlie negó con la cabeza.

—Yo nunca diría eso.

—Fiona no es mi abuela —respondió Red—. Y Adeline no piensa con claridad. Ella solo quiere recuperar a Remy. Todo el mundo adoraba a Remy.

Vas a tener que verte a ti mismo como la clase de hombre al que se le abren todas las puertas, había dicho el capullo de la radio, pero hasta un reloj averiado acierta dos veces al día. Red no se veía como alguien al que se le abría ninguna puerta. *No hace falta que desaparezcas constantemente*, le había dicho Charlie, pero Red daba por hecho que se retractaría en cualquier momento.

¿Cómo era vivir en los márgenes de la vida? ¿No estar habituado a ocupar espacio en el mundo? ¿Estar atado a alguien capaz de controlarte, de obligarte a hacer todo lo que quisiera e ignorar tus necesidades cuando le molestaban?

Remy nunca habría podido querer a alguien como tú.

—Yo no —dijo Charlie. Red le echó una mirada extraña y ella bostezó—. Yo nunca conocí a Remy Carver, así que me importa una

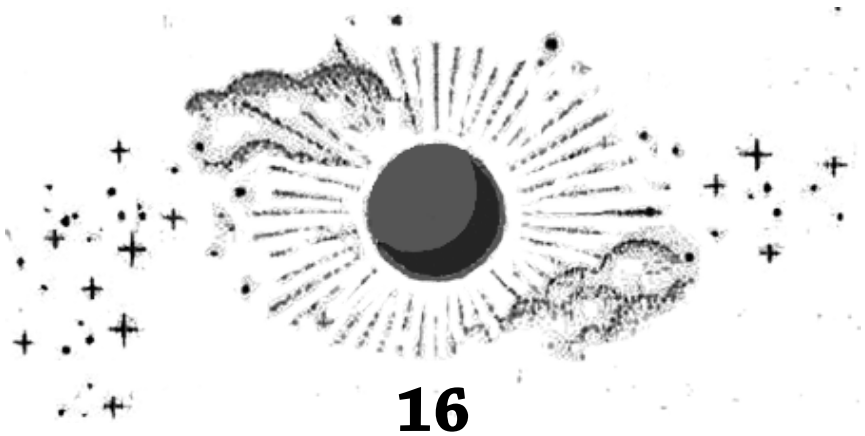
mierda. Y de haberlo conocido, creo que me habría caído tan mal como tú crees que le habría caído yo a él.

Red giró la cabeza hacia Charlie con tanta brusquedad que esta temió que fuera a salirse de la carretera. Cuando volvió a prestar atención al tráfico, su expresión era escéptica, como si quisiera rebatírselo, pero no supiera muy bien cómo hacerlo.

Puesto que Red planeaba matarla muy pronto de todas formas, no tenía motivos para contenerse:

—Por si sirve de algo, sé que tú lo querías, que estabas unido a él y todo eso, pero tampoco estoy muy segura de que a ti te cayera bien.

Red se estremeció como si alguien acabara de pisotear su tumba.



16

EL LUSITANIA Y EL TITANIC

Esa noche, Charlie decidió aceptar la oferta de Balthazar y le pidió a Red que condujera hasta su casa de Holyoke. No le había mencionado los papeles que le había dado Balthazar la última vez que se habían visto y confiaba en que Balthazar tampoco lo hiciera. Conseguir el fragmento desaparecido de la sombra de Red le parecía más urgente que nunca. Si él recuperaba sus recuerdos, volverían a estar en el mismo bando.

Pero, de momento, al menos podía aprender a ser mejor umbrista.

Balthazar Blades vivía en un cuartel de bomberos de ladrillo reconvertido, con vistas al canal de Holyoke. Tenía aparcamiento propio y ni un centímetro de jardín; alguien que pasara por allí podría pensar que estaba abandonado.

A Balthazar parecía gustarle. Hasta había estampado la palabra «FUERA» en su puerta.

Charlie ignoró el letrero y llamó con el puño varias veces. Como nadie respondía, se giró hacia Red.

—¿Te importa…?

Él extendió una mano hacia la cerradura, sus dedos se transformaron en humo y una sombra se proyectó sobre la madera. Al cabo de un momento, retrocedió con un respingo.

—Ónice —dijo—. También hay una franja en el zócalo.

—Entonces supongo que me toca a mí. —Charlie sacó las ganzúas de su bolso.

Acababa de meter la primera cuando Balthazar abrió la puerta.

—Tú —dijo con tono acusador.

—Me habías invitado —respondió Charlie mientras lo empujaba para entrar en el apartamento. Era evidente que lo había pillado sentado en el sofá, escuchando música. Una taza de denso café cubano descansaba en la mesita.

—Supongo que sí. ¿Te apetece algo? —preguntó Balthazar.

—Tomaré lo mismo que tú. —Señaló la taza con la frente.

—Haces bien. —Balthazar se dirigió a la cocina.

Charlie echó un vistazo a la estancia; su mirada se detuvo en su propia sombra, cuya forma era claramente distinta de la de su cuerpo. Ni siquiera había visto transformarse a Red; se había derretido en un instante.

Se sentía sola, pero no podía olvidarlo: ella nunca estaba sola.

Con un suspiro, se dirigió a la cocina de Balthazar, que estaba terminando de echarle leche condensada a su café. Años antes, él le había conseguido varios encargos: Charlie robaba libros que explicaban antiguas técnicas de umbrismo y después él los vendía al mejor postor. Ahora no estaba segura de cómo definir su relación. No eran exactamente amigos, pero sabían demasiado el uno del otro para ser únicamente conocidos.

—Bueno. —Balthazar le acercó la taza—. ¿Quieres ser una umbrista de verdad?

Charlie titubeó e intentó encontrar las palabras adecuadas para expresar algo que fuera la verdad y que al mismo tiempo omitiera sus peores temores.

—Quiero saber lo que significa ser una umbrista de verdad para alguien como yo, con una sombra que nunca formó parte de mí. Siempre he oído decir que hay una manera difícil pero correcta (utilizar tu sombra como una extensión de ti mismo) y otra manera mala pero sencilla (darle medios para que sea independiente). Pero si eso es cierto, a mí me ha tocado la mala desde el principio. Y no creo que eso pueda ser verdad, porque… porque no creo que Re… —Se detuvo a tiempo—. No creo que Remy fuera malo por ayudar a Vince a existir.

Balthazar la contempló un largo rato.

—Mmm.

Charlie bebió un sorbo de café y agradeció la sensación: se veía capaz de abrir un boquete en la pared de un puñetazo.

—Vamos a sentarnos y a charlar sobre lo que sabes y lo que no. —La guio hacia el salón—. Como personas civilizadas, ya me entiendes. —Charlie se acomodó en el sofá de Balthazar—. No tienes ni idea de lo que es capaz de hacer, ¿verdad? —le preguntó.

El hecho de que Charlie ni siquiera estaba segura de lo que le estaba preguntando demostraba que Balthazar tenía toda la razón. Volvió a mirar de reojo su sombra.

—Supongo que no.

—Puede poseer a las personas.

—Como el Sr. Guiñol —dijo Charlie, tratando de no parecer excesivamente nerviosa. No creía que Red pudiera poseerla a ella.

Balthazar se reclinó con su café, seducido por la perspectiva de un buen chismorreo.

—Veo que conoces al nuevo líder de los titiriteros.

—Bueno, no exactamente —replicó ella—. Conozco a varias personas que hablaban con su voz. Da un mal rollo que te cagas.

—No me sorprende. Bellamy cree que una vez habló con el Sr. Guiñol, pero que fue hace años y utilizaba otro nombre.

Charlie recordó que Red le había dicho que había visto a Bellamy y a Balthazar juntos detrás del Rapture.

—¿Malik está muerto? —Charlie no sabía qué hacía falta para tomar el mando de una Cábala. Probablemente fuera menos complejo que cuando eran cuatro. Vicereine y Bellamy no debería haber tardado tanto en obligar a alguien a asumir el mando de los caparazones.

Balthazar meneó la cabeza perezosamente.

—No creo. Se rumorea que consiguió salir de la ciudad. Otra cuestión es hasta dónde llegó.

—¿Rooster Argent tiene algo que ver con todo esto? —Charlie también se reclinó. Esperaba que Balthazar pudiera contarle algo interesante sobre él.

Él le dedicó una sonrisa cómplice.

—Rooster es la cara visible de los umbristas y era muy amigo de Malik. Todo lo contrario al Sr. Guiñol. Seguro que se odian. He oído que la semana que viene Rooster estará en un spa, al norte, para iluminar a unos ricachones, tipo Silicon Valley.

Charlie recordó lo que había leído en el chat: Y*o aprovecharía para clavarles un picahielos*.

Balthazar chasqueó los dedos.

—Tengo una idea. Que Vince te haga una demostración.

Charlie no sabía si le gustaba la idea.

—Vince —dijo Balthazar más fuerte de lo necesario, como si llamara a alguien que estuviera en otra habitación—. Ven, ven, dondequiera que estés.

De pronto, Red estaba al lado de Charlie.

—La madre de Dios, qué susto. Vale, Charlie, vamos a probar algunas cosas básicas. Ponte de pie.

Charlie se levantó, sintiéndose un poco tonta.

—Lo primero y más importante es aprender a bloquear el conducto de energía que existe entre Red y tú. Si no lo haces, él podría dejarte seca cuando quisiera, como quien sorbe un batido con una pajita.

—¿Qué le impide hacerlo ahora mismo? —preguntó Charlie con el corazón encogido. Por eso la había advertido Posey.

Balthazar se encogió de hombros.

—Pues si es verdad que no tienes ni idea de cómo bloquearlo, supongo que los buenos modales.

Red sonrió con soma.

—Y tal vez también que entonces pasaría a ser el más buscado por la Cábala —añadió Balthazar—. Pero, como tú bien sabes, hay gente que vive para el peligro.

Charlie no soportaba aquella conversación.

—Bueno, ¿y cómo lo hago?

—¿Sientes la conexión entre tu sombra y tú? —preguntó él.

—El vínculo —respondió Charlie, asintiendo con la cabeza.

—Si tuvieras que señalar el punto físico del que proviene, ¿dónde dirías que está?

Charlie se tocó el vientre. Se lo imaginaba justo debajo de los pulmones, una fuerza que tiraba del centro de su cuerpo.

—¡Excelente! —Balthazar parecía aliviado de verdad—. Algunos no tienen ni la menor idea de por dónde están conectados o tienen varios puntos de conexión, y eso es mucho más difícil.

Red observaba a Charlie, con los ojos ardientes como carbones encendidos. ¿La consideraba una tonta por no saber nada de eso? ¿Le preocupaba que fuera más difícil matarla después de aprenderlo?

—Hay gente que define el vínculo como una correa de perro, pero yo prefiero describirlo como un cordón umbilical.

Charlie hizo una mueca.

—Qué asco.

—No seas remilgada. Es una metáfora excelente. El cordón umbilical envía nutrientes, igual que nuestro vínculo nos permite compartir energía y poder. Si pellizcas el cordón, puedes interrumpir el flujo.

—¿Pellizcarlo de verdad?

—No es sólido, así que vas a tener que hacerlo con la mente —dijo Balthazar—. Imagina que lo pellizcas. O que lo retuerces. Pero no que lo cortas.

Charlie se concentró en la delgada madeja de sombras, sintiéndose boba. Casi podía notarla en la piel, tan fina como una telaraña y tan ligera como una nube. Se imaginó que la pellizcaba por encima con los dedos.

—¿Y bien? —preguntó Charlie—. ¿Ha pasado algo?

Balthazar suspiró.

—Supongo que no, porque tu sombra no te estaba drenando de manera activa, aunque cabría pensar que le costaría un poco estar presente físicamente durante tanto tiempo.

—Cabría pensarlo —coincidió Red con una sonrisa que era pura amenaza. Balthazar fingió no darse cuenta.

—Vale, vamos a probar algo más impresionante. Charlie, quiero que entres en Vince.

—¿Qué quieres decir?

—Que te lo pongas como si fuera un abrigo. Adelante. Inténtalo.

Charlie caminó hasta detenerse delante de Red, sintiéndose idiota.

—¿Te importa?

Casi esperaba que Red se sintiera insultado por aquel ejercicio, pero se limitó a extender una mano hacia Charlie. Ella lo imitó, pero en lugar de tocar la piel y el músculo, la mano de Charlie se introdujo en su brazo. Y mientras avanzaba hacia él, mientras entraba en el mismo espacio que ocupaba él, el aire se iba volviendo extrañamente denso. Se asustó un poco, temerosa de ahogarse, aterrada por el recuerdo de la asfixia.

No pasa nada, le dijo Red. *No te voy a hacer daño*.

—Vale —dijo Charlie en voz alta—. Vale.

—¡Bien! —exclamó Balthazar—. Esto es umbrismo de caparazón. Desde allí, Vince podría convertirse en una especie de armadura para ti. O también podría…

Charlie sintió una tensión alrededor de la cintura, como si unos brazos la sujetaran, y unas alas de sombra brotaron a ambos lados de su espalda. Sintió un soplo de aire debajo del cuerpo; de pronto flotaba por encima del suelo. Muy por encima.

—Eso —dijo Balthazar—. También podría hacer eso.

Un sonido brotó de la garganta de Charlie, entre la fascinación y el terror. Mientras miraba la habitación desde las alturas, sintió la atracción de la magia. De la magia de verdad. Oh, pensó. Oh.

Había pasado tanto tiempo fingiendo que la magia existía, estafando a los demás para que creyeran en ella, que el hecho de anhelar la magia le había parecido peligroso. Pero le resultaba imposible proteger su corazón frente a la dicha y el pasmo de estar volando.

—Venga —dijo Balthazar—. Ya vale. Bajad los dos. Tenemos que practicar más cosas.

Red posó a Charlie en el suelo y retrocedió unos pasos, con una sonrisa vacilante y ladeada. Era evidente que tenía la esperanza de que a Charlie le hubiera gustado, pero también le preocupaba que no. Tal vez le diera miedo haberla asustado.

La sonrisa de tonta que tenía en la cara debería haber respondido a todas sus dudas.

—Ahora quiero que mires a través de sus ojos —dijo Balthazar—. Vince, elige un libro de mis estanterías y llévatelo a ese rincón. Ahora no hagas trampas y le digas la frase que estás viendo. Charlie, tú ve allí. —Señaló el lado contrario de la habitación.

—No sé hacerlo —protestó ella.

—No te vas a meter en su cabeza. —Le fastidiaba que Balthazar hubiera adivinado sus temores—. Solo vas a mirar a través de sus ojos.

Charlie se plantó en el rincón opuesto al de Red y se concentró; se imaginó que, en lugar de enviarle un mensaje, contactaba con él a través del vínculo que los unía. Cerró los ojos con fuerza. Trató de imaginarse la página. Pero por mucho que se concentraba, no parecía funcionar.

Finalmente se rindió con un gemido y se dejó caer en el sofá de Balthazar.

—Practicad en casa —le dijo Balthazar, agitando la mano para restarle importancia—. Ya casi me he hartado de ti, sobre todo

porque aún no me has pagado por mis servicios. Pero volviendo a tu pregunta de antes, a ver qué opina Vince. Y me interesa su respuesta. Verás, Charlie tiene que conseguirme una sombra.

—Ya os escuché. —Completamente sólido, Red caminó hasta el sofá y se sentó al lado de Charlie. Unos mechones de cabello rubio oscuro le caían sobre los ojos.

—Nunca he tenido una sombra uncida que no fuera la mía o no estuviera aletargada. —Escudriñó a Red con la mirada—. Ella puede controlarte, ¿verdad?

—Sí —respondió Red.

—Pero no lo voy a hacer —añadió Charlie.

Balthazar soltó un ruido de frustración.

—¿Necesita darte órdenes para hacerlo?

Tras un momento de silencio, Red contestó:

—Si me dice que haga algo directamente, lo haré, claro. Si me envía una orden mental, tengo que obedecerla. Y no es algo que pueda evitar con algún truco, como si fuera una criatura encantada de un cuento. Querré hacerlo tal y como ella quiera que lo haga. A veces ya estará hecho antes de que tenga tiempo para pensarlo.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Balthazar—. Es decir, ¿cuánto tiempo duran las órdenes?

—No lo sé, pero nunca he intentado resistirlas —respondió Red con expresión confundida—. Con Remy, tardé mucho tiempo en pensar en nosotros como dos seres independientes. No consideraba que fueran órdenes; eran extensiones de lo que queríamos los dos.

—Vale. —Balthazar bebió un largo trago de café—. Pero ¿y si mi nueva sombra quiere hacerme daño?

—No podrá —dijo Red—. No querrá.

Charlie reflexionó sobre eso. Una cosa era que Red dijera que una sombra no podía hacerle daño a la persona a la que estaba uncida. Pero ahora insinuaba que una sombra ni siquiera podía querer hacerlo, y eso no podía ser cierto. Rose le había pedido que matara al umbrista al que ella estaba uncida. Red estaba mintiendo.

—¿Y qué pasó con el último Hierofante? —preguntó Charlie, ya que no podía preguntarle por Rose sin admitir lo que sabía—. ¿Cómo lo drenó su sombra?

—Ketamina —respondió Red.

—¿¡Cómo!? —Balthazar se inclinó hacia delante.

Red frunció el ceño.

—Es una…

—Ya sé lo que es la ketamina —le interrumpió Balthazar para que continuara con la explicación.

—Salt la usaba para drogar a Remy y dormirlo. Cuando lo hacía, yo hablaba por boca de Remy. Controlaba su cuerpo. Era el único que ocupaba su mente. Salt le dio varias dosis de ketamina a Cleophes de York para llegar a un acuerdo con él. Eso permitió que Cleophes consumiera a su anfitrión. Pero, incluso en ese caso, no creo que Cleophes pretendiera hacerle daño; creo que estaba tan obsesionado con sus propios objetivos que no se dio cuenta de lo lejos que había llegado.

Charlie pensó en sus interacciones con Red. No había aparecido cuando Charlie estaba en peligro y después había planeado un asesinato con la sombra de Rose, una sombra que, como mínimo, podía suponer un peligro para Charlie. Aunque Red no pudiera hacerle daño, sí que podía planear que le hicieran daño; le parecía una distinción importante, aunque quizá a Red no le apeteciera difundirla.

—¿Salt drogaba a su nieto? —preguntó Balthazar.

—Drogaba a mucha gente —respondió Red—. A Charlie le dio pentobarbital. Era una de sus preferidas.

Balthazar miró a Charlie.

—No recuerdo que lo mencionaras.

—A lo mejor deberías invitarme más a menudo a tu casa —respondió ella—. Tengo un montón de anécdotas buenas.

—Bueno, por lo menos tendrás que volver una vez más —le recordó Balthazar—. Con mi Estrago.

Cuando se marcharon, mientras recorrían el aparcamiento en dirección al Porsche, Charlie le puso una mano en el brazo a Red para que se detuviera.

—¿Y nosotros qué? —le preguntó—. ¿Tú quieres lo mismo que quiero yo porque estamos unidos?

—Esa es la cuestión. —Torció el gesto con evidente frustración—. ¿Cómo voy a saberlo?



Más tarde, en la cama, Charlie trató de permanecer despierta; vigilaba la ventana por el rabillo del ojo. Esperaba a que una sombra entrara reptando, buscándola. Esperaba a que Red saliera de la casa y el vínculo entre ambos se afinara hasta convertirse en un hilo finísimo.

Escuchaba con atención, por si Posey volvía a casa y corría peligro.

Pero no entró ni salió nadie. Red se quedó a su lado toda la noche, con los ojos cerrados, sumido en algo similar a un sueño.



La alarma del móvil sonó a las diez de la mañana siguiente, una hora que debería haber sido razonable de no ser porque Charlie se había quedado dormida cuando el sol ya brillaba en el cielo, hacía un par de horas como mucho. Le dolía la cabeza y la idea de darse la vuelta y seguir durmiendo era extremadamente seductora. Red ya no estaba a su lado.

Maldiciendo entre dientes, salió a rastras de la cama y fue al cuarto de baño a lavarse los dientes.

En el salón encontró el largo cuerpo de Red repantigado en el sofá, con un brazo detrás de la cabeza, luciendo descaradamente su atractivo perfil. Vestía unos vaqueros y una camiseta Henley negra tan apretada que Charlie se lo quedó mirando a su pesar. En la televisión, alguien con mucho acento buceaba para localizar restos de submarinos alemanes de la Segunda Guerra Mundial. Había un libro abierto en el cojín que tenía a su lado, pero Charlie no estaba segura de que estuviera prestando atención ni a una cosa ni a la otra.

El aroma a café llenaba el aire; parecía que Red tenía una taza delante.

—¿Has arreglado la cafetera?

Él le dedicó su familiar sonrisa ladeada.

—Los tubos tenían demasiados restos. La he purgado.

—¿Cuándo empezaste a aprender cosas que Remy no sabía hacer? —Cuando echaba la vista atrás, siempre había dado por hecho que la costumbre de Vince de limpiar los canalones y cambiar el aceite del coche de Charlie era parte de su fachada de novio humano. Pero Red no fingía ser otra cosa que lo que era. Exhibía su inhumanidad en sus narices. La mitad del tiempo, parecía que Charlie ni siquiera le caía bien. Por lo tanto (y aunque fuera un poco perturbada)/ su generosidad al limpiar la cafetera probablemente era sincera, y sus otros gestos, ya olvidados, probablemente también lo habían sido.

Frunció el ceño al oír la pregunta.

—No estoy seguro.

No le gustaba hablar de Remy. Y le gustaba todavía menos admitir nada que hiciera quedar mal a Remy. Seguramente la pregunta le había irritado, un mal pago por su gesto de amabilidad.

Charlie se recordó a sí misma que estaba de mal humor por la falta de sueño. Y se negaba a sentirse culpable, porque su falta de sueño era culpa de Red.

Aun así, tenía curiosidad. ¿Alguna vez la inteligencia de Red había inquietado a Remy? ¿O lo había aceptado como algo merecido

y había buscado tareas útiles que encargarle a su sombra, como permanecer despierto en clase, estudiar geometría o escribir redacciones? Ojalá pudiera saber si, al final, Remy había llegado a sentir que él era la sombra de Red.

—¿A qué viene la lección de historia? —Señaló el televisor.

Red levantó la vista para mirarla; varios mechones de cabello rubio le caían sobre la frente.

—El RMS Lusitania se hundió tan deprisa que nadie pudo evacuarlo por culpa de su propia velocidad; empujaba agua al interior a medida que se hundía en el fondo del mar. Si no hubiera sido tan bueno en lo suyo, tal vez habrían sobrevivido al ataque del submarino.

—Ese era el barco gemelo del Titanic, ¿verdad? —preguntó Charlie.

Él esbozó una sonrisa extraña.

—No, pero mucha gente cree que sí porque fueron dos desastres muy famosos. Tal para cual.

Por un momento, Charlie creyó que era una indirecta sobre ellos dos, pero no podía ser.

Dejó a Red con su guerra naval, fue a la cocina y se sirvió una taza de café total y fastidiosamente aceptable.

Allí sacó el móvil y un nuevo protector de pantalla de cristal que había comprado en la tienda. Limpió la pantalla rajada y colocó el cristal encima, procurando no cortarse en los dedos. A pesar de su escepticismo, pareció funcionar y por fin pudo acceder a sus mensajes.

Uno de Vicereine, pidiéndole que la llamara. Varios de su madre, varios más de Adeline y uno de Fiona, preguntando por su cita para comer. Otros de unos amigos a los que Charlie les había pedido ayuda para la mudanza al piso de Northampton esa semana, preguntando si habría pizza gratis.

Y, por supuesto, un recordatorio de que esa noche le tocaba turno en el Rapture.

Con un bostezo, borró todos sus mensajes. Debía concentrarse en el trabajo importante: conseguirle respuestas al Sr. Guiñol. Lo cual significaba entrar en esa iglesia. Hatfield era un pueblo pequeño y, aunque los de la iglesia pudieran ser permisivos o incluso cotillear con alguien de su comunidad, no lo harían con ella.

Así que Charlie tenía que convertirse en alguien con quien estuvieran dispuestos a hablar. Abrió el perfil de Facebook de la iglesia Grace Covenant y repasó los mensajes hasta que encontró al reverendo, Kevin Powers, y a una ayudante administrativa a tiempo parcial, Melissa Svoboda. Charlie copió los datos de contacto de la iglesia en su móvil, buscó unos cuantos datos más y luego llamó.

—Soy Carli Bradwell, llamo de parte de CMIC a propósito de una indemnización —dijo Charlie, hablando muy deprisa—. ¿Hablo con la oficina de la iglesia Grace Covenant?

—¿Sí? —respondió quien Charlie esperaba que fuera Melissa, con un tono algo confundido—. ¿De parte de quién dice que llama?

—CMIC —repitió Charlie—. La Church Mutual Insurance Company. Su aseguradora. —Al menos Charlie suponía que sería esa. Era la empresa de seguros de iglesias más grande de la Costa Este.

—¡Ah! No caía —dijo Melissa—. Claro.

—Hemos estado revisando su póliza y hay un problema con el parte. No se incluye ningún tipo de limpieza de residuos de riesgo biológico. Me temo que la sangre puede considerarse un riesgo biológico. Además, está el tema de que no había ningún asegurado presente mientras esas personas hacían lo que sea que estuvieran haciendo.

—No eran una secta. Eran un grupo de debate —le espetó Melissa—. Ha ocurrido una tragedia, ¿y me está diciendo en serio que no pueden ayudarnos, cuando siempre hemos pagado las cuotas a tiempo? Su empresa asegura iglesias, ¿es que no tienen compasión?

Charlie había supuesto que ser ayudante administrativa de una iglesia era un trabajo ingrato. Y todo el mundo quiere ser un héroe;

Charlie iba a darle la oportunidad de serlo.

—Creo que se podría hacer algo acogiéndose a las cláusulas de vandalismo y actos delictivos de su póliza. Eso lo tienen cubierto. —Después de una pausa cuidadosa, continuó—: Pero aun así necesitaría ir a hacer unas fotografías. Debo evaluar la gravedad de los daños y presentarle la información a mi supervisor.

—¿Y entonces nos indemnizarán? —preguntó Melissa.

—Quiero ayudarle a conseguirlo, se lo prometo. ¿Podría pasarme mañana? No tardaré mucho.

—Me temo que mañana no será posible —dijo Melissa, un poco asustada—. No habrá nadie. Por desgracia, a partir de esta noche, la iglesia estará varias semanas cerrada. —A Charlie se le cayó el alma a los pies—. Pero podría venir ahora mismo —añadió la mujer—. El reverendo ya se ha marchado de viaje con su familia, pero yo podría quedarme hasta más tarde. ¿Le vendría bien?

Charlie se reclinó en la silla y cerró los ojos. ¡Sí!

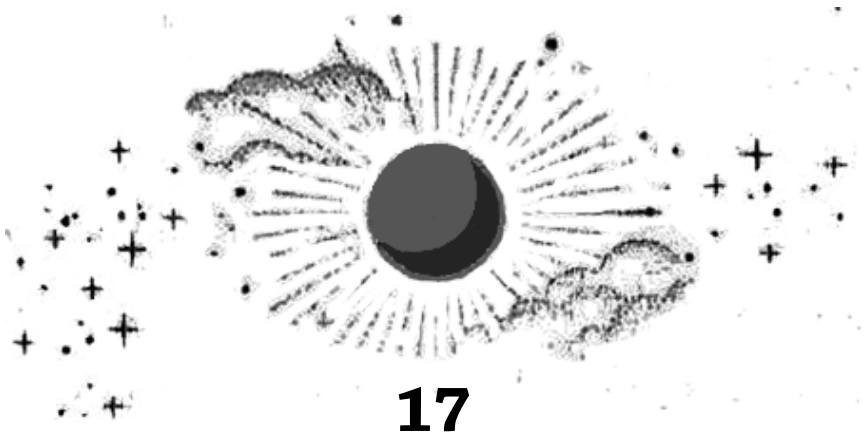
—Supongo que podría —dijo, procurando mantener un tono neutro—. Voy a tener que reprogramar algunas reuniones.

Melissa le dio efusivamente las gracias.

Después de cortar la llamada, Charlie hizo un bailecito triunfal por toda la cocina; se detuvo en seco cuando vio que Red la observaba desde la puerta.

—Serías capaz de robarle un chuletón a un lobo hambriento —dijo.

—Ya lo creo que sí —coincidió ella mientras se servía otro café para celebrarlo.



17

PRETENDO MORIR EN TUS BRAZOS

Red conducía, relajado, con una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios.

Desde el asiento del copiloto, Charlie le envió un mensaje a Fiona para disculparse, alegando que tenía anginas. Se alegraba de tener una excusa para escaquearse de tener que sentarse delante de la imponente anciana.

Con el pantalón de vestir negro, la blusa blanca con botones y el jersey verde, Charlie esperaba dar el pego como perita de seguros. Se tapó el moratón con corrector, además de delineador y un poco de colorete. Había encontrado unos pequeños pendientes de aro dorados, pero se resistía a quitarse el ónice de las orejas. Al final, se los dejó puestos. Eran bastante neutros.

Entre enviar los mensajes y enganchar los formularios, que había imprimido en Staples, a un portapapeles (que también había comprado en Staples), no fue consciente de que habían entrado en una gasolinera hasta que el coche se detuvo. La realidad golpeó a

Charlie como un puñetazo en las tripas. Allí era donde Rose había prometido dejarle un mensaje a Red.

Este salió del coche, se acercó al surtidor y titubeó. Tenía la cartera en una mano y en la otra la tarjeta de crédito negra que le había dado Adeline. Se le tensó un músculo de la mandíbula y apretó la tarjeta con los dedos con tanta fuerza que a Charlie le dio miedo que se cortara la piel.

Se inclinó sobre el asiento del conductor y pulsó el botón para bajar la ventanilla.

—¿Todo bien?

—Voy a pagar dentro. ¿Quieres algo?

Dentro, donde no le costaría nada colarse en el cuarto de baño y obtener la dirección. Y, sin embargo, no se había comportado en absoluto como alguien que planeaba conducirla a la muerte. ¿Quién le arregla la cafetera a alguien antes de asesinarlo?

Alguien que se siente culpable por ese asesinato, supuso.

En cuanto la puerta de la gasolinera se cerró, Charlie probó el ejercicio que había intentado enseñarle Balthazar. Intentó ver a través de los ojos de Red. Intentó concentrarse en estar allí con él, en la línea de sombra que se extendía entre ellos.

Pero salió igual de mal que en casa de Balthazar.

Antes de lo esperado, Red caminaba de nuevo hacia el coche, con las manos en los bolsillos del abrigo. Debía de haber encontrado el mensaje enseguida. Varias personas lo miraron mientras cruzaba el aparcamiento. Alto, corpulento, guapo, conducía un Porsche… ¿A quién no le iba a gustar?

Presa de una inmensa irritación, Charlie salió del coche y se dirigió a la tienda.

—Tengo que mear —le dijo al pasar a su lado. ¿Qué iba a hacer, impedírselo?

Una vez dentro, resultó que había un aseo de hombres y otro de mujeres. Charlie entró en el de hombres y le dio un susto a un tipo que estaba en los urinarios, con una gorra de béisbol girada hacia atrás.

—¡Eh! —exclamó el tipo, que acababa de mearse en los zapatos.

—¡Perdón! —dijo Charlie con voz cantarina mientras se dirigía al único retrete.

Rose no había sido sutil. Las palabras «Si quieres pasar un buen rato, mata a», seguidas por una dirección de Greenfield, estaban escritas con rotulador rojo encima del retrete. Charlie le sacó una foto con el móvil.

—Tú no puedes entrar aquí —la increpó el tipo mientras se subía la cremallera.

—¡Ups! Me he confundido —respondió ella mientras salía.

Por si acaso el tipo la seguía al exterior para continuar echándole la bronca, Charlie se apresuró a volver al coche. Si Red se enteraba de lo que acababa de hacer, seguro que adivinaba el motivo. Pero claramente había terminado de llenar el depósito, porque tenía el coche al ralentí, esperándola. En cuanto subió, se marcharon a toda velocidad.



—¿Has dicho que te llamabas Carli? —le preguntó la recepcionista de la iglesia. Llevaba un jersey morado, una falda azul marino y el pelo teñido de rojo oscuro, con las raíces grisáceas. Charlie no recordaba haberla visto en la boda de su madre, pero le parecía plausible que hubiera asistido.

—Y tú eres Melissa, ¿verdad? —le confirmó Charlie, portapapeles en mano. Le dolía la cabeza por la falta de sueño y el corazón por la falta de una confesión por parte de Red durante el resto del trayecto, pero al menos había conseguido llegar a tiempo a la iglesia Grace Covenant—. Hemos hablado por teléfono. No me llevará mucho documentar los daños en la, eh, cripta.

Melissa arrugó la nariz.

—No la llamamos así. Lo nuestro es un sótano de iglesia corriente, nada espectacular. ¡Tiene el suelo enmoquetado y un falso

techo, por el amor de Dios! No es ninguna tumba medieval.

—¿El suelo enmoquetado? —repitió Charlie con una mueca.

—Sí, habrá que sustituirla entera —dijo Melissa con firmeza—. Pero eso es lo de menos. El suelo de cemento que hay debajo se ha echado a perder. No estaba sellado, ¿sabes? Y el cemento es un material muy poroso. Necesitamos cambiarlo, no vale con echar otra capa por encima, y mucho menos limitarse a cambiar la moqueta y ya está. Ni se os ocurra ir a lo barato. Este es un edificio histórico.

—Yo solo hago mi trabajo. —Charlie levantó una mano y confió en estar haciendo la jugada correcta—. A veces la gente se cree que puede utilizar los partes de seguros para que les salgan gratis todas las tareas de mantenimiento que se han dejado sin hacer.

Melissa suspiró.

—Ya sabía yo que pasaría esto. Por teléfono sois todo sonrisas, prometéis de todo y, en cuanto cruzáis la puerta, os convertís en pirañas.

—No, no —la tranquilizó Charlie; no quería parecer sospechosamente generosa, pero tampoco que la echara a patadas —. Lo que digo es que está mal que la gente se aproveche y le complique las cosas a personas honradas como vosotros, que solo queréis la indemnización que os merecéis. Soy consciente de que necesitáis todo lo que habéis pedido; mi trabajo consiste en encontrar los códigos correctos para asegurarme de que lo consigáis.

—Cuanto antes, mejor. No te imaginas la de gente que quiere entrar para ver cómo está ahora. —Melissa se quitó las gafas y se las limpió en la blusa—. No nos hacía ninguna falta que un montón de fisgones se inventaran tonterías sobre una tragedia como esta. Ni te imaginas lo que dicen en las noticias y, sobre todo, en internet.

Charlie asintió.

—No me cabe duda, y me siento mucho peor ahora que me lo has dicho, pero yo también voy a tener que ver la zona.

—Lo comprendo. —La mujer recogió unas llaves unidas a un gran dinosaurio de plástico. Sonrió al ver que captaba la atención de Charlie—. El reverendo pierde las llaves constantemente. Tuvimos

que ponerle esto para asegurarnos de poder encontrarlas. Es un encanto, pero es uno de esos que cruzarían la salida cinco veces antes de que se les ocurriera buscar la entrada.

Lo que significaba que cualquiera podría haber robado una de esas llaves perdidas sin que nadie se enterara. Había llegado el momento de que Charlie desplegara su encanto.

—Seguro que aquí tú te encargas de muchas cosas.

—Oh, si yo te contara —dijo la mujer—. ¿Te apetece un café?

—Me encantaría. —Rand siempre le había dicho que la gente se sentía más cómoda cuando aceptabas su generosidad. Además, Charlie jamás rechazaba un café.

—¿Con leche y azúcar?

—Las dos cosas, por favor. —A una persona de fiar le gustaban las cosas ligeras y dulces. No era lo que solía tomar Charlie, pero muchos pecados con cafeína también eran ligeros y dulces.

La mujer le sirvió una taza y la adulteró concienzudamente con leche en polvo. Olía a quemado por haber pasado demasiado tiempo en la cafetera, pero Charlie se lo bebió con una sonrisa.

—Ya me iba haciendo falta —comentó—. Gracias.

Para cuando bajaron las escaleras, Melissa parecía mucho más animada.

—Confieso que nunca me hizo mucha gracia bajar aquí, y ahora menos. Los encontré yo, ¿sabes?

—Uf. —Charlie no había visto ese detalle en las noticias—. Si prefieres que baje sola, no me importa.

Melissa soltó una risa nerviosa.

—No, bajo contigo.

El sótano estaba húmedo y olía a lejía. Le recordó al olor de la ropa de Vince cuando trabajaba en negro para el equipo de limpieza forense.

Había unas pocas sillas metálicas plegadas contra una pared, además de una mesa de plástico alargada. Mientras echaba un vistazo, Charlie se dio cuenta de que era muy improbable que aún quedara algo por encontrar. Ni siquiera estaba segura de lo que tenía

que buscar. Aquello no era como averiguar dónde guardaba la gente sus objetos de valor. No era como descifrar el código de una puerta o abrir una caja fuerte.

¿Ves algo?, le preguntó a Red.

Camina un poco, le susurró él.

—¿Así que se reunían aquí? —preguntó Charlie en voz alta mientras se paseaba por el sótano para ofrecerle una vista mejor a Red.

Melissa se estremeció.

—Lo hacen muchas asociaciones… Bueno, lo hacían. A la mayoría de las iglesias les sirve para ganar un poco más de dinero, muy poco. Teníamos una clase de yoga. Narcóticos Anónimos. Incluso había un club extraescolar de *Dragones y Mazmorras* que jugaba aquí. Pero ahora nadie quiere usar el sótano, claro. El Ayuntamiento les cobra de más, pero todos van allí.

Charlie bebió otro sorbo de café.

—¿Cuánto tiempo llevaban viniendo los que murieron?

—Tres años. Se hacían llamar «Grupo de Debate de Buscadores» y parecían de lo más normales. Un profesor universitario jubilado, una ama de casa con tres niños que no llegaban a los diez años, un par de chicas que aún estaban en la universidad, un dependiente del Big Y… Gente corriente.

Charlie pensó en aquellas fotos tan atroces.

—¿Y tenían las sombras intactas? —preguntó, con la esperanza de que la mujer mencionara a la chica cuya sombra había desaparecido.

La mujer pareció sorprenderse.

—No lo sé. No lo había pensado.

No era la clase de cosas que preguntaba una perita de seguros.

—Lo siento —dijo Charlie—. Supongo que me cuesta no sentir curiosidad.

Melissa frunció los labios.

—Fue una noche muy normal. Mary llegó temprano y trajo galletas. Supongo que eso fue lo único que me llamó la atención.

Las galletas. Normalmente dejo que cierre él; tenía una copia de las llaves. Este es un pueblo pequeño. Todo el mundo se conoce. Margie no vino. Nate tampoco. Encontraron a Margie en su casa, sana y salva. A Nate no, y eso despertó el interés de la policía, pero resultó que solo se había ido de vacaciones. Aunque siempre había miembros nuevos que iban y venían. No es que pasaran lista ni nada parecido.

¿Habían traído galletas porque alguien iba a dar una charla?

—Mira, está claro que no tienes por qué responder si no quieres, pero ¿tú qué piensas que ocurrió esa noche?

—¿Entre tú y yo? —preguntó Melissa.

—Por supuesto —le aseguró Charlie, mintiéndole a la cara.

—Esas personas no formaban parte de ninguna secta. Tan solo les interesaba aprender acerca de la magia de sombras, aunque ninguno pudiera utilizarla. Le dije a la policía que a veces traían oradores o invitados de fuera del pueblo, y que seguro que los había matado uno de esos.

Mientras miraba la estancia, Charlie intentó superponer su recuerdo de las fotos que había visto en internet. Pero el patrón de muertes no tenía más sentido ahora que antes. ¿Por qué habían corrido hacia los rincones y se habían quedado allí, en lugar de intentar llegar a la puerta? ¿Cómo podía una sola persona haber matado a tres grupos diferentes antes de que alguien consiguiera llegar a las escaleras? Ningún Estrago solitario era capaz de eso. Ni siquiera un umbrista que colaborara con su sombra. Habían hecho falta al menos tres atacantes diferentes.

—Tengo que hacer unas fotos —dijo Charlie mientras caminaba por la sala. Se fijó en unos profundos surcos que había en una pared. Como zarpazos. Sacó su móvil e hizo varias fotos—. Esto habrá que arreglarlo.

—Si te soy sincera, lo que le dije a la policía no es lo que pienso de verdad —dijo la mujer.

Charlie la miró de reojo y siguió haciendo fotos. Era evidente que Melissa quería seguir hablando; quizá fuera una de esas personas

que sentían la necesidad de llenar el silencio.

Por ese motivo, o tal vez porque uno se sentía más cómodo desahogándose con un desconocido, al cabo de unos minutos, Melissa suspiró y empezó a hablar:

—Eso no lo hizo algo humano. La policía dijo que podían haber usado una de esas herramientas de jardinería. Un rastrillo de tres púas. Pero yo creo que fueron garras. —Melissa se giró hacia la escalera con un estremecimiento.

Charlie la siguió escaleras arriba. Mientras pasaban por la nave de la iglesia, con todos los bancos vacíos, redujo el ritmo de sus pasos. Recordaba esa alfombra roja, esos libros de oración guardados en los bolsillos de los respaldos. La invadieron los recuerdos, el olor a uñas recién pintadas y el perfume de su madre, el tacto pegajoso de las flores raquíticas, la música de piano y los votos que Travis había leído en un papel doblado: *Prometo amarte hasta que muramos y pretendo morir en tus brazos*.

—No debería haberte dicho eso —comentó la mujer.

Charlie parpadeó, arrancada de sus pensamientos.

Dile que no le vas a contar a nadie lo que te ha dicho, la animó Red.

—Tu secreto está a salvo conmigo —le aseguró Charlie. Luego fingió un estremecimiento exagerado—. Y haré lo que pueda para no tener pesadillas.—

Melissa la guio hasta la puerta más cercana al aparcamiento.

—El reverendo y todos los feligreses quieren creer que no fue algo sobrenatural.

Charlie frunció el ceño.

—¿Te refieres a un Estrago?

—Me refiero a un demonio —dijo Melissa—. Todos los días rezo para que no regrese y luego me siento fatal, porque es como desear que ataque a otros.

—¿Viste algo? —La pregunta le salió demasiado brusca.

Melissa negó con la cabeza.

—No, pero me lo dice el corazón.

Sin saber qué más hacer, le pidió a Melissa que firmara el formulario falso de su portapapeles y se marchó, sintiéndose una fracasada. No había averiguado nada que apuntara hacia un sospechoso, y mucho menos el papel que Rooster Argent había tenido en aquel asunto. Tampoco tenía ni la menor idea de cómo iba a impedir que la reputación de las Cábalas empeorara.

Una vez fuera, en busca de inspiración, Charlie dio un paseo por el recinto de la iglesia y el cementerio anexo. La sensación del aire frío en la cara era agradable.

¿Alguna vez has visto que los Estragos colaboren? Le preguntó a Red. Si él y Rose podían conspirar, tenía sentido que otros también pudieran.

No, contestó Red mentalmente. *Y la idea es muy perturbadora*.

Como Charlie ya sabía que mentía, eso era menos que nada. Si había un grupo de Estragos (una *jauría* de Estragos, le decía su cerebro de forma muy contraproducente), podrían haberse separado y acorralado a los buscadores.

Un chico en bicicleta entró en el cementerio. Teníaa unos nueve años y la miraba con suspicacia. Charlie se alegró mucho de no haberlo dicho en voz alta, para que no pareciera que hablaba sola.

—Le pasa algo raro a tu sombra —le dijo el chico al pasar pedaleando junto a ella.

Si Charlie le contara…

—¿Vives por aquí? —le preguntó.

—No te lo voy a decir —exclamó el chico mientras daba otra vuelta a su alrededor.

De acuerdo…

—¿Has venido por los asesinatos? —preguntó el chico.

—¿No eres un poco pequeño para saber algo sobre eso? —Charlie se dio la vuelta y echó a andar hacia el Porsche.

—Lo hizo el hombre de las nueve sombras —contestó el chico.

—¿El del cuento? —preguntó ella.

El hombre de las nueve sombras era un cuento infantil, como *La bruja y el hermano sin suerte*, solo que más macabro. El hombre de

las nueve sombras empezaba teniendo una sola sombra, pero como era avaricioso, codiciaba las sombras de sus vecinos. Uno tras otro, los mataba y les robaba la sombra para quedársela. Sin embargo, con cada nueva sombra conseguida, el hombre oía la voz del difunto susurrándole al oído, hambrienta y exigiendo sangre. Así que continuaba matando gente para alimentar a sus sombras, pero era demasiado codicioso para no apoderarse de más sombras. Y así, las sombras de su espalda se iban volviendo más y más hambrientas a medida que eran más y más. El cuento terminaba así: «Por eso, si oyes que el hombre de las nueve sombras llama a tu puerta, sabrás que viene a por la décima».

La versión de principios de siglo de las historias de terror digitales.

—Yo lo vi —dijo el chico con aire desafiante. Había dejado de pedalear y tenía un pie apoyado en una lápida; parecía estar esperando a que Charlie lo acusara de habérselo inventado todo.

Apenas una década antes, nadie creía en la magia y los cuentos no eran más que historias. Pero aquel niño no había conocido ese mundo. Charlie no sabía lo que había visto ese chico, pero creía haber visto algo.

—¿Qué viste exactamente? —preguntó Charlie.

—A un hombre en la carretera, con muchas sombras alrededor —respondió el chico—. Hablaba solo, así que me asusté y me largué pedaleando. Más tarde me enteré de los asesinatos.

—Pues me alegro de que escaparas de aquí —le dijo Charlie.

Él la miró como si no supiera hasta qué punto podía fiarse de su sinceridad. Luego la saludó brevemente con la cabeza y se impulsó en la lápida. Su sombra lo siguió con un movimiento fluido que no era en absoluto propio de una sombra.

—Un crío sombrío —dijo Red, manifestándose a plena luz del sol. Ahora su cabello rubio era completamente dorado, aunque sus ojos tenían el tono gris claro de las sombras.

Charlie se quedó mirando al chico mientras este se alejaba, pensando en lo que había dicho. ¿Había visto a un hombre con más

de una sombra, o había visto múltiples sombras reunidas en torno a un hombre?

Red debía de estar pensando algo similar.

—Si hubiera Estragos colaborando, creo que empezarían por atacar a un mismo individuo, no a un grupo entero, y menos dentro de un edificio.

La desaparición de una persona habría salido en las noticias, a menos que los Estragos fueran muy astutos o hubieran tenido mucha suerte.

—Quizá pensaron que había sido un animal —dijo Charlie; pensaba investigar un poco cuando volviera a casa. ¿Se había producido alguna muerte relacionada con el ataque de un oso en Massachusetts Occidental? Pero sospechaba que se habría enterado de una cosa así.

Y nada de eso explicaría lo que le había ocurrido a Rooster. ¿Por qué no estaba su cuerpo con el resto de las víctimas?

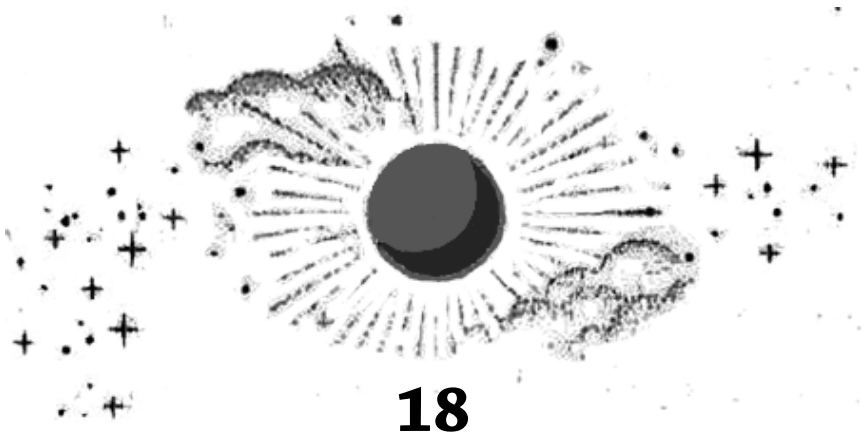
Justo antes de salir del cementerio, Charlie se fijó en algo que reflejaba la luz. Una botella de cristal vacía, medio llena de colillas de cigarrillo, yacía al pie de un árbol.

Charlie observó la botella. Los filtros del interior eran blancos, con líneas curvas doradas y el logo de Marlboro. Podían ser de cualquiera que fumara tabaco Marlboro Touch: el visitante de un difunto, el reverendo, unos chavales que pasaban el rato entre las tumbas… Pero había muchas: esa persona tenía que haber pasado bastante tiempo allí. Su mirada se detuvo en un librito de cerillas que había caído entre las malas hierbas; era de color rosa claro, con letras doradas. Elegante. Charlie se acercó un paso para verlo mejor. *Solaluna*, decía. Le sonaba de algo, aunque no consiguió ubicarlo.

—Es que no lo entiendo —dijo Charlie mientras se guardaba el librito en el bolsillo—. Si unos Estragos actuaban juntos, ¿por qué mataron precisamente a esta gente? ¿Por qué vinieron precisamente a esta iglesia?

—A lo mejor sí que fue el hombre de las nueve sombras —dijo Red.

—O a lo mejor fue Rooster Argent —repuso ella—. Si no está muerto, quizá el asesino sea él.



18

RAVEN

A medio camino del Rapture, Charlie recibió una llamada de Raven. Deslizó el dedo por la pantalla; menos mal que conducía Red.

—Hola.

—Necesito tu ayuda como Hierofante. —La voz de Raven era un susurro, como si no quisiera que la oyeran.

A Charlie se le erizó el vello de los brazos.

—Vale.

—¿Puedes venir a mi local? —preguntó Raven—. Ahora mismo.

—Voy de camino al curro. ¿Es muy grave? —Charlie señaló el arcén. Red detuvo el Porsche allí, lo dejó al ralentí y encendió las luces de emergencia. Enarcó las cejas.

—No lo sé —respondió Raven—. Se está… se está comiendo a todas las sombras pequeñas. Eh… Y ahora está lamiendo la sangre del cuenco.

Sí, parecía grave.

—Voy para allá.

—Creo que me está mirando —susurró Raven.

Charlie bajó del coche y dio la vuelta hasta el lado del conductor. Red le dejó cambiar de asiento sin titubear. Al cabo de unos momentos, Charlie salió del arcén con una mano en el volante y, de manera absolutamente ilegal, hizo un cambio de sentido en mitad del tráfico.

—¿Tienes algo de ónice? —Un SUV tocó el claxon, molesto por la interrupción.

—Un poco de polvo —dijo Raven—. Lo estoy buscando.

—A lo mejor deberías largarte de ahí. —Charlie cambió de marcha tan mal que el Porsche chirrió. Red hizo una mueca.

—No quiero huir —repuso Raven—. Está anocheciendo. Sin luz, no podré saber dónde está.

Era aterrador que te persiguiera un Estrago al que no podías ver, pero quedarte esperando a que te encontrara tampoco era mucho mejor.

—¿Puedes…? —empezó a decir Charlie.

—Tengo que colgar —la interrumpió Raven con un susurro—. Ven pronto.

Pittsfield no estaba cerca. Por lo general tardaba unos cuarenta minutos en llegar al local de Raven. Charlie puso el coche a bastante más de ciento diez, aun sabiendo que no sería suficiente. Buscó el móvil con la mano derecha.

Red se le adelantó.

—¿A quién quieres llamar?

—Al trabajo —contestó mientras pulsaba el botón de llamada.

Red lo conectó a un puerto de la consola central del Porsche y tocó varios botones. El tono de llamada empezó a sonar por los altavoces que la rodeaban.

—Manos libres —le explicó Red—. Todos los lujos que el dinero manchado de sangre puede comprar.

De no haber estado tan concentrada en la carretera, le habría gustado ver la cara de Red mientras decía eso.

Contestó Don:

—Rapture Bar and Lounge.

Charlie apretó los dientes.

—Soy Charlie. ¿Me puedes sustituir? Voy a llegar un poco tarde.

—¿Como diez minutos? —Le parecía que sonaba más arrogante que de costumbre.

—Como una hora —admitió Charlie, aunque estaba siendo optimista.

—Yo me tomo mi trabajo en serio —le dijo Don—. Ya me habían dicho cómo eras y lo difícil que era trabajar contigo. Estás demostrando que todos tenían razón.

—Si no me puedes sustituir, dímelo y ponme con Balthazar. —Charlie detestaba pedirle ayuda a Balthazar, pero al menos él lo entendería. Y quizá podría darle algún consejo.

—Un segundo —dijo Don.

Un momento después, la voz que oyó fue la de Odette:

—¿Charlie? ¿Va todo bien?

Se le encogió el estómago. Eso era justo lo que quería evitar. Odette había presenciado un poco la magia de sombras (quizá más que un poco), pero sabía más o menos lo mismo que la mayoría de la gente. No entendía las Cábalas ni el cargo de Hierofante. Por muy cosmopolita que fuera, posiblemente creyera, como muchas personas, que los Estragos eran un cuento, una leyenda urbana, como los cocodrilos albinos de las alcantarillas de Nueva York.

—Voy a llegar tarde —contestó Charlie—. Lo siento muchísimo. Le estaba preguntando a Don si podría hacer parte de mi turno.

—Oh, no pasa nada. Dice que puede hacerte el turno entero si hace falta; es un cielo. —Odette parecía tranquila, pero Don no habría llamado a su jefa solo para decirle eso.

En fin, al parecer Don había encontrado la manera de caerle en gracia a Odette, y a costa de Charlie.

—No hace falta que Don se esfuerce tanto.

—Oh, deja que trabaje. Y tú termina lo que sea que tengas que hacer.

Estaba siendo generosa. Demasiado generosa. La clase de generosidad que te ponía en la cuerda floja y te hacía pensar que quizá ya hubiera empezado a romperse.

—Me tendrás ahí en mi próximo turno, puntual. Lo prometo.

—Hasta entonces, querida —dijo Odette, y colgó.

Charlie miró fijamente la carretera. No podía dejar que el trabajo la distrajera. Debía concentrarse en llegar hasta Raven y en lo que iba a hacer después.

Charlie había guardado muchas cosas útiles para capturar o matar Estragos en la parte trasera de la furgoneta. Un juego de tres cuchillos de ónice (uno de los cuales se había llevado a la fábrica abandonada). Una caja con incrustaciones de ónice en la que cabía un pergamino (porque suponía que las sombras podían hacerse pequeñitas); la había robado de la mansión de Salt. Por no mencionar sus ganzúas, una de sus pelucas y diversos cachivaches delictivos.

Lo único que tenía en el Porsche era lo que llevaba en su bolso del trabajo: un cuchillo y una red con cuentas de ónice que había tenido la suerte de obtener del equipo del anterior Hierofante, porque ella nunca se la habría podido permitir. Un objeto, por cierto, que ni siquiera había intentado utilizar todavía.

—Ojalá tuviera una armadura de ónice —protestó, aunque no estaba segura de que existiera algo así. De existir, seguramente sería demasiado frágil para usarla y tan cara que le haría falta un buen pellizco de la herencia de Remy para comprarla.

—Parecerías una pieza de ajedrez —dijo Red, aunque sonriendo —. Además, me tienes a mí.

Charlie recordó las lecciones en casa de Balthazar, la sensación de unas alas de sombra envolviéndola.

—Deberíamos haber practicado más.

Como protección, llevaba pendientes de ónice y un disco de ónice colgado de una cadena de plata, mucho menos de lo que se habría puesto de haber sabido lo que le depararía la noche.

La tensión le agarrotaba los hombros mientras esquivaba el tráfico, preguntándose si llegaría demasiado tarde. Preguntándose si Raven volvería a llamarla. Deseando poder llamarla ella, aunque lo último que necesitaba Raven mientras se escondía de un Estrago hambriento era que la delatara el zumbido de un móvil.

Durante un rato los dos guardaron silencio y Charlie mantuvo la vista fija en la carretera. Luego miró de reojo a Red.

—¿Por qué son así?

Red frunció el ceño.

—¿Quiénes?

—Los Estragos. No son irracionales, pero parecen obsesionados con matar.

—La mayoría estamos hechos de terror y rabia —dijo Red, incluyéndose—. La mayoría no tenemos muchas más cosas que nos insuflen vida.

Charlie resopló. No tenía sentido, pero no estaba segura de cómo explicarlo.

—¿Pueden… llegar a superarlo?

—Claro —contestó Red, esta vez sin incluirse—. Pero aun así necesitan alimentarse.

Poco después, el Porsche llegó al aparcamiento de la plaza comercial donde se encontraba el estudio de Raven: Eclipse Piercing & Shadow Modifications. Estaba entre un restaurante de pollo y una lavandería automática cerrada, con un bosquecillo detrás. Llevó el coche a la parte trasera, siniestramente tranquila; allí el zumbido de los coches de la carretera se atenuaba. Los envolvía la oscuridad.

Charlie bajó del coche, abrió la puerta trasera y sacó el escaso instrumental de su bolso.

En los escalones de cemento que llevaban a la puerta vio un comedero de perro de acero inoxidable, vaciado a lametones. Recordó la primera vez que había visto a Raven colocarlo ahí, lleno de sangre calentada al microondas, para las minisombras. Charlie no creía que pudiera haber tantas, tan cerca. Todas Estragos, todas hambrientas, pero ninguna lo bastante fuerte para atacar, en caso

de que quisieran hacerlo. Raven había recogido una para utilizarla a modo de hilo en sus alteraciones.

Mientras pasaba junto al comedero vacío, Charlie se preguntó si sería posible crear un Estrago más poderoso a partir de algo tan pequeño. Como mínimo, la sangre que Raven había dejado frente a su puerta había atraído a esos pequeños Estragos, pero quizá también hubiera atraído a algo más grande. Algo menos interesado en la sangre que en alimentarse de sombras menores.

La sombra de Charlie se deslizó lateralmente, en un ángulo imposible con el sol del atardecer.

—Red —susurró ella.

—No quería asustarte —dijo él, con una expresión de anticipación oscura y hambrienta—. Pero deberías esperar aquí.

Y se deslizó por debajo de la puerta.

Charlie se quedó mirando el hilo que los unía. Durante un rato solo hubo silencio y luego se oyó un fuerte grito; se parecía mucho a la voz de Raven. Algo se rompió contra el suelo.

Charlie abrió la puerta de un tirón.

Raven estaba de pie dentro de un círculo de ónice en polvo; parecía una bruja sorprendida en su propio círculo de invocación. En la mano sostenía un martillo de ónice, probablemente la única arma que había conseguido encontrar en tan poco tiempo. Jadeaba y le caían lágrimas por las mejillas ya húmedas.

Miraba fijamente a Red, cuyo cuerpo era mayoritariamente sólido, excepto por las manos de sombra con las que sostenía a un Estrago del tamaño de un perro. La criatura también gruñía como un perro mientras iba adoptando diversas formas animalescas y feroces.

Raven se giró. Al ver a Charlie y la línea de sombra que la unía a Red, se dejó caer al suelo y soltó varios jadeos que parecían sollozos.

Charlie levantó la red de ónice.

—¿Listo? —le preguntó a Red.

Sí, contestó él mentalmente. *Lánzala*.

Charlie le echó la red por encima al Estrago que forcejeaba en sus brazos. Las manos de Red se volvieron sólidas y la criatura también. Charlie tensó más la red alrededor de su cuerpo.

—Lo tengo —dijo—. Pero no sé si podré contenerlo.

—¿Este es…? —Raven miraba a Red con los ojos entornados.

Charlie no tenía ni idea de qué contestarle. Si Red iba a ser Remy Vincent Carver, con su tarjeta de crédito negra y su avión privado, entonces su verdadera naturaleza debía permanecer en secreto. Un secreto que Raven ya conocería. Un secreto con el que Raven podría chantajearlo.

—¿Soy…? —repitió Red, captando su atención.

Raven se frotó los ojos. Tenía la piel morena cubierta de tatuajes: dibujos de rosas, calaveras, varias diosas y la frase «El arte es largo y la vida es breve» en la cara interna del brazo. Su cabello de color fuego se había soltado casi por completo de la pinza con la que lo sujetaba. Aun así, caminó hasta donde guardaba la escoba con notable compostura.

—Eres él, el Estrago del que habla todo el mundo.

—Estoy uncido —le indicó Red, señalando el suelo—. Eso significa que no soy un Estrago. —La sombra capturada seguía retorciéndose en sus brazos.

Raven se partió de risa.

—Y también eres pedante. No tengo ni idea de en qué te convierte eso.

Charlie encontró unas bridas de plástico en un cajón y las usó para fijar la red que envolvía a la sombra. No sabía cómo, pero se había vuelto más pequeña y densa. Ahora tenía el tamaño de un gato montés cabreado.

—¿De dónde ha salido este bicho?

—No lo sé. Ni siquiera sabía que estaba aquí hasta que ha entrado. He usado el polvo de ónice que tenía para trazar el círculo y he dejado el resto cerca; si intentaba saltar la barrera, pensaba lanzárselo y arrearle con el martillo.

—¿Lo ha intentado?

Raven hizo un gesto que Charlie no pudo interpretar mientras barría el polvo de ónice con un recogedor.

—Varias veces me ha parecido que quería hacerlo. Se movía con ese contoneo tan raro que suelen hacer los gatos cuando van a saltar. Pero no.

—¿Creemos que esta cosa es la sombra de un animal? —Charlie miró de reojo a Red.

Este negó con la cabeza.

—Ya no lo recuerda, pero una vez fue humana.

—A veces los umbristas se alteran la sombra para que tenga forma de animal —añadió Raven—. De tigre, de lobo o lo que sea. Quizá fuera una de esas.

Charlie intentó sin éxito encontrar algo de humano en la trémula criatura. Esta le bufó.

—¿Y qué más hacía? ¿Solo merodear?

Raven asintió.

—Iba de habitación en habitación, caminando como si la sangre le hubiera dado más consciencia, sustancia o algo así. Quizá se sentía más despierta. No lo sé. —Miró a Red, como pensando que quizá sus palabras lo ofendían, ya que con toda probabilidad él sí que lo sabía. Pero Red no la corrigió ni añadió nada—. Parecía sentir curiosidad —continuó Raven—. No sabría decir si quería comerme o no, pero volvía continuamente para observarme; a veces olisqueaba los bordes del círculo o lo pisaba. Cada vez que yo levantaba el martillo o me ponía a hacer ruido, retrocedía, pero no por mucho tiempo.

Charlie se la imaginó sentada en el suelo, esperando a que la criatura se armara de valor. Rezando por que alguien llegara a tiempo para ayudarla.

—Perdona por no haber podido venir antes.

Raven sacudió la cabeza.

—Al menos yo tenía alguna idea de cómo protegerme. Y quizá, en una pelea, habría podido con ella. Después de todo, soy alteracionista; no estoy totalmente indefensa. Pero podría haber

entrado en la casa de cualquiera. Quizá ya haya estado en otras casas. —Charlie pensó en el sótano de la iglesia de la que venían—. Habrá más —dijo Raven con tono funesto—. Ahora hay más gente que conoce la magia de sombras y se da cuenta cuando su sombra se aviva. Hay más gente que sabe cómo alimentar a su sombra para darle poder. Y también más gente demasiado perezosa para hacer magia por sí misma. Les gusta la idea de una sombra que actúa por su cuenta.

Su tono reprobador era evidente.

—¿Y tu sombra? —preguntó Red.

—Es una extensión de mí. Como otro brazo. Nada más. —Raven le sostuvo la mirada con aire desafiante. Pero Charlie no creía que estuviera enfadada con él. Había pasado miedo y ahora tenía un montón de adrenalina sobrante que no sabía cómo canalizar.

—Te parece irresponsable crear un Estrago —dijo Red.

Ella parpadeó varias veces y pareció darse cuenta de con quién hablaba.

—Lo siento —dijo—. No me refería a ti. Ni a nada tuyo.

—Voy a guardar esta criatura en el maletero del coche —le dijo Red a Charlie. Luego se volvió hacia Raven—. Si te sirve de consuelo, estoy de acuerdo en que es una irresponsabilidad abandonar algo incapaz de sobrevivir por su cuenta. Criaturas a medio hacer, criaturas infelices, hechas de violencia y de odio.

Raven se dirigió al sofá mientras Red bajaba las escaleras en dirección al coche. Oyeron el portazo del maletero. Charlie se sentó al lado de Raven, que gimió y echó la cabeza hacia atrás.

—No pensaba que sería tan… humano. —Extendió la mano hacia su propia sombra y la dejó jugar encima de su mano, como si fuera una serpiente o un jirón de niebla—. ¿Es el nieto de Salt?

—¿Te refieres a si tiene su personalidad? —preguntó Charlie. Raven asintió.

—Lo que le da vida es la energía de la muerte de ese chico, ¿verdad?

Charlie pensó en la primera vez que había acudido a Raven, en busca de repuestas. Había sido Raven quien le había explicado que la mayoría de los Estragos se creaban en el lecho de muerte de un umbrista, cuando este introducía sus últimas fuerzas, junto con su dolor y su miedo, en su propia sombra. *Para crear un Estrago sin esas características seguramente haría falta robar energía, quizá en el lecho de muerte de otra persona, utilizando la sangre de otra persona*, había dicho Raven.

Red ya era un Estrago mucho antes de la muerte de Remy Carver, probablemente por alimentarse tal y como había descrito Raven.

—No solo la energía de Remy —respondió finalmente Charlie.

Raven desvió la mirada hacia las escaleras, con aire pensativo. Luego se giró de nuevo hacia Charlie.

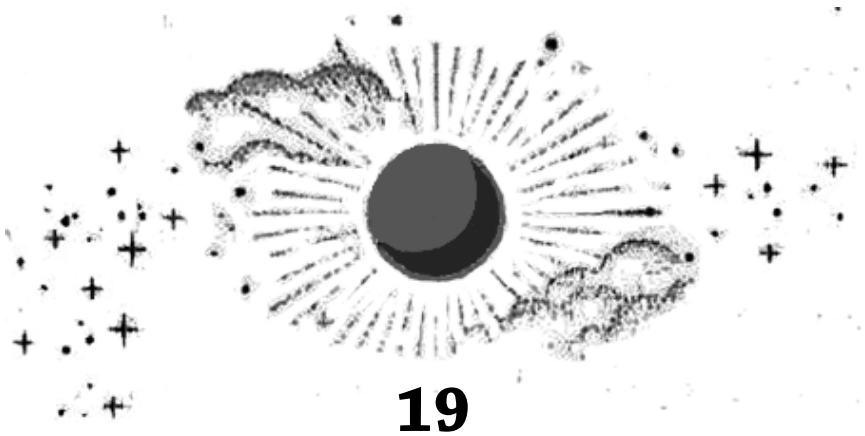
—Te agradezco mucho que hayas venido, sobre todo después de lo que te dije hace tiempo. Durante un tiempo tuve la esperanza de que lo olvidaras, pero por si te sirve de algo, fue una cabronada decirte eso y te juro que no tuve nada que ver con lo que te hicieron.

Charlie no lo había olvidado, sobre todo por lo irónicas que habían resultado ser sus palabras. *Como se te ocurra joderme*, la había amenazado Raven, *te juro que me las arreglaré para que termines siendo la próxima Hierofante. Te dedicarás a perseguir Estragos, oyendo los susurros de una antigua voz, hasta que uno de ellos te atrape a ti y te devore de un bocado*.

Charlie sonrió con sorna.

—Venga, reconoce que tiene un poco de gracia, viendo lo que pasó al final.

—Tiene gracia —admitió Raven—. Siempre que tú también te rías.



19

SALIDA NOCTURNA

Charlie llegó al Rapture con dos horas y media de retraso para su turno de seis horas. Entró con la mochila a la espalda, en cuyo interior se retorcía la sombra, todavía envuelta en la red de ónice.

Balthazar le había dicho que quería un Estrago a cambio de su tiempo. Bueno, pues ahí tenía uno recién capturado.

—Querida —dijo Odette cuando Charlie cruzó la puerta—. Te había dicho que hoy podías tomarte la noche libre.

—Ya —dijo ella, rezando por que su mochila no diera un brinco de repente y le diera a su jefa motivos para interrogarla—. Y te lo agradezco. Pero necesitaba ver a Balthazar, y me ha parecido mejor preguntarle a Don si quiere irse ya.

—Balthazar no está hoy —dijo Odette con tono de disculpa.

—Parece que es mi día de suerte —dijo Charlie con tristeza.

Odette soltó una leve carcajada.

—Bueno, pues ya que estás aquí, deja tus cosas y le diremos a Don que se vaya a casa.

Don le echó una mirada desdeñosa a Charlie cuando esta regresó del camerino, después de haber escondido su mochila debajo del sofá a empujones, confiando en que no llamara la atención por mucho que se moviera. Lo último que necesitaba era que alguien pensara que iba a salvar a mi gato maltratado y terminara atacado por un Estrago.

—Por fin te decides a aparecer —dijo Don. Puesto que él se había ofrecido voluntario (y con bastante soberbia) para hacer todo su turno, Charlie no entendía su actitud. No era posible que esperara su llegada.

—¿Por qué no te caigo bien? —preguntó Charlie—. Lo pregunto en serio.

La pregunta pareció sorprenderlo, como si hiciera falta ser una especie de hechicera para saber lo que opinaba de Charlie.

—No es que no me caigas bien personalmente —contestó—. Es solo que yo me tomo mi trabajo en serio y tú no.

—Iba a llegar con retraso —dijo ella—. Y he avisado por teléfono.

—El otro día…

—Me dieron un puñetazo. No puedes llamar a eso incumplimiento de responsabilidades.

—Si no le hubieras hablado mal a ese tío, a lo mejor no te habría pegado. Sé cómo eres con la gente.

Charlie notó que se ponía roja de indignación.

—Estaba cabreado porque tú le habías dicho que había bebido de más. Como pensó que a ti no podía presionarte, vino a por mí.

—Eso no es culpa mía.

Charlie lo señaló con el dedo para recalcar sus palabras:

—Puede ser, pero tampoco hace que sea culpa mía.

Don agarró su abrigo.

—Bueno, ya que has decidido hacer tu trabajo de una vez, supongo que ya puedo irme a mi casa.

—Te echaremos de menos, no me cabe duda —dijo Charlie—. El Rapture se vendrá abajo sin tus viriles hombros para sostenerlo. Eres el Atlas de los bares góticos.

O Charlie había metido el dedo en la llaga o le caía aún peor a Don de lo que pensaba, porque la mirada que le echó fue escalofriante.

En el otro extremo de la barra, un tipo con abrigo de cuero largo y pelo grasiento se rio ente dientes. Charlie se giró haga él y este levantó su vaso vacío.

—Ahora que se ha ido Atlas, ¿me pones otro *bourbon*?



Durante el resto de la noche, mientras servía bebidas, Charlie pensaba en el Estrago que se revolvía dentro de su mochila. Pensó en Red, obligado a mirar el mundo por encima del hombro de Charlie, anclado a sus pies y atado a su destino.

A mitad de turno, le envió un mensaje a Malhar: *¿Sabes si alguna vez los Estragos actúan como animales y cazan en manada?*

Este le respondió un momento después, como si tuviera el móvil a mano: *No. Son más bien como fantasmas*.

???, le escribió Charlie.

No le contestó.

Mezcló un Dirty Martini extrasucio para una mujer con sonrisa astuta y un diente mellado; preparó unos Manhattan para dos señoras tatuadas y un hombre de rizos plateados que estaban absortos en una intensa conversación sobre los cotilleos de la industria del cómic, y enturbió absenta con agua para un señor mayor, que se llevó la copa a la casa de sombras de Balthazar sin decir una palabra.

—Las historias nos enseñan a anhelar aquello que aún no ha pasado pero que todavía podría pasar —le decía una de las mujeres tatuadas a la otra.

A Charlie le habría gustado sentir esa clase de esperanza.

—Las historias son pamplinas —repuso el hombre del cabello plateado—. Pero ¿a quién no le gustan las pamplinas?

—¿Quién dice todavía «pamplinas»? —preguntó la otra mujer.

Rachel, la ayudante de Odette, con un lindo vestido retro de color azul, con estampado de *dreidels* en el bajo, limpiaba mesas y de vez en cuando se paraba a charlar con algún cliente.

Cuando Charlie volvió a mirar su móvil, descubrió que Malhar le había respondido con un párrafo entero: *No recuerdo si te lo dije durante nuestra primera entrevista (si lo hice, seguramente fuera cuando no estábamos grabando), pero los fantasmas se suelen describir, aunque no siempre, como seres atrapados en un recuerdo traumático. Por ejemplo, si murieron junto a una carretera, se los ve recorriendo ese trecho una y otra vez. O ahogándose una y otra vez. O al revés: murieron en un accidente de coche, pero les encantaba tanto su colección numismática que se los puede ver flotando sobre ella. La mayoría de los Estragos son así. Están atrapados en alguna clase de bucle. A menudo, cargados del dolor y el miedo que proyectó en ellos la persona moribunda. Por eso pueden ser agresivos. La mayoría permanece cerca de un lugar conocido y absorbe la sangre que consigue encontrar. Algunos se desplazan un poco más. Pero ser un Estrago como NUESTRO AMIGO es algo muy inusual.*

La explicación le pareció frustrante. No le ayudaba a entender nada de lo sucedido en la iglesia. Le escribió otra vez: *¿Entonces las sombras son fantasmas?*

Malhar le respondió de inmediato: *No, pero se nutren de la misma energía.*

Después de preparar la siguiente bebida, Charlie tomó una decisión. Le envió otro mensaje a Malhar: *Voy a ir a tu casa después del trabajo. Tarde. Necesito enseñarte una cosa.*

No es buen momento, le respondió él.

Charlie miró el móvil con el ceño fruncido y sus dedos volaron sobre las teclas. *La cosa que necesito enseñarte es un Estrago*.

Oh, respondió él. Joder. *Ven en cuanto puedas*.

Cuando levantó la mirada, Rachel estaba delante de la barra. Abrió la boca y Charlie se dispuso a recibir una bronca por estar con el móvil en lugar de preparando copas. Entonces Rachel cerró los ojos.

—¿Ya has encontrado a nuestro villano, Charlie Hall? —preguntó con voz ronca.

Al principio Charlie no lo entendió. Luego sí. No era Rachel quien hablaba, sino el Sr. Guiñol. Ya era bastante horrible verlo titerizar a un desconocido, pero aquello era infinitamente peor.

—Para —rugió Charlie—. Sal de ella.

Al instante, la sombra del Sr. Guiñol entró en Charlie y la obligó a abrir la boca, sobreponiéndose a una mandíbula que intentaba bloquearse y a unos dientes que mordían con fuerza.

—Seré una niña buena y obedeceré —se oyó decir antes de que Red expulsara a la sombra de su interior, con tanta violencia que Charlie retrocedió a trompicones.

Notaba a Red a su alrededor, envolviéndola como una armadura. La sombra se deslizó hacia ella de nuevo, pero pareció cambiar de idea. Al cabo de un momento, se escabulló reptando como una serpiente.

Parece que soy mejor monstruo que él. No creo que le haga gracia. Las palabras de Red reverberaban en su mente.

Todavía aturdida, Charlie buscó al Sr. Guiñol con la mirada por todo el bar. Alguien se dirigía a la puerta, alguien de la altura de un hombre. Distinguió un destello de cabello claro, cobrizo o dorado, con reflejos rojos por las luces navideñas. Tenía que ser él.

¿Ves a ese tío…?, empezó a decir. Pero Rachel habló de nuevo:

—¿Te acabo de preguntar algo? —Se llevó la mano a los labios. Luego pareció pensárselo mejor—. Da igual.

Charlie se encogió de hombros y dejó que Rachel disimulara. No había forma correcta de explicarlo, al menos sin que implicara una

confesión que a nadie le apetecía.

Rachel sacudió la cabeza.

—Seguro que luego me acuerdo.

El corazón de Charlie palpitaba con fuerza mientras Rachel se alejaba.

A esas horas los pedidos ya se habían calmado, pero aun así Charlie se las arregló para volcar una copa de vino sin querer y echarse medio daiquiri de fresa en la camiseta. Le temblaban las manos. Su turno no iba a concluir por todo lo alto.

Por muy mal que hubiera ido la noche hasta ahora, Charlie no estaba preparada cuando Adeline entró en el bar, seguida por tres guapos veinteañeros. Se dirigieron a la barra, con la expresión fascinada que cabría esperar de los visitantes de un zoo que ven un animal por primera vez.

—¡Charlie! Te presento a Madison, Topher y Brooks —dijo Adeline, que parecía muy orgullosa de sí misma. Vestía un jersey negro con una falda de cuadros negra y un cinturón de color rojo y pintalabios, a juego con las botas y el bolso Chanel absurdamente diminuto. Llevaba el pelo alisado en una sedosa cortina rubia.

—Es verdad que trabajas aquí —dijo Topher. El cabello castaño le caía sobre los ojos; se lo echó hacia atrás con el gesto de alguien que se gustaba cuando lo hacía. Llevaba un pantalón de pana marrón, un jersey de cuello abotonado sobre una camisa azul bien planchada y un chaquetón azul marino encima. Una bufanda de cuadros le rodeaba el cuello con dos vueltas—. Creíamos que Adeline nos tomaba el pelo.

—No hagas caso a Topher —dijo Madison con una sonrisilla cruel. Ella llevaba un vestido negro, un abrigo acolchado blanco y botas con plataforma de color blanco brillante—. Va más puesto que un globo de helio; si le dieras uno, se pondría a chuparlo enseguida.

Toda esa ropa parecía indicar que se habían vestido para algún lugar que estaba muy lejos de Easthampton.

—Eh, vete a la mierda, guapa —dijo Topher.

—¿Dónde está Carver? —preguntó Brooks; era la primera vez que hablaba. Tenía el pelo muy rizado y vestía un jersey a rayas por el que asomaban las puntas del cuello de la camisa.

Carver. Charlie parpadeó. El nombre que Adeline quería que usara Red. Por algún motivo, la gente con dinero parecía disfrutar llamándose por el apellido (Salt, por ejemplo, en lugar de Lionel), pero lo de Carver («hinchante») le iba demasiado bien a Red.

—Pasará a recogerme cuando termine mi turno —contestó Charlie, mirándolos a ellos en lugar de a su sombra.

—Nos quedaremos a esperarlo —dijo Adeline—. Y luego saldremos por ahí, como había dicho.

Charlie recordó que Adeline le había dicho a Charlie que los amigos de Remy querían verlo, pero no se imaginaba que se presentarían sin avisar en el Rapture.

—Que os divirtáis.

—Tú también vienes, boba —dijo Madison.

Las dos de la mañana era la hora de cierre legal de casi todos los bares de Massachusetts.

—No hay muchos sitios abiertos a estas horas.

Los cuatro se plantaron en sendos taburetes. Adeline miró su reloj.

—Bah, no te preocupes por eso. Aunque, ya que estamos aquí, ¿qué tienes de beber?

—Lo básico —contestó Charlie para desanimarla—. Ginebra. Vodka. Whisky.

—Unos Espresso Martini, entonces —dijo Adeline—. Solos. Sin leche.

—Tenéis cafetera de *espresso*, ¿verdad? —preguntó Brooks, echando un vistazo al Rapture con gran preocupación.

—Usamos café infusionado en frío —le explicó Charlie.

La expresión de Brooks no perdió su escepticismo.

—Vale. Supongo.

Al menos así Charlie tenía un motivo para alejarse de sus miradas entornadas. Mientras echaba los ingredientes en la coctelera y la

agitaba con fuerza, envió sus pensamientos a su sombra: *Red, este sería un buen momento para que aparecieras*.

Oblígame. Charlie oyó las palabras en el fondo de su mente, tan íntimas como si se las susurrara junto al cuello. Percibió su tono provocador.

—Sí que eres un monstruo —susurró Charlie. Sacudió la cabeza mientras servía los Martini.

El estiloso cuarteto se bebió sus copas entre risas, ignorándola. Charlie procuró que todas sus interacciones con los demás clientes duraran el máximo tiempo posible, dentro de lo razonable, y después empezó a recoger sin la menor prisa.

—Parece que han venido amigos tuyos —le dijo Rachel—. Vete ya. Yo me ocupo.

—No, yo… —Pero Charlie no supo qué excusa poner; habría sido raro admitir que ni siquiera le caían bien—. Gracias.

—Y perdona por eso tan raro que he hecho antes. —Rachel tenía una arruga de preocupación entre las cejas, como si fuera ella la que había hecho algo mal.

—No has hecho nada —le aseguró Charlie.

Adeline se acercó y le echó un brazo por los hombros a Charlie.

—He oído que ya nos podemos ir. Fabuloso.

Charlie le dedicó una sonrisa extremadamente falsa.

—Parece que Re… Remy no va a poder venir. Mejor me voy a casa y…

La puerta se abrió de golpe. Y ahí estaba, con su camisa negra y sus vaqueros negros, echándose hacia atrás el cabello rubio un poco largo de más. Red.

—¡Carver! —exclamó Topher mientras se ponía de pie.

Una sonrisa no del todo agradable curvó la boca de Red. Su mirada se clavó en Charlie. Algo en su expresión hizo que Topher titubeara mientras se acercaba a saludarlo.

Adeline le dio la mano a Charlie.

—Me molestaría mucho que fueras a tu casa a ponerte cómoda. Entonces me costaría el doble volver a sacarte a rastras.

Charlie pensó en el Estrago de su mochila. Había prometido llevárselo a Malhar, con la esperanza de que él les diera algún sentido a sus teorías a medio hacer. Pero cada vez estaba menos segura de poder librarse de aquellos cuatro.

—Tengo que cambiarme… —Señaló su camiseta manchada de daiquiri.

—¿Ves? ¡Sabía que dirías eso! —le dijo Adeline—. Por eso te he traído un vestido. Está en el coche. Topher, sé buen chico y tráeme la bolsa, ¿quieres?

—Qué lista, Addy —dijo Red mientras caminaba hacia ellos—. Pero a lo mejor Charlie solo está siendo educada. A lo mejor está cansada.

—Pues que se vaya a casa —dijo Brooks, confundido por tanto alboroto.

—Ah, no —le espetó Adeline—. Vamos a salir todos. —Ella sabía, aunque fuera la única, que si Charlie se negaba a acompañarlos, Red tampoco podría ir.

Sin embargo, si Charlie se iba con ellos, tendría que llevarse una mochila con un Estrago dentro. Parecía una mala idea. Todo aquel asunto parecía una mala idea.

Charlie suspiró, rindiéndose a lo inevitable.

—Dame el vestido. Si es de mi talla, iré.

Era de lentejuelas plateadas y traía unos zapatos de tacón. Charlie se quitó la ropa en el camerino trasero y se embutió en el vestido. Cuando terminó, se humedeció las manos y se las pasó por el pelo para alisárselo. Con papel higiénico, se limpió los restos corridos de delineador y máscara de pestañas.

Al mirarse al espejo, Charlie no supo a quién veía. El vestido era muy corto y hacía que sus piernas parecieran muy largas. No lo aborrecía.

Cuando Charlie salió, Rachel levantó el pulgar; ella tampoco lo aborrecía. En cuánto a Red, daba la impresión de que se había atragantado y estaba a punto de ahogarse, lo cual era menos halagador.

—Genial —dijo Madison, aunque el comentario iba dirigido a Adeline.

Nadie pareció fijarse en la mochila que Charlie llevaba al hombro ni en los leves movimientos procedentes del interior.

—Parece que al final sí que salimos —dijo Red, tendiéndole la mano a Charlie. Al tocarle la piel, su calidez volvió a dejarla aturdida —. A menos que prefieras que nos vayamos a casa.

—Me pido ir en tu coche, Carver —dijo Brooks, ignorando su conversación.

—No pasa nada —dijo Charlie—. Ya me he puesto el vestido.

Guardó la mochila con el Estrago en el maletero. Cuando se dio la vuelta, Brooks ya se había adueñado del asiento del copiloto del Porsche. Red vio a Charlie parada al lado del coche, así que volvió a salir un momento para levantar el asiento y ayudarla a subir a la estrecha parte trasera. Se pasó todo el trayecto hablando de personas que Remy y él habían conocido en Nueva York. Charlie procuró prestar atención, pero las anécdotas parecían mezclarse unas con otras; algo así como que los Wilberforce-Batton-Bankes y los Hastings-Abbott habían coorganizado una gala benéfica en la que todos ellos habían jugado al cricket hasta las cejas de M.

Dejó de intentarlo y le envió un mensaje a Malhar para pedirle disculpas. Iría a verlo al día siguiente.

Resultó que al oeste de allí, a varios pueblos de distancia, en la frontera de los Berkshires, había un bar clandestino y solo para socios llamado Lion's Share, que abría hasta las cuatro de la madrugada. Al igual que el Blue Ruin de Northampton, el bar del que habían echado (probablemente para siempre) a Charlie, el Lion's Share eludía la hora de cierre legal funcionando como club privado. Su grupo entró poco después de las dos y Adeline pidió otra ronda de Espresso Martini. Charlie pidió un chupito doble de *bourbon* y un vaso de agua aparte.

El barman de cabello plateado lucía uno de esos bigotes encerados que se habían puesto de moda entre los hípsters hacía

quince años, aunque él parecía tener edad suficiente para que el suyo fuera el que otros imitaban.

Con el vestido de lentejuelas, el pelo peinado hacia atrás y nada más que unas medias para abrigarle las piernas, Charlie se sentía helada e incómoda, sentada en una mesa alta, con el tacón enganchado en la barra metálica de su taburete.

Por lo general, ella no se dejaba presionar, pero al final la habían convencido para que los acompañara. ¿Era su dinero lo que la había intimidado? ¿Era el hecho de que ellos habían conocido a Remy, y Charlie sentía el deseo masoquista de aprenderlo todo de él, de aquella persona a la que Red quería por encima de todo y de todos?

¿O era que pensaba que a lo mejor Red quería ir y le daba miedo decepcionarlo?

Topher le miraba el pecho desde que se habían sentado. Ella tenía la esperanza de que fueran los tatuajes lo que le interesaba; quizá sí. No parecía la clase de persona que salía a menudo con gente tatuada.

Brooks apenas la miraba, lo cual era peor.

—Remy —dijo Madison, mirando a Red desde el otro lado de la mesa—. Si nadie lo va a decir, lo digo yo. No me puedo creer por lo que has pasado. Sé que normalmente siempre estamos de coña, pero podrías habérnoslo contado. Habríamos hecho algo.

—No quería que lo intentarais —respondió Red, después de una pausa lo bastante larga para resultar incómoda. Se reclinó en su asiento; tenía los dos primeros botones de la camisa abiertas, revelando la camiseta sin mangas de debajo. No llevaba anillos en los dedos. Ni mugre bajo las uñas.

—¿Salt te amputó la sombra? —preguntó Brooks, bajando la voz —. ¿Cómo es no tener sombra?

—Supongo que perdí una parte de mí mismo —respondió Red—. Aunque no estoy seguro de cuál.

Charlie se arrepentía de no haber buscado vídeos de Remy en una de esas fiestas. Seguro que alguno de sus amigos había grabado algo. Seguro que había algún vídeo de Instagram. Cualquier

cosa que le dijera si Red se estaba comportando de manera similar a Remy.

Carver.

Si Red no estaba intentando engañarlos, Charlie no tenía ni la menor idea de lo que pretendía.

—Recuerdo que vi a Salt varias veces —dijo Brooks—. Parecía un abuelo normal. No me puedo creer que fuera tan peligroso. Y no me cabe en la cabeza que vosotros dos salierais tan normales, viviendo con él.

Red clavó la mirada en Adeline.

—A veces no sabes lo malo que es algo hasta que se termina.

Adeline esbozó una sonrisa forzada.

—La familia… En fin, hay que intentar perdonar a la familia.

—¿Perdonar? —dijo Brooks—. Ya sé que murió y que es tu padre, pero yo no podría perdonar algo así.

—Nosotros no entendemos todo lo que ocurrió —dijo Madison, poniéndole la mano en el brazo a Brooks.

—Lo que entiendo es que le ocurrió a Carver —insistió Brooks—. No a ti, Addy. A ti no te encerraron en el sótano ni te torturaron.

—Un brindis —lo interrumpió Topher, carraspeando y hablando deprisa para atajar la discusión que se estaba gestando—. Por los amigos a los que nunca tendrás que perdonar, porque nunca te daremos motivos para ello.

Charlie levantó su vaso y lo chocó con los del resto. Topher sentía algo por Adeline, eso era obvio. Lo que no estaba tan claro era si ella era consciente de su interés, ni si este era recíproco.

Pero si hubiera tenido que apostar, se la habría jugado a que Adeline lo sabía. Topher no era muy sutil. Lo cual significaba que Adeline estaba postergando el momento de darle calabazas.

Después entablaron una conversación sobre la alta sociedad de Nueva York y sobre alguien que había organizado una exposición de arte. Otro iba a recibir su fondo de fideicomiso al completo. Una tercera se iba a comprar una casa en Italia (prácticamente

abandonada, con las cañerías fatal) porque pensaba que podía restaurarla.

—¿Te imaginas a Zoe en el campo, cultivando coles y romero? —Eso les hizo reír un montón.

—Ah, yo creo que este es su imperio de marihuana. Siempre se lanza a por una idea justo después de que el mercado se sature. —Se rieron otra vez.

Charlie, que no tenía nada que aportar, se limitó a beber su *bourbon*. Y cuando se le acabó, pidió otro. Y otro. Al cabo de un rato se le había dormido la lengua y todo le hacía muchísima más gracia.

—Bueno, Remy, oficialmente sigues muerto, ¿verdad? —preguntó Topher.

—No, los abogados ya lo han resuelto —respondió Adeline.

—He regresado del más allá. —Red levantó su vaso; Madison y Brooks lo imitaron.

—¿Y has estado viviendo con *ella* todo este tiempo? —Topher posó su mirada en Charlie. Su tono condescendiente era lo bastante sutil para que Charlie pudiera fingir que se lo había imaginado.

Sin embargo, como debía de llevar encima unos treinta y siete *bourbons*, en lugar de eso le dedicó a Topher una sonrisa ancha y lasciva.

—Y *sigue* conmigo.

—Fue muy amable por tu parte que lo acogieras —dijo Brooks—. Seguro que no estaba en su mejor momento.

Charlie le puso la mano en el brazo a Red. Notó la tensión de los músculos bajo su piel.

—Ocultaba muchas cosas —dijo. Estaba orgullosa de no arrastrar las palabras, a pesar de tener la lengua dormida—. A todo el mundo, imagino. Me alegro de que no fuera solamente a mí.

Adeline frunció el ceño.

—Me esfuerzo por mentir menos —dijo Red con desparpajo—. Ahora que soy un muerto viviente.

Se echaron a reír.

Topher seguía centrado en fastidiar a Charlie.

—Cuando Remy herede su fortuna, podrá pagarte todo lo que hayas hecho por él.

Charlie notó que se ruborizaba por el insulto; no solo insinuaba que querría que le pagaran por sus servicios, sino también que ella era un problema que Red podía solucionar con dinero.

—Será la mejor inversión que hayas hecho nunca —coincidió Madison, riendo como si acabara de contar un chiste buenísimo.

—Él no me debe nada. —En lugar de desinhibirla, el alcohol parecía haberla vuelto alarmantemente sincera. Había que remediarlo. Levantó el dedo para que le pusieran otro *bourbon* doble.

Adeline la miró con lástima.

—Al contrario —dijo Red—. Te debo mucho. Puede que te deba la vida. —No parecía contento por ello.

—Bueno —dijo Brooks—. A mí no me importaría que estuvieras en deuda conmigo, Carver, yo solo digo eso. Cuando consigas tu dinero, tienes que venir a la ciudad. Comprarte una casa allí. Te haremos olvidar estos últimos años enseguida. De hecho, dentro de una semana me voy a Aspen. Deberías venir con nosotros. Seguro que Addy te adelanta el dinero.

—Aún no tengo carné de identidad —dijo Red—. A los muertos no nos dejan cruzar el arco de seguridad del aeropuerto.

Madison se rio.

—Ya sabes que, cuando vuelas en privado, la seguridad deja bastante que desear. Yo he visto pasar por la aduana a más de un cadáver andante.

Todos se rieron de nuevo.

Salt tenía un avión privado. Red debía de haber volado en uno multitud de veces. Ni siquiera estaba segura de por qué le importaba eso, pero le molestaba que nunca se le hubiera ocurrido. Ni siquiera se lo había imaginado. Él tampoco lo había mencionado nunca.

—Hablaré con los abogados —dijo Red—. Intentaré acelerar los trámites.

Madison lo miró entornando los ojos.

—No sé lo que me esperaba, pero suenas distinto.

Charlie se mordió el carrillo. Si Red no conseguía convencerlos de que era Remy, se pondría en una posición muy complicada.

—Es que *soy* distinto —contestó—. En cierto sentido, Remy está muerto.

Un estremecimiento recorrió los hombros de Adeline.

Topher le puso la mano en el brazo. Ella se inclinó hacia el lado contrario, pero no tanto como para llegar a apartarse.

Brooks soltó un sonoro suspiro y levantó su copa de nuevo.

—Remy Carver ha muerto. Larga vida a Remy Carver.

Ahora que estaban lo bastante achispados, todos alzaron su vaso al oír eso.

—Remy Carver ha muerto —corearon—. Larga vida a Remy Carver.

—Pronto todo volverá a ser igual que antes —intervino Adeline, que tenía los ojos vidriosos—. Todos nosotros, juntos otra vez.

—Todos nosotros, juntos otra vez —brindó Topher, pero solo le prestaba atención a ella.

—Y yo —añadió Charlie—. La intrusa. —Bebió.

—Por ti, Charlie Hall. —Red levantó su vaso—. Por aguantarnos a mí y a todos mis traumas.

—No creo que tenga que seguir haciéndolo mucho tiempo —comentó Topher, y se rio de su propia broma.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Red sin perder la calma.

—Bah, está demasiado borracha para acordarse mañana —le aseguró Topher.

—Es que tú eres muy olvidable —le espetó Charlie, sonriente, contenta de tener una excusa para enseñar los dientes. Por fin se le había agotado la paciencia. Estaba cansada de que la ignoraran. Cansada de que se burlaran de ella. Y, sobre todo, estaba cansada de la sensación de que Red la veía a través de los ojos de sus amigos y la hacía de menos por ello—. Supongo que por eso Adeline no te quiere.

Madison se quedó boquiabierta. Brooks soltó un resoplido de risa.

—La gente como tú —le dijo Topher a Charlie— siempre demuestra tarde o temprano que es de mala raza.

Quizá Charlie se había pasado de la raya al quebrar la ilusión de que Topher tenía la menor oportunidad con Adeline. Pero, cómo no, él había convertido su falta de discreción en una prueba de que Charlie no era como ellos. Por supuesto, estar a la altura era imposible desde el principio; solo había diversos caminos para demostrar lo contrario.

—La gente como tú —respondió Charlie, ensanchando su sonrisa — está tan acostumbrada a que la comida le sepa a escupitajos, que cree que es un aderezo *gourmet*. La gente como tú está tan acostumbrada a conseguir lo que quiere, que, si te quedaras tirado en una cuneta, te negarías a montarte en un coche sin asientos calefactados.

—Vete a la mierda —dijo Topher.

Charlie se levantó, henchida de triunfo. Pero entonces el tacón se le enganchó en la barra del taburete. Sus reflejos de borracha la traicionaron. Al caer de lado, le dio una patada tan fuerte a la mesa que la copa de Brooks cayó al suelo y el cristal se hizo añicos.

Durante un momento, mientras estaba tirada en el suelo, se acordó de la sombra del umbrista que la había asfixiado detrás de la barra del Rapture, rodeada de botellas rotas.

Entonces Madison empezó a reírse. Al cabo de un momento reían todos, mirándola desde la mesa. Una vez más, Charlie se había puesto en ridículo de manera espectacular. Se le había roto el tacón de un zapato, así que ni siquiera podía ponerse de pie con dignidad. Le picaba la garganta por las ganas de llorar.

—¿Esto es lo que te gusta, Carver? —preguntó Topher con una sonrisa de burla.

Charlie se levantó y se descalzó con los pies. Luego le arreó un puñetazo en la cara.

Charlie Hall, la trampa adhesiva para desastres. Pero si te acercabas demasiado, también te quedabas pegado.

Topher retrocedió a trompicones hasta chocar con la barra del bar. Se llevó la mano a la cara. Le sangraba la nariz.

—Eres una loca del coño.

—Menos mal que por fin te has dado cuenta —respondió Charlie.

Un grandullón barbudo se despegó de la pared y empezó a caminar hacia ellos. Un segurata. Pues mejor; de todas formas, no quería estar allí. No quería nada de todo aquello. Descalza, salió del bar y echó a andar por el gélido aparcamiento.

No tenía las llaves del Porsche y de todas formas estaba demasiado borracha para conducir. Sobre todo, no quería mirar a la cara a Red. Así que siguió caminando; el cuerpo le ardía de vergüenza.

Charlie tardó una manzana en darse cuenta de que el frío era más fuerte que su enfado. Y de que, si continuaba alejándose, llegaría al final del vínculo que la ataba a Red.

Cuando se dio la vuelta, unos potentes faros giraban hacia ella. El Porsche se detuvo a su lado. Adeline iba en el asiento del copiloto.

—Sube —le dijo Red.

—Déjame en paz —le espetó Charlie, por imposible que fuera eso. Red suspiró.

—Ya sabes que no puedo.

No, ninguno de los dos podía escapar del otro. Le dolía la cabeza y se sentía imbécil. Y estaba segura de que por la mañana estaría muchísimo peor.

—Siento que todo haya salido tan mal esta noche —dijo Adeline, aunque Charlie no creía que lo sintiera en absoluto. Pero claro, ahora mismo su estado de ánimo no era especialmente positivo.

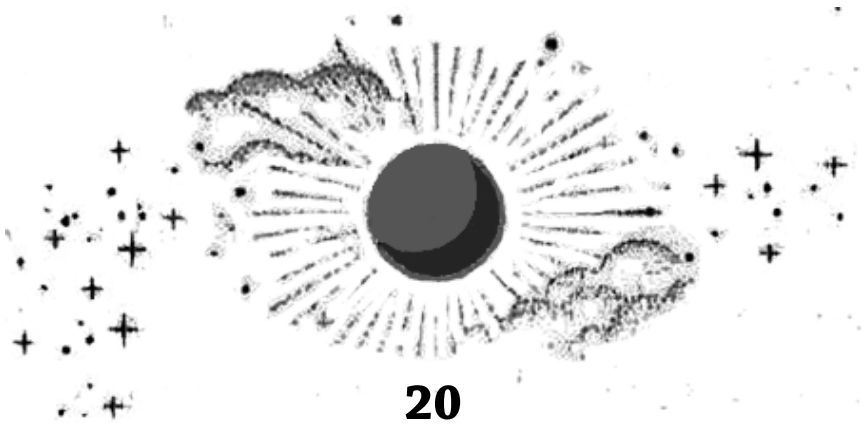
—Hace frío, Char —dijo Red con un tono más tierno—. Sube, por favor.

Vince la solía llamar así.

—Podría obligarte a sentir algo —dijo Charlie con tozudez mientras abría la puerta—. Podría hacerlo, joder.

—Me haces sentir muchas cosas —respondió él.

Subió al diminuto asiento trasero. El aire de la calefacción hacía que le escocieran los pies, señal de lo mucho que se le habían enfriado. Apoyó la cabeza en la ventanilla. Sin mirar a Red. Sin mirar a Adeline. Con la vista fija en el borrón de las luces en movimiento.



20

[BORRADOR] Transcripción por IA de una grabación de Madurai Malhar Iyer

Malhar: Hablame de Adeline.

Red: No quiero hablar de ella.

Malhar: ¿Por qué no?

Red: Mis pensamientos están desordenados. Los recuerdos que tengo de ella son como piezas de puzle que no encajan.

Malhar: ¿Son recuerdos de Remy?

Red: Suyos y míos. Adeline me hacía cosas… Hacía cosas conmigo, y Remy no… O quizá sí… No lo sé.

Malhar: [silencio]

Red: No quiero hablar de ella. He dicho que no quiero hablar de ella.

Malhar: ¿Y de la abuela de Remy?

Red: Tampoco quiero hablar de Fiona.

Malhar: ¿Me puedes decir por qué?

Red: Cuando Remy no quería seguir sintiendo algo, lo metía dentro de mí. Algunas de esas emociones, muchas, eran dolorosas. Lo que menos le gustaba era estar triste. Cuando nos fuimos de casa de su abuela, echaba de menos la casa, la echaba de menos a ella, echaba de menos no tener miedo. Así que me pasó todo eso a mí y ya no volvió a sentirlo.

Malhar: Pero lo sentías tú.

Red: Esas emociones no son reales. No son mías. O al menos no son enteramente mías. ¿Te sirve?

Malhar: Pues hablame de Charlie.

Red: Ella me enfada.

Malhar: ¿Sí?

Red: No me gusta que sepa cosas sobre mí.

Malhar: Aunque la hayas olvidado, ella formaba parte de tu vida. Tú la hiciste formar parte de tu vida.

Red: De la vida de Vince.

Malhar: Pero ese eres tú. Tú te pusiste el nombre de Vince.

Red: Pero ¿por qué? Es un chiste.

Malhar: ¿Un chiste?

Red: Hay un modelo de moto que se llama Vincent Black Shadow, «Vincent Sombra Negra». El segundo nombre de Remy era Vincent. Ja, ja.

Malhar: ¿A ti no te parece gracioso?

Red: Claro que sí. Es mi chiste.

Malhar: No sé qué tiene que ver esto con Charlie.

Red: Nada. Charlie es una imprudente.

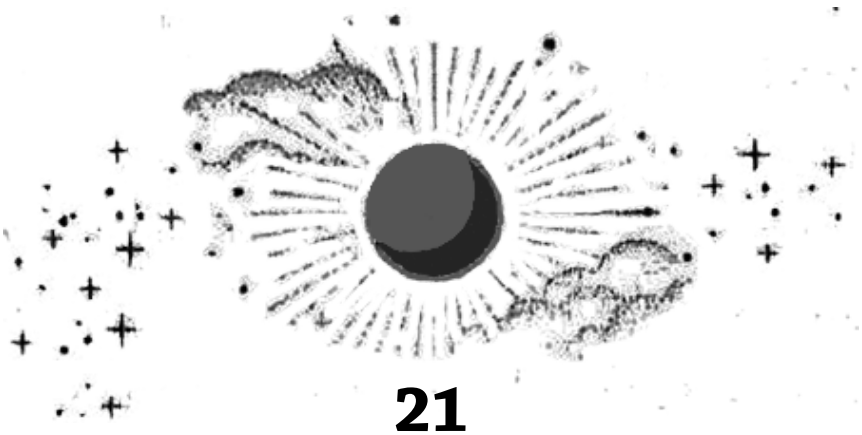
Malhar: ¿Y eso te enfada?

Red: No puede estar bien si amaba a algo como yo. Y ahora que lo sabe, todavía quiere…

Malhar: [silencio]

Red: Eso no me gusta. Ella no me gusta.

Malhar: Ya veo.



21

NADA BUENO

Charlie despertó con la cabeza retumbando y la boca áspera como una lija. Sus recuerdos eran caleidoscópicos: fragmentados y extraños. El gusto amargo del vómito le quemaba la boca. Estaba tumbada en una cama con dosel de madera oscura, dentro de una habitación con paredes de yeso. Las últimas luces de la mañana se filtraban por unas cortinas de seda dupión. Por las ventanas se veía el césped que Charlie había cruzado corriendo.

Era la casa de Salt. Se le aceleró el corazón. Durante muchos años, su peor pesadilla había sido volver a despertarse allí, con restos de vómito en la boca, de nuevo en sus garras. Empezó a marearse por el pánico. Al bajar de la cama a toda prisa, descubrió que llevaba puesto un pijama de satén de hombre.

Salt está muerto, se dijo, pero esa certeza no calmó su corazón.

Abrió una puerta de un tirón y se encontró con un armario lleno de perchas vacías y un fuerte olor a naftalina. No había ropa, pero al fondo de un cajón halló un frasco blanco con tapón, cuya etiqueta decía: «Lorazepam Intensol 2mg/mL concentrado oral». Estaba lleno

hasta la mitad y sucio de polvo. ¿Era eso lo que Salt había usado para drogarla? Se guardó las pastillas en un bolsillo del pijama.

La segunda puerta que probó daba a un aseo privado. Se remojó la cara con agua fría en el lavabo. Ya tenía el pelo húmedo y la piel le olía a un jabón de violetas y romero muy caro. Alguien la había lavado, y a conciencia. Incluso el pelo.

Al mirar de reojo la ducha, de pronto le llegó el destello de un recuerdo. Red detrás de ella, con un brazo en torno a su cintura y otro en el hombro, presionándola contra su cuerpo. Ella estaba desnuda y el agua ardiente le quemaba la piel. Él, todavía vestido, con la ropa empapada y pegada al cuerpo.

Fuera del baño, una voz de mujer: «Hay que hacerla entrar en calor. Podría sufrir congelación».

Charlie se enjuagó la boca y se frotó los dientes con el dedo. Luego buscó con la mirada aquel estúpido vestido plateado, pero no estaba.

Fue recordando más fragmentos de la noche anterior, cada detalle más embarazoso que el anterior. Y a todos los acompañaba el pánico claustrofóbico de estar en la mansión de Salt. Empezó a sonar un tamborileo en su cabeza que la apremiaba a *correrrcorrerrcorrer*. No podía permanecer ni un instante más en la casa. Al asomarse al exterior, vio que algunas zonas de nieve se habían derretido. Todos sus instintos le gritaban que se pusiera en movimiento, pero iba a necesitar unas botas y un abrigo para cruzar el jardín embarrado.

Salió al pasillo a hurtadillas. Unas tenues voces subían desde el piso inferior. Una era la de Red. ¿Cómo podía haberla traído precisamente allí?

Durante un momento, se permitió pensar en el mapa que le había dado Balthazar, el que indicaba dónde guardaba la Cábala de los antifaces el trozo de la sombra de Red que tal vez contuviera sus recuerdos desaparecidos. La parte que lo arreglaría, que volvería a convertirlo en una persona que no conspiraría con la sombra de Rose en contra de Charlie, que no la habría obligado a aguantar a

los amigos gilipollas de Remy y Adeline, y que, sobre todo, no le habría hecho esto.

La ira la serenó a medida que caminaba descalza hacia esas voces.

—Yo puedo hacer que te sientas mejor —decía Adeline con tono prometedor.

Charlie se detuvo mientras las alarmas empezaban a sonar dentro de su cabeza. La voz de Adeline era ronroneante; su proposición era inequívoca. Charlie había creído que Remy y Adeline tenían una relación complicada e incestuosa y que Red quedaba fuera.

Pero quizá Adeline consideraba a Red una extensión de Remy. Un sustituto.

—No necesito… —dijo Red con voz tensa.

—Oh, venga. —Se oyó un roce de tela, como si se hubiera acercado más a él.

—Adeline —dijo Red—. Ya vale.

Otro roce de tela y un leve ruido de Adeline, como un gemido.

—Oh, sí —dijo—. Así.

Charlie se puso roja de vergüenza. Sí, tenía que largarse. Tenía que salir de aquella casa ahora mismo y tenía que hacerlo sin Red.

—No hagas eso —dijo Red con la voz llena de pánico. Un pánico que dejó helada a Charlie.

Adeline. No hagas eso, Adeline. Eran las palabras que él había dicho en sueños. Cuando era Vince.

Red era mucho más fuerte que Adeline. Podía apartarla.

¿O no?

Charlie abrió la puerta. Si estaba a punto de ponerse en ridículo, soportaría la vergüenza; después de la noche anterior, solo sería una gota en un cubo. Adeline estaba sentada a horcajadas sobre él, con la falda subida. Red la agarraba por los brazos para alejar el torso de Adeline del suyo. Cuando giró la cara hacia Charlie, parecía aturdido.

—Nos interrumpes —le espetó Adeline sin levantarse de su regazo.

—Tenemos que irnos —dijo Charlie, aunque la idea de ordenarle algo a Red en aquel momento la horrorizaba.

Adeline la miró fijamente, indignada. Charlie le sostuvo la mirada.

—Tengo una cita con Malhar —continuó, como si la escena con la que acababa de toparse no la helara hasta los huesos.

—No puedes obligarlo a quedarse contigo para siempre —dijo Adeline, impulsándose con las piernas para levantarse—. Tú no eres nadie, Charlie Hall.

Red se puso de pie como un autómata, con una expresión absolutamente vacía. Ni siquiera miró a Charlie al cruzarse con ella en el pasillo, tambaleante. Ella no apartó la mirada de su rostro. No necesitaba saber cuál había sido la reacción de su cuerpo a lo ocurrido.

Charlie se dio la vuelta desde la puerta.

—Es tu puto primo, o lo que sea. Es de tu familia.

—¿Red? —Adeline se echó a reír.

—¿No dijiste que él era lo que quedaba de Remy?

—La mejor parte, probablemente. —La risa de Adeline se había transformado en una leve sonrisa arrogante—. Pero tampoco es que vayamos a tener bebés con dos cabezas ni nada. Es una sombra.

Turbada, Charlie volvió al pasillo (donde Red ya no estaba) y empezó a bajar las escaleras.

Lo encontró en el vestíbulo, esperándola, con la mandíbula apretada. No pudo evitar fijarse en su altura y la musculatura definida de sus brazos. Era corpulento. Tenía suficiente fuerza para haber empujado a Adeline hasta la otra punta de la habitación, pero no le había servido de nada.

Se dirigió a la puerta, descalza y en pijama.

—No quiero estar en esta casa ni un segundo más.

Red sacó su abrigo del armario y se lo tendió a Charlie.

—No salgas otra vez al frío.

Con un suspiro, Charlie deslizó los brazos por las mangas. Mientras lo hacía, vio unas botas que parecían demasiado grandes

para ella, pero utilizables. Metió los pies en ellas; le daba igual parecer una niña que jugaba a los disfraces.

Unos pasos resonaron por las escaleras

Charlie se giró con brusquedad.

—¡Que lo dejes en paz! —Pero sus ojos se encontraron con Fiona. La anciana enarcó las cejas.

—¿Una noche complicada?

Una oleada de rubor le trepó por el cuello. Tenía una pinta horrible.

—Creía que era… Bueno, da igual. Adeline ha sido tan amable de dejarnos pasar la noche aquí, pero…

Fiona frunció el ceño.

—La casa es de él.

Charlie se detuvo al oír eso.

—¿Qué?

—Lo dice el testamento de Salt. Remy hereda la mansión. No se puede decir que sea amable dejar que duerma en su propia casa.

Charlie miró de reojo a Red, pero no supo deducir si él ya lo sabía. Su rostro estaba tan falto de expresión que empezaba a asustarla.

—Creo que podemos buscarte ropa mejor que esa. —Fiona deslizó la mirada por el pijama de Charlie, el abrigo tan largo que arrastraba por el suelo y las botas ridículamente grandes—. Y luego podemos ir los tres a tomar un *brunch*.

—Debería… Tenemos que irnos. —Le picaba la piel por las ganas de salir de allí. Necesitaba hablar con Red. Necesitaba *irse*.

Fiona no perdió su media sonrisa.

—Pero no con ese aspecto. Venga, primero un café y algo de comer; luego podrás irte a donde tengas que ir. —Se volvió hacia Red—. Tú también deberías cambiarte. Llevas la camisa arrugada.

Charlie abrió la boca para insistir en marcharse, pero volvió a cerrarla. Estaba a la defensiva desde que se había convertido en la Hierofante. A la defensiva con el Sr. Guiñol y las Cábalas, a la

defensiva con Adeline. Trataba de ganar tiempo o aplacarlos hasta que se le ocurriera alguna solución.

Pero así Charlie no podía jugar sus mejores bazas. Ella solo sabía conseguir lo que quería a base de mentir, engañar y robar. Y aunque no pudiera hacer lo mismo ahora, no exactamente, Fiona Carver era rica, poseía información de la que ellos carecían y anhelaba algo con desesperación. Todo eso la convertía en un blanco excelente.

Una lenta sonrisa empezó a tironearle de las comisuras de la boca.

—Qué oferta tan generosa. Me encantaría que me prestara algo de ropa y comer con usted.

Red se volvió hacia ella; había violencia en su mirada.

—Necesito hablar con Charlie.

Fiona empezó a guiarla hacia las escaleras.

—Podéis hablar de vuestras cosas de camino al *brunch*. Doy por hecho que iréis en vuestro coche.

—Ahora —le espetó Red—. Necesito hablar con ella *ahora*.

Fiona dio un paso atrás al notar la vehemencia de su tono.

—En ese caso, voy a subir para sacar algo de ropa. No tardéis mucho.

Escucharon sus pasos hasta que se alejaron.

Red giró la cabeza y miró fijamente la pared que Charlie tenía detrás, como si se estuviera planteando romperla de un puñetazo.

—Entiendo que estés enfadada conmigo. Lo de anoche fue culpa mía. Pero, por favor, no te desquites con Fiona. Por favor.

—¿Culpa tuya? —Charlie frunció el ceño con incredulidad—. No veo por qué. No fuiste tú quien se bebió cinco litros de *bourbon*, se cayó del taburete y le dio una hostia a un niñato rico. Aunque quizá tuviste la tentación. Tenía una cara de lo más hostiable.

La curva diminuta de su boca era prácticamente una confesión, pero Red negó con la cabeza y la sonrisa desapareció.

—Tengo la costumbre de obedecer. No he sido consciente de que me correspondía a mí negarme a que saliéramos anoche hasta que…

en fin, hasta que me has sacado de esa habitación hace un momento. Pero eso no significa que no fuera culpa mía.

Charlie no podía darle la razón, pero era un alivio inmenso que su expresión de rabia no fuera contra ella. Aunque le preocupaba que fuera contra sí mismo.

—¿Cómo quieres que discuta contigo si siempre te pones panza arriba para que te rasque?

Red relajó un poco los hombros.

—Si alguien puede encontrar la manera, eres tú.

—Auch —dijo Charlie, siguiéndole la corriente. Luego miró escaleras arriba—. De todas formas, creo que deberíamos ir a ese *brunch*.

—¿Qué? ¿Por qué? —Su mirada era de desesperación—. No soy quien ella quiere que sea.

Pero te pareces lo suficiente, quería responder una parte de Charlie, pero no todo tenía por qué ser un timo. El amor no debería serlo, suponía ella.

—¿Por qué Adeline deja que Fiona viva aquí?

—No lo s… —Se interrumpió—. Ah. Porque es mi casa.

—No tenías ni idea, ¿verdad? ¿Qué otras cosas sabe Fiona que nosotros no sepamos? —preguntó Charlie—. Mira, la cabeza me está matando. Necesito café, aspirinas y grasa de beicon para ser mínimamente capaz de afrontar el día. Dos pájaros. Un tiro.

—¿Qué planeas? —preguntó Red.

—Quitarme este pijama y pincharme café en vena. —Charlie se encogió de hombros—. Pero si no te apetece pasar tiempo con Fiona…

Él suspiró y miró hacia lo alto de la escalera.

—Claro que quiero ir. Pero no debería. No somos familia. Esto no va a traer nada bueno.

—¿Nada bueno? —repitió Charlie con una sonrisa que él no pudo resistirse a devolverle—. Esos son los planes que a mí me gustan.

Fiona abrió la puerta de su dormitorio cuando Charlie subió las escaleras y la invitó a entrar.

Sobre la colcha estaban extendidos un jersey de color crema y unos vaqueros negros con los bajos doblados. Parecían lo bastante grandes para Charlie; no pudo evitar preguntarse si Fiona se los había pedido prestados al servicio o si le gustaba la ropa holgada.

—Le agradezco que me haya buscado algo que ponerme.

—Bah, no es ninguna molestia —respondió Fiona—. Me alegro de que me des la oportunidad de pasar tiempo con mi nieto.

—¿De verdad ha estado aquí, esperando a que a él se le pasara el enfado y viniera a verla? —preguntó Charlie.

Fiona frunció el ceño ante esa descripción.

—Vine en cuanto me enteré de lo que le había pasado en realidad a Remy. No puedes ni imaginarte lo mal que lo pasé hace dos años. Mi hija había muerto y, en cuestión de una semana, Remy también estaba muerto y ni siquiera pude llorarlo adecuadamente, porque todo el mundo decía que era un monstruo.

Claro. Porque lo habían hallado entre los restos quemados de un coche cerca del casino, junto con los restos quemados de una mujer.

—Pobre chica —añadió Fiona.

Rose Allaband. Charlie pensó en la sombra que había entrado por su ventana.

—Sí, pobre chica.

—¿Qué talla de pie calzas? —preguntó Fiona con decisión, devolviendo a Charlie al momento presente.

—La cuarenta —respondió.

—Yo la treinta y ocho. —Fiona le mostró unos botines Prada con cordones—. Pero he traído esto del armario de Adeline. Ella calza la cuarenta y uno. Puedes ponerte doble calcetín.

Alguien mejor que ella habría rechazado cualquier pertenencia de Adeline, pero Charlie se llevó los botines al cuarto de baño sin decir

nada y se los abrochó.

Una vez fuera de la casa, Charlie subió al asiento del copiloto del Porsche mientras Fiona se dirigía a un BMW blanco de aspecto veloz.

—Sígueme —le dijo la anciana a Red.

Red sacó el coche del camino de entrada con expresión seria. Charlie aprovechó para estudiarlo: los hombros anchos, el cabello que reflejaba la luz dorada de la tarde, los ojos como hierros candentes. Ahora que había pasado un rato con Fiona, creía detectar el parecido en el ángulo de las cejas y la curva de los labios.

—No te lo preguntaré si tú no quieres —dijo Charlie.

—¿Qué te había contado sobre Adeline… antes? —replicó Red.

—Eso no —balbuceó Charlie.

—Se piensa que soy una versión de juguete de Remy. Alguien con quien jugar. Alguien a quien manipular con la fortuna de Salt.

—¿Siempre te ha visto así? ¿Como una versión de juguete de Remy? —preguntó Charlie.

—Como un juguete, desde luego —respondió con un gruñido.

Recordó la foto de Remy Carver que había encontrado en internet, en la que parecía haber sido sorprendido mientras se tiraba a Adeline en la cubierta de un yate. Charlie no había sabido qué pensar. Las fotos se podían manipular, las identidades se confundían, los niñatos ricos eran unos pervertidos. O quizá sí que hubiera algo entre ellos, pero nada serio.

Pero el de la foto no era Remy. Era Red. Y no había tenido elección. Sintió un escalofrío, pero mantuvo la mirada fija en la ventanilla.

Terminarás por odiarla, le había dicho Charlie a Red al descubrir que lo iban a uncir a Adeline.

Ya la odio, había contestado él.

Charlie no había entendido ni la mitad de lo que él había querido decir. Pero quizá debería haberlo entendido. Quizá todo había estado clarísimo y ella se había negado a verlo.

—¿Y qué hacía Remy? —preguntó Charlie. Red se encogió de hombros.

—A él no le gustaba pensar en ello.

—¿Ni siquiera al principio? —preguntó Charlie, incrédula. ¿Cómo era posible? Incluso si Remy no hubiera entendido que Adeline estaba haciendo algo *horrible*, al menos tenía que saber que era *raro*.

—Yo era un asesino. Un monstruo. Daba igual.

—Una vez, Vince y yo nos quedamos despiertos hasta tarde y hablamos de nuestra primera vez —dijo Charlie, decidida a no debatir si el hecho de que te obligaran a ser un asesino justificaba que te obligaran a hacer cualquier otra cosa—. Me contaste que tú tenías catorce años y que fue con una chica que conocías desde hacía tiempo. Que estabais experimentando. ¿Algo de eso era verdad?

—Nada era mentira —replicó él—. Lo que pasó fue un experimento. Solo que no era yo quien experimentaba. Hubo mucha sangre.

Y con esa horripilante observación, Red entró en el aparcamiento de un restaurante llamado Federal.

—La sangre te dio más presencia física —dijo Charlie, deduciendo la mecánica de lo que seguramente hubiera sucedido. Red echaba mano de su monstruosidad cuando le daba miedo que lo juzgaran. Era un impulso familiar: empeorar las cosas cuando te daba miedo no poder arreglarlas—. No deberían haber hecho eso. Ni a ti ni a nadie.

Red se estremeció.

—No quería que te enteraras de nada de esto.

—Es Adeline quien debería avergonzarse —dijo Charlie con vehemencia—. No tú.

Él se encogió de hombros; claramente no pensaba lo mismo.

Fiona bajó de su coche. Los miró desde lejos, agitó la mano y se dirigió al interior del restaurante.

Red agarró la manilla de la puerta.

—Espera. —Charlie le puso una mano en el brazo—. Háblame de tu abuela.

—Es buena persona —contestó, olvidándose de corregirla—. Como te he dicho, no le hagas daño.

—Confía en mí —dijo Charlie con una ancha sonrisa.

Él le echó la mirada que merecía su respuesta.

—Fiona Carver. Acaba de cumplir setenta años. Forma parte de la dirección de varias fundaciones de Nueva York (en eso se gastó el dinero de Salt después del divorcio): la fundación Robin Hood, que se dedica a la pobreza; la Drug Policy Alliance o Children's Aid, por mencionar solo unas pocas, que van desde la investigación de la leucemia hasta los tigres en peligro de extinción. Tenía una sola hija, Kiara, y un nieto, Remy. No proviene de una familia adinerada, pero Kiara siempre decía que se movía en esos ambientes como pez en el agua.

Lionel había donado mucho dinero a organizaciones benéficas. Eso no bastaba para hacer de Fiona una buena persona. Red respondía por ella, pero él tenia el listón bastante bajo.

Al otro lado de las columnas blancas de su entrada, el Federal resultó ser uno de esos restaurantes con manteles almidonados y voces quedas. Pasaron por un pequeño bar donde se habían congregado unas pocas parejas que, a ojos de Charlie, parecían jubilados recién salidos del campo de golf. Una de las señoronas llevaba en la muñeca una reluciente pulsera de tenis de diamantes que pedía a gritos que alguien la robara.

Fiona ya estaba en una mesa, con un Dirty Martini delante; en la ginebra flotaban tres aceitunas rellenas de queso, dos pepinillos y una cebollita encurtida. Con la blusa blanca almidonada y los pantalones negros, combinados con unos zapatos destalonados de piel sintética que parecían muy cómodos, conseguía resultar elegante sin parecer excesivamente arreglada. Llevaba el pelo recogido con una pinza de carey, dejando al descubierto unos pendientes de aro dorados, gruesos y pesados. Charlie no consiguió identificar ni una sola marca, a excepción del discreto bolso Poléne gris que había dejado a su lado, en una silla vacía. Fiona lucía su riqueza con moderación.

—No sé si se ha dado cuenta, pero le han echado una ensalada entera en la copa —comentó Charlie mientras se sentaba.

Fiona se echó a reír.

—¡Qué sitio! No tengo claro si son maravillosos o están mal de la cabeza. —Le acercó una carta a Red—. Se le puede añadir cola de langosta a todo. *A todo*.

Red se sentó en el lado opuesto de la mesa; miraba a su alrededor como si estuviera localizando las salidas.

—Bueno —dijo Charlie—. Conoce a Odette, ¿verdad? Es mi jefa. A veces habla de usted.

Fiona enarcó las cejas.

—Ella podría contarte algunas cosas de mí que te pondrían los pelos de punta. ¿Eres una de sus aprendices?

—¿Que si soy…? ¡Oh! No. —Charlie notó que se ponía colorada—. Yo solo soy barman.

—Aaah. —Fiona bebió un sorbo de su Martini y le hizo una seña al camarero—. Por eso te ha ofendido mi bebida.

—No es que me ofenda —repuso Charlie mientras el camarero se abalanzaba sobre ellos—. Pero opino que solo le falta un tomate para convencerme de que es un Bloody Mary.

Fiona se volvió hacia Red.

—¿Y tú qué vas a comer, querido?

Red contempló la carta con el ceño fruncido.

—¿Un filete?

—El solomillo —le aclaró Fiona al camarero—. Yo tomaré la sopa de cebolla y una docena de ostras de Coffin Bay.

Charlie se decidió rápidamente por la opción que le pareció más segura:

—La hamburguesa de pavo.

—¿Alguno de ustedes desea una cola de langosta con la comida? —preguntó el camarero. Charlie se mordió el carrillo para no echarse a reír.

—Bueno —dijo Fiona cuando se marchó—, háblame de tu familia, Charlie Hall.

—Mi abuela está en la cárcel por asesinato. —Quería ser brutalmente sincera. Para ganarse la confianza de Fiona, necesitaba establecer rápidamente cierta intimidad. Era una apuesta arriesgada, pero creía que podía salir bien.

La revelación de Charlie no pareció alterar a Fiona.

—Mi exmarido era un monstruo; si pensara mal de ti, no tendría más remedio que pensar aún peor de mí misma. ¿Tus padres también tienen tendencias delictivas?

—Mi padre lleva una granja con su nueva mujer. Mi madre atesora una fortuna en cartas de *Magic* exclusivas. —No mencionó que la que tenía tendencias delictivas era ella—. Y mi hermana lee el futuro.

—Entiendo —dijo Fiona.

—Por cierto, si esta es una de esas situaciones en las que habla conmigo en privado y me ofrece dinero para que no me acerque a su nieto, ni se moleste. No va a funcionar.

Esta vez hizo reír a Fiona.

—Oh, ¿esperas que piense que *tú* estás corrompiendo a Remy Vincent Carver? ¿Que estás enseñándole las bondades del queso en espray o incitándole a hacer pintadas en las fachadas? ¿Arruinando su reputación?

—Sabéis que yo también estoy sentado en esta mesa, ¿verdad? —dijo Red, aunque debía de estar un poco incómodo después de oír esos nombres.

Charlie puso los ojos en blanco.

—Bueno, está bien. Pero eso es más o menos lo que dijeron anoche los amigos de Adeline.

—Es muy posesiva con él —admitió Fiona con tono diplomático, mientras miraba de reojo a Red—. Siempre lo ha sido. Supongo que, antes de que naciera Remy, ella vivía sola en esa casa inmensa. Siempre he pensado que le aterraba volver a quedarse sola. Y que le daba miedo lo que pudiera hacerle mi exmarido si no tenía a Remy como blanco de su ira. Es la única excusa que se me ocurre para las decisiones de Adeline.

¿Se refería Fiona a los abogados y las condiciones de Adeline para que Red recibiera su herencia? ¿Sabía algo de todo lo demás?

No, comprendió Charlie. Ella estaba enfadada por un motivo totalmente diferente. Fiona se creía la historia de que Remy había estado encerrado en el sótano de la mansión durante un año, cuando todo el mundo lo daba por muerto, y que Adeline nunca había llamado a la policía, nunca había recurrido a Fiona, nunca había hecho nada por ayudarlo.

—Y vosotros siempre os habéis llevado como el fuego y la estopa —continuó Fiona.

—Exactamente así —coincidió Red; su tono hacía que las palabras significaran otra cosa.

—Necesito decirte una cosa. —Fiona miró su copa—. No tienes que protegerme. Quiero que entiendas que, aunque sea vieja, no soy frágil. Enterré a una hija. Tú eres lo único que me queda en el mundo.

—No —contestó Red—. No lo soy.

El camarero regresó con su comida y les puso los platos delante. Fiona, ignorándolo, agarró la mano de Red y la apretó.

—Sí que lo eres —insistió.

—¿Qué sabes sobre la magia de sombras? —preguntó Red mientras se soltaba. Charlie notó que se le aceleraba el corazón. Era imposible que fuera a contárselo. Imposible.

La atención de Fiona iba en aumento.

—No mucho, pero algo sí. Era consciente de que mi exmarido tenía un interés malsano en el ocultismo y yo sentía curiosidad por lo que lo tenía tan cautivado. En mis círculos hay personas que tienen contactos con la Cábala, personas que han comprado sombras en eventos que se organizan para esa clase de cosas.

—Las Cábalas castigan a los miembros que participan en la venta de sombras —repuso Charlie.

Fiona bebió otro sorbo.

—Bueno, son obscenamente caras, así que imagino que corren algún riesgo. —Se volvió hacia Red—. Nunca debí permitir que te

marcharas con Salt. Eso era lo que él quería de ti, ¿verdad? ¿A tu amigo, con el que hablabas todo el tiempo? ¿El que yo creía que no existía?

Charlie arrastró una patata frita por la mayonesa trufada y se la metió en la boca. El sabor no era exactamente bueno, pero quería más.

Fiona no dejó que se hiciera el silencio:

—Después de que te fueras de mi lado, tardé muchos años en comprender que poseías magia de sombras. No sé si querías tenerla. No sé lo que eres capaz de hacer, pero siento mucho que la magia te pusiera en esa posición. —Frunció el ceño—. ¿Sigues formando parte de ese mundo?

—Nunca dejaré de formar parte de él —contestó Red.

—No sé lo que te pidió Salt —continuó Fiona— no sé lo que hiciste, pero quiero que entiendas que yo siempre estaré de tu lado.

—Para ya —dijo Red.

—Incluso si hubieras matado a esa chica, Rose Allaband, yo habría estado de tu lado. No me habría gustado, pero te habría ayudado.

—Para ya —repitió Red, con más firmeza y un deje de pánico.

Fiona alargó el brazo sobre la mesa, como si quisiera volver a darle la mano.

—Sé que tienes todo el derecho a estar enfadado conmigo…

Red se puso de pie, interrumpiéndola.

—No estoy enfadado. Te quiero. Pero yo no soy Remy.

Fiona abrió y cerró la boca sin decir nada, pero fue Charlie quien sintió que se quedaba sin respiración cuando Red se derritió en una sombra que se extendió desde donde se encontraba, una sombra que sumió el comedor entero en una siniestra oscuridad.

Se oyeron gritos ahogados por toda la sala.

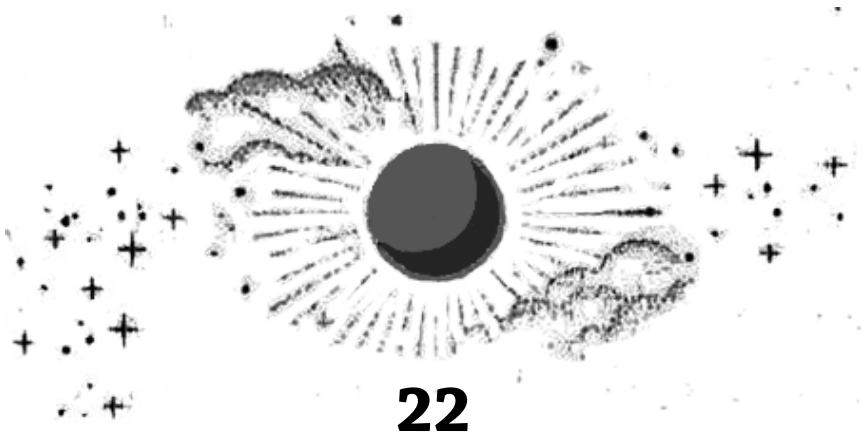
La anciana señaló a Charlie.

—Explícamelo —le exigió con voz temblorosa.

—Él es su nieto —dijo Charlie mientras se ponía de pie—. Tanto como lo fue Remy.

Fiona negó con la cabeza, horrorizada.

Y Charlie, como la cobarde que era, se fue directa hacia la puerta.



22

NO ES UNA MASCOTA

Cuando llegó al Porsche, tambaleándose, vio las llaves en el asiento delantero. Se dejó caer pesadamente en el asiento del conductor y contempló su rostro reflejado en el parabrisas. Sin maquillaje, como un actor entre bambalinas. En torno al ojo, los restos del moratón.

¿Qué has hecho?, le preguntó a Red.

Estaba cerca, aparentando ser la sombra que Charlie debería haber proyectado. Aun así, no le respondió. Charlie imaginó que no le apetecía comentar por qué había revelado su secreto y alienado a la única persona que podría haberle ayudado a eludir las trampas legales de Adeline. Apoyó las manos en el volante, pero no se decidía a arrancar el motor. Sus emociones estaban dispersas; sus pensamientos se negaban a asentarse. Había renunciado a los timos después de lo de Mark, porque le asustaba haberlo destruido por completo y se sentía culpable por el hombre asesinado por una bala que iba dirigida a ella. Pero más tarde había vuelto a ser una estafadora porque eso era lo que se le daba bien.

¿En quién se habría convertido si no hubiera estado bajo la tutela de Rand? ¿En alguien menos traumatizado? ¿Más aburrido? Rand tenía el don de hacer que la gente se sintiera especial, incluida ella. La había hecho creer que su profesión era una vocación trascendental.

Pero allí, sentada en el Porsche, con resaca, con Red mudo y en forma de sombra, Charlie sintió que la embargaba una desesperación familiar. Era incapaz de arreglar nada. Era incapaz de ser alguien mejor. Era incapaz de darle al Sr. Guiñol lo que quería o de ser una Hierofante medianamente decente, pese a todas sus fanfarronadas.

Bueno, le había prometido a Malhar que le dejaría echar un vistazo al Estrago que llevaba en el maletero. Y después había prometido entregárselo a Balthazar como pago por un servicio que este ya le había prestado. Eso sí que podía hacerlo, al menos.



Malhar recibió a Charlie en la puerta de una casa de jardín descuidado, sofá en el porche y multitud de coches en la entrada. La típica casa compartida de Amherst para estudiantes que no querían seguir viviendo en la residencia, pero tampoco podían permitirse un piso propio.

Flaco, vestido con unos vaqueros con las rodillas rotas y un jersey granate, con el pelo oscuro revuelto como si no le hubiera dado tiempo a peinarse, Malhar la miraba parpadeando; parecía no haberse dado cuenta hasta ahora de lo tarde que era. Como si le sorprendiera que en invierno oscureciera tan temprano.

—¿Cuántos viven contigo? —le preguntó Charlie mientras entraba en la casa, con la mochila trémula al hombro.

Malhar se encogió de hombros y señaló vagamente hacia la cocina.

—Normalmente seis, pero cuando alguno se echa pareja o se trae a alguien a dormir, somos uno o dos más. O a veces alguno se echa pareja y se muda a otro sitio. Va cambiando.

Charlie sospechaba que Malhar no habría sabido darle un número concreto.

Había otros dos sofás en la sala de estar, uno muy cerca del televisor. Un chico negro jugaba a un videojuego en el que un tipo superblindado luchaba contra algo con cabeza de calamar. Cuando pasaron por su lado, este les sonrió.

—Deon se está sacando un máster de escritura —comentó Malhar en voz baja—. Lleva dos semestres escaqueándose de terminar su novela.

—Los finales son huidizos —se defendió Deon en voz alta mientras se iban.

En la cocina había otros dos compañeros de piso; uno estaba echando garbanzos y *za'atar* en un cuenco de plástico y el otro bebía café de una taza inmensa. Una gran olla de lentejas hervía a fuego lento en el fogón. Alguien había colgado una guirnalda navideña y unas luces de colores encima del fregadero.

Malhar los señaló.

—Ibrahim, química. Aron, cine.

—Exacto. Yo soy *cine*. Soy gigantesco. Soy inevitable —dijo uno de los chicos (Aron, supuso)—. ¿Tu invitada quiere un café? Acabo de preparar una cafetera.

—Sí —contestó Charlie antes de que Malhar pudiera poner reparos.

—Ahora venimos a por él —dijo Malhar mientras la guiaba hacia su dormitorio. Sobre una mesa arrimada a la pared había dos monitores, ambos con salvapantallas de lugares exóticos.

La cama, arrimada a la pared contraria, estaba impecablemente hecha, aunque a los pies había un montón de ropa que parecía recién lavada, pero sin doblar. El suelo estaba bastante limpio, salvo por una botella de agua junto a la cama y una pila de documentos debajo de la mesa. Por la puerta entreabierta del armario se

adivinaba un caos que amenazaba con desparramarse; a Charlie le pareció ver un traje de chaqueta con chaleco, nada menos. Para ser un dormitorio de estudiante, estaba inmaculado.

—¿Lo tienes? —preguntó Malhar, un poco ansioso. Charlie asintió y se quitó la mochila—. ¿Y Red?

Al oír la pregunta, su sombra se volvió más larga y densa. De pronto Red estaba en el otro extremo del vínculo, surgido de la propia oscuridad.

—Joder —dijo Malhar—. ¡Joder!

—Da cosa verle hacer eso, ¿verdad? —dijo Charlie.

—Siempre —le confirmó Malhar.

Red les mostró una media sonrisa insegura. Caminó hasta la silla que había junto a la mesa y se sentó.

Después de abrir la cremallera de la mochila, Charlie sacó la red de ónice, confiando en que la criatura que había dentro no estuviera a punto de morderla.

—¿Es el Estrago? —preguntó Malhar, acuclillándose al lado de la cama para mirar a través de la red. No era tan sólido como Red, pero el ónice lo mantenía lo bastante consistente para darle una silueta oscura. Seguía teniendo más o menos el tamaño de un gato montés y, de vez en cuando, abría algo parecido a una boca para enseñar sus dientes de sombra—. ¿Puede hablar?

Red negó con la cabeza.

—Le prometí una sombra a Balthazar —dijo Charlie—. Pero antes quería saber si tú podías… No sé, ¿aprender algo con ella?

Malhar escudriñó a la criatura. Probó a meter los dedos en la mochila y los volvió a sacar igual de rápido.

—¿Te ha intentado morder? —preguntó Charlie. Él negó con la cabeza.

—Se ha movido y me he asustado. No estoy seguro de sus intenciones. ¿De verdad vas a darle esta cosa a Balthazar?

—Es mejor que dejar que le haga daño a alguien… o que me ordenen matarla como Hierofante. ¿Qué harías tú, quedártelo como

mascota? ¿Como un reptil en una pecera de ónice al que le echas grillos de vez en cuando?

—No —contestó Malhar a regañadientes—. Aunque dicho así suena de lujo.

Red esbozó otra de sus sonrisas casi imperceptibles.

—Creo que esta cosa comía sombras. De las pequeñas —dijo Charlie—. Absorbía su poder.

—Interesante. —Malhar siguió observándola.

Charlie pensó en la criatura que tenía delante. Pensó en los arañazos que había visto en las paredes del sótano de la iglesia Grace Covenant.

—Quiero saber una cosa. ¿Hay alguna forma de que alguien controle a más de una sombra al mismo tiempo?

Malhar enarcó una ceja.

—Ya sabes que ese no es mi campo de estudio, pero supongo que se le podría hacer una oferta a cada sombra.

—¿Un Estrago como este sería capaz de entenderme? —Charlie señaló la criatura atrapada.

—Podríamos hacer un experimento rápido. A menos que… —Malhar miró a Red.

Este puso los ojos en blanco.

—Las sombras no tenemos ningún lenguaje secreto.

Malhar suspiró y bajó los hombros.

—Ya, perdona.

Charlie sacó un cuchillo de ónice de la mochila y se clavó la punta en el dedo con una mueca.

—¿Vas a alimentarla? —preguntó Red.

¿Le molestaba? Charlie llevaba varios días sin darle de comer a él. Se le antojaba peligroso dejar que se alimentara, aunque los líderes de la Cábala le habían advertido de que el verdadero peligro era no hacerlo.

—Espero que a ese tío al que se la vas a dar, Balthazar, no le importe compartirla —dijo Malhar.

Charlie entendió lo que insinuaba.

—Esto no me uncirá a ella, ¿verdad? —preguntó.

Red sonrió.

—Yo he bebido abundante sangre de muchas personas, vivas y muertas, y la mayoría no me importan en absoluto.

Quizá Malhar estuviera acostumbrado a que Red le dijera cosas aterradoras, porque el comentario no pareció inquietarlo en absoluto.

—De acuerdo, Estraguito —dijo Charlie—. Perdona por haberte metido un día entero en la mochila. Hagamos un trato: yo te doy un poco de sangre si, eh… si tú bufas tres veces.

La sombra no bufó, pero sí que se apretujó con ansia contra la red, como luchando por lamer el dedo que ella le ofrecía.

—Vamos a probar otra cosa —dijo Charlie—. Te doy sangre si te tumbas.

La sombra se limitó a apretarse todavía más contra la red.

Con un suspiro, Malhar recogió un envoltorio de plástico de entre los restos que había en la mesa y se lo tendió a Charlie. Ella lo embadurnó de sangre e introdujo el envoltorio debajo de la red. La sombra lo cubrió de inmediato y empezó a emitir ruidos húmedos.

—Creo que podemos descartar la teoría de que nos entiende —dijo Malhar—. Aunque podría ser que el hambre la distraiga demasiado o que su manifestación no sea total.

Red observaba al Estrago con cierta curiosidad.

—Pero podría controlarla si estuviera uncida a mí —dijo Charlie—. ¿Una persona podría conectarse más de una sombra? Un chico me dijo que había visto al hombre de las nueve sombras, como el del cuento. ¿Es posible?

Malhar suspiró.

—Sería un experimento absolutamente inmoral, pero suponiendo que la energía que consumen las sombras fuera medible, no veo cómo podría un solo umbrista mantener a dos sombras, y mucho menos a más, sin que estas lo drenaran.

—Si es un experimento inmoral, los antifaces ya lo habrán hecho —apuntó Red.

Con la excusa de preguntarle a Bellamy, Charlie podía aprovechar para entrar en su fortaleza, cerca de donde su mapa decía que guardaban el fragmento de Red. Lo complicado iba a ser explicar por qué quería saberlo, puesto que el encargo del Sr. Guiñol era extraoficial.

Eso le hizo preguntarse de nuevo por qué el Sr. Guiñol no quería que ningún otro líder de la Cábala se enterara de que estaba investigando la masacre. Sí, técnicamente no era responsabilidad de Charlie a menos que hubiera Estragos involucrados, pero sospechaba que a las Cábalas no les habría importado tenerla ocupada con más encargos.

En mis círculos hay personas que tienen contactos con la Cábala, personas que han comprado sombras en eventos que se organizan para esa clase de cosas. Eso había dicho Fiona. Sus palabras habían quedado eclipsadas por la posterior revelación de Red, pero ahí había algo.

¿Y si el Sr. Guiñol pretendía que Charlie investigara a otro miembro de la Cábala involucrado en la venta de sombras? ¿Él también planeaba chantajear a alguien?

Mientras sus pensamientos volvían a girar en torno a Bellamy, al fragmento de Red y a los experimentos inmorales, Malhar seguía estudiando al Estrago.

—Un pequeño parásito. —Red bajó la mirada hacia el dedo ensangrentado de Charlie.

—Todos somos parásitos cuando todavía no nos hemos desarrollado por completo —dijo Malhar.

—Este es antiguo —continuó Red—. Eso lo tengo claro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Charlie. Red parpadeó varias veces.

—No… no lo sé.

—¿Seguro que las sombras no tenéis un lenguaje secreto? —preguntó Malhar.

Red le echó una mirada de exasperación. Luego se volvió hacia la sombra.

—Bufa o te haré pedazos y me los comeré. —El contraste entre sus palabras y el tono dulce de su voz le erizó el vello de los brazos a Charlie.

La sombra emitió un leve siseo mientras se aplastaba en el interior de la red.

Malhar enarcó las cejas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Charlie, extremadamente alterada.

—El lenguaje secreto de las sombras —respondió Red con una ligera sonrisa divertida.

Charlie suspiró y señaló el ordenador de Malhar.

—¿Me dejas usarlo un segundo? Mientras vosotros dos hacéis lo que sea que queráis hacer con esa cosa, que está claro que nos entiende.

—Claro. —Malhar se inclinó sobre ella y tecleó su contraseña.

Charlie se sentó e hizo crujir los nudillos. Aunque ella llevaba a cabo sus timos en persona, los preparativos siempre requerían mucha investigación digital. Por lo general, lo hacía en bibliotecas, y solo cuando estaba segura de poder mantenerse fuera del alcance de las cámaras de seguridad. A veces, cuando le preocupaba especialmente que la descubrieran, se colaba en bloques de oficinas e investigaba desde allí.

Pero esta vez no tenía de qué preocuparse. Ahora ella era la investigadora, no la criminal que más tarde sería investigada. El ordenador de sobremesa de Malhar era más que suficiente.

Charlie hizo una captura de uno de los vídeos de Rooster Argent y luego efectuó una búsqueda inversa de imágenes de su cara. Después fue descartando un montón de fotos de personas que se parecían a él si las miraba con los ojos entrecerrados. Frustrada, accedió a una web que ofrecía una búsqueda de imágenes de mayor calidad a cambio de unos quince pavos. Así consiguió resultados más precisos. Rooster en una conferencia de *youtubers*. Muchas fotos de su Instagram. Y una imagen que, a base de clics, le llevó hasta un

perfil abandonado de Myspace de un quinceañero llamado Dave Pugliese.

Te tengo.

Dave Pugliese se había graduado en el Instituto de Secundaria Holyoke en 2013; había una foto suya en el anuario. En 2015 lo habían arrestado por allanamiento de morada y después parecía haber desaparecido. Seis años más tarde, Rooster Argent había aparecido en escena, ya convertido en umbrista.

Pero había sido Dave Pugliese quien había comprado un ático en un viejo edificio cerca del centro de Northampton.

Charlie se puso de pie.

—Deberíamos irnos ya.

Malhar dejó escapar un suspiro; en ese momento intentaba crear un laberinto hasta un pañuelo empapado en sangre.

—Podrías dejármela esta noche. Así podría estudiarla mejor. Comprobar si se comunica mejor con menos distracciones

Red negó con la cabeza.

—¿Crees que no es seguro? —preguntó Malhar.

Red lo miró fijamente.

—Por supuesto que no.

Charlie solo les prestaba atención a medias. *Yo he bebido abundante sangre de muchas personas, vivas y muertas, y la mayoría no me importan en absoluto*. Red lo había dicho antes. La atención del Estrago de la jaula había estado centrada en el dedo de Charlie.

—Tal vez el motivo fuera muy simple. Tal vez el asesino… Tal vez Rooster solo quisiera una sombra mucho más poderosa. Quería esa sangre. ¿No insinuó Balthazar que había una especie de conflicto entre el Sr. Guiñol y él?

—Dijo que eran opuestos —contestó Red, lo cual no le aclaraba si estaba de acuerdo o no.

Mientras salían, Charlie vio a Aron sentado en el sofá del porche, con una enorme pipa de agua delante, apoyada en el suelo. Se peleaba con un librito de cerillas.

—¿Quieres una calada? —le preguntó. Luego parpadeó al ver a Red. Seguramente se estuviera preguntando por qué no había visto entrar a semejante grandullón.

—Qué va —contestó Charlie; bajó del porche y se dirigió al coche. A mitad de camino se cruzó con su hermana, que llegaba por el sendero de entrada.

Posey frenó en seco.

—¿Qué haces tú aquí?

Charlie observó a su hermana, el peso de la bolsa de lona que llevaba al hombro, la hora a la que había llegado y el número de veces que últimamente no dormía en su cama.

—¿Has estado durmiendo en casa de Malhar? ¿Era aquí adonde venías?

—Eh… —empezó a decir Posey. Aron la saludó desde el porche y, al cabo de un momento, ella le devolvió el saludo a regañadientes. Menuda pillada.

—¿Malhar es tu novio?

Posey empezó a sacudir la cabeza, pero pareció pensárselo mejor y no lo negó.

—Tenemos *algo*. Algo que no hemos definido y que tampoco es asunto tuyo.

Las mujeres de la familia Hall eran famosas por sus malas decisiones. Pero Charlie no había detectado ninguna señal de alarma en Malhar, excepto, por supuesto, el hecho de que a Posey le gustara.

—Genial —dijo Charlie con decisión—. Vive con mucha gente. Y nosotras nos mudamos mañana. ¿Qué tal si le pides a tu no-novio que venga y se los traiga para que nos ayuden?

—Se lo diré —dijo Posey, aunque seguía con mala cara—. ¿Y ahora me explicas por qué no has acudido a mí?

—¿Para qué? —preguntó Charlie, desconcertada.

—Para lo que sea que le hayas preguntado a Malhar. La umbrista soy yo —respondió—. Pregúntame a mí. Yo sé cosas.

—Vale —dijo Charlie—. ¿Quién cometió la masacre en el sótano de la iglesia Grace Covenant?

Posey se estremeció, visiblemente incómoda.

—¿Le has preguntado eso a Malhar?

—He venido a buscar pistas —contestó Charlie—. Una de mis teorías era que podía haber Estragos involucrados, tal vez controlados por un umbrista. Pensé que Malhar podía saber algo sobre sus hábitos, ya que son su campo de estudio.

Ahora Posey parecía más molesta, no menos.

—Deberías dejarlo estar.

—¿El qué?

—Lo que pasó en esa iglesia fue muy chungo. Deja que las Cábalas lo averigüen por su cuenta. —Posey no se equivocaba, pero había algo raro en su expresión, algo que a Charlie no le gustó.

—Entonces deduzco que no tienes ninguna teoría —dijo Charlie.

—Sí, que lo hizo un psicópata —respondió Posey—. Te veo en casa. —Dicho eso, echó a andar hacia la casa de Malhar, como si no hubiera sido ella quien había insistido en que Charlie le pidiera ayuda. Mientras se alejaba por el sendero, Charlie se fijó en que su hermana tenía una mancha oscura en los bajos de los vaqueros.

Pensó en la masacre de la iglesia, en el Estrago hambriento de su mochila, en los vídeos de TikTok de Rooster. No le parecía alguien capaz de matar a toda una sala llena de gente para obtener su sangre, pero, claro, rara vez las personas parecían capaces de algo así.

Su siguiente parada fue Northampton. Charlie le indicó a Red que la llevara hasta un supermercado y, después, que aparcara frente al bloque de apartamentos de Rooster. Ahora que conocía su nombre real, no le había costado mucho encontrar su casa.

—No sé si quiero preguntar —dijo Red; parecía que aquello le divertía un poco, que estaba dispuesto a dejarse impresionar. No parecía ni plantearse la posibilidad de que Charlie no supiera lo que estaba haciendo; se sintió tan halagada que se puso roja, pero fingió que era únicamente por el frío.

—Espera y verás —dijo Charlie, disfrutando del momento.

Se quedaron sentados, en un silencio sorprendentemente agradable, hasta que los acontecimientos del día le pasaron factura y bostezó.

—Háblame, no quiero dormirme.

Red se reclinó en su asiento.

—¿Fuiste a la universidad?

—¿Eso es lo que quieres saber?

Se encogió de hombros.

—Te lo he preguntado.

—Es que no me esperaba que un Estrago monstruoso, condenado a una servidumbre miserable, sintiera curiosidad por algo así. —Red sonrió—. Fui al centro de formación profesional —admitió —. Y luego lo dejé para poder prestarle toda mi atención a mi vida delictiva.

—Hay muchos delincuentes con título universitario —comentó Red.

Charlie soltó un gruñido.

—Cómo odio que haya elitismo incluso entre los facinerosos.

—Qué buena palabra. —Red la miraba con expresión cálida—. Facineroso.

Charlie levantó la vista; alguien se dirigía al edificio.

—Ahora tienes que mantener la forma de sombra. —Salió del Porsche y sacó las bolsas de la compra.

Cruzó la calle corriendo y entró en el portal antes que el otro incauto. Buscó el piso de Rooster en los timbres y vio que cada planta se dividía en tres apartamentos (1A, 1B, 1C, y lo mismo para el segundo y el tercero); salvo por la planta superior, en la que solo había un número, el 4.

El hombre al que había visto acercarse llegó al edificio. Abrió la puerta interior con su llave y, tal y como Charlie esperaba, la sujetó para dejarla pasar sin hacer preguntas.

El tipo tomó el ascensor, así que Charlie se dirigió a las escaleras y subió hasta la cuarta planta. Se topó con una puerta cortafuegos metálica. Dejó las bolsas en el suelo y agarró el picaporte. Cerrada. Como solo había una vivienda en la cuarta planta, era posible que esa puerta condujera directamente al apartamento. No era fácil forzar la cerradura de una puerta cortafuegos, pero tenía a Red.

—¿Hay ónice? —le preguntó.

Red salió de entre las sombras y avanzó hacia la puerta, con las piernas todavía difuminadas. Luego se deslizó por debajo.

Al cabo de un momento, la cerradura giró. Red estaba recortado contra el umbral; seguía sin estar del todo sólido.

—No creo que Rooster esperara que alguien enviara a una sombra aquí.

Al mirar a su alrededor, Charlie se preguntó si el motivo era que a Rooster le preocupaba que una hilera de baldosas negras arruinara la estética de su casa. Un sofá nube dominaba el salón, orientado hacia el enorme televisor que ocupaba una pared entera. Tenía conectadas tres consolas de videojuegos diferentes, con los mandos colocados en un reluciente soporte negro. En la pared, en unos estantes escalonados, se exhibía una colección de figuras de arte de Kaws, cada una cuidadosamente iluminada. Una alfombra de Supreme x Ikea con las palabras «NO PISAR» cubría el suelo. La experiencia *hypebeast* al completo.

Charlie pasó a la siguiente habitación, que resaltó ser el estudio de grabación de Rooster: luces, trípodes, una mezcolanza de cámaras y accesorios caros, un croma y un par de taburetes y sillas. Al final del pasillo encontró su dormitorio, dominado por una cama inmensa (parecía mayor que una *king size*), como si estuviera preparado para una orgía improvisada. Encima del cabecero había expuestas varias zapatillas deportivas exclusivas y, a modo de mesilla de noche, una mininevera.

—Charlie —la llamó Red.

Siguió su voz hasta la cocina. Allí encontró una cafetera de espresso enorme y preciosa, colocada en una isla de mármol, al lado de varias tazas BAPE apiladas, con diseño de camuflaje. Se obligó a despegar la mirada de la cafetera y vio a Red con un ordenador portátil repleto de pegatinas de *skateboard*.

Charlie enarcó las cejas. Después de todo, le parecía imposible que el Sr. Guiñol no hubiera estado ya en aquel piso, que no hubiera registrado las pertenencias de Rooster antes de poner a Charlie sobre su pista. Un portátil sería el primer sitio donde buscaría, suponiendo que lo hubiera encontrado.

—Debajo de la tarima. La contraseña era «CONTRASEÑA». —Red lo giró hacia ella—. Mira esto.

Señaló una carpeta del escritorio titulada «MATERIAL DE CHANTAJE».

—¿En serio? ¿La ha dejado ahí?

Pensándolo bien, ¿había algo en aquel apartamento que hiciera pensar que Rooster no haría algo así? Se trataba de un tío que había elegido «CONTRASEÑA» como contraseña. Por otro lado, también se las había arreglado para esconder su portátil de todo el mundo, excepto de una sombra viviente.

—Creo que pretende ser irónicamente no irónico —dijo Red—. Pero hay grabaciones dentro. Y también recientes.

—Hostia puta —dijo Charlie mientras abría la penúltima, titulada «GUIÑOL».

Empezaba en plena conversación.

Una voz que Charlie no reconocía dijo: *Nos hemos quedado sin cosechador. Necesito que te ocupes tú*.

Yo no me comprometí a eso. Charlie oyó la respiración nerviosa de Rooster.

Tú eres el arquitecto de este problema. Soluciónalo. Ese tenía que ser el Sr. Guiñol. El auténtico Sr. Guiñol. Prestó atención al sonido de su voz. Le recordaba a alguien.

Esto no funciona así. Fui yo quien te metió en este negocio. Si Rooster pertenecía a los titiriteros, habría estado trabajando para Malik hasta hacía muy poco tiempo. Quizá tuvieran una rutina.

Deja de lloriquear y consigue las putas sombras, insistió el Sr. Guiñol.

¿Y si acude a Vicereine?, preguntó Rooster.

El Sr. Guiñol se echó a reír. *¿Él? No puede. Y tú tampoco*. Luego, silencio.

Charlie consultó la marca horaria. La conversación había tenido lugar tres días antes de la masacre de Grace Covenant.

En la carpeta «CHANTAJE» solo había un archivo con fecha posterior. Lo reprodujo.

¿Dónde estás?, preguntaba Rooster. *Serás cabrón. Te van a matar por esto*.

Entonces se oía una carcajada extraña y hueca. Charlie sintió un escalofrío.

La grabación terminó ahí y la dejó preguntándose cómo encajaban las piezas nuevas.

Abrió la nevera; quería información sobre la última vez que Rooster había pasado por allí. No había gran cosa: un cartón de leche que resultó estar agriada cuando se lo acercó a la nariz. Una lechuga mustia. Un bloque de queso gruyer. Un sobre de jamón que olía mal. Una botella de Moët sin descorchar que probablemente estuviera bien.

—Creo que está muerto —anunció Charlie mientras se giraba hacia Red.

Estaba recostado en la silla de la cocina, demasiado pequeña para él; tenía las largas piernas cruzadas por los tobillos.

—¿Y dónde está el cuerpo?

Charlie reprodujo de nuevo la última grabación. Esa carcajada le hacía pensar en la risa de Mark la última vez que habían hablado, antes de que conspirara con su hermano para asesinarla.

Charlie miró a los ojos a Red.

—Este tipo tiene pinta de saberlo.

Balthazar abrió su puerta, fulminó con la mirada a Charlie y luego dirigió esa misma mirada fulminante hacia Red.

Ella entró sin hacerle caso. Balthazar iba descamisado y despeinado, como si acabara de levantarse de la cama.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Charlie.

Él cruzó los brazos sobre el pecho desnudo.

—¿Tienes algún motivo para estar en mi casa, Charlie Hall? ¿Y es un motivo que me va a cabrear o solamente a disgustar?

Charlie depositó su mochila sobre la mesa.

—El Estrago que querías. —La criatura del interior se movió al oír su voz, meneándose.

Balthazar la miró, perplejo.

—Pero si… hablamos de eso hace apenas unos días.

—Trabajo deprisa. Ya lo sabes. —Procuró no parecer excesivamente arrogante.

—Vale… —Balthazar se alisó el pelo con un gesto que indicaba que estaba flipando bastante—. Vale. ¿Lo puedo ver?

Por segunda vez en esa noche, Charlie abrió su mochila y dejó al descubierto al Estrago. Luego lo dejó caer, dentro de la red de ónice sujeta con bridas, en el sofá de Balthazar.

Este estudió a la criatura que forcejeaba para liberarse.

—Tiene bastante energía —comentó.

—Dentro de lo que cabe, es bastante amigable —le dijo Charlie —. Tiene más curiosidad que ansias asesinas.

—Como mínimo, a partes iguales —apuntó Red.

—Bueno —continuó Charlie—. ¿Quieres que te la cosa?

Se oyó una voz masculina en el pasillo:

—Balthazar, creía que ibas a…

Una voz familiar.

—¿Ese es Bellamy? —preguntó Charlie, convirtiendo su voz en un susurro. Recordó que Red había dicho que los dos se veían detrás

del Rapture. Al parecer, también se veían en otros sitios.

—Es mejor que os vayáis —dijo Balthazar, bajando también la voz —. Ya me ocupo yo del resto.

—¿Y si lo descubre? —quiso saber Charlie, en parte porque era una pregunta importante y en parte porque quería saber si Bellamy había estado vendiendo Estragos y si Balthazar lo sabía.

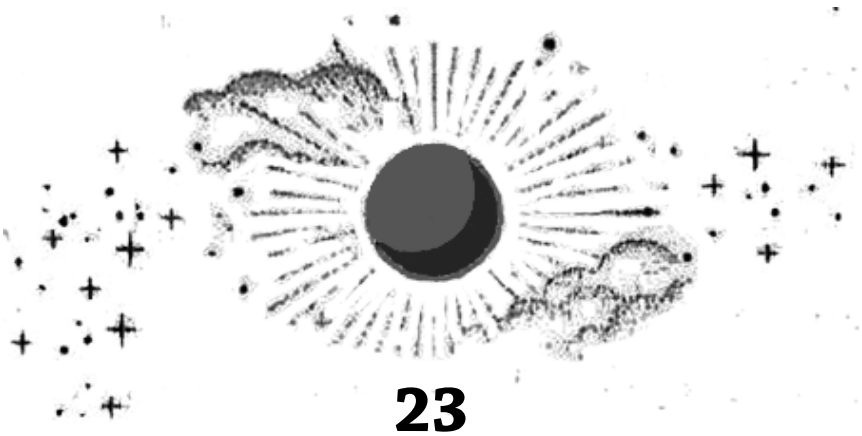
—Entonces le mentiré cuando me pregunte de dónde ha salido —le prometió Balthazar mientras los empujaba hacia la puerta.

—Una cosa más —dijo Charlie—. ¿Recuerdas que me dijiste que Rooster Argent iba a dar una conferencia en un retiro de bienestar, al norte? ¿Sabes cómo se llama el sitio donde se va a celebrar?

—Solaluna. Y ahora, adiós. —Le cerró la puerta en las narices.

Charlie se dio la vuelta; su mirada se cruzó con la de Red.

Solaluna, como en el librito de cerillas que habían hallado en Hatfield, al lado de las colillas de cigarrillo. Solaluna, donde Rooster tenía que avivar las sombras de los ricos y poderosos. Solaluna, que quizá fuera la clave de todo.



23

DÍA DE MUDANZA

Charlie pasó la noche recogiendo sus cosas a toda velocidad para la mudanza del día siguiente. Guardó la ropa en bolsas de basura y fue echando encima los artículos de aseo. Para cuando Red entró en su habitación, ya tenía una fila de bolsas arrimadas a la pared, como si se dispusiera a tirar su vida entera al vertedero.

Charlie levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos estaban ardientes y hambrientos, pero no avanzó hacia ella. No hizo nada más que mirar.

—Deberías, mmm… —dijo Charlie—. Debería darte un poco de sangre.

Red dio un paso hacia ella.

—¿Deberías? —preguntó con voz profunda.

Charlie le dio la espalda y se sentó en el colchón.

—Pásame algo afilado —dijo—. O muérdeme. Lo que te mole más.

—Ya lo has guardado casi todo —comentó él mientras rebuscaba en sus cajones.

Charlie sonrió.

—Supongo que eso solo te deja una opción. Vas a tener que jugar a los vampiros.

Red se sentó en el borde del colchón; tenía una extraña luz en los ojos. Parecía hambriento.

—Dame la mano.

Charlie pensó en los mordiscos de aquellos cadáveres y se estremeció; de pronto ya no estaba tan segura de lo que le había animado a hacer. Aun así, alargó la mano y notó la presión del pulgar de Red en la palma.

Se llevó el dedo índice de Charlie a la boca. Entre los labios. Deslizó la lengua por encima y entonces ella sintió un pinchazo, como si Red tuviera una espina en la punta de la lengua. El aguijón de un escorpión. Se introdujo todavía más el dedo en la boca.

Charlie se estremeció de nuevo, esta vez por motivos totalmente distintos. Notó el rubor de sus mejillas y un súbito calor entre las piernas. Se mordió el carrillo para que no se le escapara ningún sonido.

Entonces Red le besó la punta del dedo y soltó su mano.

—Tenías razón —dijo.

—¿Eh? —Los pensamientos de Charlie eran un batiburrillo de decepción y bochorno.

—Te deseo. Siempre te he deseado. —Se levantó—. Y no puedo tenerte.

Dejó a Charlie tumbada en la oscuridad, preguntándose por qué no.

Es en una mudanza cuando descubres quiénes son tus amigos de verdad. Charlie le había pedido ayuda a Barb, pero supuestamente ella y Aimee se habían ido al norte, a visitar a los padres de Aimee por Navidad, y no podían venir. José, en cambio, se presentó con Paul, su nuevo novio, y con Katelynn. Paul y Katelynn se parecían lo

suficiente para que Charlie sospechara que él podía ser aquel primo que Katelynn se había ofrecido a presentarle a José.

Ese chico de pelo azul es posible que se comiera una polilla de niño. Vince ya los conocía, así que tenía que poner al día a Red. ¿Eso justificaba ponerse a cotillear? Quizá.

¿Solo una?, le preguntó Red.

¿Qué más da cuántas fueran? Charlie se imaginó el tacto del polvo de las alas en la lengua y puso cara de asco.

Red sonrió. *Si se hubiera comido más de una, ya sería por vicio*.

Charlie tuvo que reprimir una carcajada. Fiel a su palabra, Posey había reclutado a Malhar y a tres de los compañeros de piso que no se habían marchado por Navidad: Ibrahim, Deon y Aron.

—Nos han prometido néctar y ambrosía en forma de cerveza y pizza —dijo Deon mientras entraba.

—Y juro que así habrá de suceder —respondió Charlie con tono grandilocuente—. Pero no hasta que lleguemos a la casa nueva.

Red se había pasado casi toda la mañana trabajando en la furgoneta, que ahora tenía una batería nueva y varias cosas más. Y lo más importante: volvía a funcionar y dentro cabían muchas más cajas que en el Porsche.

La llenaron con todo lo que pudieron y condujeron hasta Northampton para recoger las llaves y descargar la primera tanda. Charlie sintió una curiosa nostalgia al marcharse de su casa de Easthampton, pero tal vez empezar de cero fuera justo lo que necesitaban. Ojalá la casa no fuera demasiado pequeña, porque esa sería la única forma de que se pudieran permitir un apartamento en el centro.

Por el camino, sonó el móvil de Posey. Ella iba en el asiento delantero, encajada al lado de Charlie. Red conducía la furgoneta; le había dejado el Porsche a Ibrahim, después de que este le prometiera que sabía conducir un coche manual.

—Hola, mamá —dijo Posey. Miró a Charlie y se apretó el móvil contra el cuello—. Quiere saber si irás a verlos por Navidad.

Las vacaciones se acercaban muy deprisa.

—Claro —contestó Charlie. ¿Adónde iba a ir si no?

—¿Vince vendrá contigo? —Posey parpadeó, afectando inocencia.

—Supongo que tendré que preguntárselo. —Miró a Red, sentado en el asiento del conductor.

—Si tú vas, yo también —contestó él. Como respuesta no era gran cosa.

—¿Seguro? —preguntó Charlie—. No será muy…

—Dile que iré —le confirmó Red a Posey—. Y dale las gracias por la invitación.

Zanjado el asunto, Posey se puso a hablar con su madre sobre una lectura de tarot que le había hecho. Se rieron y comentaron los regalos que pensaban comprar. Charlie volvió a ser dolorosamente consciente de la relación tan natural que tenían.

Quizá su madre y ella pudieran llevarse igual, siempre que a Charlie no le importara construir una relación sobre arenas movedizas. Pero sabía que su madre nunca le perdonaría todas sus mentiras, así que seguía mintiendo.

El bloque de apartamentos era un antiguo y precioso edificio de piedra, casi al final de la calle más concurrida de Northampton. Estaba a dos puertas de la casa de Rooster. Todos los restaurantes, galerías y tiendas se encontraban a un paseo de distancia. En cuanto lo vio, Charlie supo que tenía que haber un error. Era imposible que pudieran permitírselo.

Era un apartamento para la clase de persona que todos los miércoles paseaba por la ciudad con una cesta para comprar mermeladas en el mercado de agricultores y que salía a cenar con amigos dos veces por semana como mínimo. La clase de persona que tenía collares gruesos y un trabajo interesante.

No es que Charlie no tuviera un trabajo interesante, pero lo era en el mal sentido.

—Acompáñame a recoger las llaves —le pidió Posey—. Es en la oficina.

—Yo iré descargando la furgoneta —le dijo Red a Charlie.

Mientras seguía a su hermana, empezó a notar la tensión de su vínculo con Red. No estaba lejos, pero de todas formas sentía que la energía se extendía ligeramente.

Posey llamó a una puerta de la planta baja que tenía una placa de latón un poco deslustrada con la palabra «oficina». Al cabo de un momento, una mujer con abundantes rizos plateados abrió la puerta. Llevaba vaqueros oscuros y una chaqueta azul marino con relucientes botones dorados.

—Soy Posey Hall —dijo su hermana—. Vengo a recoger las llaves del 9A.

—Bienvenidas, bienvenidas. —La mujer se acercó a su escritorio, donde había un sobre de papel manila con el número del apartamento escrito—. Los miércoles por la noche quedamos para tomar un vino en el jardín trasero. Espero que podáis venir y conocer a vuestros vecinos. ¿Ya tenemos vuestro contrato de mascota?

—Creo que sí —dijo Posey.

—Y no tenéis perro, ¿verdad?

—Solo una gata demoníaca —dijo Charlie.

La mujer le mostró una sonrisa indiferente; el movimiento de sus labios no era más que un reflejo cortés. Le tendió el sobre a Charlie, que notó el peso de las llaves que contenía.

Se dirigieron al ascensor y Charlie pulsó el botón de latón de la segunda planta con el estómago encogido. En ese momento entró en el edificio una pareja con un carrito de bebé y bufandas al cuello.

—Estos edificios viejos… —les dijo el hombre con tono de disculpa al verlas esperando—. Todo es un poco más lento.

Subieron juntos, aunque la familia iba a la tercera planta. El bebé mordisqueaba un collar que parecía hecho de cuentas blandas de color beis. La mujer se inclinó sobre el carrito para abrigar mejor al bebé con la manta.

Cuando Charlie y Posey llegaron a la puerta del 9 A, la llave giró con facilidad en la cerradura engrasada. Dentro del apartamento, unos ventanales derramaban generosamente la luz del sol sobre el

suelo de madera original. El techo alto realzaba su majestuosidad. Al contemplar las intrincadas molduras de yeso, una especie de anhelo embargó a Charlie. No solo el anhelo de vivir en un lugar como aquel, sino el de ser la clase de persona que podía hacerlo. Alguien que se relajaba con un café hecho en cafetera de émbolo, en una soleada cocina con encimera de piedra. Alguien que tenía una rutina de varios pasos para cuidarse el cutis, en lugar de para taparse un ojo morado.

El anhelo de ser como la bonita pareja del carrito de bebé, que se quejaba de la lentitud del ascensor.

—¿Cómo podemos permitirnos este sitio? —le preguntó a Posey.

—¿No te gusta? —replicó Posey.

—Sabes que no lo digo por eso —dijo Charlie—. No me salen las cuentas. El alquiler debería costar el doble de lo que vamos a pagar.

—Hemos tenido suerte —contestó Posey—. ¿Es que no podemos ser felices?

Charlie no podía, pero eso no era problema de su hermana. Con un gruñido, se dirigió de nuevo al ascensor. Hora de trasladar un montón de cajas a aquel piso tan increíblemente bonito.

Una mujer salió del apartamento que había al otro lado del pasillo.

—¿Charlie? —dijo una voz familiar. Suzie Lambton.

Mierda. Es verdad que me colé en tu apartamento, pensó Charlie. Y que dormí en tu cama como si fuera la zorrilla de Ricitos de Oro. Y que te robé ropa. Soy una gilipollas integral Por favor, no adivines que fui yo. Pero lo que dijo fue:

—Hola.

—Aquel tío que llevaste a la fiesta de Barb y Aimee… Al principio no lo reconocí, pero era Remy, ¿no? ¿Remy Carver?

—Sí —admitió Charlie con suspicacia.

—Pero no lo llamabas así —continuó Suzie.

—Utiliza su segundo nombre —le explicó Charlie—. Vince. —Eso, al menos, tenía la ventaja de ser verdad. Y Charlie se alegraba de

hablar de cualquier tema no relacionado con el allanamiento de morada.

—Pues… incluso hablamos esa noche. No sé cómo no me di cuenta. —Suzie miró el suelo con el ceño fruncido.

—¿Ya lo conocías? —preguntó Charlie.

Suzie meneó una mano con arrogancia.

—Salía con una amiga de mi instituto. Él iba al Deerfield y yo al Williston, así que había muchas parejas mixtas. Quedamos un par de veces. No me creo que no… ¡Ah, precisamente hablábamos de ti!

Red acababa de subir las escaleras; llevaba una caja que decía «Libros para reírte de lo malos que son». Parecía sorprendido.

Por supuesto que Salt había enviado a Remy al Deerfield. Era lo bastante elitista para un multimillonario que aspiraba a ser milmillonario, pero lo bastante cercano para poder llevarse a Red a una excursión homicida sin que nadie hiciera preguntas. Charlie había investigado la universidad en la que había estudiado Remy, pero no se le había ocurrido buscar su instituto.

Mucha gente de la ciudad conocería a Remy. No era gente a la que Charlie viera con regularidad, pero el Valle era pequeño.

Se llama Suzie Lambton. Estuviste ligando con ella delante de mis narices durante una fiesta y es posible que la conocieras un poco en tu adolescencia.

—Suzie, ¿verdad? —dijo Red con desparpajo, recobrándose enseguida—. ¿Vives en este bloque?

La sonrisa que le dedicó Suzie fue *muy* simpática. Charlie ni siquiera podía reprochárselo. Sus sonrisas ya eran simpáticas antes de enterarse de que él iba a heredar cientos de millones de dólares.

—Solo estoy de visita. ¿Sabes que saliste con una amiga mía cuando estudiabas en el Deerfield?

La expresión de Red se volvió rígida.

—Sona —contestó finalmente.

Suzie puso los brazos en jarras y le dirigió una mirada de fingido reproche.

—Y no fuiste nada bueno con ella.

—En esa época no se me daba bien ser persona —respondió Red, con un doble sentido que solo era evidente para Charlie.

Por suerte, llegó el ascensor. Red metió el pie para que las puertas no se cerraran.

—Dile a Charlie que te dé mi número —le dijo Suzie—. Me encantaría que nos pusiéramos al día.



La mudanza les llevó toda la tarde. Sudorosos y polvorientos, se desplomaron en el primer mueble que encontraron. Aron, meciéndose en un puf que Posey tenía en su antigua habitación, debatía con Katelynn si aquellas molduras eran de estilo Segundo Imperio, neoclásico o ninguno de los dos.

José le contaba a Malhar cómo había conocido a Paul; los tres estaban sentados en el sofá, Paul con los ojos cerrados.

Encargaron pizzas. Compraron cervezas. Llenaron un jarrón de vodka y limonada, porque no encontraron jarra. Sacaron platos de una caja con la etiqueta «PLAAAAAATOS». Sacaron a Lucipurrr de su transportín. La gata empezó a merodear por la casa, con la cola enhiesta cual asta de bandera.

No entiendo qué hacemos en un edificio como este, le dijo mentalmente a Red.

Se le ocurrían varias ideas, ninguna de las cuales le gustaba. ¿Aquello era una jugada de alguien de la familia de Red? ¿Ofrecerle la casa a Posey y después utilizarla contra Charlie para controlarlo a él? ¿Acabarían en la calle después de alguna complicada artimaña, obligándola a arrastrarse ante Fiona o Adeline y pedirles ayuda?

No lo haría. Prefería dormir en el suelo de la habitación de hotel de su madre antes que aceptar limosnas de Adeline. Joder, prefería colarse en la fábrica abandonada y dormir en el mismo rincón que aquel vagabundo muerto.

A lo mejor deberías preguntárselo a tu hermana. Su tono era delicado, como si estuviera dando una mala noticia.

¿Qué puede haber hecho Posey?

Red no respondió, así que Charlie llenó el silencio con sus temores.

Se acercó a la silla que ocupaba Posey.

¿Cuántas veces Charlie le había ocultado cosas a Posey y le había asegurado que daba igual la procedencia del dinero? ¿Cuántas veces había esquivado sus preguntas? Si era verdad que Posey había hecho algún tipo de trato turbio, tan solo le estaba demostrando su amor a Charlie tal y como Charlie le había enseñado a hacerlo. Eso no hacía que se sintiera mejor; si acaso, se sentía todavía peor.

—Esta casa es increíble —se obligó a decir—. Me encanta.

La sonrisa de Posey fue radiante.

—¿A que sí?

—Y tú también eres increíble —añadió Charlie.

Apareció una leve arruga entre las cejas de su hermana.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo estoy contenta. —A Charlie no se le daba bien confiar en la gente, pero aun así Posey merecía su confianza.

Se obligó a alejarse sin preguntarle nada más.

Estaba frente a la ventana, contemplando las luces resplandecientes de Northampton, cuando alguien le tocó el codo; se dio la vuelta.

Red sostenía dos vasos de plástico con limonada enriquecida. Le ofreció uno.

Charlie lo aceptó y bebió, agradecida. Sabía amarga y dulce a la vez.

—¿Tienes un momento para que hablemos? —le preguntó Red—. Fuera.

—Claro —contestó ella—. ¿Ocurre algo?

Él negó con la cabeza. Pero el apartamento estaba lleno de gente. Deon había reclutado a José para que le ayudara a instalar el televisor en la pared; estaban tomando un montón de medidas y

murmurando. Malhar toqueteaba el altavoz Bluetooth portátil e intentaba ponerse de acuerdo con Posey para elegir una canción.

Nadie se fijó en que Charlie y Red se marchaban del piso, bajaban las escaleras y salían a la noche fría. Las luces de Northampton brillaban con fuerza, pero el rumor de la gente quedaba muy lejos del aparcamiento cubierto de hojas secas.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie.

—En una ocasión me dijiste que me liberarías si eso era lo que yo quería —dijo él en voz baja—. ¿Puedes hacerlo ahora?

En los últimos días, Charlie se había sentido muy cerca de Red. Él no la había hecho sentir mal por emborracharse y ser un puto desastre. Le había contado sus secretos. Lo habían invitado a pasar la Navidad con ellos. Charlie casi se lo imaginaba apareciendo con una botella de vino. Un vino caro en aquella habitación de hotel barata.

Charlie sacudió la cabeza.

—¿Por qué me pides eso? —Pero lo supo en cuanto formuló la pregunta. Había estado llevando la cuenta de los días. Red quería irse con Rose.

—Porque es lo que necesito. —Su mirada era firme—. Por favor, Charlie.

Tenía que dejar de pensar en la Navidad. Tenía que dejar de pensar en un futuro.

—¿Y esperas que confíe en ti sin más?

—¿Qué crees que voy a hacer? —preguntó él, como si Charlie estuviera diciendo algo confuso. Como si creyera que era una idiota. Como si no supiera que, una vez desuncido, tenía plena libertad para hacerle daño.

—No —contestó, tan furiosa que empezó a marearse—. No te voy a liberar.

Él torció el gesto. Ni siquiera parecía sorprendido.

—Esto es lo que valen tus promesas.

—Te vi salir por la ventana con esa chica de sombra —dijo Charlie en voz baja, tan delicada como si le hablara a un amante—. Os

seguí. Oí que te prometió matarme a cambio de asesinar al umbrista al que está atado ella.

Red parpadeó, como si intentara romper el hechizo de su voz.

—¿De verdad me seguiste?

—Sí —contestó Charlie.

Él negó con la cabeza.

—Me habría dado cuenta.

Charlie esbozó una sonrisa maliciosa.

—No te diste cuenta. Porque soy la mejor.

—¿Y crees que quiero que mueras? —Sus ojos eran dos ascuas ardientes y luminosas. Su boca suave se curvó—. ¿De verdad me tienes miedo, Charlie Hall?

—Me he pasado días esperando a que me contaras lo que había ocurrido. Te he oído mentirme una y otra vez. —Charlie lo señaló con el dedo—. Así que no, no te voy a desuncir. A menos que me cuentes la verdad.

—La verdad no te gustaría. —Los ojos de Red eran brasas en la oscuridad.

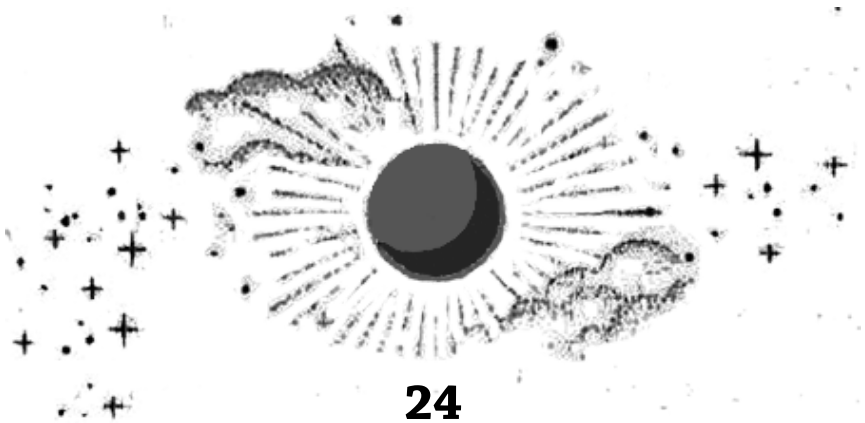
Le sobrevino de nuevo el mareo y esta vez se tambaleó. Recordó el sabor desagradable de la limonada.

—Cabrón —dijo con voz pastosa—. ¿Me has drogado? ¿Con qué?

—El Lorazepam que te llevaste de casa de Salt —contestó él—. No hace falta que me liberes. Puedo obligarte a empuñar el cuchillo.

—Te voy a matar —dijo Charlie, arrastrando las palabras. Era como si la lengua no le cupiera en la boca.

—Puede que termines siendo la causa de mi muerte —dijo Red mientras abría la puerta trasera de la furgoneta—. Pero no será esta noche.



24

BORRADOR] Transcripción por IA de una grabación de Madurai Malhar Iyer

Malhar: ¿Qué opinas de tu necesidad de consumir sangre?

Red: ¿A qué te refieres?

Malhar: Aparte de Remy, sobre todo la bebías de las víctimas de Salt, ¿verdad?

Red: Podría decirse que eran mis víctimas.

Malhar: ¿Cuántas hubo?

Red: Depende de lo que quieras decir. A algunas personas me ordenó matarlas por motivos profesionales. Pero había otras que tenían sombras avivadas o sombras que Salt creía poder avivar. Con las que podía hacer experimentos. A las que nadie echaría de menos.

Malhar: ¿Descubrió algo?

Red: ¿Tú también tienes ganas de hacer experimentos?

Malhar: ¡No, claro que no!

Red: Aveces la tortura es un fin en sí misma.

Malhar: Ya veo por qué eres tan escéptico con los investigadores.

Red: ¿Porque yo soy un experimento?

Malhar: Cuéntame una historia, Red. Ayúdame a ver tu vida como la ves tú.

Red: ¿Qué quieres decir?

Malhar: Algo sobre esa época. Ayúdame a entender cómo era.

Red: Hubo una mujer, casi al final. Se llamaba Rose. Remy y ella estaban juntos. Creo que era una buena influencia para él. A veces yo tenía la sensación de que, cada vez que Remy me hacía mejor, él se volvía peor. Rose hacía que Remy quisiera conservar sus emociones. Pero ella tenía una sombra poderosa y Remy quería escapar. Así que cuando Salt quiso a Rose, consiguió a Rose.

Malhar: ¿Remy pudo haberla protegido?

Red: No lo sé. No lo intentó. Y a mí tampoco me importó. Yo solo quería que esta vez Remy se tomara en serio lo de marcharse.

Malhar: ¿Por qué iba a ser distinto?

Red: Su madre acababa de morir. Y Remy creía que Salt había tenido algo que ver.

Malhar: ¿Y era verdad?

Red: Es posible, pero también es posible que la respuesta sea, sencillamente, que a veces los drogadictos tienen sobredosis. Un accidente, como quien se cae por las escaleras y se parte el cuello.

En cualquier caso, Remy se sentía culpable por no haber estado con ella, por no haberse esforzado más por escapar de Salt. Pero una vez que ella murió, Remy decidió que Salt ya no podía ejercer ninguna influencia sobre él.

Malhar: ¿Y tú te alegraste?

Red: Normalmente, cuando Remy se sentía triste o culpable, me entregaba esa emoción a mí. Esta vez fue diferente. Se la quedó y trazó un plan. Y continuó siendo cariñoso con Rose, aunque tenía que saber que iba a ser su perdición.

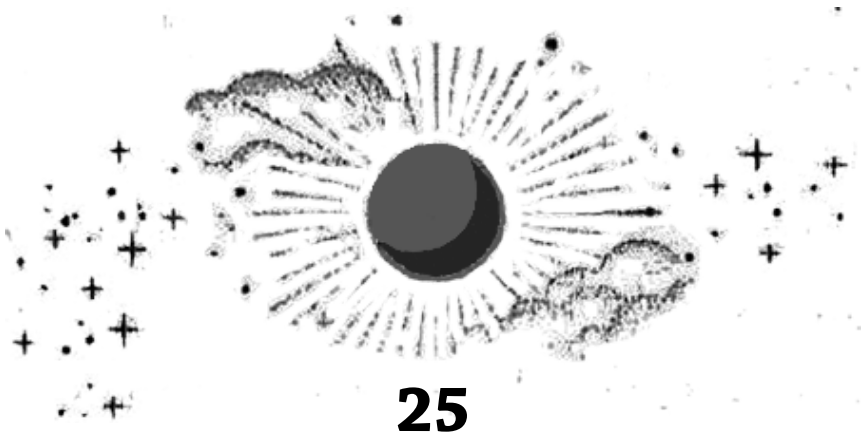
Malhar: ¿Fue él quien la secuestró?

Red: Para entonces Rose ya estaba tan acostumbrada a acompañarlo en un coche negro anónimo y con chófer, a mentir a sus conocidos, que prácticamente se secuestró ella sola.

Por favor, no creas que pienso que ella tuvo la menor responsabilidad. Nadie se espera semejante maldad. Ni siquiera aquellos que han conocido la crueldad están habituados a que alguien no tenga límites para lo que está, ya no dispuesto, sino ansioso por hacer. Salt siempre era peor de lo que cualquiera se podía imaginar.

Malhar: ¿Incluido tú?

Red: Sobre todo yo. Remy quiso pagar su libertad con la vida de Rose. Nunca pensé que terminaría pagando con su propia sangre.



25

PARTES PERDIDAS

Charlie Hall despertó en el suelo de la parte trasera de una furgoneta, con la cabeza recostada en un cojín de sofá que le resultaba familiar. La habían abrigado con dos sacos de dormir. En cuanto se incorporó y se sentó, la adrenalina inundó su cuerpo; su aliento se condensaba en el aire frío. ¿Dónde estaba? Le costaba orientarse por culpa del mareo.

Ah, claro. En la furgoneta de Vince.

Entonces lo recordó. La mudanza a aquel apartamento demasiado bonito. Los vasos de limonada que había traído Red. Le había pedido a Charlie que cortara el vínculo que los ataba. Parpadeó mientras miraba las paredes del vehículo. Todo parecía demasiado nítido y, al mismo tiempo, difuminado en los bordes. Notaba la lengua algo dormida.

Red la había drogado.

Joder. ¡Joder! Había ido a liberar a la sombra de Rose. A asesinar en su nombre.

Te deseo, le había dicho la noche anterior. *Siempre te he deseado. Y no puedo tenerte*. ¿En ese momento ya tenía planeado lo que iba a hacerle hoy? ¿Por eso se había reprimido?

Bueno, pues había calculado fatal la dosis necesaria para drogar a Charlie Hall, que hacía años que bebía y poseía la tolerancia de una cría de elefante. Y había calculado fatal lo rencorosa que podía llegar a ser Charlie cuando la traicionaban. Red se iba a arrepentir muchísimo de haber intentado joderla.

Se echó uno de los sacos de dormir sobre los hombros a modo de abrigo, abrió la puerta trasera de la furgoneta y bajó. No reconocía la calle.

Al moverse, algo metálico resbaló de su cuerpo y cayó a la helada carretera de asfalto con un tintineo metálico. Charlie se agachó y recogió un llavero familiar. ¿Red se había dejado las llaves de la furgoneta?

Un miedo creciente abrió una brecha en su furia. Obviamente le había dejado las llaves a Charlie por si él no volvía. Y eso quería decir que lo consideraba una posibilidad. Charlie todavía tenía ganas de gritarle, de rugirle en la cara, de hacer que se las pagara. Pero para poder hacer todo eso, primero tenía que encontrarlo y asegurarse de que estuviera bien.

En ese momento reconoció el vacío vertiginoso que se agitaba en su interior, la ausencia de una calidez de cuya existencia no había sido consciente hasta ahora. El vínculo había desaparecido.

Y al no estar uncida a él, ya no había ningún hilo de sombras que seguir. Red debía de haberse marchado a pie; Charlie sospechaba que no podía estar muy lejos, pero eso no le servía para saber en qué dirección. Y aunque lo había seguido al aseo de la gasolinera y había visto la dirección, se había limitado a sacarle una foto, dando por hecho que tendría acceso a su móvil. La recordaba vagamente: el nombre de la calle empezaba por M y tenía que ver con la naturaleza. ¿Mulberry? ¿Maple?

Charlie hurgó en sus bolsillos y descubrió con alivio que el móvil estaba en su sitio. Otro indicio de que Red pretendía que Charlie se

marchara sin dificultades cuando se despertara. Buscó la foto de la dirección y la copió en una aplicación de mapas.

Según el móvil, estaba a menos de diez minutos a pie.

Cambió el saco de dormir que usaba como abrigo por tres cuchillos de ónice de su kit de emergencia caza-Estragos.

Después de girar tres veces por otras tantas calles, llegó a una casa de aspecto anodino. Era pequeña, con un jardín ralo y sin luces tras los postigos cerrados. Al mirar a lo largo de la calle, vio cubos de basura colocados delante de todas las casas, menos de aquella.

Charlie dio un rodeo hasta la parte trasera, escuchando con atención.

A varias puertas de allí se oía música, aunque a esa distancia era demasiado tenue para distinguir nada más que el retumbo del bajo. En la carretera en la que Charlie había dejado la furgoneta sonaba de vez en cuando el patinazo de unos neumáticos en la aguanieve.

La casa estaba en silencio.

La puerta trasera estaba abierta de par en par, aunque la mosquitera se había cerrado, como si alguien se hubiera marchado con mucha prisa. Al otro lado solo había oscuridad. Charlie abrió la mosquitera e hizo una mueca al oír el chirrido de las bisagras oxidadas.

Lo primero que notó fue el olor. Carne podrida; llevaba días descomponiéndose. Notaba el aire más denso en la garganta.

No podía adentrarse más en la casa sin algún tipo de luz. Después de un momento de duda, encendió la linterna del móvil. Y entonces se quedó sin aliento.

El suelo de la cocina estaba embadurnado de sangre húmeda; parecía que habían intentado fregarla y se habían dado por vencidos. Charlie dio un paso a un lado y apoyó las palmas de las manos en la encimera sucia y llena de comida, con las mangas tapándole los dedos para no dejar huellas dactilares. Se impulsó y se deslizó hasta el salón.

Dos cuerpos yacían en el sofá. Una pareja muerta, de mediana edad, con la piel amoratada por la descomposición. Tenían los

brazos y el pecho repletos de tajos poco profundos. Los almohadones que tenían debajo estaban ennegrecidos por la sangre y cubiertos de moscas.

Las náuseas le revolvieron el estómago.

Se obligó a examinar la estancia. Las paredes estaban decoradas con manchas oscuras que la hicieron retroceder instintivamente unos meses, cuando, al entrar en su casa, se había topado con un muerto y las paredes manchadas de sangre. El mareo la golpeó con fuerza; el recuerdo de aquel terror se sumaba al que sentía ahora. A pesar de todo, se obligó a aproximarse a los cadáveres. Una serie de lo que parecían ser mordiscos humanos recorría los antebrazos de la mujer. Ambas víctimas tenían surcos en las muñecas, como si las hubieran maniatado.

Charlie pasó a la siguiente habitación; la madera astillada de una mesa de comedor alfombraba el suelo. Un fino polvo negro lo cubría todo, lo que señalaba que más de un Estrago había muerto allí. Las esquirlas de madera se habían estrellado contra las paredes con tanta fuerza que se habían quedado clavadas.

Al mover la linterna, Charlie descubrió una sombra en el suelo, iluminada desde un ángulo imposible. Con uno de sus cuchillos de ónice extendido ante ella, se acuclilló y apartó los restos de madera para ver mejor a la sombra.

Red, prácticamente insustancial, parecía poco más que humo.

—Char —susurró; su voz sonaba como arrastrada por el viento—. Te están buscando. Vete, tienes que irte.

La mirada de Charlie fue hacia las escaleras, hacia el pasillo, pero no vio nada ni a nadie.

—No sin ti, idiota monstruoso —contestó.

—Él… —empezó a decir Red—. Ellos… —Pero parecía incapaz de decir nada más.

Charlie se inclinó y presionó la hoja del cuchillo de ónice contra el canto de su propia mano. Era más doloroso que hacerlo con una cuchilla de afeitar y al final tuvo que pincharse la piel. Apretó los dientes. La sangre brotó y empezó a gotear.

Pero no tuvo que preocuparse por que encontraran su ADN en el escenario de un crimen. Ni una sola gota tocó el suelo; se le escurría desde la muñeca hasta el codo y desaparecía en la sombra de Red.

Dejándolo apenas un poco más sólido que antes.

Charlie se acercó más a Red.

—Para —dijo este con un hilo de voz—. Te dejaré seca.

Charlie lo ignoró y volvió a clavarse el cuchillo en la mano. Al menos podía darle algo.

La oscuridad se alzó y se estrechó en torno a su mano. Charlie notó la humedad de su lengua en la herida. La presión de su boca abierta al beber. Y a medida que él extraía su sangre, Charlie sentía que sacaba algo más de su interior, partes de sí misma que no sabía si podría recuperar.

A menudo los ahogados terminaban matando a sus rescatadores al empujarlos bajo la superficie del agua, mientras trepaban por sus cuerpos para volver a respirar. Incluso desuncida de Red, Charlie percibía la inmensidad de su hambre.

Recordó a Vince susurrándole al oído al umbrista que había ido al Rapture en busca de Charlie. *Esta noche has dejado que tu sombra se alimente demasiado tiempo*, le había dicho Vince al hombre justo antes de partirle el cuello. *Ya apenas queda nada de ti. ¿Notas la tensión, como si algo quisiera escaparse de tu interior?*

—Ya es suficiente —le espetó Charlie mientras intentaba retirar el brazo.

—Te necesito —replicó él, agarrándola con más fuerza—. Por favor. Necesito…

Ella se desembarazó de un tirón, se levantó tambaleándose y se alejó tres pasos de él.

—Tienes suerte de que te ayude.

Aunque seguía teniendo una translucidez perturbadora, ahora podía distinguir sus facciones. Nunca se había parecido tanto a un fantasma.

—¿Puedes levantarte?

—Queda muy poco de mí —contestó.

Durante un momento, la desesperación se abatió sobre Charlie.

—Te pondrás bien. —Era injusto perder a Red antes de que Charlie pudiera gritarle y obligarlo a arrastrarse.

No podía morir. Y recurriendo a su instinto de timadora de buscar una salida, a su creencia de tramposa en que todo, hasta la muerte, se podía burlar, Charlie se puso a buscar una posible solución. Miró el fino polvo negro del suelo y se guardó un puñado en el bolsillo.

—¿No queda suficiente de ti? —dijo—. Vale. Pues voy a robar un poco más.

—Char —dijo Red en tono de advertencia.

Charlie se agachó para ayudarle a levantarse, temiendo que sus dedos le atravesaran la piel sin tocarla. Pero era lo bastante sólido para poder tirar de él y ponerlo de pie. Cuando Red se apoyó en ella, Charlie se sintió reconfortada por su peso, aunque seguía mareada por la energía que le había drenado.

—Necesitas más sangre —le dijo mientras caminaban hacia la puerta—. Pero no la mía.

Charlie procuró no mirar el salón, la macabra escena de los dos cadáveres sentados en el sofá de su sala de estar cubierta de restos humanos, como juguetes abandonados. Le hacían pensar en el Sr. Guiñol y la pareja a la que había titerizado, de pie en las escaleras, con los ojos cerrados. Por primera vez se fijó en lo ordenada que estaba la sala de estar si no tenía en cuenta el baño de sangre, a diferencia de la cocina, que tenía el fregadero abarrotado de platos sucios, los fogones cubiertos de cacerolas, los cubos de basura a rebosar y varios platos y vasos llenos de colillas de cigarrillo.

Quien hubiera asesinado a esas personas se había quedado allí, con sus cadáveres, cocinando. Encargando comida a domicilio. Fumando. Entonces, no podían haber sido únicamente Estragos.

Charlie guio a Red por la casa.

—¿Recuerdas que te prometí que nunca te ordenaría hacer nada? Cuando esto se acabe, te voy a obligar a hacer de todo. Te haré recoger basura por las cunetas.

Red se tambaleaba como un borracho.

—Lo que tú quieras.

—Eres mío. —Charlie empujó la mosquitera con el hombro—. Capullo. —Su mirada se detuvo en una de las colillas del fregadero, en las líneas doradas del filtro.

—Yo no los he matado —dijo Red.

—No jodas. —Salieron a la calle; el frío la hizo tiritar, ahora que tenía menos sangre en el cuerpo para calentarla.

Lograron recorrer las tres manzanas que los separaban de la furgoneta. Charlie abrió la parte trasera, ayudó a Red a subir y lo acomodó encima de los sacos de dormir.

—No quería que nadie te hiciera daño —dijo; sonaba como si hablara desde muy lejos.

Charlie sabía que las sombras podían consumirse si un umbrista las obligaba a gastar más energía de la que poseían, pero ella nunca lo había visto. No estaba segura de cuánta energía le quedaba a Red; ojalá la suficiente para llegar adonde tenían que ir.

—Nadie más que tú, ¿verdad? —Red no respondió—. Qué ganas tengo de oír tu excusa para lo de esta noche. —Él siguió sin decir nada—. Si el resumen es que te odias a ti mismo, hazme el favor de odiarte un poquito más. —Cerró las puertas de golpe, con manos temblorosas.

Ya en el asiento del conductor, sin estar segura de cuánta droga le quedaba en el organismo, Charlie reflexionó sobre los pasos de su plan.

—Te voy a llevar con los antifaces —dijo en voz alta, girada hacia la parte trasera.

—Pues sí que me odias —se lamentó Red, haciéndole saber que aún estaba vivo.

Charlie sonrió mientras giraba la llave. En la penumbra, vio el reflejo de sus dientes en el retrovisor.

La primera llamada de Charlie fue a Balthazar, para pedirle que alejara a Bellamy de su torre.

—Tienes mucha cara, lo reconozco. —De fondo se oía el rumor de la casa de sombras que regentaba en el sótano del Rapture. Balthazar parecía irritado—. ¿Acabas de pagarme y ya quieres volver a estar en deuda conmigo?

El pánico redujo la paciencia de Charlie prácticamente a cero.

—Por favor —dijo entre dientes—. Si lo haces, podrás pedirme cualquier favor. Haré cualquier encargo que quieras. Te cambiaré el Estrago que te conseguí por cualquier otro mejor que encuentre.

—Te oye, ¿sabes? Y está muy feo que digas eso. Ella y yo nos llevamos genial.

—¿Y qué pasa con Bellamy y tú? —preguntó Charlie.

—Nunca jodería a mi nueva amiga por un hombre, Charlie Hall. Pero eso no significa que esté dispuesto a joder a un hombre por alguien que no estoy nada seguro de que sea amiga mía. —Charlie conocía a Balthazar desde hacía años, pero su relación siempre había sido comercial. Nunca se había planteado la posibilidad de que él quisiera algo distinto.

—Hazme este favor y serás mi *mejor* amigo —respondió ella—. En serio. No te lo pediría si no fuera un asunto de vida o muerte.

—¿Me acabará perjudicando? —preguntó él.

—No —contestó Charlie—. Bellamy nunca tendrá motivos para sospechar que tú hayas tenido nada que ver.

—Más te vale. —Balthazar cortó la llamada.

Su segunda llamada, a alguien a quien Charlie se había jurado no pedir ayuda jamás, fue todavía peor.

La vieja torre de observación de Holyoke era el lugar donde los antifaces habían encerrado a Vince tras la muerte de Salt. Era allí donde había estado encadenado, donde Charlie había negociado por

su vida y donde él la había olvidado. No soportaba la idea de volver a llevarlo allí con la esperanza de poder salvarlo.

Durante todo el trayecto, el dolor de Red era evidente. Dejaba escapar sonidos débiles y agónicos. Se revolvía, como si no lograra estar cómodo. Charlie se preguntaba por qué no volvía a transformarse en sombra; le daba miedo que no le quedara energía ni siquiera para eso. Y por mucho que odiara oírlo sufrir, mientras siguiera siendo capaz de emitir sonidos, había esperanza.

Charlie ya había planeado regresar a la torre sola, colarse dentro, contar las mentiras que hicieran falta para acceder a la cámara de seguridad del sótano y robar la parte de Red que tenían retenida allí, la parte que ella esperaba que contuviera sus recuerdas de Charlie y de su vida como Vince. Ahora Charlie necesitaba robar esa parte para que él sobreviviera.

Se acordó de Red sentado a su lado, con la mano en el volante del Porsche, soltando verdades por la boca. El dolor de su voz al decirle a Charlie que no podía tenerla, con un rostro que no ocultaba nada. Red era Vince, pero también era el mayor secreto de Vince. Si partías a Vince por la mitad, dentro siempre había estado Red. Charlie incluso recordaba momentos, echando la vista atrás, en los que había vislumbrado a Red. Sencillamente, no sabía a quién miraba.

Si los recuerdos de Vince regresaban, ¿perdería a Red? ¿Volvería a esconderse, a ocultar su yo más auténtico? Se le encogía el estómago solo de pensarlo.

Y le hacía preguntarse si quizá dentro de ella también había un yo secreto, esperando a que lo dejara salir.



En cuanto aparcó la furgoneta, Charlie bajó de un salto y abrió las puertas traseras. Red parecía inconsciente, superado por el dolor, pero seguía presente. Charlie tanteó bajo su cuerpo para buscar su

bolsa de cazadora de Estragos, sacó la caja de ónice que no usaba nunca y depositó en el interior el sedimento negro que llevaba en el bolsillo.

Hecho eso, alargó el brazo para despertar a Red, pero al menos dos veces su mano le atravesó la piel sin tocarla. La tercera, Charlie se enrolló el collar de ónice en la palma de la mano. De esa manera, consiguió tocarle el codo y zarandearlo con fuerza.

Red se espabiló lo suficiente para ayudarla a cargarse al hombro uno de sus brazos. Se apoyó en ella (esta vez pesaba menos) y avanzaron cojeando hacia la puerta.

La misma chica con la cabeza rapada y muy maquillada que le había abierto la última vez que Charlie había estado en la torre de observación los miró con escepticismo. El piercing de la mejilla ya se le había curado. Le quedaba bien.

—Sally —dijo Charlie. Recordar nombres era un talento importante para una timadora—. Déjanos entrar.

Sally entornó los ojos, impasible.

—Tú no eres una antifaz. Este lugar no es para ti.

Charlie suspiró con frustración.

—Dile a Bellamy que la Hierofante ha venido a verlo. Es una emergencia.

Sally miró a Charlie con el ceño fruncido y luego lo frunció aún más al ver al hombre apoyado pesadamente en su hombro, cuyo cuerpo traspasaba la luz. Finalmente se hizo a un lado.

—No está aquí, pero supongo que podéis entrar y esperarlo en el salón. ¡Milo! —gritó Sally mientras Charlie prácticamente arrastraba a Red al interior—. Llama a Bellamy. ¡Ya!

Eso quería decir que había empezado la cuenta atrás. Charlie tenía quince minutos para conseguirlo, quizá. Tal vez solo diez.

Tardó al menos cinco angustiosos minutos en llevar a Red al salón de la segunda planta, el de las cortinas carmesíes. Lo recostó en unos almohadones de terciopelo.

—Aguanta —le dijo con decisión, deseando poder hablarle mentalmente—. Te pondrás bien.

—No tiene buena pinta —dijo Milo, que acababa de entrar—. Ya he visto sombras así antes y…

—Necesito que me lleves a vuestra cámara de seguridad —lo interrumpió Charlie antes de que Milo le dijera alguna barbaridad. Le enseñó la caja de ónice e hizo que le temblara la voz a propósito—. He atrapado a un Estrago. Uno muy malo. Malísimo. Necesito encerrarlo.

Las estafas que había aprendido con Rand, las estafas en las que se había especializado, se desarrollaban lentamente. Hacía falta tiempo para que la víctima confiara en ti, para confundirla, para lograr que te siguiera la corriente. Pero existía otro tipo de estafa: el timo callejero. Esos eran como un fuego breve pero intenso: consistía en que la víctima entrara en un estado muy vulnerable, un estado en el que sintiera que era importante actuar, aunque la acción en cuestión fuera un error.

—Tengo miedo —continuó Charlie. Se giró hacia ellos con los ojos muy abiertos, con un pánico que era pura mentira—. Había tres, más poderosos que ninguno que haya visto antes. Red mató a uno y casi muere al hacerlo. El segundo está encerrado aquí dentro. Y el tercero… El tercero sigue suelto.

—Estás a salvo —le aseguró Sally, pero miró de reojo hacia la puerta.

Charlie necesitaba que estuvieran tan alterados como ella.

—Sé que tenéis una cámara de seguridad. —Levantó la caja de ónice—. Necesito guardar esto dentro para que no vuelva a andar suelto por ahí. Ha matado a mucha gente.

—¿A qué gente? —Milo parecía nervioso. Tal vez en la torre solo estuvieran ellos dos en aquel momento.

—¡Los masacraron como a animales! —chilló Charlie, tan fuerte que los sobresaltó. Cuando alguien empezaba a perder el control, el instinto natural era intentar hacer lo que fuera necesario para solucionar el problema, y también dejarse llevar un poco por el pánico.

—Echa el freno —le dijo Sally con excesiva sensatez—. ¿Qué estás diciendo?

Charlie dejó que toda la rabia que sentía hacia las Cábalas se le notara en la voz.

—Digo que quiero encerrar a esta cosa en vuestra cámara —respondió, hablando muy deprisa—. ¿Para qué sirve si no es para tener encerrados a los Estragos? ¿Para qué servís vosotros?

—Yo podría… —empezó a decir Milo.

—¡Llevadme ya! —Charlie abrazó la caja contra su pecho, confiando en que Milo entendiera que no pensaba aceptar su propuesta de quitarle ese peso de encima, aunque fuera para llevar la caja adonde ella quería.

—Yo la guardaré —insistió Sally de todas formas, aunque no parecía confiar en que Charlie fuera a aceptar.

—Ah, ¿no queréis que sepa dónde está vuestra cámara? —les espetó Charlie—. ¡Soy una ladrona experta! ¿Creéis que no lo sé ya? —Gracias al mapa que le había conseguido Balthazar, era capaz de describir la ruta con precisión; y eso hizo, con todo lujo de detalles, ante la creciente consternación de ambos—. Bueno, ¿también queréis que os explique cómo haría para colarme dentro?

—Está bien —dijo Sally, que parecía nerviosa—. Pero una vez que ese Estrago esté encerrado arriba, pertenecerá a Bellamy y los antifaces.

Charlie dejó que el momento se alargara, como si estuviera debatiéndose con una verdad amarga. Tenía que conseguir que se sintieran complacidos al pensar que le estaban quitando algo a Charlie para dárselo a su jefe.

—Quieres decir que ya no podré reclamar la recompensa.

—Nadie más que nosotros tendrá acceso a ese Estrago. Ese es el trato —contestó Sally—. Lo tomas o lo dejas.

Charlie miró en dirección a la puerta y dejó que el pánico que sentía de verdad se reflejara en su rostro. Debían de haber pasado casi nueve minutos desde que Bellamy había recibido el aviso de que tenía que volver.

—Vale, está bien. Está bien. Vamos. Deprisa.

—Yo me quedo con él —dijo Milo, señalando a Red—. Bellamy debería llegar enseguida.

Sí, eso era lo que le preocupaba.

Charlie echó a andar detrás de Sally; descendieron dos vueltas de una escalera de caracol hasta un sótano de construcción reciente, excavado debajo de la torre de observación; parecía sacado de la casa de los horrores de H. H. Holmes. Tenía el techo alto y el suelo era de piedra negra.

Se detuvieron ante una puerta con un mosaico hecho de miles de teselas de ónice que formaban un uróboros, un dragón que devoraba su propia cola, entre una lima y un sol. Se veían tres agujeros. Sally introdujo los dedos y giró algo que había dentro, por orden. Primero el segundo, luego el primero. Por último, metió la mano en el tercero. La puerta se abrió.

—Buena suerte si intentas repetirlo —le dijo a Charlie con arrogancia.

Charlie se mordió la lengua. Después de todo, no hacía ninguna falta repetirlo; la propia Sally la estaba escoltando al interior. Dejar que los demás se creyeran más listos que tú mientras los convencías para que jugaran a tu favor era uno de los talentos más importantes de un timador, y sorprendentemente difícil de cultivar. No era fácil comer mierda y fingir que te gustaba su sabor.

Pero Charlie se ciñó a su personaje y se centró en el siguiente paso. Se centró en los minutos que seguían pasando.

Por dentro, la cámara olía al polvo de una mezcla de viejas vitrinas y estanterías llenas de infolios, tomos, manuscritos e incluso lo que parecía ser un incunable. Entre ellas reposaban objetos curiosos: estuches de plata para pergaminos, viales de cristal y una hilera de urnas de ónice. Charlie se preguntó cuántas contendrían sombras selladas.

Entonces se puso manos a la obra y se frotó un ojo con fuerza, para irritárselo y asegurarse de poder llorar. Resultaba tentador aflojar en la actuación cuando las cosas te salían bien. Pero era

importante que se mantuviera visiblemente alterada hasta que salieran de la cámara.

—¿Dónde lo puedo dejar? —Mientras Charlie giraba lentamente sobre los talones, encontró lo que necesitaba, justo donde el informante de Balthazar había dicho que estaría. El pequeño vial de cristal negro, con tapón de ónice, que encerraba el fragmento de Red que le había quitado la Cábala.

Si Red necesitaba más de sí mismo para curarse, ese fragmento podría curarlo. Pero tal vez también le devolvería sus recuerdos. Charlie había contado con ello al planificar el robo, pero ahora, al borde del precipicio, sentía cierta tristeza al pensar en lo distinto que podría volverse Red cuando recuperara la memoria. Red, que estaba dolido y furioso y no lo ocultaba. Red, de quien Charlie solo había visto algunos atisbos cuando era Vince.

—Por aquí. —Sally señaló un estante, en el lado contrario al que necesitaba Charlie.

Colocó la caja en el lugar que le indicaba Sally. Después caminó hacia un libro que había en la pared del fondo, cerca del vial de cristal.

—¿Adónde…? —empezó a decir Sally.

Charlie agarró el tomo que estaba justo al lado del vial.

—Creo que esto lo robé yo.

Sally se lo arrebató.

—De eso nada. Bellamy lo adquirió personalmente.

Mientras la mujer volvía a dejarlo en su sitio con brusquedad, Charlie escamoteó el vial en la palma de la mano.

—Vámonos —le espetó Sally.

Charlie dejó que el vial se deslizara por su manga mientras giraba las palmas para demostrar que no ocultaba nada. El corazón le retumbaba mientras volvían a subir las escaleras. Todo aquel fiasco había durado más de quince minutos. Un fragmento de la sombra de Red era inútil si no conseguía reunirlo con él. Decidió que, si Bellamy la estaba esperando en la sala de cortinas escarlata, encontraría la manera de librarse de él, costara lo que costara.

Sin embargo, cuando Sally la llevó hasta allí, Charlie comprobó con alivio que Red estaba a solas con Milo. Y lo mejor fue que Sally le hizo una seña a Milo para que saliera al pasillo, seguramente para quejarse de ella.

—Aguanta —le susurró a Red mientras se inclinaba—. Te vas a poner bien.

Se sacó el vial de la manga y le quitó el tapón. Una nubecilla de sombras brotó del interior y fluyó hacia Red, atraída hacia él como si reconociera a su igual.

Red soltó un grito ahogado y abrió los ojos de par en par.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo Bellamy, líder de los antifaces, mientras entraba en la estancia.

—Está herido —respondió Charlie, procurando calmar la voz. Sin darse la vuelta, ocultó el cuerpo de Red con el suyo mientras la sombra se asentaba en su interior y ella volvía a escamotear el vial y el tapón—. No sabía adonde llevarlo.

Bellamy caminó alrededor de Red, como si este fuera un objeto particularmente fascinante. Charlie dudaba de que hubiera mirado así a un humano moribundo, pero solo porque eso no le habría parecido tan interesante.

Y se aferraba a la esperanza de que Red ya no estuviera moribundo.

—¿Puedes ayudarle?

—Félix sabe zurcir muy bien las sombras —contestó Bellamy—. Podría servir para que se le curaran los desgarrones.

—Llámalo. —Mientras hablaba, Charlie se guardó el vial en el bolsillo.

Bellamy se llevó un dedo a los labios, pensativo.

—Aun así el Estrago necesitará más sangre, más vigor.

Charlie se remangó, pero Bellamy negó con la cabeza.

—A ti ya te ha quitado bastante. No creo que seas la más indicada para darle más. Y menos ahora que vuestro vínculo se ha roto.

—No ha sido culpa suya —mintió Charlie—. Se rompió durante la pelea.

Bellamy se encogió de hombros.

—Podrías dejarlo aquí. Cuidaremos bien de él.

—De eso nada —repuso Charlie.

—Ni siquiera eres umbrista —le recordó él—. Ya no posees magia. Podemos buscar otro Hierofante.

—No voy a abandonar a Vince —insistió Charlie—. Pon otro precio.

Bellamy enarcó las cejas.

—No tienes demasiadas opciones. Eres tú quien ha venido a pedirme ayuda.

Abajo, Charlie oyó que alguien llamaba a la puerta de la torre. ¡Por fin, joder! Había empezado la última parte de su plan: salir de allí.

—Tú ayuda a Vince —respondió, dejando caer los hombros.

—¿Me lo vas a dejar, entonces? —Bellamy sonrió con benevolencia, pensando que ya la tenía donde quería—. Te aviso de que ahora es cuando hay más probabilidades de que la negociación me beneficie a mí, así que no intentes darme lástima, Charlie Hall. Te respeto demasiado para eso.

Ella se cruzó de brazos.

—Si él muere, te quedarás sin nada.

—Y tú te quedarás con menos. —La mirada de Bellamy era inflexible.

—Un amigo mío le ha estado entrevistando para intentar restaurarle la memoria. Te daré acceso a las grabaciones. —A Malhar no le haría ninguna gracia el trato, pero era mejor que Bellamy tuviera la sensación de haber obtenido algo.

—Estás en mi fortaleza —dijo él—. ¿Qué me impide separarlo de ti y punto?

Unos pasos resonaron por las escaleras.

—Ella. —Dependiendo de si había calculado bien quién acababa de llamar a la puerta, Charlie estaba a punto de quedar como la

puta ama o como una payasa—. Ella y su colección de libros raros, claro.

Bellamy entornó los ojos.

—Y yo que pensaba que no os llevabais bien.

Charlie se dio la vuelta y sonrió a Adeline Salt. Adeline, a quien había llamado desde la furgoneta. Adeline, que corrió a arrodillarse junto a Red en cuanto entró en la sala.

—Tenemos un deseo común —dijo Charlie—. Que Vince sobreviva.

—He traído tres volúmenes de la *Anatomía de la sombra*, de Brecht —dijo Adeline—. Te daré los demás cuando él salga de aquí.

Solo había tres ejemplares de la *Anatomía de la sombra* de Brecht en todo el mundo. Habían sido cuatro hasta que un umbrista de Los Ángeles había quemado una colección completa en una hoguera y había inmortalizado el acontecimiento en su cuenta de TikTok, para crear el ciberanzuelo definitivo.

—Bien —accedió Bellamy tras una larga pausa, girándose hacia Charlie—. Pero ya que le cae tan bien, que le done sangre ella.

Salió de la habitación sin prisa y Adeline se sentó.

Le puso una mano en la frente a Red y le apartó el pelo de la cara.

—Qué curioso. —Levantó la vista para mirar a Charlie—. Parece tan vivo…

Charlie se sentó en uno de los sofás. Estaba asustada y celosa y quería decirle a gritos que le quitara las manos de encima a Red, pero necesitaba que Adeline se quedara. Charlie había hecho un trato verdaderamente monstruoso al traerla allí.

—Es que está vivo.

Adeline se levantó mientras un joven de cabello azul y mirada triste entraba en la habitación.

—Este es Félix —dijo Bellamy—. Estaba con los alteracionistas antes de venir con nosotros, así que se le da bien curar sombras.

Félix se colocó al lado de Red, sustituyendo a Adeline.

—Crees que conoces su verdadera naturaleza —le dijo Adeline a Charlie en voz baja para que Bellamy no la oyera—, pero no es así.

—Creo que todavía se está descubriendo a sí mismo. —Cuando la habían uncido a Red, le había parecido perturbadoramente distinto de Vince, un impostor con su misma cara. Pero Red, al estar recién desuncido de Remy, solo era tosco; Vince también debía de haberlo sido antes de aprender a hacerse pasar por humano. Y por muy enfadada que estuviera ella con Red por drogarla, no podía ignorar que él había cortado su vínculo, la había abrigado y le había dejado el móvil y las llaves, todo para protegerla. Red era la persona que Charlie había conocido como Vince, solo que ella lo había conocido al revés. De dentro afuera, en lugar de fuera adentro.

Adeline se rio.

—Te cuenta lo que quiere que sepas.

—¿No lo hacemos todos? —repuso Charlie, pero aquella conversación cada vez le parecía menos fortuita. Más que intentar sacar de quicio a Charlie, Adeline estaba jugando con ella.

—¿Quieres saber una cosa que él nunca te contaría?

—No —contestó Charlie de manera automática.

Adeline se rio.

—Claro que quieres.

Charlie mantuvo la vista fija en Félix, en las puntadas diminutas que estaba dando en los bordes más translúcidos de Red.

—Está claro que me lo vas a contar.

Adeline sonrió con arrogancia.

—Necesita sangre para ser como es. Ya era poderoso antes de que Remy muriera, quizá no tanto como ahora, no estaba tan… entero, pero era tan poderoso como algunos Estragos antiguos. ¿No te preguntas cómo llegó a ser así?

—Salt mató a muchas personas —dijo Charlie, recordando las palabras de Red. *Hubo mucha sangre*.

—Incluido a tu amigo… ¿Cómo se llamaba? —Adeline clavó el cuchillo con evidente satisfacción.

—Rand —respondió Charlie con un hilo de voz.

Esta vez Adeline le mostró su sonrisa genuina.

—¿Nunca te has preguntado qué estaba haciendo Red esa noche?

No, no se lo había preguntado. Red la había rescatado. Pero… también sabía que Rand ya no tenía salvación; él mismo se lo había dicho.

Se le revolvió el estómago al pensar en la voz del niño. *No me mires*. ¿Se había saciado con la sangre de Rand? ¿Había ayudado a Charlie a escapar porque se sentía culpable? ¿Y Rose? ¿Red también se había bebido su sangre? ¿Por eso la sombra de Rose creía que Red estaba en deuda con ella?

Pero era en Rand en quien no podía dejar de pensar, en la idea de que lo último que había visto había sido a Red. En el horror que habría sentido.

Notó el sabor de la bilis en la garganta. Tenía lágrimas en las comisuras de los ojos.

Y Adeline había estado presente. Y Remy. Una familia de monstruos.

Charlie metió la mano en el bolsillo, ignoró el vial y agarró su teléfono. Agachó la cabeza para ocultar las lágrimas.

—Solo lo dices para fastidiarme. No tienes ni idea de lo que pasó esa noche.

—Sé que tu amigo murió —repuso Adeline—. Sé que Salt lo desangró como a un cerdo para dárselo a Red.

La recorrió un estremecimiento. Una lágrima le salpicó los vaqueros.

—Qué cosas más feas dices, para no tener ni idea. ¿Estuviste allí?

—Salt estaba desesperado por encontrar otra sombra avivada o crear una. Sé lo que ocurrió.

Charlie recordaba esa noche y las risas de los ancianos. El olor de sus puros.

—¿Sabías que mataba personas?

—Sabía que normalmente terminaban muertas —dijo Adeline.

—Pero no estuviste allí —insistió Charlie. Recordaba haber despertado sobre la alfombra de la biblioteca; el timo del zumo de remolacha vomitado era el único motivo por el que el veneno ingerido no la había matado. Recordaba la voz de Red en su oído mientras pasaba por delante de una habitación en la que Remy y Adeline se reían entre dientes—. No lo sabes. Recuerdo que tú estabas arriba, no en el sótano.

—Ninguno de nosotros tiene las manos limpias —le espetó Adeline.

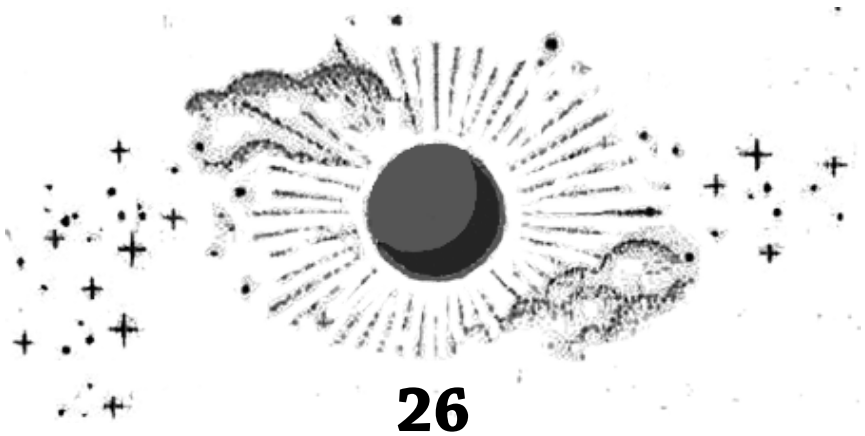
—Solo intentas fastidiarme —insistió Charlie, sacudiendo la cabeza como si así pudiera deshacerse de todo lo que acababa de oír—. No puedes saber si Red estuvo presente cuando murió Rand.

—¡Sí lo sé! —exclamó Adeline—. Yo lo vi. Vi morir a mucha gente para alimentar a las sombras. Puede que hasta rajara un par de gargantas yo misma. Bañamos a Red en su sangre. ¿Estás dispuesta a hacer eso por él?

—Si lo atiborrasteis con la sangre y el sufrimiento de Rand, entonces os odio aún más que antes —dijo Charlie con voz temblorosa. Le daba asco imaginarse a Red, un niño, encorvado sobre el cuerpo de Rand, lamiendo una incisión recién hecha por Salt —. Sois todos monstruos.

Adeline sonrió.

—Por fin empiezas a entenderlo.



26

SOLALUNA

Cuando Charlie volvió a su nuevo y lujoso apartamento, guio a Red, apenas consciente, hasta el ascensor, y luego entraron en el piso. Posey no estaba, pero la gran isla de mármol de la cocina seguía sembrada de cajas de pizza y botellas de la fiesta de la noche anterior.

Después de acostar a Red en la cama de Charlie, se zampó una hogaza entera de pan, todo el queso cheddar en lonchas que había, un bote casi entero de mantequilla de cacahuete y seis manzanas. Tras haberle cedido tanta energía a Red, tenía un hambre de lobo. Cuando terminó, llenó una jarra de agua del grifo, se la bebió entera, la llenó otra vez y se la volvió a beber.

Por fin se sintió lo bastante saciada para sentarse y poner en orden todo lo que sabía.

La persona que había estado a punto de matar a Red tenía que ser la misma que había masacrado a todas aquellas personas en el sótano de la Grace Covenant. Había filtros de la misma marca de cigarrillos que Charlie había hallado junto al cementerio de la iglesia

y las víctimas habían sufrido mordiscos similares y desanguinación. El asesino se desplazaba, buscaba más sangre… ¿para alimentar a Rose? ¿Para alimentar a otros Estragos que había captado o sombras que había robado?

Al menos Charlie ya entendía por qué Rose estaba tan desesperada por escapar de él.

¿Y dónde estaba Rooster? Muerto, suponía ella, pero ¿dónde estaba su cuerpo entonces? Charlie analizó la cuestión desde otro ángulo. Si ella hubiera masacrado a un montón de personas, incluido Rooster, y quisiera esconder solo uno de los cuerpos (dejando a un lado la pregunta de por qué querría ocultar únicamente la muerte de Rooster), ¿cómo lo haría? El asesino no parecía una persona superorganizada; Charlie dudaba de que se tratara de alguien capaz de trazar planes complejos.

Por lo tanto, Rooster tenía que estar cerca.

Charlie recordó sus ratos en el Moose Lodge de Chicopee con una pandilla de estafadores y ladrones retirados. Se acordaba del café pasado y de que había aprendido a contar cartas con Willie Lead, cuya difunta esposa, según él, había sido la mejor atracadora de licorerías del mundo; de escuchar a Benny alardear de las viudas ricas que seducía y darle instrucciones para preparar el Old Fashioned perfecto. Le acababa de venir a la mente una historia que le había contado un tal John el Derrapes. Una historia sobre tres ladrones de bancos de los años 60. Según John, eran tres hermanos que huían de la poli. A uno le habían pegado un tiro, estaba inconsciente y no le quedaba mucho. Los otros dos sabían que, si se hallaba el cuerpo de uno de los hermanos, resultaría evidente que los otros dos también estaban involucrados. Pero ¿dónde se podía esconder un cadáver para siempre?

Cuando Charlie le había respondido que no lo sabía, John le había revelado la respuesta como si se tratara de un chiste: habían enterrado al hermano muerto en un cementerio porque ¿a quién se le ocurriría ir a buscar un cadáver allí?

Charlie sacó su móvil, activó la aplicación que ocultaba su número y llamó a la línea de chivatazos anónimos a la policía. Abrió otra aplicación que le modificaba la voz.

—Hay otro cadáver fuera de la iglesia —dijo—. En el cementerio. En una tumba.

Entonces, antes de que Red se despertara, Charlie decidió que ya era hora de ir a ver al Sr. Guiñol.



Aquel inmenso edificio de ladrillo de estilo Victoriano, en la arbolada calle principal de Northampton, cerca del Smith College, posiblemente fuera la casa más bonita que Charlie había allanado nunca. Saltó la verja de hierro y caminó por el sendero de guijarros, pero no se molestó en llamar a la enorme puerta de madera, aunque el llamador de latón en forma de mano que sostenía una manzana resultaba tentador. En vez de eso, dio un rodeo hacia la parte trasera mientras examinaba las ventanas. La tercera tenía la mosquitera suelta. La sexta no estaba cerrada. La empujó hacia arriba hasta pasar el tope, sin que le preocupara dejar huellas dactilares. Nadie iba a llamar a la poli.

Se aupó, se deslizó sobre el alféizar y entró.

Se encontraba en un saloncito. Las paredes eran oscuras, con papel pintado con un estampado de zarzamoras de William Morris. Había dos sofás de estilo Victoriano, uno enfrente del otro, de terciopelo color burdeos y ribetes de madera. Charlie se sentó, aguzó el oído y esperó.

Más o menos una hora después, oyó que un coche se acercaba por el sendero. Unas llaves tintinearon en la cerradura de la puerta trasera y entró un hombre. Charlie oyó que dejaba algo pesado en la encimera. Oyó la puerta de la nevera. Cuando se encendió el microondas, Charlie se levantó y, camuflando sus pisadas con el sonido, se deslizó hasta el umbral.

El hombre dio un salto.

—¿Qué cojones…?

Charlie sonrió.

—El Sr. Guiñol, supongo.

El hombre abrió la boca para asegurarle que no sabía quién era ella ni qué hacía allí, pero ya era tarde. Charlie había visto en su expresión que la había reconocido, y desde luego ella lo conocía a él.

—No salías en ninguna de las fotos familiares —le dijo Charlie al mismo hombre que había estado sentado en el sofá de aquella casa de Leverett. El mismo al que ella había tomado por el marido, al menos al principio—. Deberían haberlas quitado al preparar el escenario, pero no lo hicieron.

Él la fulminó con la mirada. Con la chaqueta de tweed y los pantalones chinos, tenía pinta de profesor del Smith, lo cual no era de extrañar, puesto que ese era su empleo.

—Aunque conocieras mi aspecto, ¿cómo has encontrado esta casa sin más pistas?

—El Valle no es muy grande —contestó Charlie—. Todos los umbristas se conocen, aunque ignoren su especialidad o su posición en las Cábalas. He preguntado por cualquiera que tuviera tu mismo aspecto, profesor Frank. Después solo ha sido cuestión de revisar tu información pública. Parece que has adquirido una casa hace poco.

—¿Dónde está tu sombra, Charlie Hall? —preguntó él con una voz rebosante de amenaza. Charlie percibió la sombra del Sr. Guiñol en la periferia de su mente.

—Resulta que ahora mismo no la tengo conectada. Así es como prefiero hablar con los titiriteros.

A los sinsombra no se los podía poseer, quizá porque no tenían alma.

—También podría matarte sin más —dijo él.

Charlie resopló, pasó por su lado y recogió una manzana de un cuenco.

—Esta casa es ridículamente bonita. —Le dio un gran mordisco y la partió entre los dientes. Su sabor dulzón se extendió por la

lengua.

Él enarcó las cejas.

—¿No te preocupa?

—¿Por qué iba a preocuparme si he venido a darte respuestas? Querías saber lo que le pasó a Rooster Argent. Pues que está muerto. —Se apoyó en la encimera.

El microondas empezó a pitar. Los dos se miraron fijamente.

—¿Y entonces dónde está el cuerpo? —preguntó él.

Charlie se puso a girar la manzana mordida en la mano.

—¿Eso es lo importante? ¿Más que quién lo asesinó y quién es responsable de la masacre del sótano de la iglesia?

—¿Y bien? —preguntó el Sr. Guiñol—. Dímelo.

—No sé cómo se llama, pero estoy segura de que tú sí. Es la misma persona que cosechaba sombras para que tú se las vendas a los ricos y desesperados en Solaluna, el fin de semana que viene.

El Sr. Guiñol sacudió la cabeza con una sonrisa burlona.

—Es imposible. Él no es nadie. Solo hace un año que es umbrista, o poco más. —Al ver la expresión de Charlie, continuó—: Es un cobarde que básicamente se entregó como siervo a Salt a cambio de su vida.

Charlie trató de no reaccionar al oír el nombre de Salt.

El Sr. Guiñol no había negado la existencia del cosechador ni su plan de vender las sombras en Solaluna. Charlie procuró que sus emociones no se le reflejaran en el rostro. ¿El cosechador había hecho una alianza con las sombras que cosechaba? ¿Con los umbristas a los que pretendía arrebatárselas? Pensó en aquella casa y en la pareja muerta en el sofá.

—Por eso necesitaba tanta sangre.

Esta vez el Sr. Guiñol no se rio.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Sé dónde estuvo ayer —respondió Charlie, y recitó la dirección.

Él asintió con la cabeza, claramente impresionado a su pesar.

—Lo has hecho bien. Y nunca digo eso a la ligera. Puedo recompensarte. Dinero, por supuesto, y nuevas oportunidades.

—Lo único que quiero es lo que me prometiste —replicó Charlie —. Que me apoyes ante las Cábalas.

—Desde luego —dijo con demasiada facilidad, como si creyera que Charlie nunca le reclamaría ese favor—. Por cierto, ¿a ti no te gustaría cosechar sombras? Creo que se te daría bien. Mejor que cazar Estragos. Claro que los Estragos también me serían de utilidad.

Sí, a Charlie eso se le daría bien. Podía hacerse de oro robando sombras. Pero robar una parte de una persona no era igual que robar libros a los coleccionistas ricos, ni siquiera a las instituciones de élite. ¿Y de verdad creía el Sr. Guiñol que él era el primero que se lo había propuesto?

—Eso no es para mí.

—¿Una ladrona como tú no puede permitirse tener ética? —le dijo el Sr. Guiñol—. Las sombras no son precisamente una mercancía de origen ético.

Parecía tan normal allí, en su cocina con encimeras de caliza local y salpicadero de azulejos artesanales. No parecía alguien capaz de poseer a tus amigos para que los atropellara un coche.

—Rooster ya se dedicaba a eso antes de que tú te metieras, cuando el que mandaba en los titiriteros era Malik. Y Malik no lo sabía, ¿verdad?

El Sr. Guiñol guardó un largo silencio.

—Eres buena, pero se puede llegar a ser demasiado buena.

—No voy a robar sombras —repitió Charlie—. Para nadie.

—En tal caso, procura no interponerte en mi camino. —Abrió un armario bajo el fregadero y metió la mano. Sacó algo con aspecto de ladrillo, envuelto en cinta adhesiva y bolsas del Target—. Toma esto y olvida que nos hemos visto. Si me entero de que has dado aunque sea una pista sobre mi identidad, te dejaré con vida solo hasta que pierdas todo lo que te importa. Y ahora, lárgate.

Charlie se dirigió a la puerta y arrojó la manzana mordisqueada al primoroso jardín.

Cuando subió a la furgoneta, rasgó el envoltorio del ladrillo. Contenía una gran suma de dinero de denominaciones variadas,

aunque todas igual de sucias.



Según su página web, Solaluna se especializaba en la salud y el bienestar. Celebraba diversos retiros de yoga de lujo, seminarios exclusivos y bodas elegantes con muchas telas blancas y vaporosas. El spa ofrecía masajes craneosacrales, aromaterapia y realineamiento de los chakras mediante cristales. Si a la madre de Charlie le tocara la lotería, alquilaría una habitación allí y se quedaría para siempre.

Eso fue lo que Charlie consiguió averiguar en su móvil antes de quedarse dormida en el sofá, con un burrito vegetariano dando vueltas todavía en el microondas.

Cuando se despertó, desorientada (pero por fin sin hambre), comprobó que Red seguía dormido. Luego se cepilló los dientes y fue a ver si podía tomarle prestado el portátil a Posey. Lo había dejado sobre su cama, al lado de un viejo libro con tapas de cuero gastadas. El lomo decía: ACERCA DE LOS PELIGROS DE LA POSESIÓN: GUÍA PARA CABALLEROS SOBRE ESPÍRITUS, INFLUENCIA Y DOMINACIÓN. Parecía la clase de libro que le habrían encargado robar a ella.

Decidida a preguntarle más tarde a su hermana de dónde lo había sacado, Charlie se llevó el portátil a la zona común.

La búsqueda de «Solaluna» y «umbrista» la condujo hasta una resplandeciente página web que anunciaba las fechas (a partir del jueves, el último fin de semana antes de Navidad) del Retiro de Elevación Umbral, «un puente trascendental que enseñará a aquellos de vosotros que habéis triunfado en las demás facetas de la vida a acceder por fin al increíble poder de vuestra sombra», con la estrella de TikTok Rooster Argent como invitado especial, además de un líder de la Cábala que debía permanecer en el anonimato, pero que les hablaría largo y tendido sobre «los secretos de los umbristas». Si

querías saber más, te invitaban a rellenar un formulario. Charlie clicó y clicó hasta que descubrió que, para enviarlo, primero había que pagar un depósito no reembolsable de cien dólares.

Le parecía una violación de la intimidad entrar en el chat supersecreto y con borrado automático de Posey, pero no tanto usar la cuenta de Reddit de su hermana para acceder a foros privados. Hacía siglos que Charlie había descifrado la contraseña de Posey: Lucipurrrcomeratones91.

El icono de su hermana era una versión cuqui de sí misma, de estilo anime, con una sombra gigantesca que se cernía sobre ella. Charlie contuvo una carcajada. Luego entró en el *subreddit* r/sombríos, uno de los foros de debate sobre magia de sombras más grandes que había. Buscó «elevación», porque no le parecía que fuera una palabra muy común.

Tal y como esperaba, encontró un hilo sobre la conferencia. Gran parte del debate era especulativo. ¿Estaban a punto de estafar a un puñado de ricachones o a revelarles solo a ellos el secreto para avivar una sombra? Se rumoreaba que costaba cincuenta y cinco mil dólares por persona, sin incluir alojamiento y comida. Todo el mundo estaba cabreadísimo por eso.

Desde luego, eso contaba como «obscenamente caro».

Charlie volvió a la web de Elevación Umbral para solicitar información a nombre de Vincent Carver. Pagó la tasa de cien dólares con una tarjeta de crédito que le había birlado a Topher de la cartera.

La respuesta que recibió fue inmediata; claramente era automática. Todas las plazas del retiro estaban llenas, pero no debía preocuparse: su dinero quedaría almacenado como crédito para el próximo retiro y figuraría en la lista preliminar de invitados. En fin, lo había intentado.

Y a propósito, ¿por qué lo había hecho? Tenía un ladrillo de dinero y la promesa de un líder de la Cábala de respaldarla; mejor aún, tenía algo con lo que chantajearlo, puesto que conocía su identidad y su dirección. Cuando Bellamy descubriera que el vial con

los restos de la sombra de Red ya no estaba en su cámara de seguridad, Charlie iba a necesitar al Sr. Guiñol de su lado.

Pero no se podía quitar de la cabeza que el Sr. Guiñol vendiera a los ricos sombras robadas. Sombras avivadas, arrancadas a personas como la chica a la que había visto llorando en la casa de sombras. Umbristas nuevos, emocionados por la idea de poseer magia, que pasarían a ser sinsombras durante el resto de su vida. Estarían hechos polvo. Aparecería un nuevo «cosechador», que no sería Charlie, que continuaría robando sombras para que los ricos pudieran seguir gastándolas tan deprisa como las compraban.

A menos que alguien les tirara abajo todo el tinglado. A menos que alguien les quitara esas sombras antes de que los ricos obtuvieran lo que querían, para que así dejaran de considerar que las Cábalas eran una fuente fiable.

Para hacer eso, sin sacar absolutamente nada a cambio, hacía falta ser un puto idiota.

Con un suspiro, Charlie entró en la página de reservas de Solaluna. No había habitaciones libres durante el fin de semana en el que estaba programado el Retiro de Elevación Umbral. Tampoco había mesas libres en su restaurante en esos cuatro días, a pesar de que, en teoría, estaba abierto al público.

Quizá fuera una señal para que lo dejara de una puta vez.

Charlie llamó al número de teléfono que aparecía en la web.

—Necesito que me ayude, por favor —le dijo a la mujer de voz dulce que contestó, tratando de sonar tan nerviosa como estaba—. Intento reservar una habitación y… Espere, se lo voy a contar desde el principio: acabo de conseguir un trabajo de secretaria y me voy a meter en un lío tremendo. Mi jefe es el Sr. Carver y su abuela le dijo que Solaluna era el lugar perfecto para recuperarse y ahora está obsesionado y no acepta otra cosa. Pero dice que tiene que ser este mismo fin de semana, y ya lo tienen todo reservado.

La mujer guardó silencio un momento, al otro lado de la línea.

—¿Qué fechas quería reservar su jefe?

Charlie le dio los detalles, procurando mantener un tono de voz un poco agudo y asustado. No fue difícil.

—Ya veo —dijo la mujer—. ¿Cómo ha dicho que se llama él?

—Carver —repitió Charlie—. Remy Carver.

Otra pausa prolongada.

—Voy a hablar con la encargada.

—Gracias. —O la mujer que apuntaba las reservas de Solaluna era muy maja o Carver era un apellido que abría muchas puertas.

La mujer volvió al cabo de unos minutos.

—Tenemos un búngalo privado en el recinto. La persona que lo había reservado ha cancelado y mi encargada dice que estaría encantada de ofrecérselo al Sr. Carver.

Charlie no quería ni imaginarse el precio por noche, pero tuvo la sensatez de no preguntar.

—Me salva usted la vida.

—Solo hay un detalle. Este fin de semana recibimos a un grupo privado. Nos aseguraremos de que no coincidan y el spa estará abierto como de costumbre, pero ciertas zonas del recinto estarán restringidas.

—No hay problema —respondió Charlie.

—Y necesitaremos una tarjeta de crédito —añadió la mujer—. ¿Cómo desea efectuar el pago? —Charlie recitó los números de la tarjeta de crédito de Topher antes de poder echarse atrás—. Vamos a confirmarlo —continuó la mujer—. Se cobrará un depósito de once mil dólares para reservar el búngalo y se le cobrará el resto al Sr. Carver a su llegada. Por favor, dígale que dispondrá de un mayordomo para ayudarle en todo lo que necesite a cualquier hora del día o de la noche.

Charlie notó que le sudaban las manos. ¿Once mil dólares por tres noches? Se mareaba al imaginarse tanto dinero. Y eso solo era el depósito.

—¿Señora? —preguntó la mujer al ver que Charlie no respondía.

—Está bien —dijo entre dientes, tratando de convencerse de que Topher no lo notaría. Seguramente se gastaba esa cantidad casi

todos los fines de semana, viajando en avión privado, alquilando reservados en discotecas y comprándose esos atuendos ridículos.

Una de las reglas más importantes de los estafadores, la regla tan evidente que no hacía falta repetirla, tan clara que casi todo el mundo la descubría por su cuenta, era que ningún timo debía afectar a la vida real del timador. Te colabas en la vida de los ricos y luego te escabullías sin dejar ningún rastro de ti.

Pero ahora Charlie no estaba haciendo eso. Si Topher se daba cuenta de que le habían robado la tarjeta, no tendría más que echar un vistazo a las facturas para conectarlas con Charlie. Y era inevitable que se diera cuenta tarde o temprano.

Se dijo que, cuando entrara en Solaluna, encontraría una manera de revertir los pagos, o robaría otra tarjeta de otra cartera y la usaría en su lugar.

—¿Qué haces con mi portátil? —preguntó Posey desde la puerta.

—Ah, ya has vuelto. —Charlie cerró la sesión en Reddit justo antes de que Posey le arrebatara el portátil con brusquedad. No le dio tiempo a borrar el historial—. ¡Tranqui! Necesitaba investigar una cosa.

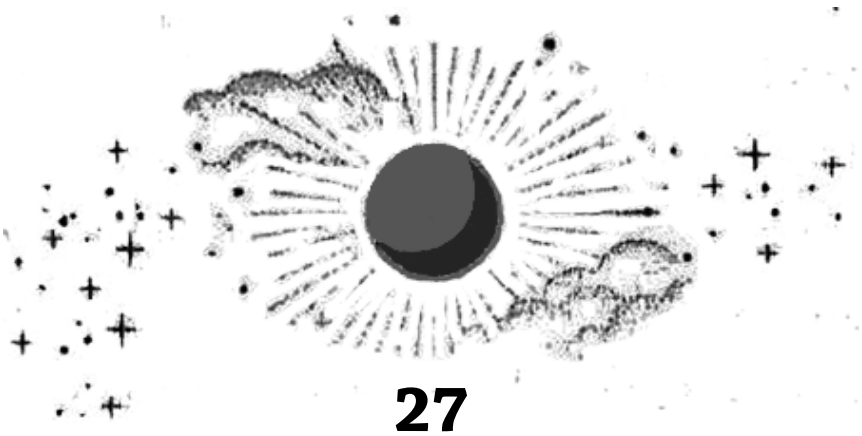
—¿El qué? —Posey la miró con expectación.

—Un retiro que hay al norte —respondió Charlie, porque no tenía motivos para mentir sobre eso.

—Qué curioso. —Posey se sentó en el sofá, a su lado—. No te voy a preguntar adonde fuisteis anoche ni por qué te has zampado toda la mantequilla de cacahuete, pero deberías ver las noticias.

—¿A qué te refieres?

—A la masacre de Hatfield —contestó Posey—. Han encontrado otro cadáver.



27

MALAS DECISIONES

Posey le pasó su móvil; tenía abierto un vídeo de Western Mass News en YouTube. Una periodista vestida con un jersey rojo se había detenido en plena frase:

—…el análisis forense ha determinado que la hora de la muerte es demasiado similar a la de la masacre de Hatfield para que los acontecimientos no estén relacionados. El cuerpo de Dave Pugliese, el fenómeno de TikTok que se hacía llamar Rooster Argent en dicha plataforma, última víctima de los macabros sucesos que cambiaron para siempre este tranquilo pueblecito, se ha encontrado enterrado en el cementerio trasero de la iglesia Grace Covenant. Si usted dispone de información al respecto, el sheriff de Hatfield ha abierto una línea de teléfono anónima. —El recuadro situado sobre el hombro de la mujer, que mostraba la imagen de una iglesia sombría, pasó al retrato de un hombre alopécico—. *A continuación, nuevas acusaciones en el caso defraude electoral del gobernador de Maine*…

Charlie pausó el vídeo, confiando en que el Sr. Guiñol, dondequiera que estuviera, se sintiera impresionado. Rooster Argent

estaba muerto, tal y como Charlie había predicho.

—¿Lo ves? —dijo Posey—. Sabía que no había sido él.

Charlie ya había olvidado su teoría de que Rooster Argent era el asesino.

—Tenías razón. Error mío.

—¿Eso significa que no vas a ir a ese rollo de la Elevación Umbral, ya que ahora sabes con seguridad que Rooster no estará allí? —preguntó Posey.

Charlie intentó responder con un gesto ambiguo, un encogimiento de hombros que podía no significar nada en absoluto. Debería haber adivinado que Posey sabría de inmediato cuál era el retiro que estaba investigando.

—Yo no he dicho que vaya a ir.

—Entrar en lugares donde no deberías estar es lo tuyo —le recordó Posey.

No tenía sentido negarlo, así que no lo hizo.

Posey se llevó una mano a la cadera.

—Iré contigo.

—No puedes —le soltó Charlie, demasiado sorprendida para meditar sus palabras.

—Y una mierda —respondió Posey—. Quiero saber lo que se cuece entre esos ricachones aspirantes a umbrista. Es una de las conferencias más exclusivas que hay; si tú vas, yo también quiero ir. Sé que puedes colarme allí.

—Es mala idea —dijo Charlie.

—Siempre me tratas como a una cría —replicó Posey—. Me ocultas cosas. Te comportas como si tuvieras que protegerme. Decides mi futuro sin tenerme en cuenta. ¿Recuerdas todos esos meses que te pasaste prácticamente sin salir de la cama? Yo tendré mis problemas, pero tú también.

Charlie se levantó y se puso a limpiar la isla de la cocina: terminó de vaciar las botellas y las latas y las tiró a los cubos de reciclaje. Era un trabajo familiar que evitaba que se le notaran los nervios.

—Nunca he dicho que yo no sea un desastre. Pero no soy la única que oculta cosas.

—¿A qué viene eso? —quiso saber Posey.

Charlie se giró hacia su hermana con frustración.

—¿Qué tal si me cuentas en qué has estado trabajando? —El rostro de Posey se había vuelto cuidadosamente neutro—. ¿Y bien? —Charlie señaló el apartamento—. ¿De dónde sacas el dinero para pagar esto? ¿Y por qué intentas fingir que en realidad es un chollo, cuando sé perfectamente que el alquiler de este bloque es muchísimo más alto de lo que nos podríamos permitir? —Posey le sostuvo la mirada, perpleja. Seguía sin hablar—. Exacto. —Charlie empezó a caminar hacia su habitación—. Mira, yo me he metido solita en este lío y me toca a mí solucionarlo.

—Si yo hiciera por un hombre lo mismo que estás haciendo tú, no dejarías de restregármelo —le dijo Posey en voz alta mientras Charlie se alejaba. Sus palabras le dolieron más de lo que pensaba.

—¿Vuelves a quejarte de Red? —respondió Charlie.

Posey parecía saber, gracias a su intuición de hermana, que había metido el dedo en la llaga.

—Llevas años así, jodiéndote la vida por un inútil detrás de otro. Te crees que puedes conseguir que te quieran si les haces favores que nadie más haría.

—Déjalo ya —dijo Charlie con tono de advertencia.

—Y hablas de la maldición de la familia Hall como si existiera de verdad. —Posey había levantado la voz—. Eso solo fue una tontería que dije una vez.

—Bueno, la vidente eres tú. ¿Quién mejor para hacer una profecía? —Charlie se cruzó de brazos.

—Vas a terminar igualita que mamá —le espetó Posey.

—¿Y cuánto tiempo llevas esperando para decirme eso? —La ira de Charlie se desenrolló como una serpiente con los colmillos goteando veneno—. ¿Pretendes que me ofenda cuando tú no te despegas de mamá? ¿Cuántas veces al día la llamas y le mandas

mensajes, cuando por lo visto piensas que comparar a alguien con ella es un insulto?

—Ha pedido perdón por el pasado —repuso Posey.

—Pero no por lo que hizo ella —dijo Charlie.

—¿Cómo va a hacerlo si nunca le cuentas la verdad de lo que pasó? —A Posey se le iluminó la mirada—. Claro que siempre podría decírselo yo.

—No te atreverás.

Posey sonrió, contenta de haber encontrado un punto débil.

—Pues llévame contigo al Retiro de Elevación Umbral.

Claramente Posey pensaba que Charlie estaba siendo irracional, así que chantajearla estaba justificado. Tal vez ni siquiera pretendiera cumplir su amenaza. Pero Charlie notó que le rugían los oídos por la amenaza familiar de un chantaje, él mismo al que había cedido durante tantos años.

Charlie sacó su móvil y llamó a su madre.

Al fin y al cabo, llevaba todo el día tomando decisiones pésimas.

—¿Charlie? —Su madre contestó al tercer tono.

—¿Qué haces? —preguntó Posey, aunque su voz horrorizada dejaba claro que tenía una idea bastante aproximada.

—No soy médium ni lo he sido nunca —dijo Charlie, hablando deprisa para que no la interrumpiera—. Fingí que canalizaba a ese brujo, Alonso Nieto, para engañarte y convencerte de que dejaras al cabrón de tu marido, que nos maltrataba. Todo fue una actuación. Un espejismo. Y Rand no me enseñaba a ser mejor psíquica. Me enseñaba a ayudarle a estafar a la gente. Era un ladrón.

Charlie cortó la llamada, temblando de rabia.

Posey la miraba boquiabierta.

—¿Pero a ti qué te pasa?

Típico de Charlie Hall. ¿Crees que puedes joderla? Ya se jode ella solita, y el doble.

Su móvil empezó a sonar. Pulsó el botón para enviar la llamada de su madre al buzón de voz.

—Pues que no voy a permitir que me extorsione nadie, y mucho menos tú. Esa chorrada de la médium la hice por ti, porque Travis te pegaba *a ti*. Y tú me odiaste durante años porque no soportabas que mamá me prestara tanta atención. Y estoy segura de que tampoco soportas que el único motivo por el que se ha cumplido tu sueño, el único motivo por el que eres umbrista, es porque yo te lo di.

Posey curvó el labio superior, como un perro enfadado.

—Me quedé con la mejor parte de ti cuando me diste tu sombra. No te queda nada que yo quiera.

Charlie no se quedó atrás ante su crueldad:

—Mejor. Porque me he jodido más la vida por ti que por ningún hombre. Será un alivio que dejes de ser un lastre para mí.

—Mejor —le gritó Posey, agarró su abrigo y se dirigió a la puerta.

Por eso, Charlie se encontraba sentada en el suelo, con los ojos llorosos como una niña pequeña, cuando Red se manifestó. Sus ojos eran dos brasas y seguía siendo mitad sombra, pero se alzaba frente a ella, como una diana en la que descargar todo su dolor y su rabia.

—Mentiroso —le espetó.

Red se quedó callado largo rato. Luego se arrodilló en el suelo, junto a su cama; la luz lo traspasaba, sus ojos eran como agujeros.

—Charlie.

Ella se secó las mejillas con el dorso de la mano. Antes había depositado su ilusión de devolverle la memoria a Red en el vial que había robado de la torre de observación, pero ahora ya no estaba nada segura de lo que quería.

—¿Has…?

—Si pudiera volver a ser él por ti, lo haría. —La invadió el alivio, seguido de cerca por la culpa—. Lo siento —dijo Red—. Por todo.

—Mentiroso —repitió ella, pero ya no había ardor en sus palabras.

—Pues por una parte, entonces —añadió, corrigiéndose con una sonrisa.

Charlie ya se había peleado con su hermana y con su madre, aunque a su madre no le hubiera dado la oportunidad de responder.

No estaba segura de que le quedaran fuerzas para pelearse también con él.

—Explícate. ¿Qué pasó? ¿Por qué no me lo contaste directamente?

Red desvió la mirada, como si le costara mucho contarle todo aquello.

—La invitación a esa casa era una trampa.

—Obviamente —dijo Charlie—. Como hemos visto.

—Era una trampa *para ti* —añadió. Charlie se sobresaltó tanto como si Red le acabara de dar un puntapié en el tobillo—. Rose era una de esas personas que querían hacer el bien en el mundo —continuó—. Estaba ilusionada con su futuro y poseía un entusiasmo sin límites. Y su sombra… Rose hablaba con su sombra. No le daba miedo. —Charlie quería hacerle muchas preguntas, pero se mordió la lengua y esperó—. Si la sombra de Rose se hubiera quedado sin hacer nada cuando mataron a Remy, yo nunca se lo habría perdonado —continuó Red—. Así que, cuando vino a la casa para pedirme ayuda, tenía razón al decir que le debía una. Y si quería que yo la liberara de la persona a la que estaba uncida, estaba dispuesto a hacerlo. Pero algo no me cuadraba. Vi más sombras que acechaban alrededor de nuestra casa. Y me ocultaba información muy evidente, como el nombre de la persona que debía matar.

—Y no me contaste todo esto… ¿por qué?

—Creía que ella me quería matar, y por motivos comprensibles. —Extendió los dedos sobre los tablones del suelo—. No estaba seguro y sentía la obligación de intentar ayudarla. Pero luego me dio miedo que en realidad no fuera a por mí, sino a por ti.

—Pero ¿por qué querría ir a por mí? —preguntó Charlie—. Yo no soy nadie.

—Al principio me preocupaba que quisiera vengarse por Rose —respondió Red—. Pero tú eres la Hierofante e investigas los asesinatos de la Grace Covenant.

—Y deduzco que la sombra de Rose está uncida a la persona que los cometió —dijo Charlie—. La misma marca de cigarrillos. Los

mismos mordiscos en las víctimas. ¿Llegaste a verlo?

—No, no vi a nadie humano —dijo Red—. Me aproximé a la casa por el jardín trasero, pensando que podría acercarme lo suficiente para saber si la sombra de Rose estaba jugando conmigo. No vi nada. Y entonces dos sombras se me echaron encima desde la oscuridad.

»Maté a una y perseguí a la otra hasta el interior de la casa. Mientras peleábamos dentro, me atacó una tercera sombra. Para entonces ya estaba malherido. La sombra de Rose vino a por mí, lista para rematarme. Veía posible que me matara, sobre todo porque yo no quería hacerle daño.

Charlie se estremeció.

—¿Qué hiciste?

—Le dije que tú habías descubierto nuestro plan y que la Cábala estaba de camino. Que había venido a avisarla. Le dije que huyera.

—Muy listo —dijo Charlie con un resoplido—. Pero ¿de verdad no viste al umbrista?

—Lo siguiente que vi fue a ti.

—Por suerte para ti. —Charlie le sostuvo la ardiente mirada.

—Estaba equivocado contigo. Debería haberte visto con más claridad, pero ahora te veo. Tengo que pedirte perdón por muchas cosas. —Inspiró hondo, aunque Charlie no estaba segura de que necesitara respirar—. No siempre pienso como una persona.

Red pensaba como una persona que se había criado con un ricachón sociópata que tenía y hacía todo lo que le daba la gana, pero no estaba dispuesta a excusarlo.

Él captó su mirada.

—Lo siento muchísimo. No volveré a ocultarte nada. No tomaré decisiones por ti. No me apropiaré de nada tuyo, ni siquiera del peligro que puedas correr.

Charlie notó calor en las mejillas. Nadie le hablaba de esa manera, y no quería que Red viera lo mucho que la conmovía.

—Una disculpa preciosa —dijo, tratando de aparentar frialdad—. Me pensaré si la acepto.

Él cerró los ojos.

—Eres más generosa de lo que merezco.

Bueno, pues Charlie tenía algo que decirle ahora que estaba tan arrepentido.

—Por cierto, mmm… He planeado una tontería y es posible que haya tenido que utilizar el nombre de Remy Carver. Voy a ir a Solaluna para robarle las sombras al Sr. Guiñol antes de que se las venda a una panda de cabronazos ricos.

Red levantó la mirada y enarcó las cejas.

—¿Y necesitas que otro cabronazo rico te abra la puerta?

Charlie se encogió de hombros, porque seguía enfadada con él y no estaba dispuesta a reconocer que había hecho algo mal.

—Si no quieres ayudarme, me buscaré la vida.

—¿Y no verte en acción? —preguntó con una luz en los ojos. Como si quizá no le molestara tanto que Charlie fuera una charlatana. Como si quizá eso le gustara.

—El Sr. Guiñol te prometió la libertad —le recordó Charlie—. Si lo conseguimos y él lo descubre, no te apoyará ante las Cábalas.

—Nunca me pondrían en libertad —dijo Red—. Aunque fuera verdad que el Sr. Guiñol hablaría en mi favor, cosa que dudo mucho.

Charlie pensaba que podía haber alguna forma de obligarlo a cumplir su palabra.

—Aun así.

—¿Quieres salvar sombras? —preguntó Red con delicadeza, pero con total seriedad—. Te ayudaré.

Charlie sonrió de oreja a oreja.

—Qué bien, porque la habitación está reservada a tu nombre. Pero tranquilo, que la he pagado con la tarjeta de crédito de Topher.

Red soltó una fuerte carcajada.

—¿A qué edad empezaste a timar a la gente? —Su tono no era reprobador.

—A los trece años —respondió ella—. O puede que a los catorce. Me imagino que Rand necesitaba a una niña.

—Yo tenía más o menos esa edad cuando nos mudamos a la casa de Salt.

Charlie convirtió su voz en un susurro, como si, al formularla en voz baja, la pregunta fuera menos terrible:

—¿Y te convertiste en su asesino personal?

Red hizo un gesto con sus anchos hombros, a medio camino entre la indiferencia y la afirmación.

—Salt le dijo a Remy que su madre necesitaba ayuda. Se ofreció a ingresarla en el mejor centro de rehabilitación de la Costa Este, siempre que Remy le ayudara con algunos problemillas.

—Qué cabrón —dijo Charlie—. Remy era su nieto. Ella era su hija.

Red parecía estar intentando adivinar lo que pensaba Charlie de él.

—Al principio fueron cosas pequeñas. Espiar. Robar.

—Sí, siempre se empieza por cosas pequeñas —reconoció Charlie con un suspiro—. Y luego las utilizan para obligarte a hacer las grandes. Cuando quieres darte cuenta, estás metido hasta el cuello.

—¿Rand? —dijo Red. Charlie desvió la mirada.

—No era mal tío.

—¿Con qué te chantajeaba a ti?

Charlie abrió la boca, sin saber si iba a mentir o no, pero la garganta se le cerró antes de pronunciar las palabras. Habría sido más fácil contárselo si Red no le gustara tanto, pensó. La vergüenza de lo que había hecho (de haber engañado a su madre de una forma tan infantil y torpe, y haberse salido con la suya) estaba muy reciente en su mente.

Aun así, tal vez Red fuera precisamente el único que no la juzgaría por ello.

Inspiró hondo y bajó la vista hasta el suelo para evitar su mirada mientras le contaba lo que había pasado cuando Travis se había mudado con ellas. Que le pegaba a Posey y que su madre no se lo creía. Y que Charlie, que siempre tramaba algo, se había hecho pasar por médium. Que había canalizado a Alonso Nieto, el brujo.

Que había conseguido que su madre se lo creyera. Que se había sentido más interesante y querida siendo Alonso de lo que nunca se había sentido siendo ella misma a ojos de su madre.

Y que después Rand había descubierto su secreto.

—Iba a contárselo a mi madre. Y ella me habría odiado —dijo Charlie—. Me habría echado la culpa por arruinar su matrimonio con Travis.

—Y ahora ella ya lo sabe —dijo Red.

Charlie siguió mirando el suelo.

—Puede que no se enfade tanto. Creo que es feliz con Bob…

—¿El de las cartas de *Magic*? —preguntó Red.

A Charlie siempre le había sorprendido que Vince prestara atención a los pequeños detalles. A sus comentarios casuales sobre la gente o su propio pasado. A los cotilleos que corrían por el Rapture. Ninguno de sus novios lo había hecho nunca, y resultaba alarmante y gratificante a partes iguales. Vince la veía, pero a veces Charlie se sentía más segura cuando no la veía nadie. Red también la veía, y eso volvía a ponerla nerviosa.

—Sí, el de las cartas de *Magic* (que va a querer que vengas a la cena de Navidad, por cierto), pero incluso si mi madre no está enfadada por lo de Travis, le cabreará que la haya puesto en evidencia. Y le he arrebatado algo. Ella creía de verdad que había hablado con un fantasma que la había elegido por su importancia espiritual.

Red reflexionó durante un rato.

—¿Y ella qué creía que hacías con Rand?

Lo preocupante no era solo la atención que Red prestaba a lo que le decía Charlie. Se le daba inquietantemente bien detectar la parte de una historia que no terminaba de encajar, la nota discordante. A él nunca había sido fácil timarlo.

—Él participaba en su grupo espiritual, así que mi madre pensaba que me enseñaba a mejorar mis habilidades… de médium.

Red le echó una mirada de incredulidad.

Charlie se encogió de hombros. Era solo una parte de la montaña de cosas sin decir que había entre su madre y ella: cosas que era mejor no tocar, pero que siempre le incomodarían. Ya entonces no le había parecido normal que su madre dejara que Rand pasara tanto tiempo con ella. Charlie, una niña, a solas con un tío mucho mayor. Y aunque se había dedicado a enseñarle el arte del timo, la estafa y el carterismo, eso su madre no lo sabía. Rand no era una bellísima persona, pero podría haber sido infinitamente peor. Charlie no se hacía ilusiones de que su madre no hubiera visto nada perverso en que un hombre adulto pasara tanto tiempo con una de sus hijas y luego la mandara a casa con dinero o regalos. Como no quería hablar de eso, cambió de tema:

—¿Por qué me ayudaste aquella vez?

—Eh… —titubeó Red.

Charlie volvió a imaginárselo, con el aspecto de niño que habría tenido entonces, acuclillado sobre el cuerpo de Rand y con la boca ensangrentada.

—Remy nunca se enteró, ¿verdad? —Red negó con la cabeza—. ¿Te resultaba difícil ocultarle cosas? —Charlie se abrazó las rodillas.

—No —respondió Red—. Él quería que le ocultara cosas. Para eso servía yo. Como una cámara acorazada llena de todo aquello que no quieres ver.

No le gustaba que hablara de sí mismo de esa manera.

—¿Y por qué me ayudaste a escapar de la mansión aquella noche?

—Porque creí que tenías una oportunidad —contestó él—. Y me caíste bien; lo del zumo de remolacha fue divertido e ingenioso. Tal vez habría funcionado, antes de que Salt descubriera la magia de sombras. No quería que acabaras igual que los demás.

Charlie pensó en cuántas personas habría visto morir Red, asesinadas por Salt y sus amigos. Pensó en lo que había dicho Adeline sobre su propia participación y sobre lo que Red se había visto obligado a hacer.

—¿Alguna vez Remy hizo daño a…? —empezó a decir Charlie.

Él desvió la mirada.

—Remy nunca hizo nada con sus propias manos.

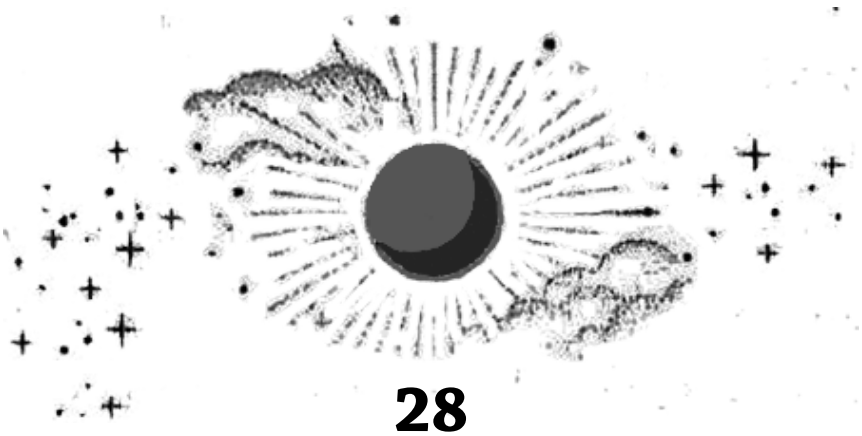
Aunque a Red se le diera bien detectar la nota discordante en historias ajenas, eso no quería decir que las percibiera en la suya propia. Charlie estaba segura de que echaba de menos a Remy. Estaba segura de que quería a Remy y habría hecho cualquier cosa por recuperarlo. Pero por debajo de todo ello había furia, por haber tenido que cargar con la peor parte del dolor de ambos durante tanto tiempo. Rabia, porque se había sentido querido, pero no tanto como para que la persona que lo quería dejara de utilizarlo de manera cruel. Y culpa por la muerte de Remy, que le impedía analizar ninguna de esas emociones y las dejaba pudrirse dentro de él.

Charlie reconocía esa sensación.

—Él querría que fueras feliz.

—Eso no lo sabes. —Red no fue brusco, pero Charlie detectó la tensión de su voz.

—Quería que comieras tarta de cumpleaños —le recordó—. Y cuando se estaba muriendo, te entregó todo lo que quedaba de él. Sabía que no podías salvarlo, pero que sí podías salvarte tú.



28

IDENTIDADES INSÓLITAS

La entrada de Solaluna tenía una verja con un interfono a la izquierda. Al otro lado únicamente se veían árboles, ni un solo edificio. Una valla de poca altura se extendía en ambas direcciones desde la puerta, pero si la seguridad era tan laxa como parecía, Charlie habría podido saltarla sin que nadie se diera cuenta.

—Bienvenidos a Solaluna —dijo una voz por el interfono.

Charlie miró a Red y señaló el altavoz con la frente.

—Soy Remy Carver —dijo este con voz ácida—. Vengo a registrarme. —Red cerró la ventanilla del coche mientras la verja se elevaba—. Hacerme pasar por él es como escupir en su tumba.

Así era Charlie Hall: utilizaba a todos los que la rodeaban. Podía echarle la culpa a su educación o a Rand, pero, fuera cual fuera el motivo, explotar ventajas se había convertido en su naturaleza. Y Red estaba lleno de ventajas.

—Pero tienes razón. Esto es lo que él quería para mí —continuó Red, lo cual sorprendió a Charlie—. Que viviera. Que pudiera tener

todo lo que quisiera. Y rechazar ese regalo sería peor que cualquier cosa que pudiera hacerle a su recuerdo.

Ella lo miró aturdida.

—¿Entonces vas a quedarte el dinero?

—Cuando esto termine —respondió Red—. Voy a quedármelo todo.

La carretera subía por la colina hasta un gran edificio blanco repleto de ventanas. Mientras Charlie se aproximaba con el coche, distinguió a un hombre que les hacía señas con la mano, vestido con una chaqueta azul marino y una gorra de béisbol rosa con la palabra «solaluna» en letras blancas.

Red, sentado a su lado, se había puesto unas gafas de sol que le conferían un aspecto adecuadamente resacoso y tenían la ventaja añadida de taparle los ojos en caso de que empezaran a arder sin previo aviso.

—Podemos aparcarles el coche —se ofreció el hombre cuando Charlie bajó la ventanilla. Bajó del vehículo, agradecida de tener el Porsche para no tener que pedirle al aparcacoches que se subiera a una furgoneta blanca hecha polvo.

Charlie había hecho todo lo posible para prepararse para aquella empresa en el escaso tiempo que había tenido: un vestidito negro, el pelo peinado hacia atrás, maquillaje natural, mallas y las botas Prada de Adeline. No tenía abrigos apropiados, así que no había traído ninguno.

Los tatuajes le asomaban por el escote. *Son malos para el negocio*, le había dicho Rand cada vez que se cruzaban con otro delincuente tatuado. *Demasiado fáciles de recordar*.

Pero justo ese había sido el motivo por el que Charlie había terminado haciéndoselos. Se había transformado tantas veces que había dejado de saber quién era. Necesitaba algo que la mantuviera fija. Algo que la estabilizara. Algo que dijera: «Esta es la pierna de Charlie Hall, llena de estrellas. Este es el cuello de Charlie Hall, con escarabajos dibujados».

El aparcacoches sacó del maletero del Porsche la única y pequeña maleta que habían traído. Lo siguieron al interior.

Red vestía pantalón oscuro, zapatos negros y un delgado jersey de cachemira. Encima llevaba un chaquetón de lana. Él sí parecía encajar allí, y no solo por la ropa.

Un aroma a romero y eucalipto llenaba el vestíbulo, como si estuvieran en un spa de lujo. Junto a una enorme lámpara de cuarzo rosa, había una pequeña zona de espera con sillones color crema de aspecto rugoso.

Una mujer les sonrió desde el otro lado de un mostrador de hotel de madera clara.

—¿Remy Carver? —Red tenía los hombros anchos y mucho dinero. ¿Cómo no iba a sonreír?—. Solo necesito un documento de identidad y… ¿Desea usar la misma tarjeta que tenemos registrada?

Charlie abrió la boca para inventarse algún cuento.

—¿Me deja su móvil? —le preguntó Red a la recepcionista antes de que Charlie pudiera hablar.

—¿Sr. Carver? —dijo ella, claramente confundida.

—Por favor —insistió con la mano extendida.

La mujer lo sacó de su bolsillo, lo desbloqueó y se lo puso en la palma de la mano.

Red abrió un artículo en el que se explicaba que lo habían hallado en el sótano de su abuelo, cuando todo el mundo lo daba por muerto. Luego le devolvió el teléfono.

—Ahora mismo no tengo carné de conducir, pero en este artículo aparece una foto mía.

Ah, muy listo.

La mujer del mostrador parecía aturullada.

—Supongo que nos basta con esto.

Red sacó de su cartera la tarjeta de crédito que le había dado Adeline y la depositó sobre el mostrador.

Charlie estuvo a punto de atragantarse. Red acababa de solucionar de un plumazo el problema de la tarjeta de crédito de Topher.

—Aquí tiene su llave, Sr. Carver —dijo la mujer—. Un mayordomo privado se ocupa del búngalo. Estoy segura de que dispondrá de todo lo que necesite, pero si no es así, puede llamarme.

—Debería haber apuntado tu número personal —respondió, con el tono más privilegiado y ligón que Charlie habría podido pedir.

Aquello se le daba bien. Improvisar. Comportarse de manera relajada, como si hubiera venido a Solaluna para disfrutar de un fin de semana de descanso y recuperación, y no para robar sombras a los cabalistas.

La mujer del mostrador miró a los ojos a Charlie con expresión culpable. Pero ella no estaba segura de que eso quisiera decir que la recepcionista no se sintiera tentada. Remy Carver parecía pésimo como novio, pero interesante como lío de una noche.

Quizá Red se sentía tan cómodo representando el papel de niño rico de la alta sociedad porque eso era justo lo que era.

Si se quedaba con todo lo que le ofrecían, como había dicho que pensaba hacer, ya no le haría falta fingir. Eso si conseguía escapar de la Cábala, claro.

—Llevaremos sus cosas al búngalo —continuó la mujer—, pero mientras tanto puede visitar el edificio principal y el recinto. Si desea que alguien…

—Nos las apañamos solos —la interrumpió Red con una pizca de brusquedad. Para suavizar sus palabras, le echó un brazo por los hombros a Charlie y la guio hacia la biblioteca—. Venga, cariño. Vamos a perdernos por ahí.

Charlie notó que le subía un calor por el cuello, como una especie de placer prohibido. No trabajaba así con nadie desde… en fin, nunca. Con Rand, Charlie no había sido su igual ni había tenido elección. Con Mark, él era demasiado competitivo para que Charlie pudiera fiarse de que le siguiera el juego. Incluso con Vince, los dos habían fingido demasiado como para verse con claridad hasta el último momento.

Charlie y Red pasaron del vestíbulo a un comedor. Estaba casi vacío, salvo por una pareja madura que compartía en silencio una

gran tetera y una bandeja de sándwiches de tres pisos. No vestían de manera formal ni lucían marcas evidentes en su ropa, pero aun así exudaban el lustre del dinero.

Charlie se preguntó cuánto se había equivocado ella con su atuendo. El peinado estaba mal, concluyó. Aunque, por supuesto, ella no necesitaba hacerse pasar por una novia rica. Solo por la novia de un rico.

—Tenemos que averiguar dónde guardan las sombras. Si pudiera echar un vistazo al libro de reservas de la recepción, a lo mejor reconocería algún nombre. —Por el camino, le había hablado a Red de su visita al Sr. Guiñol—. Si no, vamos a tener que registrar las habitaciones.

—Puede que sea más sencillo conseguir el registro de la conferencia —propuso Red.

A Charlie le parecía improbable que los invitados de la Cábala figuraran en la lista de registro con todos los demás huéspedes, pero era una tontería no comprobarlo.

—Hay que hacerse amigos de alguien que nos pueda dar acceso.

Él le sonrió, como un lobo a otro.

La biblioteca con paneles de madera tenía, en la pared del fondo, una larga barra de bar de peltre reluciente. Alrededor de las mesitas de café con tablero de cuarzo rosa estaban dispuestos unos sofás biplaza de piel color crema. Las velas titilaban en unos recipientes de cristal rosa.

Charlie creyó oír la palabra «penumbra» en una mesa ocupada por varios hombres de mediana edad. Parecía prometedor.

Si prestaba atención, podría distinguir a más asistentes a la conferencia. Tenía que averiguar si llevaban alguna insignia o alguna otra cosa que se pudiera falsificar con facilidad.

Una mujer con camisa blanca y corbata se acercó a su mesa y les entregó sendas cartas de bebidas con bordes dorados. Charlie pidió una copa de vino rosado que no tenía intención de beberse. Red pidió un Martini.

En cuanto la mujer se fue, Charlie lo miró con las cejas enarcadas.

—Ya sé: no es lo que pido siempre —adivinó Red—. Pero es que ahora no soy el de siempre.

—Me gustan todas tus identidades —dijo Charlie.

Red sonrió.

—Unas más que otras.

—Me gustas *tú* —insistió ella.

Él desvió la mirada, como si no se lo creyera del todo. O tal vez no quería oírlo de sus labios.

Charlie cambió de tema con tono despreocupado:

—No mires, pero creo que esos caballeros de allí han venido al retiro.

Red siguió mirándola a ella.

Charlie abrió la boca para decir algo más cuando un hombre se detuvo junto a su mesa. Vestía un polo blanco y otra de esas gorras de Solaluna.

—Hola, ¿el Sr. Carver? ¿Señorita…?

—Lena Hall —respondió Red, señalando a Charlie con un gesto.

Ella le dedicó lo que esperaba que fuera la sonrisa de una mujer a punto de pasar un fin de semana lujoso con su novio.

El hombre sonrió.

—Soy Michael, su mayordomo. Si ya han terminado, puedo acompañarlos a su búngalo. Su equipaje ya está allí.

—Siempre que podamos llevarnos las copas —dijo Red con perezosa arrogancia.

—Faltaría más. —Michael llamó la atención del barman, que en ese momento agitaba el Martini, y señaló con la barbilla en dirección al exterior.

—¿Antes tenemos que pagar…? —preguntó Charlie, girándose hacia su bolso.

—No es necesario —se adelantó Michael—. Aquí preferimos simplificar las cosas.

Charlie se mordió el carrillo, enfadada consigo misma. Lena, la novia, no se preocuparía por pagar facturas.

Caminaron con sus bebidas hasta un carrito de golf. Charlie se bebió la mitad de la copa de vino que se había prometido no probar, procurando no derramarla mientras el vehículo traqueteaba por un estrecho camino de tierra hasta llegar a una cabaña de cuento de hadas, con ribetes de estilo pan de jengibre y contraventanas francesas de color azul claro.

Michael aparcó el carrito de golf en la entrada y le tendió las llaves a Red.

—Si no le apetece conducir, puede llamar a recepción para que vengamos a recogerlos.

Red aceptó las llaves sin decir nada.

Michael abrió la puerta del búngalo y les mostró la sala de estar. Dos elegantes sofás de color crema estaban dispuestos frente a una chimenea eléctrica con repisa de estilo Artes y Oficios. En una larga barra lateral con encimera de piedra había un rincón de desayuno, con una cesta de bienvenida rebosante de fruta, chocolatinas, galletas y vino.

Red cruzó la sala en dirección al dormitorio mientras Michael le enumeraba todas las comodidades. Cuando regresaron, Red se repantigó en el sofá como si fuera suyo.

Mientras Red intentaba reservar una especie de visita al spa para el sábado y Michael trataba de persuadirlo para que les dieran los masajes en su propia habitación, sin decir abiertamente que quería alejarlos del Retiro de Elevación Umbral, Charlie se asomó al dormitorio.

Una gigantesca cama con dosel dominaba la estancia. Había chocolatinas en las almohadas, además de unos saquitos de lavanda. Todas las ventanas estaban revestidas de ónice, lo cual era interesante. Se planteó esconderse en el cuarto de baño hasta que Michael se marchara.

A Charlie le resultaba difícil aparentar opulencia y privilegio al lado de Red. Era como poner una moissanita al lado de un diamante

auténtico.

Al otro lado de la puerta del baño, Charlie vio una bañera hundida y lo que parecía ser una cabina de vapor. La bañera parecía lo bastante profunda para desaparecer en su interior.

En la estancia principal, oyó que Red reservaba una cena para las ocho de la tarde.

Charlie regresó al dormitorio y pasó junto a un elegante conjunto de cuadros de colmenillas pintados con acuarelas. Deslizó la mano por las sábanas blanquísimas e inspiró hondo.

En ese momento se le ocurrió que, si el plan fracasaba, todavía podría disfrutar de un fin de semana lujoso y romántico con Red. Este había dejado su tarjeta de crédito; Charlie no tendría que buscarse la vida para pagar todo aquello. ¿Cómo sería dejar de preocuparse por si encajaba o no, dejar de representar un papel, puesto que ahora era una huésped de verdad y no tenía que pensar en eso? Podían aprovechar el tiempo para descubrir qué había entre ellos.

Se obligó a regresar al salón, y llegó a tiempo para ver que Michael se despedía con la mano y se marchaba.

Red levantó la cabeza para mirarla.

—Ojalá no tuviera que pedírtelo, pero necesito sangre.

Charlie parpadeó sorprendida, en parte por sus palabras y en parte porque acababa de abandonar por completo su actuación como Remy.

—Vale. —Se sentó en el sofá y extendió la mano. Tenía un padrastro en un pulgar, así que se lo arrancó con los dientes y vio brotar la sangre. No era mucha, pero lo más importante era la energía.

Debería haber sabido que Red necesitaría sangre. Cuando estaban a solas se mostraba a medias en su forma de sombra, con los bordes difuminados. Hacía poco tiempo que había estado malherido.

Red se inclinó sobre la mano de Charlie. Ella sintió un escalofrío cuando notó el humo de su lengua presionándole la piel, cuando se

acercó su pulgar a la boca y lamió la sangre. Se estremeció. De pronto notaba la piel demasiado tirante; el aire que respiraba era demasiado caliente y escaso. El deseo se extendió por su vientre. Su mirada se posó en los labios rosados de Red, en la larga línea de su espalda, en sus muslos extendidos.

Al cabo de un momento, Red se echó hacia atrás. Cuando se quitó las gafas de sol, sus ojos llameaban.

El corazón de Charlie iba a trompicones. Quizá incluso le doliera. Se preguntó si eso era lo que se sentía justo antes de que dejara de latir.

—Se te da muy bien hacerte el millonetis —dijo, intentando centrarse en no ponerse en ridículo.

Red contempló la oscuridad por la ventana.

—Forma parte de mí, puede que más de lo que pensaba. Aunque lo deteste. Al vivir con alguien durante tanto tiempo, supongo que era inevitable que se me pegara algo de él.

—¿De Remy? —consiguió decir Charlie. La presión del pecho se alivió.

Red apartó la mirada de ella.

—No. De Salt.



Aunque habría preferido acurrucarse en el sofá con una botella de Pellegrino de la nevera y todas las uvas y las galletas de la cesta de bienvenida, Charlie se obligó a arreglarse para la cena. Se puso un vestido lencero negro, una de las pocas prendas formales que tenía, aunque le aplastaba las tetas. Luego se puso delineador líquido encima de un poco de sombra de ojos con brillo e intentó taparse los últimos restos del ojo morado con una nueva capa de corrector y abundante maquillaje en polvo. Finalmente, añadió un pintalabios de color intenso como distracción, aceite perfumado y unos pendientes de aro dorados.

La novia de un rico no tenía por qué parecer tremendamente adinerada, así que daba igual que los zapatos no fueran de marca. Esperaba que tampoco pasara nada por llevar un bolso de mano metálico *vintage* que se había comprado en un mercadillo y que todavía no había tenido ninguna excusa para usar. Estaba segura de que nadie se daría cuenta de que los pendientes no eran de oro auténtico.

Se creyó todo eso hasta que vio a Red. Red, con un traje gris que parecía hecho a medida para los anchos músculos de sus hombros y resaltaba su fuerza y vigor con inquietante facilidad. Red, con el cuello de la impecable camisa blanca abierto y los zapatos relucientes cual caparazones de escarabajos negros.

Él la miró parpadeando; por un momento, Charlie quiso pedirle disculpas. *Sé que no tengo el aspecto correcto*.

—He salido a explorar un poco —dijo él—. He visto otros dos búngalos a los que se puede llegar paseando. No sé si se alquilan o si son otra cosa, las *suites* de los propietarios o los dormitorios del personal nocturno. Podemos investigarlos juntos más tarde.

—Después de cenar —dijo Charlie.

Red le ofreció el brazo y, por un instante, fue como estar en una película. Charlie apoyó la mano en su manga y Red la escoltó hasta el lado del copiloto del carrito de golf.

—¿Cuándo aprendiste a conducir? —preguntó Charlie. Él la miró de reojo—. ¿Cuando no le apetecía a Remy? —aventuró.

Red se encogió de hombros y no contestó. Era evidente que no quería decir demasiadas cosas negativas de Remy, lo cual significaba que había cosas negativas que decir. Se imaginó a Rem Carver inconsciente en la parte trasera de un coche y a Red al volante.

Era inquietante pensar que tu sombra pudiera permanecer despierta mientras tú dormías. Pero habría sido aún más inquietante que Red se hubiera visto obligado a dormir cuando Remy lo hacía, claro.

Una vez dentro del edificio principal de Solaluna, el *maître* los condujo hasta una mesa situada al lado de una ventana con vistas al

recinto cubierto de nieve.

Charlie se sentó y pensó en la última vez que había estado en una mesa como aquella, con Salt. En esa ocasión había tenido mucho miedo (y una resaca horrorosa, la verdad) y Salt la había advertido sobre Red. *Un Estrago capaz de hacerse pasar por una persona, con un hambre insaciable*.

—¿Tienes frío? —le preguntó Red.

—Debería haber traído un jersey —contestó Charlie. Él se quitó la chaqueta—. No lo decía por… —Red se la tendió con expresión firme —. Quiero decir que no hace falta… —dijo, aparentemente incapaz de terminar una sola frase. Aceptó la chaqueta.

La prenda se posó sobre sus hombros; desprendía un calor que tal vez procediera de la propia sangre de Charlie. La luz de la vela central de la mesa daba a los ojos de Red el color escarlata de los rubíes.

Su camarero llegó y les puso delante sendos platitos blancos. Contenían lo que parecía ser un hojaldre diminuto, una seta rellena de algo y una pincelada de salsa verde.

—Con los saludos del chef.

Charlie pinchó el hojaldre con el tenedor mientras el camarero servía en su copa lo que primero identificó como un Veltliner. El hojaldre sabía a queso y salvia. Lo bajó con un largo trago del vino verdoso; la sensación en la lengua era astringente.

—Admiro lo bien que representas tu papel —dijo Charlie—. Pero verte aquí es como ver una parte de ti que no conocía.

Red dejó que una sonrisa se deslizara por su rostro.

—¿Te molesta?

Charlie notó que se le calentaban las mejillas, porque sí que le molestaba. Le hacía sentir que existía un abismo entre ellos, uno más profundo que el hecho de que Red fuera una sombra.

—Sabías demasiado sobre relojes caros —contestó—. Debería haberme dado cuenta, pero solo me hizo sospechar que quizá fueras un ladrón.

Se echó a reír, no sin cierta amargura.

—Supongo que lo soy, un poco. Robaba vidas por orden de Salt. Y dejando a un lado lo que quisiera Remy, sigo estando hecho de fragmentos suyos.

Ella le sostuvo la mirada.

—¿Sabes cuando cortas un gusano por la mitad y los dos lados vuelven a crecer? ¿No podríais haber tenido su vida los dos?

—No es verdad —dijo Red—. Es un mito.

—¿El qué?

—Lo de los gusanos —respondió—. Se mueren y punto.

Charlie no quería creerlo. No solo porque eso era menos mágico, sino porque significaba que había hecho cosas malísimas de niña, cuando llovía y le daba por jugar a los científicos locos.

—Finjamos que es verdad —repuso—. En aras de la metáfora.

—¿Tu sombra es la mitad de ti? —preguntó Red.

—Supongo que la considero una hermana —dijo Charlie, enarcando las cejas—. Ya que ahora la porta mi hermana.

Red miró a su alrededor, tal vez con la esperanza de cambiar de tema.

—¿Ves a alguien de quien merezca la pena hacernos amigos?

—Será más fácil mezclarnos con un grupo que con una pareja —respondió Charlie, analizando las posibilidades—. O con personas que hayan venido solas.

Había seis mesas ocupadas. En torno a una estaban congregadas seis mujeres, muy arregladas y bebiendo cócteles en lugar del maridaje de vinos. En otra mesa, dos hombres estaban sentados juntos, tomando el postre con unas tacitas de café y cuchicheando. En la tercera, un hombre maduro y una mujer comían sin sonreír ni conversar; Charlie reconoció a la pareja que había visto antes. Otro hombre estaba sentado solo, escribiendo en un cuaderno mientras se le enfriaba el entrante.

Charlie desvió la mirada hacia la chimenea. Y se quedó helada.

Otra pareja estaba sentada frente a la chimenea. Aunque el hombre le daba la espalda, de forma que Charlie no podía ver nada más que sus hombros y su pelo descuidado, lo reconoció.

Mark, su exnovio, al que había visto por última vez en el Rapture, dándole excusas por haberle pegado un tiro. Al que esperaba no volver a ver jamás. Lo único que podía haberlo traído hasta un lugar como aquel era un timo. Si veía a Charlie, pensaría lo mismo de ella y también acertaría.

El camarero había vuelto con el primer plato: ensalada de vieiras y pomelo, al estilo ceviche. Les sirvió otro vino blanco. Esta vez un Riesling.

Charlie notó que se le aceleraba el corazón mientras captaba la mirada de Red.

—¿Ves a ese tío que está en la mesa más cercana a la chimenea? —Red miró con discreción y entornó los ojos—. Es Mark —dijo Charlie—. ¿Qué coño pinta aquí?

Red alzó las cejas.

—La oferta que te hice sigue en pie.

—Me tienta. —Charlie se bebió de un trago media copa de vino.

Si Mark estaba allí, lo más lógico era que tuviera alguna relación con el retiro. ¿Y si el Sr. Guiñol lo había encontrado y le había encargado el mismo trabajo que le había ofrecido a Charlie? ¿Y si Mark era el siguiente cosechador que iba a robar sombras para las Cábalas? En tal caso, si Charlie lo seguía, tal vez él la conduciría hasta donde se guardaban las sombras.

El tercer plato eran medallones de cerdo con bayas de enebro picantes. Mientras se los comía, pensaba en buscar alguna excusa para tirar al suelo el cuaderno del hombre solitario a modo de presentación. Procuraba ignorar a Mark, aunque no podía evitar echarle una mirada de soslayo cada cierto tiempo.

Charlie se había bebido la mitad del vino anaranjado que les habían servido con el cerdo cuando Red habló:

—No he sido muy justo contigo.

—Me has enviado algunas señales contradictorias —admitió Charlie—. ¿Como que me odias, pero a la vez te pongo un poco cachondo?

Red se inclinó hacia atrás, con los ojos medio entornados y una sonrisa tironeándole de la boca.

—Yo nunca te he odiado.

—¿No? —La mirada de Charlie no vaciló.

Red bebió un sorbo de vino. Sus ojos estaban turbios.

—Me hiciste sentir cosas que no quería sentir. Cosas que nunca había sentido. Cosas egoístas, desagradables. Cosas desesperadas.

—No sé cómo tomarme eso —dijo Charlie—. No suena muy bien.

—Me asustaban —continuó él—. ¿Conoces el cuento del chico que no conocía el miedo? Es muy raro. Un chico que nunca ha tenido miedo sale de su hogar para buscar fortuna y lo retan a pasar la noche en una casa encantada. Un montón de fantasmas decapitados y otras cosas intentan matarlo del susto, como a tantos otros, pero él no se asusta porque, en fin, no conoce el miedo. Obtiene su recompensa, termina casándose con una princesa, y en su noche de bodas, su esposa se entera de su falta de miedo. Para enseñárselo, le echa encima un cubo lleno de anguilas en el lecho nupcial. Las contorsiones de las anguilas le resultan tan extrañas que se estremece, tiembla y cree que por fin ha sentido miedo.

»Fiona se lo leía a Remy cuando éramos niños y a mí me parecía el cuento más raro que había oído. Durante mucho tiempo, creí que las anguilas tenían algo que ver con el matrimonio.

Charlie enarcó las cejas.

—¿Y qué significa?

—Mira, sigue siendo un cuento raro. Pero creo que habla de que el deseo es aterrador. El amor es aterrador. —Sacudió la cabeza—. Y para alguien que ha pasado mucho tiempo intentando no sentir, supone una amenaza. Un ataque.

—Entonces, sí que te gusto —dijo Charlie, intentando descifrar lo que quería decir—. Pero preferirías que no, ¿es eso?

Red se llevó las manos a la cabeza.

—Esto se me da fatal.

Pero lo intentaba. Intentaba contarle algo que no era fácil, pero sí cierto.

—No —dijo Charlie—. Continúa.

—En la casa de Salt, cada vez que alguien te importaba, él encontraba la forma de utilizarlo en tu contra. De hacer que os traicionarais. —Red sacudió la cabeza—. Me parecía imposible que hubieras sacrificado tanto, sabiendo lo que era yo. No podías ser tan valiente e imprudente como parecías. Y luego, cuando me di cuenta de que sí que lo eras, ya lo había estropeado todo. Me gustas muchísimo, Charlie.

Charlie, que no estaba acostumbrada a que le dijeran esa clase de cosas, solo pudo responder:

—Mi nivel de imprudencia es bastante inverosímil.

—¿Y si nunca recupero los recuerdos? —continuó Red, como si, ahora que había empezado a hablar, fuera incapaz de parar—. Sé que tenías la esperanza de que, si me devolvías la parte que me había robado la Cábala, volvería a ser él. Sé que a veces, cuando me miras, lo ves a él. Pero yo no soy él. Y no quiero serlo. Me da miedo perder lo poco que hay de mí. Me da miedo que todo lo que te gusta de mí en realidad no sea yo.

Pues claro que alguien a quien le habían impuesto recuerdos no quería tener más. Pues claro que la idea de no recordar algo daba tanto miedo como que te obligaran a recordar. Para él, ser Vince estaba mezclado con ser Remy. Y Charlie no podía reprochárselo, ya que él se veía obligado a responder a ambos nombres.

Y era lógico que le diera miedo que quien gustaba a los demás no fuera él, sino otro.

—Me alegro de que seas tú quien está aquí conmigo. —Charlie se inclinó para darle la mano—. Tú y nadie más.

Red le sonrió desde el otro lado de la mesa; la curva de su boca y la luz llameante de sus ojos estaban repletos de promesas.

Charlie se preguntó por lo que pasaría cuando regresaran al búngalo. Entonces levantó la cabeza y vio que Mark ya no estaba en la mesa.

—Se ha ido —balbuceó—. Quería seguirlo.

Charlie se quitó la chaqueta de Red y salió rápidamente del comedor, en dirección al bar contiguo. Mark no estaba allí. Miró en todas direcciones, desesperada, pero no había el menor indicio de que hubiera estado en aquel edificio.

La garganta le picaba de vergüenza. Se había distraído tanto que ni siquiera se había fijado en que Mark se marchaba. Como no tenía ninguna excusa para estar deambulando sin rumbo, trató de aparentar que se había perdido mientras buscaba el aseo.

De camino, oyó a dos camareras cuchicheando.

—¿Te has enterado? Ese tío que está ahí solo. Su padre lo torturaba. Es una historia muy jodida.

Charlie se quedó helada.

—Por eso irá con ella —susurró la otra—. La sinsombra. A mí me daría un mal rollo de cojones tenerla cerca.

Charlie les echó una mirada asesina y entró en el aseo. Se retocó el pintalabios y se miró al espejo. Con el vestido lencero, los tatuajes y las curvas a plena vista.

Se decía que las personas sin sombra no tenían alma. Y aunque Charlie nunca se lo había creído, era más fácil ignorar las supersticiones populares cuando no le afectaban a ella. Pero esta vez no pudo evitar preguntarse si de verdad había algo turbio en ella, si acaso le faltaba una parte esencial de sí misma.

Hay algo turbio en ti desde mucho antes de que perdieras la sombra, se dijo.

Cuando salió del aseo, un camarero la vio.

—¿Señorita? —le dijo—. Acabamos de servir el postre en su mesa.

Charlie apretó los dientes, enderezó los hombros y volvió al comedor, tan distraída que chocó con un calvorota que entraba en ese momento.

—¡Disculpe! —le espetó el tipo.

—Lo siento —dijo Charlie, antes de desplomarse en su silla, frente a Red.

Red se preocupó al advertir su expresión.

—Podemos irnos. Lo encontraremos.

—Cambio de planes. —Charlie abrió la mano, le enseñó la llave que le había robado al hombre durante el choque y volvió a cerrarla —. Buscaremos el pack de bienvenida que han recibido todos los del retiro e improvisaremos. Pero no tenemos mucho tiempo.

—¿Me engañan los ojos? —atronó una voz desde la otra punta del comedor—. ¡Remy Vincent Carver! Has vuelto de entre los muertos, como Lázaro.

Un grandullón de barba pelirroja entró en la sala, se volvió inmediatamente hacia Red y abrió los brazos de par en par.

Red se puso de pie e hizo el paripé de abrazarlo y darle palmadas en la espalda con fingido entusiasmo. Los comensales se giraron hacia el alboroto, pero al recién llegado no pareció importarle. Vestía los mismos vaqueros oscuros, jersey de cachemira marrón y zapatillas Allbirds que varios de los hombres de atuendo más informal, pero su ropa parecía arrugada y un poco desalmada.

A Charlie le resultaba familiar, pero no lo ubicaba.

—¿Cuánto ha pasado? ¿Diez años? No, tanto no, pero casi —dijo el hombre.

—Archie —respondió Red, un poco tenso. Era la primera vez desde su llegada a Solaluna que Charlie veía flaquear su actuación.

El otro no pareció darse cuenta.

—¡No me puedo creer que seas tú! —exclamó—. Después de tanto tiempo. Y con todo lo que te ha pasado. En fin, he leído lo que sale en los periódicos.

Entonces Charlie se dio cuenta de que lo conocía de los vídeos de TikTok que había grabado con Rooster.

Charlie dio un paso hacia Red. Archie pareció fijarse en ella por primera vez.

—Lena —dijo Charlie sin darle tiempo a preguntar.

—¿Estáis cenando? —preguntó Archie mientras señalaba sus platos. Una especie de *panna cotta*, acompañada por un vino de postre—. Ah, ya casi habéis terminado. Vaya, joder. —Soltó una risotada—. No creo que me queráis en vuestra cita. Pero seguro que

habéis venido por el retiro. Por lo menos, dejad que os presente al invitado de honor.

¿El invitado de honor? ¿No iba a ser Rooster?

Charlie pensó en la llave que tenía en el bolsillo, pero lo que pudieran haber encontrado en la habitación de un huésped cualquiera no se podía comparar con lo que podrían obtener de Archie. Él era la clave de toda la información que necesitaban, siempre y cuando jugaran bien sus cartas.

—Creía que Rooster… —empezó a decir Charlie.

—Sí, lo que le pasó fue una tragedia —dijo Archie—. Por suerte, el líder de los titiriteros ha accedido a ocupar su lugar. Es una proeza contar con él, porque es una persona muy reservada, casi paranoica.

—El líder de los titiriteros —repitió Charlie lentamente.

—El Sr. Guiñol; aquí viene. —Archie señaló a un joven que entraba en el comedor—. Y esperemos que venga dispuesto a revelar todos los secretos de la Cábala.

Madurai Malhar Iyer se detuvo en seco, con Posey Hall colgada del brazo. Él llevaba el mismo traje de chaqueta que Charlie había visto colgado en su armario; Posey, un vaporoso vestido blanco que Charlie no había visto nunca.

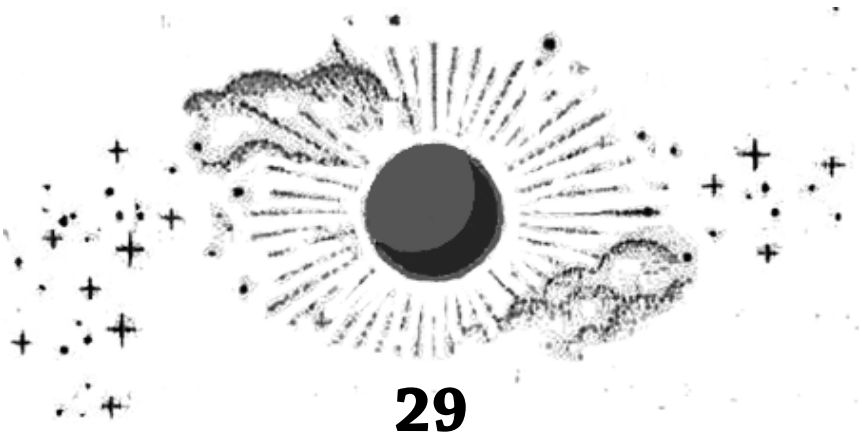
Tras una pausa momentánea, siguieron caminando hasta su mesa.

A Charlie le pitaron los oídos al darse cuenta de que, al final, Posey se las había arreglado para entrar en Solaluna. Y de que ahora todos corrían incluso más peligro que antes por ello.

—Encantado —los saludó Malhar, al que apenas se le quebró la voz.

Posey sonreía como una gata delante de un cuenco de leche.

—Sí, me encanta conocer gente nueva.



29

FRÍO NOCTURNO

Resultó que Archie era quien estaba detrás del Retiro de Elevación Umbral. Como organizador e intermediario tanto con las Cábalas como con los buscadores adinerados, se estaba haciendo de oro con aquellas conferencias y se moría por contárselo todo a su colega Remy Carver. Acercó unas sillas e insistió en que Charlie y Red se quedaran a tomar unas copas mientras él, Malhar y Posey cenaban.

—Te buscaremos una sombra nueva —le aseguraba en ese momento a Red. Luego se giró hacia Malhar con una ancha sonrisa —. En la Cábala tenéis recursos de sobra, ¿verdad?

Con aquella referencia siniestramente trivial, Archie acababa de dejar claro que podía guiar a Charlie hasta las sombras. Acababa de confirmar que el objetivo real del evento era repartirlas entre los ricos y que contaba con que su nuevo colega cabalista se las proporcionara.

Malhar respondió con una sonrisa ambigua; era evidente que no tenía ni la menor idea de lo que insinuaba Archie.

Aquello iba a ser un desastre.

Charlie miró con ojos entornados a su hermana, sentada en el lado opuesto de la mesa.

Debería poner fin a la farsa. Revelar quiénes eran Posey y Malhar en realidad, hacer que los echaran de allí, aunque también la echaran a ella. Por supuesto, si hacía eso, la probabilidad de que el Sr. Guiñol descubriera que lo habían suplantado aumentaría de manera exponencial. Eso suponiendo que no estuviera ya en el retiro, en cuyo caso se enteraría de todas formas.

Archie carraspeó.

—Bueno, tengo una pregunta para ti, Sr. Guiñol. Las Cábalas empezaron siendo algo pequeño y discreto, ¿verdad? Algo misterioso. Pero a medida que crecen las Cábalas, necesitan protección. Y ya se sabe que no son los votantes los que deciden el rumbo del país, ni son los políticos los que controlan al Gobierno. Son aquellos que tienen dinero suficiente para influir en los votantes y para financiar las campañas. —Cuanto más bebía Archie, que ya era hablador de por sí, más se le soltaba la lengua y más escandalosa era su voz. Al menos Charlie tuvo la satisfacción de ver que varios comensales miraban hacia su mesa con gesto compungido; era obvio que querían acercarse, pero eran conscientes de que, a menos que los invitaran, seguramente no serían bien recibidos—. Entonces, ¿cómo ves vuestro futuro? ¿Cómo los pones de tu parte sin cederles el control?

—Ellos lo necesitan más que él a ellos —le espetó Posey. Por lo general no tenía casi nada bueno que decir de las Cábalas, así que era divertido verla defenderlas.

Aun así, debería haber sido Malhar quien respondiera. Necesitaba parecer intimidante, no intimidado. Aquel silencio continuado terminaría por delatarlo.

—Es un honor tenerte aquí —dijo Archie, claramente relajado y disfrutando al poder explayarse sobre un tema que Charlie estaba segura de que era uno de sus preferidos. Se giró hacia Malhar y lo saludó con su vaso—. De verdad. Pero no es ningún secreto que

ahora se están debatiendo ciertas leyes en los sagrados salones de la justicia.

—Si el Gobierno va a por las Cábalas —dijo Red—, estas podrían terminar siendo más poderosas, no menos.

Archie puso cara de incredulidad.

—Siempre que estén dirigidas por personas como nuestro ilustre Sr. Guiñol, yo me alegraré de que tengan tanto poder como puedan acumular. —Se inclinó hacia Malhar y le plantó una mano en el hombro.

—Me agrada oírlo —dijo Malhar con una sonrisa tensa.

—Me interesa mucho tu discurso de mañana —le dijo entonces Charlie—. Tenía entendido que Rooster iba a hablar sobre el avivamiento de sombras.

Posey le echó una mirada asesina.

Charlie se la devolvió. Si Malhar ni siquiera era capaz de fingir durante aquella conversación de sobremesa, ni de coña iba a sobrevivir al fin de semana.

Un momento después, Malhar respondió:

—No es tan sencillo como pulsar un interruptor. A la gente le gustaría que fuera así, claro; se imaginan algo dramático y doloroso, pero a la vez simple. Y no es verdad. Pero sí que considero que cualquiera es capaz de alcanzar el avivamiento.

La sorpresa de Archie era evidente. Al parecer, no había pensado demasiado en ninguna técnica que no fuera el injerto de sombras nuevas, a pesar de los talleres prometidos en la descripción de su conferencia.

—¿Me podrías explicar el proceso? —le pidió Charlie a Malhar. Este la miró con una expresión levemente implorante.

—Estamos cenando. No me gustaría aburrirte con una disertación sobre la mente bicameral.

—Deja que cene tranquilo —dijo Archie, seguramente porque pensaba que el Sr. Guiñol no quería divulgar nada importante delante de Red y Charlie.

—Nos dejarías a todos fascinados, estoy seguro —dijo Red—. Pero sé que oiremos toda la historia dentro de muy poco. Es solo que estamos muy emocionados por esta oportunidad.

—Sí —bramó Archie con total sinceridad—. Hemos reforzado la seguridad, claro. Tres umbristas muy capaces, todos armados con ónice… y con armas de verdad, pero que no se enteren los de Solaluna.

—De los tuyos, imagino —le dijo Charlie a Malhar. Probablemente serían ellos los que traerían las sombras; y sabrían, sin la menor duda, que Malhar no era el Sr. Guiñol. Aunque el profesor Frank escondiera su identidad al mundo, no podía ocultársela a los titiriteros bajo su mando.

—¿Cuántos asistentes dirías que son también umbristas? —preguntó Posey. Era obvio que su hermana no entendía la naturaleza de la relación del Sr. Guiñol con Archie. Charlie tenía que sacarla de allí antes de que echara a perder su propia tapadera.

—Muy pocos. —Archie se encogió de hombros—. Aunque Solaluna asegura que tiene al menos a uno entre su personal.

Mientras Archie seguía hablando, Charlie intentó enviarle un mensaje de texto a su hermana por debajo de la mesa sin que cantara demasiado: *Cuando yo vaya al baño, ven detrás de mí o me cargo vuestra tapadera. ¿Entendido?*

Él mensaje le llegó. Charlie vio que su hermana bajaba la mirada. Después, en la pantalla parpadearon los tres puntos que indicaban que estaba escribiendo la respuesta, pero no llegaba ninguna palabra. Posey debía de estar escribiendo y borrando mensajes sin parar.

Vale, le respondió finalmente.

—La cosa es —le dijo Malhar a Archie mientras dejaba su copa de vino— que convertirse en umbrista no debería ser algo peligroso ni tampoco algo que la gente tenga que pasarse toda la vida deseando sin conseguirlo nunca. La magia debería ser para todos. —

Charlie percibió la sinceridad de sus palabras. Aquello no formaba parte del engaño de Posey.

—Para todos los que se la puedan permitir —apuntó Charlie.

Archie soltó una risotada y miró de reojo a Red.

—¿De dónde la has sacado?

—Es un encanto —respondió Red—. Salvo por sus constantes intentos de redistribuir mi riqueza.

La expresión de Archie se volvió más calculadora mientras observaba a Charlie.

—Interesante.

Era un buen momento para levantarse.

—Disculpadme un momento. Tengo que ir al baño. —Ahora ya conocía el camino.

A su espalda, oyó que Posey también se excusaba.

Había tres aseos individuales, todos con cerradura. Charlie metió a su hermana en el primero de un empujón.

—¿Se te ha ido la olla? —le preguntó en cuanto cerró la puerta.

Posey le echó una mirada ufana.

—¿Sorprendida?

—¿De que hayas puesto en peligro a Malhar, a ti, a Red y a mí? —dijo Charlie—. Pues claro que sí, porque es una imbecilidad. Se supone que la hermana imbécil soy yo.

Posey hizo una mueca.

—Siento lo que te dije, pero siempre te comportas como si tuvieras que protegerme, solo porque me protegías cuando éramos pequeñas. Yo sé más que tú sobre el umbrismo. Puedo protegerte yo a ti.

A Charlie le fastidiaba que hubieran discutido, pero no estaba dispuesta a dejar que su hermana se librara tan fácilmente.

—Te pasaste meses encerrada en nuestra casa, sin querer salir ni siquiera a hacer la compra. Te daba miedo hasta salir al jardín. Tuve que ocuparme yo sola de casi todas las facturas. Y ahora ya no tienes miedo, ni siquiera cuando deberías tenerlo, y actúas a mis espaldas. Vale, igual soy demasiado protectora contigo, pero tú me

hiciste ser así. —Posey retrocedió un paso. Le brillaban los ojos—. Crees que quieres que te cuente la verdad, que me abra —continuó Charlie—. A lo mejor ahora entiendes por qué casi todo el mundo prefiere las mentiras.

—Eso no es justo —protestó Posey.

—¿Vas a conseguir que maten a Malhar y me vienes con justicia? —dijo Charlie entre dientes—. Una cosa es que te pongas a ti misma en peligro; estás en tu derecho, supongo. Pero involucrarlo a él es cruel.

Posey meneó la mano, como si Charlie estuviera siendo demasiado dramática.

—Él tiene tropecientas teorías sobre la magia de sombras. Sabe tantas cosas que podrá convencerlos de que es un líder de la Cábala.

—A menos que el verdadero líder de los titiriteros esté aquí —replicó Charlie.

—Pero no está —dijo Posey, aunque parecía menos segura que hacía un momento.

—¿Cómo lo vas a saber? —insistió Charlie—. No tienes ni idea de la pinta que tiene. Podría ser Archie y ni lo sabrías.

Posey pareció quedarse perpleja un instante; luego se enfadó.

—¿Por qué intentas asustarme?

Por un momento, Charlie entendió el impulso de drogar a una persona. De haber podido dejar inconsciente a Posey y despertarla una semana después, le habría costado muchísimo no hacerlo.

—Porque tú no entiendes lo que está pasando aquí. Los ricos no le van a pagar una millonada a Archie solo para comer comida lujosa, ir al spa y asistir a charlas de umbristas misteriosos. Van a comprarle las sombras avivadas que le suministraba Rooster Argent. Y ahora que Rooster ha muerto, Archie cuenta con que el Sr. Guiñol le entregue el resto de las sombras. Yo he venido a buscar esas sombras.

—¿Cómo? —Posey abrió los ojos de pánico. Miró de reojo la puerta—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Estabas ofendida porque no te pedía ayuda a ti. Y no quería que me ayudaras en algo como esto.

—Bueno, pues ahora ya estoy aquí. Más vale que haga lo que pueda, ¿no?

Charlie apoyó la cabeza en la pared.

—Supongo. Pero ten mucho cuidado. El verdadero Sr. Guiñol podría presentarse en algún momento del fin de semana. Y aunque no lo haga, esos tres guardias sabrán que Malhar no es él.

—Tengo acceso a información. Y sé más de lo que crees sobre las Cábalas. —Posey levantó la voz al final, como para incitarla, como si quisiera decir algo más y estuviera esperando a que Charlie le preguntara.

Ninguna de las posibilidades era buena.

—¿A qué te refieres?

—Me he unido a los alteracionistas —contestó Posey con la barbilla en alto, como si esperara recibir otra bronca de Charlie—. He estado trabajando con ellos. Por eso pasaba tanto tiempo fuera. Por eso pude permitirme el apartamento.

—¿Ese apartamento que me habías dicho que era muy barato? —Los pensamientos de Charlie eran un caos.

Posey esbozó una sonrisa culpable.

—Pero ¿a que te encanta?

—¿Trabajar para ellos es lo que quieres? —preguntó Charlie—. Yo creía que odiabas a las Cábalas.

Posey se mordió el labio.

—Es lo que quiero de momento.

No le resultaría fácil salir si cambiaba de opinión, pero cómo Charlie había hecho el mismo trato pésimo, no tenía sentido recordárselo. Posey parecía decir en serio lo de proteger a Charlie; esperaba que ese no fuera el verdadero motivo por el que se había unido a la Cábala.

—Entonces, vale. Me alegro por ti.

Su reacción pareció dejar perpleja a Posey.

—Y te puedo ayudar.

Charlie se rindió a lo inevitable.

—Si alguien puede averiguar dónde guardan esas sombras, ahora mismo es Malhar. No os estorbaré. Envíame un mensaje con lo que descubráis.

—Lo haré —le prometió Posey.

Cuando Charlie volvió a la mesa, no se sentó. En vez de eso, se quedó de pie al lado de la silla de Red y le puso una mano en el hombro. Él levantó la vista para mirarla y le dedicó una sonrisa que hizo que se le encogiera el estómago.

—Nosotros deberíamos irnos —le dijo Red a Archie, como si no soportara estar sin ella un segundo más.

—Mañana habrá tiempo de sobra para ponernos al día —dijo Archie. Luego se volvió hacia Charlie—. Y para conocer a la chica que le ha robado el corazón a Remy.

—Eso espero. —Charlie se giró hacia Malhar—. Ha sido interesantísimo charlar contigo.

Malhar le devolvió la mirada; en su expresión había disculpa y súplica. Archie le dio una palmada en la espalda a Red. Posey se despidió de Charlie inclinando la cabeza.

La noche había refrescado y una fina capa de hielo lo recubría todo. Los cristales de sal que el personal había esparcido por el suelo crujían bajo las botas de Charlie.

—Qué tranquilidad —comentó Charlie, tiritando bajo el abrigo de Red. La pequeña iglesia de Hatfield habría tenido el mismo aspecto antes de la masacre. Como si allí no pudiera suceder nada malo jamás.

—¿Quieres que cancelemos el plan de buscar las sombras y saquemos de aquí a tu hermana y a Malhar? —preguntó Red.

Charlie le echó una mirada prolongada, pensando en varias cosas que Red había dicho en las últimas semanas.

—¿Adivinaste que se había unido a una Cábala?

Red contempló el suelo congelado.

—Supuse que podía estar trabajando para una. Y que dopaba a su sombra.

—Te refieres a alimentarla con sangre ajena —dijo Charlie con incredulidad, aunque el contexto lo dejaba bastante claro.

—No creo que le esté haciendo daño a nadie. —Red se interrumpió un momento y se encogió de hombros—. No mucho.

—Dice que puede averiguar en qué lugar del recinto guardan las sombras —le explicó Charlie—. Mira, ya sé que el Sr. Guiñol se va a cabrear cuando sus sombras desaparezcan. Pero se iba a cabrear de todas formas. Tiene a tres umbristas aquí. Le contarán que alguien lo ha suplantado.

—Tendremos que asegurarnos de que no se lo digan —dijo Red con tono amenazante.

—Mark tiene que estar metido en esto, no sé cómo —continuó Charlie—. Ya te dije que el Sr. Guiñol intentó reclutarme para que robara sombras; tal vez ya se haya buscado a otro ladrón.

—Habría tenido que contratarlo hace muy poco —le recordó Red —. Tú acabas de rechazarlo.

—¿Qué otra cosa podría estar haciendo aquí Mark? —preguntó ella.

Red frunció el ceño.

—¿Umbrista?

Charlie negó con la cabeza.

—No cuando yo lo conocí. —Y desde luego no tenía suficiente dinero para ser un huésped.

—Si lo encontramos, yo puedo persuadirlo para que hable —propuso Red con tono siniestro.

Y seguro que lo conseguía.

—Mientras tanto, deberíamos investigar dónde se aloja el Sr. Guiñol. Tiene que ser cerca de donde estén los guardias de la Cábala.

Sacó su móvil del bolsillo y le mandó un mensaje a Posey: *Cuál s vstra habitación?*

Pose le envió el nombre del lugar: *Arboleda 3*.

Tenía que ser uno de los búngalos del recinto. Charlie levantó el móvil para que Red leyera el mensaje. Él asintió y se dirigió al carrito de golf.

Red condujo por el sendero de tierra y aparcó junto a un lago helado.

—Creo que es por aquí.

Bajó del carrito y echó a andar con sigilo hacia el búngalo. Charlie lo siguió. El letrero que había al borde de la entrada la señalaba como ARBOLEDA 3. Arboleda 1 estaba en el lado opuesto del camino; las luces del interior estaban encendidas.

—Espera aquí —le dijo Red. En su forma de sombra, se deslizó con facilidad entre los árboles.

Charlie se quedó tiritando, con el abrigo sobre los hombros. Metió los brazos en las mangas.

Red regresó al cabo de un momento, pero no se molestó en desprenderse de su forma de sombra. Recortado contra la nieve brillante a la luz de la luna, Charlie lo vio hacerle gestos para que lo siguiera.

—*Los guardias están en Arboleda 1, jugando a las cartas. Si no les damos motivos para salir, no lo harán*. —Las palabras eran un susurro a su alrededor, casi como si las arrastrara el viento.

Confiando en que fuera verdad, Charlie cruzó el camino tras él, hasta Arboleda 3. Era más grande que el búngalo en el que se alojaban ellos, con un jacuzzi de teca en la parte trasera. Red fluyó por debajo de la puerta trasera y se la abrió a Charlie. Había una chimenea encendida en la sala de estar; en el dormitorio, el personal de Solaluna había descubierto la cama. En las dos mesitas de noche había flores frescas.

La maleta de Posey estaba abierta sobre un reposamaletas. Había ropa colgada en el armario y neceseres en el cuarto de baño.

La voz de Red le llegó desde la planta superior.

—*Hay otros dos dormitorios* —dijo con esa misma voz de viento susurrante—. *Están vacíos*.

Así que allí no había sombras. Ni nada más que ver. Charlie se dio la vuelta para salir y entonces se fijó en una luz que parpadeaba en el teléfono fijo colocado sobre un largo escritorio, junto a una bandeja tapada y llena de bombones. Siguió las instrucciones impresas en una pegatina para acceder a los mensajes.

El primero era de su mayordoma personal de Solaluna, que les explicaba cómo contactar con ella y los diversos servicios que podía ofrecerles, como comida a cualquier hora, visitas al spa y reservas de actividades, como tiro con arco o aeroyoga.

El segundo mensaje era de una mujer distinta. *Tengan la bondad de llevar el resto del inventario a la habitación 210*, decía con rígida eficiencia.

¿Inventario? ¿Se refería a las sombras? Charlie sacó su móvil y le envió un mensaje a su hermana: *Vuestro búngalo está despejado. No hay monstruos bajo la cama. ¿Puedes averiguar quién se aloja en la habitación 210?*

Si no podía, Charlie tendría que volver a probar suerte con el mostrador de recepción.

Al salir del búngalo por la puerta trasera, de pronto Red estaba a su lado. Ya sin su forma de sombra, empujó algo con el pie y lo mandó al sendero de una patada. Dos colillas de cigarrillo.

—¿Fumadores en un retiro de bienestar? —Charlie enarcó las cejas.

—Todo el mundo tiene hábitos a los que se entregan en secreto —replicó Red, aunque ambos sabían que era poco probable que se tratara de algo tan inocuo.

Charlie se inclinó y recogió el filtro. Estaba adornado con unas características líneas doradas.

—Está claro que este tío tiene malos hábitos. —Si el antiguo cosechador estaba allí, ¿qué buscaba? Charlie se preguntó de inmediato si su presencia tenía relación con ella o con Red, pero puesto que los cigarrillos estaban delante del búngalo asignado al Sr. Guiñol, parecía más probable que estuviera buscando al líder umbrista.

Y sabiendo lo que le había hecho a Rooster, Charlie no quería ni pensar en lo que le haría a su hermana.

—Si ve a Malhar —dijo Red mientras se dirigía a zancadas al carrito de golf—, pensará que el Sr. Guiñol no se aloja aquí.

Eso esperaba Charlie.

—Solo si conoce la verdadera identidad del Sr. Guiñol. —Pero lo más probable era que el cosechador la conociera. Si el Sr. Guiñol quería reclutar a Charlie, era porque intentaba ocultarle al resto de su organización lo que había estado haciendo.

—Deberías irte tú con el carrito —propuso Red—. El frío no me molesta. Déjame aquí; me quedaré vigilando por si vuelve. Como mínimo, me aseguraré de que Posey y Malhar vuelvan aquí ilesos.

—Me quedo un rato contigo.

Red la fulminó con la mirada.

—Te vas a congelar.

—Distráeme. Háblame de Archie. —Charlie se acercó más a él en el asiento del carrito—. Parece creer que las Cábalas son una secta, pero me da la impresión de que le gustaría unirse.

—Yo creo que preferiría ser su líder.

Charlie resopló.

—Nosotros también podríamos fundar una secta. Que todos vistan de blanco y te donen sangre.

Red esbozó una media sonrisa.

—¿Y que bailen desnudos en noches de luna llena?

—En verano —contestó ella, intentando arrebujarse en el abrigo de Red con disimulo. Veía su propio aliento condensarse en el aire.

—Tienes frío —dijo Red—. Es mejor que nos…

—Tendrás frío tú —le acusó ella.

Red se echó a reír y sacudió la cabeza; quizá por ella, quizá por sí mismo.

—¿Siempre has sido así?

—O peor.

—¿Y a mí me gustaba? —Pero su sarcasmo era leve, como invitándola a seguirle la corriente.

—Te encantaba —contestó Charlie.

Red captó su mirada, se inclinó hacia delante y la atrajo hacia sus brazos. La sorpresa paralizó a Charlie cuando la besó. Su boca era suave, pero el tacto de sus labios fue como una descarga eléctrica que la recorrió. Como meter un tenedor en un enchufe.

No esperaba que Red la tocara. No estaba segura de que *quisiera* tocarla.

Los dedos ásperos de Red se deslizaron por el cabello de Charlie para rodearle la nuca. Se inclinó y le besó la mejilla. La ceja. La unión del cabello con la frente. Las sensaciones la hacían estremecer. Sentía la piel hambrienta. Quería tener sus manos en todas partes al mismo tiempo.

—Deberías volver. —La voz de Red sonaba tan ronca como si hubiera estado gritando.

—A ver, está claro que ya no lo voy a hacer.

Esta vez, cuando él la besó, fue un beso duro y violento al que Charlie correspondió con igual fuerza. Presionó su boca contra la de Red con un gruñido. Se arrodilló en el asiento del carrito de golf para acercarse más a él y metió los dedos por la cintura de su pantalón de traje. Las manos de Red se deslizaron bajo el abrigo; Charlie las notó frías sobre la seda del vestido y su piel acalorada.

De pronto sus manos le levantaron el vestido lencero y hallaron la piel caliente de sus muslos.

Charlie se estremeció, apretada contra Red.

Los faros de un coche se deslizaron por la curva. Red se apartó de ella con brusquedad y la miró como si acabara de despertar de un encantamiento. Como si Charlie fuera la villana que lo había hechizado.

El coche pasó enseguida: un Mercedes que conducía más deprisa de lo recomendable en esa carretera. Otro umbrista que venía a registrarse. Solaluna no tardaría en estar repleto de ellos.

—Deberíamos parar. —Red cerró los ojos para no verla, despeinado y con los labios hinchados por sus besos.

Charlie tomó una bocanada de aire profunda y temblorosa.

—Deberíamos, sí.

Los ojos de Red eran dos brasas que ardían en la noche. Volvió a inclinarse hacia Charlie, a presionar su boca contra la de ella. Le lamió los labios y luego se los separó; ella notó su lengua caliente en la boca.

Charlie se deslizó y le pasó una pierna por encima para sentarse a horcajadas sobre sus muslos. Al notar la presión de su dureza en el vientre, empezó a frotarse contra el cuerpo de Red, en una pantomima de lo que quería, una promesa.

Red dejó escapar un gemido suave y angustiado mientras le besaba la garganta. Sus dientes le arañaron la piel.

La miraba con expresión ardiente y ávida mientras sus manos le seguían levantando el vestido. Ella soltó un grito ahogado cuando el aire frío le alcanzó la piel expuesta. La chispa del deseo era tan aguda que dolía.

—No tienes miedo a nada —susurró Red contra su cuello—. Ni siquiera a los monstruos. Pero ¿y si lo que te causo es horror?

Charlie distinguió el duro contorno de sus facciones a la luz de la luna y sintió una punzada de nervios. Notó la firmeza de sus manos. Detuvo sus movimientos, aunque la vibración de su deseo era como el latido de un segundo corazón.

—No lo harás.

—Hay cosas que podría enseñarte. —Red tembló un poco y sus bordes se difuminaron. Sus ojos eran carbones ardientes; su cuerpo, mitad sombra.

Una bruma cálida y espesa se deslizó sobre la piel de Charlie. Ella abrió los ojos de par en par por la sorpresa y se quedó sin respiración cuando la niebla se desplazó sobre su vientre, sobre la cicatriz abultada del balazo, sobre la curva de sus pechos. Era excitante, raro y absolutamente aterrador. Sentía que un dios de la medianoche había bajado a la tierra.

—*Dime que pare y pararé*. —Su voz flotaba en el aire, a su alrededor, y la hacía temblar por algo que no tenía nada que ver con el frío.

—Yo… —empezó a decir Charlie—. ¿A ti te gusta?

—*Quiero tu deseo* —le dijo Red; nunca había estado tan claro lo distinto que era—. *Tu deseo por mí. Tal como soy*.

—Yo también quiero tu deseo —dijo Charlie y cerró los ojos, porque a pesar de que él hubiera dicho que no tenía miedo, una parte de ella estaba muy muy asustada.

Asustada mientras la sombra le acariciaba los pezones, mientras unos zarcillos de sombra se deslizaban muslo arriba y la tocaban de una forma imposible, a la vez y en muchos sitios. Asustada y también llena de fascinación, como si el mismísimo cielo nocturno hubiera descendido para yacer con ella en toda su rutilante gloria.

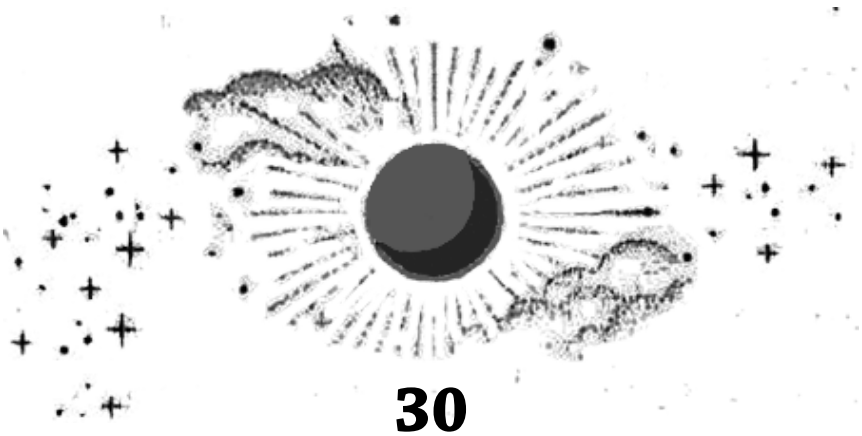
Tenía que mirar, tenía que verlo. Abrió los ojos ante su mirada ardiente.

—*Nunca he deseado a nadie tanto como a ti*. —La besó de nuevo. Charlie intentó concentrarse en su boca, aferrarse a una sola cosa sólida en mitad de aquel borrón de sensaciones.

Gimió contra sus labios mientras la sombra la tocaba en todas partes, deslizándose por la curva del trasero, llenándole el hueco del cuello, separándole los muslos, separándole la humedad. Era como si mil lenguas la tocaran, como si mil llamas la lamieran. Su cuerpo entero palpitaba.

Entonces Red se situó sobre ella, y dentro de ella, y en torno a ella. Él era el abismo y el firmamento. Era el aire que ella respiraba.

Charlie se convirtió en una vela que no necesitaba mecha, porque la propia cera ardía. Se olvidó de moverse. Se olvidó del frío. Se olvidó de no gritar cuando se abatió sobre ella un placer inhumano que expulsó de su mente todo lo que no fuera sensación.



30

ORO Y PIRITA

Charlie regresó a su búngalo sola, con las piernas temblorosas, acalorada a pesar del frío.

Giró la llave y, al entrar, vio que alguien del personal había descubierto la cama, encendido la chimenea y dejado una botella de vino de cortesía, con una tarjeta de la dirección de Solaluna y dos copas.

Tiritando, fue a sentarse cerca del fuego, le quitó el tapón a la botella y bebió un trago directamente del gollete. Se sentía genial y, al mismo tiempo, al borde del pánico; demasiado vulnerable para su gusto. Notaba todas las sensaciones incómodamente cerca de la superficie.

Agarró una manta del sofá y sacó su móvil. Tenía cuatro mensajes sin leer de su hermana.

Posey: es la habitación de archie
Posey: xq
Posey: oyeoye

Posey: Charlie!!!!!???????

Con un suspiro, Charlie empezó a escribir la respuesta.

Charlie: todo ok
Charlie: ya estáis en el búngalo?

Su hermana contestó de inmediato:

Posey: salimos ahora del bar
Posey: nos hemos tomado algo con un tío que va a comprar una sombra, nos lo ha contado como si nada y dice que un amigo suyo ya lo hizo el año pasado, tiene la cita mañana por la noche
Posey: joder

Charlie esperaba que Malhar no se hubiera presentado ante ese hombre como el Sr. Guiñol, pero supuso que con eso solo conseguiría retrasar lo inevitable. Tenía que dar un discurso al día siguiente.

Charlie: creo que había alguien fisgando cerca de vuestro búngalo, quizá la persona que mató a rooster
Charlie: y los umbristas que archie ha contratado como guardias están en el búngalo que hay delante del vuestro
Charlie: venid a dormir aquí

Esta vez tardó más. Charlie miró fijamente los puntos suspensivos mientras su hermana escribía y reescribía.

Posey: estamos en el búngalo
Posey: qué pasada!!!!!!!!!

Posey: Malhar ha traído ónice de su departamento, así que tenemos de sobra. Podemos bloquear las puertas y las ventanas, no os preocupéis por nosotros

Posey: Malhar te va a enviar un correo electrónico, dice que es información que necesitas para mañana

Charlie suspiró y bebió otro trago de la botella de vino. No podía tomar decisiones por su hermana.

Charlie: ok. llama si algo da mal rollo

Sabía que Posey pensaba que Charlie, que ya no era umbrista, no podía protegerla. A menos que las cosas se torcieran mucho, no la llamaría.

Charlie abrió el correo de Malhar. Incluía tres pantallazos de un documento de Google. El texto decía:

Archie ha dejado caer pistas sobre lo de las sombras. No sabía muy bien a qué se refería, pero estaba claro que espera algo más de mí.

Tiene una ayudante,Vera, que se aloja en un hotel más barato, cerca de la ciudad, así que ahora no está aquí. Por la mañana traerá bolsas de regalos, cordones y acreditaciones.

Habrá cordones verdes de sobra; sería fácil hacerse con ellos, pero no servirían de mucho. Archie me ha dicho que «esta gente» necesita empleados hasta para limpiarse el culo (cito textualmente), pero que ni se toman la molestia de registrarlos. El personal de Solaluna tiene prohibido entrar en las salas del programa; ellos llevarán los cordones verdes,

> mientras que los que han pagado recibirán un cordón morado.Y Archie, los demás oradores y yo llevaremos los rojos.

Charlie escribió la respuesta: *¿Y Vera? ¿Y los guardias de seguridad?* Al cabo de unos minutos llegó otro correo electrónico:

> Vera llevará uno amarillo. Pero creo que ella será la única que tenga una acreditación amarilla. Archie no quería que se sintiera mal, así que no le ha dado la verde, pero tampoco quería darle la roja a nadie que no fuéramos nosotros. Los de seguridad también llevarán la verde. Misma idea.

La puerta se abrió y Red entró en el búngalo, con los bordes difuminados y los ojos echando algo similar al humo. Charlie sintió que todo su cuerpo se calentaba con una mezcla de deseo y vergüenza.

Le enseñó el móvil a Red.

—¿Por qué se queja Archie de los ricos? Creía que él también lo era. —La voz solo le tembló una pizca al hablar.

Red se sentó al lado de Charlie.

—No lo bastante —dijo cuando terminó de leer—. Sus padres tienen dinero, pero no son de los que tienen avión privado, segunda residencia en los Hamptons y tercera en la Riviera. Archie es espabilado y tiene una sombra avivada.

Interesante. Cuando Archie les había hablado de los umbristas, no había mencionado que él también lo era. Eso significaba que podía injertar él mismo las sombras robadas.

—¿Dónde lo conociste? —preguntó Charlie, porque era importante evaluar a Archie como objetivo. Y si así podía dejar de lado lo que acababa de pasar entre Red y ella, tanto mejor.

No es que fuera algo complicado. Se deseaban. Habían echado un polvo peculiar. Todo bien.

—Nos cruzamos con él en Miconos durante las vacaciones de verano, en tercer curso —dijo Red—. Se dio cuenta de que Remy también era umbrista. Después, siguieron hablando. Se le daba bien hacer contactos. Remy le parecía demasiado distante, un esnob. No entendía que, si Remy hubiera incluido a Archie en su círculo, Salt se habría fijado en él y habría sido un desastre.

Remy debía de haberse sentido horriblemente solo al tener que alejarse de la gente que le caía bien para protegerla. Por mucho que Charlie pensara que Remy había sido injusto con Red, era evidente que no había tenido a nadie más en quien apoyarse.

—Esta noche parecía que le caías muy bien —dijo.

—Sí —contestó Red, dejando que Charlie sacara las conclusiones que quisiera.

Ella abrió los pantallazos que le había enviado Malhar y leyó el horario:

7:30 a.m.—Inicio del registro
9:00 a.m.—Desayuno y bienvenida
10:30 a.m.—Meditación matinal guiada con Paula Essex
11:00 a.m.—Charla y ronda de preguntas con un destacado líder de la Cábala
1:00 p.m.—Almuerzo
2:00 p.m.—El Estrago y la sombra: leyendas urbanas y creencias
3:30 p.m.—Demostración práctica de umbrismo
5:00 p.m.—El negocio de la magia
9:00 p.m.—Cóctel

Charlie no tenía forma de saber a qué hora eran las citas para que Archie distribuyera las sombras, pero en la cena le había parecido relajado, lo contrario de alguien que tuviera por delante

una noche entera de alteraciones. Sospechaba que las citas empezarían el primer día de la conferencia.

La mujer que había dejado el mensaje telefónico para el Sr. Guiñol seguramente fuera Vera, pero cabía la posibilidad de que ni siquiera supiera qué era lo que estaba pidiendo. En cualquier caso, todo apuntaba a que las sombras estaban guardadas en la habitación de Archie.

Lo que Charlie necesitaba era entrar en la habitación 210 después de que Archie se uniera a la conferencia, apoderarse de las sombras y volver a salir como si no hubiera pasado nada. La idea de marcharse pronto era tentadora, pero iban a tener que aguantar si no querían que resultara absolutamente obvio que los ladrones eran ellos.

Y sería conveniente que las sospechas pudieran recaer sobre otra persona.

Sin duda, sería de lo más satisfactorio cargarle el muerto a Mark. Pero él era un factor impredecible; sería mejor dirigir a Archie hacia alguno de los umbristas titiriteros, desacreditarlos como fuera hasta que Malhar se hubiera largado de allí. En caso de que fuera imposible, quizá podrían hacerles creer que el Sr. Guiñol había titerizado a Malhar para ocultar su identidad. Ese plan no funcionaría a largo plazo, pero tal vez les haría ganar tiempo. Y una vez lejos de allí, Charlie tendría que desacreditar a Archie ante el Sr. Guiñol.

Incluso en ese caso, siempre existía la posibilidad de que el Sr. Guiñol dedujera por su cuenta que lo habían suplantado. Y Charlie no tenía ni idea de cómo solucionar eso.

El primer paso sería robarle unas acreditaciones a Vera. *Iré a vuestro búngalo a las 6:30 a.m.*, le escribió a su hermana. *Pedid café*.

Cuando oyó el tintineo de la respuesta de su hermana, dejó el móvil. Se dijo a sí misma que tenía que ser valiente. Bebió un último sorbo de vino y se giró hacia Red.

Él le sostuvo la mirada con el vacío de sus ojos humeantes. A pesar de todo, Charlie notó una punzada en el corazón, la coz de un

animal asustado.

Entonces se inclinó hacia delante para darle un beso. Él se lo devolvió con una intensidad que, al menos en parte, parecía de alivio. Quizá él también estuviera nervioso. Esa idea la envalentonó. Charlie enredó los dedos en su cabello y le dio un breve tirón.

Red dejó escapar un ruido contra su boca.

—¿Te ha gustado? —Había vivido un año entero con él sin saberlo.

Red se echó hacia atrás y la miró con salvaje intensidad.

—Eh… Sí. —Se tragó lo que iba a decir después.

—Voy —Charlie deslizó las manos por su piel, dejando que sus uñas lo arañaran un poco al hacerlo— a pasarme toda la noche averiguando qué más te gusta.



La conferencia no empezaba hasta las nueve de la mañana, pero, según el horario, a las siete y media se abría el registro. Fue a esa hora cuando se presentó Charlie, seguida por Malhar y Posey. Red se quedó atrás, a la espera de su señal.

—Compórtate como si aquí mandaras tú —le recordó Charlie a Malhar justo antes de que este abriera la puerta. Se había puesto la americana de la noche anterior encima de una camiseta y unos vaqueros, como si fuera un *bro* de Silicon Valley.

A Charlie, que llevaba vaqueros, jersey negro y un cuchillo de ónice escondido en las botas de Prada prestadas, le daba miedo ir demasiado formal. Debía aparentar que formaba parte del personal del Sr. Guiñol.

En el interior de la sala, una mujer de cabello corto y gris, vestida con un traje pantalón de color azul oscuro, seguía colocando bolsas de regalo en una mesa ya abarrotada. Vera, la ayudante estresada. Una pequeña impresora iba escupiendo las acreditaciones, al lado de un montón de cordones. Aún no las había organizado; perfecto.

La jugada era sencilla. Charlie debía alejar a Vera del ordenador el tiempo suficiente para introducir su nombre y el de Red en el registro oficial de asistentes. Sencillo, pero no exactamente fácil. Sin embargo, Charlie tenía algo a su favor: nadie sospecharía de que el misterioso invitado de honor quisiera meter la nariz en cosas tan nimias.

—Buenos días —dijo Malhar.

—¡Sr. Guiñol! —Vera parecía angustiada al verlo—. ¿Hay algún problema? ¿No ha recibido los materiales? Tenían que enviarlos a su habitación esta mañana y debería haber recibido un correo electrónico…

—No es eso —dijo Malhar—. Alguien del hotel tenía algunas preguntas sobre la carta de desayunos, pero no encuentro a Archie.

—Oh. —Echó un vistazo a los montones de cosas que la rodeaban—. Bueno, dígale que Archie llegará enseguida.

—Me temo que ya le he prometido que tú hablarías con él, porque me habían dicho que te encargabas de la logística. Perdona. —Era lo que habían ensayado y Malhar lo estaba vendiendo bastante bien.

—No, no pasa nada. —Vera inspiró hondo—. Hablaré con el hotel. Solo necesito cerrar esta sala con llave… y colgar un cartel en la puerta por si alguien viene a recoger su acreditación.

—Nosotros te ayudamos —se ofreció Charlie—. ¿Solo hay que dejar las bolsas en esa mesa y poner los cordones? No nos costará nada.

—No puedo dejar que lo hagáis. —La sonrisa de Vera se tensó.

—No es ninguna molestia. —Charlie caminó hasta las bolsas—. Y si entra alguien, le diremos que volverás enseguida.

—No te preocupará que estemos aquí, ¿verdad? —Malhar pronunció su frase más importante. Archie habría aleccionado a su ayudante para que no ofendiera al líder de la Cábala.

—Es solo que tengo mi propio sistema —repuso Vera.

Charlie le sonrió y procuró proyectar inocencia e ingenuidad.

—¿Y si nos quedamos vigilando la sala hasta que vuelvas, pero prometemos no tocar nada? Si viene alguien, le diremos que espere.

Charlie se dio cuenta de que Vera se debatía consigo misma. Lo que de verdad quería hacer era cerrar la sala con llave, pero eso implicaba echarlos, y se metería en un buen lío si el Sr. Guiñol se ofendía.

—Sería estupendo —cedió por fin.

—Me ha dicho que estaría en la oficina principal —dijo Malhar, como si acabara de recordarlo.

—¿Ha dicho cómo se llama? —preguntó Vera.

—Me temo que no. —Malhar hizo una mueca.

Vera tenía por delante un recado inútil. Pero, gracias a ello, no regresaría a la sala en cuanto llegara a la recepción. El paseo hasta la oficina principal, la frustración por hallarla cerrada y el trayecto de regreso le darían poco tiempo, cierto, pero Charlie se las arreglaría.

—¿Y no tocaréis nada? —preguntó Vera; a juzgar por la cara que ponía, creía que alguno de ellos podía pulsar un botón grande y rojo y hacer que el retiro entero se les cayera encima.

—Prometido —dijo Posey, que hablaba por primera vez.

—Nada —coincidió Malhar mientras levantaba las dos manos en un gesto de rendición.

Vera debió de sentirse culpable, porque dejó de fruncir el ceño.

—Sé que solo queréis ayudar. Os lo agradezco.

—No estropearemos para nada tu proceso —le prometió Charlie.

Entonces, con evidente reticencia, Vera se marchó en busca de un empleado inexistente a una oficina que no se abría hasta dentro de tres cuartos de hora.

Charlie se dirigió de inmediato al portátil de la mesa. El archivo que Vera había estado imprimiendo estaba abierto, así que fue muy sencillo añadir «Lena Hall» y «R. V. Caver», escrito mal a propósito, a la hoja de cálculo de los asistentes. Cabía la posibilidad de que Archie hubiera comprobado si Remy estaba en la lista después de la noche anterior. Con un poco de suerte, esa errata explicaría que no hubiera aparecido en la búsqueda.

Hecho eso, Charlie comprobó el Google Calendar de Vera. En la pantalla apareció una serie de citas. La primera estaba programada para las 8:00 a.m., lo que significaba que habían perdido la oportunidad de intervenir. Una de las sombras avivadas ya no estaba allí. La segunda era a las 11:30 a.m. Ese era el tiempo que tenían para dar el golpe. Charlie se había visto en situaciones peores.

Cuando Vera regresó, más nerviosa que nunca, les dio las gracias por esperar e imprimió sus acreditaciones.

Red entró unos minutos después, saliendo convenientemente de las sombras justo delante del umbral. Él tardó un poco más en recibir su acreditación, ya que primero Vera tuvo que localizarlo en el sistema, luego él tuvo que explicarle el problema de sus documentos de identidad y ella tuvo que llamar a Archie por teléfono. Cuando Red y Charlie se marcharon, ya había empezado a llegar más gente. Fueron a desayunar.

—Buenos días —susurró Red.

Eso bastó para que Charlie sintiera un calorcillo bajo la piel. Qué ridiculez. Tenía que concentrarse.

En el vestíbulo, hablando con una persona que no reconoció, vio al titiritero pelirrojo que la había sacado de su casa para llevarla con el Sr. Guiñol. Charlie giró la cabeza, confiando en que no la viera.

—Nos marchamos esta noche —dijo—. Después del cóctel.

Posey adoptó una expresión tozuda.

—Anoche no pasó nada.

—La persona que mató a Rooster está por aquí —le recordó Charlie—. No sabemos a quién está buscando.

Red le puso la mano en el hombro a Malhar.

—Muy posiblemente al Sr. Guiñol.

—¿Crees que el psicópata que asesinó a toda esa gente en Hatfield quiere matarme a mí? —dijo Malhar.

—En realidad no es a ti —le recordó Red, aunque no sirvió de mucho.

—Voy a prepararme para mi discurso —respondió Malhar—. Y, por lo visto, para mi funeral.

Posey debía de gustarle mucho para haberse dejado meter en aquel embrollo.

—Si te da la impresión de que alguien te sigue, llama —le dijo Charlie—. Posey, tú no pierdas de vista las sombras.

Su hermana asintió y se marchó con Malhar.

La zona de desayunos estaba organizada como un bufé. Charlie y Red se pusieron a la cola. Ella se llenó el plato de fruta y algo etiquetado como «TOSTADAS FRANCESAS RELLENAS DE ARÁNDANOS Y MASCARPONE». Red optó por un cuenco de *congee*, beicon y tres huevos pasados por agua. Se sentaron en una mesa con dos desconocidos que se presentaron inmediatamente con un vigoroso apretón de manos.

—Me llamo Lars —dijo el primero, retirándose de la cara un cabello más rubio que el de Red. Llevaba un pantalón a cuadros, un polo azul oscuro y calcetines azul neón—. He venido en avión desde Suecia. Hay muchos retiros que prometen muchas cosas. Espero que este sea sincero con lo que afirma.

—Lena —se presentó Charlie—. Y él es…

—*Hej* —dijo Red—. Puedes llamarme Carver.

Lars se echó a reír.

—*Hej!* Muy bien.

—Y yo soy Shawn —los interrumpió el otro. Llevaba una gorra de béisbol sobre el cabello oscuro, con algunas canas. Con los vaqueros y las zapatillas deportivas, su aspecto era informal, pero las marcas dejaban claro que el atuendo era caro—. De Los Ángeles. Busco verdades sin adornos. Por ejemplo, ¿sabíais que las Cábalas surgieron porque un tío robó varios libros de una biblioteca? Sus amigos y él los leyeron y luego los quemaron. Así empezó todo. Pero nadie habla de ello.

Charlie no tenía ni idea de si la historia de Shawn era cierta o no, pero se inclinaba rotundamente por el no.

—En vez de querer que el conocimiento fuera para todos, decidieron que sería solo para su grupito antielitista. Y se les ocurrió la idea de las Cábalas.

Decididamente, eso no era verdad. Nadie se llamaba a sí mismo «cábala»; no era un descriptor demasiado positivo. Sencillamente, les habían endosado esa palabra durante tanto tiempo que al final había echado raíces.

El tío estaba en racha, claramente complacido de tener público:

—Y luego esas mismas Cábalas surgieron por todo el mundo. Lograron acaparar todos los recursos porque ellos fueron los primeros, nada más. Pero no tienen olfato para los negocios. He conocido a varios cabalistas y os digo una cosa: son como cualquier mindundi que trabaje en una empresa multinivel; ya han invertido tanto que tienen que explotar a otros para justificar lo que han hecho.

Charlie dejó escapar un resoplido de sorpresa. En eso no estaba del todo equivocado. Lars, en cambio, no estaba de acuerdo:

—Las Cábalas surgieron porque así funcionan las cosas tradicionalmente: siempre hay una autoridad en la cima. Una forma de enseñar a los nuevos umbristas. Pero reconozco que pueden parecer demasiado chapados a la antigua. Se aferran a la idea de que la solución a sus problemas la encontrarán en unos libros viejos y polvorientos. Y su jerarquización puede resultar ridícula. Les encanta ser enigmáticos. Aun así, es lo que hay y tengo muchas ganas de saber qué quieren enseñarnos.

—Y tienen ritos de iniciación como si fueran una puta fraternidad —apuntó Shawn.

Charlie habría querido que Posey estuviera allí para oírlos. Pero, sobre todo, habría querido hablar mentalmente con Red. Le habría encantado escuchar sus comentarios.

Charlie bebió un sorbo de café y hurgó en su desayuno. No estaba segura de que esos dos estuvieran en desacuerdo, pero claramente no querían dejarse ganar por el otro.

Shawn continuó quejándose:

—Te obligan a hacer de todo para ellos y a cambio solo te dan una pizca de conocimiento. Quieren acaparar la magia de sombras. ¿Recordáis aquel libro que causó tantas muertes, hace años? Yo creo

que fue cosa de las Cábalas, para asegurarse de que la gente externa supiera que lo mejor era unirse a ellas.

—¿Y entonces por qué has venido a escuchar a uno de sus líderes? —le preguntó Charlie.

—Si tiene secretos que divulgar, quiero conocerlos y… —En ese momento Shawn se interrumpió; Archie se acababa de situar en la parte delantera de la sala y carraspeaba, con Malhar a su lado.

—Os doy la bienvenida a todos. Confío en que hayamos disfrutado de un buen desayuno y tengamos cafeína suficiente para lo que nos espera —comenzó a decir Archie con su vozarrón atronador—. Para empezar, os doy las gracias por ser quienes sois: triunfadores por derecho propio que, aun así, no han perdido la curiosidad.

Charlie no pudo evitar acordarse de Curiosity Books y su lema: «El universo pertenece a los curiosos». El dueño había muerto por seguir su propio consejo.

—Estamos aquí para dedicar nuestro tiempo, nuestra energía y, sí, nuestro dinero, a la construcción de un mundo mejor. Un mundo en el que se consigan explotar en profundidad la consciencia y el poder humanos. Sé que entre vosotros hay quienes dudan y creen que no se les revelará nada nuevo. Yo también dudé. Vuestro escepticismo habla bien de vosotros. Nadie llega hasta donde habéis llegado sin ser capaz de diferenciar entre el oro y la pirita.

»Para entrar en el estado anímico adecuado, vamos a iniciar la jornada con una meditación guiada que nos relaje. Por lo tanto, cuando acabéis de desayunar, os ruego que os dirijáis a la zona de conferencias para que podamos empezar.

Charlie se acababa de levantar cuando distinguió a Mark al fondo de la sala. Vestía una cazadora de cuero, vaqueros negros y camisa blanca con el cuello manchado de sudor.

Seguía siendo incapaz de mirarlo sin que uno de los peores momentos de su vida regresara de golpe. La bala. Su sonido al atravesar el parabrisas. El hombre sentado a su lado, empujado hacia atrás por la potencia del impacto. Charlie había gritado,

gritado y gritado hasta que su coche había chocado con un Jeep aparcado en la acera.

Y con todo eso, sus recuerdos de Mark, antes. Los dos tumbados juntos en la cama. *Te quiero de aquí a la luna*, le había susurrado al oído.

Charlie echó a andar a zancadas hacia Mark. Mientras ella se acercaba, con expresión férrea, él se escabulló hacia la zona de la convención.

Charlie apretó el paso para perseguirlo, prácticamente corriendo. Aun así, Mark entró en la sala antes de que ella pudiera alcanzarlo.

Cuando cruzó el umbral, se dio cuenta de que la estaba mirando bastante gente; no podía llevárselo a rastras sin que alguien la detuviera o, como mínimo, le hiciera un montón de preguntas. Pero lo que sí que podía hacer era sentarse a su lado.

—Sé a qué has venido —le dijo Charlie en voz baja. Fue muy gratificante verlo abrir los ojos de par en par—. Y deberías irte.

—Charlie Hall —dijo Mark entre dientes, al cabo de un momento —. Siempre crees que lo sabes todo, y siempre te equivocas.

La cárcel no le había sentado bien. Estaba demacrado y flaco, con las uñas amarillentas, y se envolvía en su cazadora como si tuviera frío. Si Charlie necesitaba más pruebas de que Mark estaba involucrado en todo aquel chanchullo, allí las tenía: nadie que fuera hecho una piltrafa como él habría podido entrar en Solaluna sin un atuendo mucho mejor o sin dinero contante y sonante. El único esfuerzo que parecía haber hecho era empaparse de colonia.

—Si tan equivocada estoy —dijo Charlie—, dime en qué.

Mark resopló.

—Más tarde.

Una mujer con vaporosas prendas púrpuras y trenzas con muchos adornos de oro entró en la sala. El programa estaba a punto de comenzar.

—Hazme caso por una vez —dijo Charlie, exasperada—. O no me lo hagas y afronta las consecuencias.

—Tú nunca afrontas las consecuencias —replicó Mark.

Charlie se levantó mientras la mujer empezaba a guiar la meditación ritual. Tantas disculpas para eso. Cómo no, Mark volvía a culpar a Charlie de la situación en la que había terminado él.

En fin, si Charlie seguía teniendo suerte, tendría tiempo para intentar sonsacarle información más tarde. Ahora mismo necesitaba entrar en la habitación de Archie.

Una vez en el pasillo, Charlie le dio la mano a Red y se lo llevó hacia las escaleras.

—Olvídate de Mark. No debería ni haberme molestado. Acabemos con esto. —No le costó nada dedicarle una sonrisa de enamorada para que, si alguien los veía, no tuviera la menor duda del motivo por el que se estaban escabullendo.

—Me gusta verte trabajar —comentó Red mientras entraban en el pasillo de la segunda planta.

La habitación 210 estaba al fondo, separada de las demás. Probablemente fuera una *suite*. Lujosa, pero sin llegar a ser un búngalo. A pesar de su negocio de venta de sombras, Archie no iba tan sobrado de dinero.

Charlie observó el pasillo mientras Red se fundía con la oscuridad. Pero no se coló por debajo de la puerta. Al cabo de un momento, volvió a cobrar forma a su lado.

—Onice —dijo—. No puedo entrar.

—Parece que aún sirvo para algo —contestó Charlie.

A pesar de los precios de aquel lugar, las cerraduras de las puertas eran antiguas y, por suerte, no muy buenas. Charlie supuso que a alguien dispuesto a pagar aquellos precios exorbitantes no le hacía falta robarle baratijas a su vecino. Sacó la tarjeta de crédito de Topher y la encajó en el hueco entre la puerta y el marco.

—Vigila el pasillo sin que parezca que vigilas el pasillo —dijo Charlie mientras empujaba la tarjeta con más fuerza. Apoyó una rodilla en el suelo.

—No sé hacer eso —dijo Red.

Entonces, más valía que se diera prisa. Charlie sacudió la tarjeta para hacerla bajar y notó el instante en que tocaba el frontal.

Entonces la arrastró hacia abajo con fuerza, haciendo un movimiento de vaivén para intentar engancharla en el borde del resbalón.

Con un chasquido, la tarjeta encajó en su sitio. Charlie giró el picaporte y la puerta se abrió.

—Eres rápida. —Red pasó por delante de ella y entró en la habitación de Archie.

—Eso dicen —contestó Charlie mientras lo seguía.

Era una *suite*, pero la sala de estar se abría al dormitorio, creando una estancia grande aunque con poca privacidad.

En el suelo había varias maletas abiertas, con ropa desperdigada a su alrededor. Había un neceser sobre la cama, rebosante de frascos de pastillas. La tabla de planchar estaba desplegada y, cuando Charlie echó un vistazo al cuarto de baño, vio que el lavabo estaba manchado de espuma de afeitar y pelos.

El lado positivo era que, aunque desordenaran algo, lo más probable era que nadie se diera cuenta. Sin embargo, les iba a costar mucho encontrar algo allí, sobre todo sombras.

—No pretenderá en serio reunirse con alguien aquí, ¿verdad? —dijo Charlie—. Está todo patas arriba.

Red, que estaba ocupado abriendo y cerrando cajones, no contestó.

Charlie entró en el cuarto de baño y buscó debajo del lavabo. Aparte de unos rollos de papel higiénico de repuesto, no había nada. La gran bañera con garras tenía una toalla húmeda colgada del lateral. En la ducha había un bote de champú volcado, con un charquito iridiscente y viscoso alrededor.

Era evidente que Archie había salido con prisas. Y estresado. Pero ¿pretendía volver? ¿De verdad era allí donde guardaba un montón de sombras increíblemente valiosas?

—Ah, ya sé. —Charlie salió del baño y abrió de un tirón el armario superior, encima del aparador donde estaban la mininevera y la máquina de Nespresso.

Red levantó la cabeza.

—¿Qué?

—La caja fuerte del hotel. —Empotrada en la pared, era un modelo básico pero elegante, con un teclado luminoso. Charlie accionó la palanca. Cerrada. Eso quería decir que estaba en funcionamiento. Si Archie no la hubiera programado, seguiría entreabierta—. Ha guardado algo aquí.

—¿Puedes abrirla? —preguntó Red.

—Vamos a averiguarlo.

Con una caja fuerte como aquella (y sobre todo en un lugar como aquel, donde no se esperaban robos graves), lo primero que iba a comprobar Charlie era si Solaluna había restablecido la contraseña de administrador del fabricante. Pulsó dos veces el botón de bloqueo y en la pantalla digital apareció la palabra «SUPER». Después, Charlie tecleó la contraseña por defecto, 99999, y contuvo la respiración.

Se oyó un chirrido de engranajes dentro de la pared. Charlie se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja a Red, que tenía las cejas en alto.

Al otro lado de la puerta, sonaron pisadas en el pasillo.

Y la voz familiar de Archie:

—¿Estás de puta coña?

—A mí no me vengas con esas, cabrón —dijo otra voz que Charlie reconoció; era la misma que la había despertado en plena noche. El titiritero pelirrojo que la había llevado a ver al Sr. Guiñol.

Charlie pulsó el botón de borrado y cerró la caja fuerte. Le quedó el tiempo justo para tirarse al suelo y meterse rodando bajo la cama. Un momento después, Red estaba a su lado. Charlie procuró sosegar su respiración mientras la puerta se abría y los dos hombres entraban en la habitación.

Esta vez Archie habló en voz más baja y calmada:

—Perdona, Sean, pero ¿qué quieres que haga? Me traes tres sombras más. Con estas tengo *trece*, y tu jefe sabe que hay *veinticinco* citas. No puedo devolverles el dinero. Eso les da igual; lo único que les importa es recibir lo que les he prometido. Si no les consigo una sombra, el año que viene no habrá conferencia.

—Eso es problema tuyo —dijo el pelirrojo, Sean—. No mío. Ni del Sr. Guiñol. Búscate la vida.

—Voy a hablar con él personalmente —le advirtió Archie. Charlie lo oyó teclear el código en la caja fuerte.

Charlie miró de reojo a Red en la penumbra, por si estaba pensando lo mismo que ella. Archie quería ir a hablar con Malhar.

—Cuando quieras —dijo Sean con tono arrogante.

Se oyó un tintineo de cristales. Estaba guardando algo en la caja fuerte.

—Vamos los dos a hablar con él —propuso Archie—. A fin de cuentas, está aquí abajo.

Charlie oyó el chasquido de la cerradura; luego, silencio.

—¿Qué dices? El Sr. Guiñol no está aquí. —Bueno, una pregunta menos que resolver. El líder de los titiriteros no estaba en la conferencia.

—No digas tonterías. He hablado con él esta misma mañana —se burló Archie, lo cual daba fe de su credulidad o bien de las dotes persuasivas de Malhar y Posey.

—¿Sí? —dijo Sean con tono suspicaz—. Entonces yo también quiero hablar con él.

Charlie se quedó quieta, pero el pánico se lo ponía difícil. Se moría de ganas de salir de allí y avisar a Posey. Pero dentro de un momento Archie y Sean se marcharían y ella podría actuar.

Red alzó las cejas con aire interrogativo. Charlie no estaba del todo segura, pero se temía que Red le estuviera preguntando si debía impedir que Archie y Sean salieran de la habitación. Charlie negó levemente con la cabeza. La probabilidad de fracaso era demasiado alta, y la de éxito… A Charlie no le gustaba la perspectiva de éxito.

Al cabo de un momento, la puerta se abrió y se cerró. Charlie contó hasta diez y salió reptando de debajo de la cama. Se dirigió inmediatamente a la caja fuerte y tecleó la contraseña.

Red frunció el ceño.

—¿No tienes que hacer otra vez lo del administrador?

—He oído los números —contestó Charlie—. Cada uno tiene un sonido distinto.

No pudo evitar sentirse complacida al verlo tan impresionado.

La puerta de la caja fuerte se abrió. Dentro había una serie de largos viales de cristal, como pergaminos, con tapones de ónice en ambos extremos. Al sacar uno, lo notó al mismo tiempo pesado y frágil. Inclinó el cristal y una silueta oscura se revolvió en su interior.

Charlie se arrodilló, sacó una camisa de la maleta abierta de Archie y envolvió los viales con ella para protegerlos. El último no cabía, así que se lo metió en la camiseta, justo debajo del sujetador. Después, guardó la camisa enrollada en una bolsa de la conferencia. Se la pasó a Red, cerró la caja fuerte y borró sus huellas.

—Larguémonos —dijo entonces.

Red se echó la bolsa al hombro y salieron de la habitación. Charlie se aseguró de borrar el resto de sus huellas.

—Malhar tiene que hablar de un momento a otro —dijo Red mientras bajaban las escaleras, demasiado rápido para aparentar naturalidad. Pero Charlie no quiso frenarlo; Archie y Sean les llevaban ventaja.

El pasillo que conducía a la sala de conferencias estaba desierto. Ningún grito o sonido de conflicto perturbaba el ambiente tranquilo. Charlie se lanzó hacia la puerta donde se celebraban las charlas.

La abrió y entró. Archie no estaba. Ni Sean.

Malhar ya estaba dentro, cerca de la parte delantera. Sonrió a Charlie y a Red al verlos llegar. Antes de que ella pudiera hacerle entender que tenían que irse, Malhar dio un paso adelante y carraspeó.

—Hola. —Saludó al público con la mano. Sonreía en exceso y se le notaba el brillo del sudor en la frente—. Bueno, ya es hora de divulgar todos mis secretos.

Hubo algunas risas. Era un buen comienzo. Sin embargo, parte del público miraba a su alrededor, como preguntándose por qué Archie no había venido a presentar a su invitado más importante.

Charlie entreabrió la puerta y se asomó, pero el pasillo seguía despejado.

Tal vez Archie, ya preocupado por los asistentes a su convención, prefería esperar a que Malhar concluyera su discurso antes de encararse con él. Si ese era el caso, probablemente Sean había ido a buscar a los otros dos titiriteros del búngalo. El vial de cristal encajado bajo el aro de su sujetador le presionaba el pecho.

Charlie sacó su móvil y le envió un mensaje a Posey: *Archie lo sabe*.

Malhar seguía hablando:

—He preguntado a varias personas cuál sería el mejor tema del que hablar delante de todos vosotros. Y todas me respondieron lo mismo: el avivamiento de sombras. —Al oír eso, la sala prestó mucha más atención. Malhar empezó a pasearse de un lado a otro —. Existen muchas creencias populares, pero me gustaría ofreceros una teoría subyacente. En primer lugar, quiero contaros una historia. Cuando estudiaba el posgrado, compartía piso con un par de amigos. La novia de uno de ellos estaba en el departamento de Psicología. Una noche, todos nos quedamos despiertos hasta tarde, charlando… Vale, sí, también tomamos setas… y terminé hablándole de la mente bicameral y la consciencia bífida.

Varias personas de la sala fruncieron el ceño. La mayoría de los buscadores habrían oído hablar de la consciencia bífida, pero no de la mente bicameral.

Posey no le había echado ni un triste vistazo a su móvil.

—De acuerdo, ¿alguien sabe qué es la mente bicameral?

La sala guardó silencio. Tras un largo e incómodo momento, Red carraspeó. Malhar se volvió hacia él, agradecido.

—Los antiguos griegos, y supongo que más gente, creían que sus pensamientos eran los dioses, que les hablaban mentalmente —dijo Red. Un momento después, pareció darse cuenta de cómo lo miraban Charlie y Malhar—. Lo aprendí en un texto sobre los orígenes del teatro, cuando Re… cuando estudiaba en la Universidad de Nueva York.

Malhar asintió con entusiasmo.

—¡Sí, exacto! Se cree que la mente bicameral precede a nuestro concepto moderno de la consciencia. En más de un sentido, las sombras se encuentran en ese estado, ¿verdad? —Dirigió la mirada hacia Red antes de apartarla de nuevo—. Actúan por iniciativa de la persona que las controla. La voz que oyen no es la suya. —Malhar levantó la mano—. Veo que todos queréis rebatirlo. Obviamente, no estoy diciendo que las sombras no puedan poseer una consciencia individual; lo que intento es establecer el camino que siguen para alcanzar dicha consciencia.

—Pienso, luego existo —dijo Red.

Malhar sonrió, como si esas palabras significaran algo diferente para él.

—Huevos verdes con jamón.

Aquello había dejado de parecer una actuación y empezaba a parecer algo distinto, algo más peligroso. Una teoría real.

—¿Adónde quieres ir a parar? —le interrumpió alguien del público —. Estabais tomando setas y os pusisteis profundos, como todos los que han tomado setas. ¿Y qué?

Charlie trató de captar la atención de Posey para indicarle que tenía que mirar su móvil. No funcionó.

Malhar respondió a la pregunta; a diferencia de la noche anterior, no parecía nada nervioso:

—Después de que le explicara la consciencia bífida que cultivan los umbristas, ella insistió en que parecía que lo que hacían los umbristas era inducir una enfermedad mental. Eso me cabreó.

—Ibais hasta las cejas —comentó alguien del público, y hubo más risas.

Malhar se rio con ellos; no parecía en absoluto molesto.

—Me dijo que la mente bicameral le recordaba a la esquizofrenia y que la consciencia bífida no era más que disociación. Seguimos discutiendo. Fue una noche muy loca, pero lo que se me quedó grabado fue eso. La disociación.

Todos guardaron silencio, como si contuvieran la respiración.

Charlie echó otro vistazo al pasillo; vacío. Si conseguían rodearse de suficientes ricachones mientras salían de la sala, tal vez Archie no se atrevería a detenerlos. Ya que no había interrumpido el discurso, era lógico que tampoco quisiera renegar públicamente del orador.

Malhar caminaba de un lado a otro.

—Contadme cosas que hayáis oído que hace la gente para intentar avivar su sombra.

—Nadar con tiburones —dijo Lars.

Malhar asintió.

—Muy ingenioso. Dentro de una jaula, eso daría miedo, pero no resultaría especialmente peligroso. Habría más probabilidades de que funcionara con alguien que les tuviera fobia. Pero ¿qué significa? ¿Por qué funciona solo a veces y solo con algunas personas?

Otro hombre tomó la palabra:

—Yo probé eso de que te estrangulen con un cinturón durante el sexo. Lo recomiendo, sin duda, pero no funcionó. —Hubo algunos cuchicheos y risillas del público—. Es como mirar a la muerte a la cara —continuó.

La persona que estaba a su lado habló después:

—Yo probé a quemarme el brazo con alcohol de curar y lo apagué enseguida. Ah, y también me dieron un puñetazo en la cara.

Red soltó un resoplido de risa.

Charlie le dio un golpe en el hombro.

—¿Qué tal si nos haces una demostración? —propuso alguien desde el lado opuesto.

Un par de personas se rieron.

Malhar debía de ser un gran profesor. Se lo veía animado delante de aquella «clase». Conseguía convencer a Charlie de que les estaba enseñando algo secreto.

—La otra cosa que se puede hacer… es tomar drogas.

Más risas.

—¡Di que sí, tío! —exclamó alguien.

Sean entró en la habitación, solo.

Como si fuera un accidente de coche a cámara lenta, Charlie vio que Malhar levantaba la cabeza. Su mirada pasó por encima de Sean y luego regresó al público, sin la menor señal de reconocimiento. La débil esperanza que tenía Charlie de poder convencer a Sean de que el verdadero Sr. Guiñol había titerizado a Malhar se hizo añicos.

—A algunos les han funcionado las setas. El LSD. El Benadryl. El hachís por toneladas —enumeró Malhar—. Pero los porcentajes son bajos. Acordaos de la experiencia que tuve yo con las setas: me llevaron a una teoría, pero no al avivamiento de sombras.

»Todos entendemos de forma indirecta que el trauma aviva las sombras de las personas, pero solo las de ciertas personas. Y todos conocemos la consciencia bífida, pero se considera que eso es algo que hay que cultivar una vez que tu sombra se aviva, no algo que tengas que hacer para que se avive. Por eso, la conexión entre ambas cosas no resulta evidente al principio. Sinceramente, yo creo que lo descubrí por casualidad. El trauma hace que ciertas personas disocien. Y la disociación es lo que despierta a la sombra.

Charlie parpadeó. El silencio era tan absoluto que Charlie lo percibía y formaba parte de él al mismo tiempo. Había un brillo de esperanza en los ojos de varios buscadores, y de confusión en otros. Hasta Sean parecía un poco aturdido.

Aquello no era ni un discurso de venta ni un timo. Parecía imposible que el novio de su hermana hubiera hallado la clave para que el mundo fuera un lugar más mágico. Pero Charlie tampoco había oído explicar nunca el avivamiento en esos términos.

—Veo que lo estáis asimilando —dijo Malhar—. Pero el siguiente paso, y veo por vuestras caras que algunos ya habéis llegado a esa pregunta, es: ¿cómo se elige disociar? —Un murmullo se extendió alrededor de Charlie, que se notaba tan absorta como los demás—. Pues buenas noticias: todos disociamos. ¿No os ha pasado nunca que vais en coche por la ruta de siempre y de pronto estáis en casa sin recordar cómo habéis llegado? ¡Eso es disociación! Lo malo es que no es una disociación lo bastante profunda para desencadenar el avivamiento de una sombra, pero es un buen comienzo. El

objetivo es alcanzar la sensación de estar fuera de uno mismo. Por eso, tanto si os inducís el estrés como si lo experimentáis de manera orgánica, una vez que se produce, el objetivo es sentir que le está ocurriendo a otra persona. A vuestro otro yo.

Charlie pensó en la noche en que se había avivado su propia sombra; recordó la sensación de verse a sí misma desde lejos.

—Muy bien, he estado pensando bastante en estresores relativamente inocuos y…

Se oyó un grito de mujer al otro lado de la puerta.

Charlie la cruzó y salió al pasillo antes de poder pensarlo mejor.

Vera yacía en el suelo, con el vientre desgarrado, y una borrosa silueta femenina estaba inclinada sobre ella, lamiéndole las entrañas; sus manos sombrías estaban afiladas y bañada en sangre.

Vera seguía viva, pero, por suerte para ella, la luz de sus ojos se desvanecía muy deprisa.

En ese momento, Mark apareció por la esquina, con la camisa manchada de rojo, arrastrando el cuerpo inerte de Archie por un brazo. Cuando vio a Charlie, se echó a reír. Soltó a Archie y abrió los brazos de par en par.

De sus dos costados brotaron sombras, como esas hojas de papel que se recortaban en forma de ángel y creaban una cadena al desplegarlas.

El hombre de las nueve sombras del cuento.

Durante un instante de confusión, Charlie no pudo hacer otra cosa que mirarlo fijamente, con el corazón en la garganta. A su alrededor solo se oían gritos. La gente se abría paso a empujones. Alguien la golpeó con tanta fuerza que tropezó.

Siempre crees que lo sabes todo, y siempre te equivocas.

Al cabo de un momento, dos de las sombras fluyeron hacia Sean. Otras tres fueron a por Red.

—Voy a matar a todas y cada una de las personas que me han hecho mal —aseguró Mark mientras caminaba directamente hacia Charlie—. Y a ti te voy a matar dos veces.

Con manos temblorosas, Charlie sacó su cuchillo de ónice de la bota. Lo interpuso entre ellos dos, arrepintiéndose de nuevo de no saber luchar, más allá de intentar clavar la parte afilada en la criatura que se le venía encima. Mark se detuvo y la fulminó con la mirada.

De una cosa sí estaba segura. Si Mark se acercaba lo suficiente, Charlie no dudaría en apuñalarlo.

Red, a su lado, forcejeaba con una sombra de formas claramente femeninas. Esta le había echado las manos al cuello. Tenía otra sombra subida a la espalda, mordiéndolo y arañándolo. Los ojos de Red eran dos brasas encendidas que ardían de rabia.

—Vete de aquí —dijo entre dientes cuando Charlie lo miró.

Ella retrocedió un paso de forma automática.

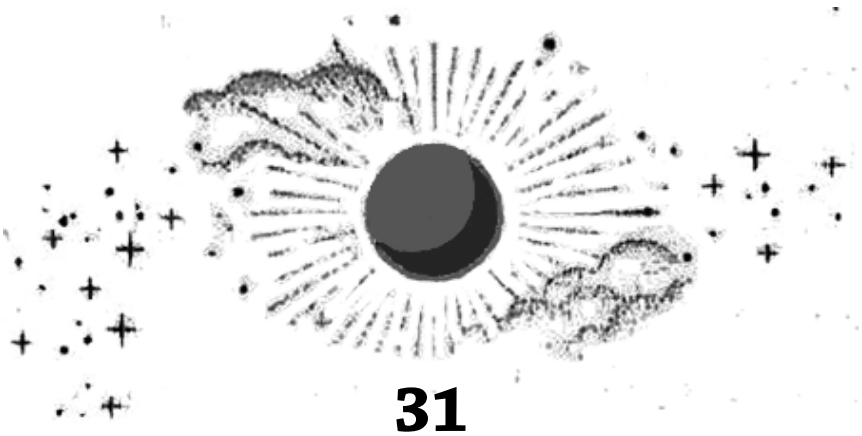
Sean yacía en el suelo, gritando; le corría sangre por el brazo. Su sombra estaba hecha jirones. Los titiriteros no solían entablar combate directo y su expresión de miedo resultaba aterradora.

Detrás de Sean, la sombra de Posey creció y le salieron garras, como una versión distorsionada y feroz de Charlie. Empezó a forcejear con una tercera sombra. Charlie se la quedó mirando fijamente.

Se distrajo tanto que no vio acercarse a otra sombra. No se dio cuenta de que la tenía detrás hasta que notó que una mano agarraba su collar de ónice y tiraba de él con tanta fuerza que lo partió. Charlie se dio la vuelta con brusquedad y levantó el cuchillo, dando una puñalada mientras una densa niebla de sombras la rodeaba e invadía su garganta. Notó su sabor en la lengua. Se atragantó con ella.

Le ardían los pulmones. No podía respirar. Un cerco negro empezó a estrecharle la visión.

Y luego eclipsó hasta la última pizca de luz.



31

ZORROS EN EL GALLINERO

Charlie despertó tumbada en una moqueta que apestaba a tabaco y al olor putrefacto de la carne rancia. Al levantar la mirada, vio un techo con goteras. Con cuidado, probó a mover las muñecas y luego los tobillos. Estaban atados con lo que parecían ser unas bridas de plástico.

Le palpitaba la cabeza y le dolían los pulmones; notaba una leve molestia cada vez que respiraba, agravada por una aguda presión en el pecho.

Rodó para colocarse de costado.

Había una mujer sentada a su lado, con el cuerpo translúcido de un fantasma.

—Él te ha estado buscando.

Charlie reprimió un grito.

Rose Allaband había sido una mujer hermosa, de cabello y ojos oscuros. Su sombra no lo era menos. Al inclinar la cabeza, su pelo se movía como levantado por un viento invisible.

A su espalda, Charlie veía una estancia caótica, llena de periódicos y envases de comida a domicilio, la mitad de los cuales ahora hacían las veces de cenicero.

—¿Por qué sigo viva?

La sombra de Rose se encogió de hombros.

—Aún no ha decidido cómo matarte.

—¿Tú eres la única que… habla?

La joven negó con la cabeza.

—No exactamente. —A una seña suya, varias siluetas sombrías se congregaron a su alrededor.

El terror embargó a Charlie, destruyendo su capacidad de hacer nada más que echarse a temblar. Había algo horriblemente malsano en las sombras, una antinaturalidad en sus movimientos.

La mano de la joven se posó en la espalda de una sombra que parecía mitad lobo y mitad humano.

—Este es Archer.

Luego le presentó a los demás: JonJon, Fauces y el NuncaHombre. Eso significaba que quedaban unas cinco. No había llegado a contarlas en el pasillo de Solaluna. No estaba segura de cuántas eran al principio.

En lo que Charlie intentaba no pensar desde que había despertado era en los que se habían quedado atrás. Red, Posey y Malhar. ¿Estaban heridos? ¿Estaban vivos? Cuando se imaginaba a sí misma llorando su muerte, se precipitaba hacia una desesperación tan profunda que conseguía templar su miedo.

—¿Dónde estoy? —logró decir Charlie.

—En nuestra nueva casa —dijo el NuncaHombre. Había una inquietante monotonía en su voz—. Hemos tenido muchas casas.

—Él es el otro que sabe hablar —le explicó la chica—. Aunque Archer aúlla y a veces Fauces susurra cosas que no creo que sean palabras.

—¿Te puedo llamar Rose? —preguntó Charlie.

—Rosalva —contestó ella—. Soy de Rose, pero no soy Rose.

—El alba rosa —dijo el NuncaHombre.

«Nuestra nueva casa» no le decía nada. Mark podía haberse instalado cerca de Solaluna, pero también podían encontrarse a kilómetros y kilómetros, en otro sitio. Charlie sabría más si averiguaba cuánto tiempo había estado inconsciente, pero sospechaba que la noción del tiempo de las sombras era tan pobre como su orientación espacial.

Decidió probar otra cosa:

—¿Me podéis desatar las muñecas?

Las sombras se apartaron de ella, profiriendo siseos. Se le aceleró el corazón.

—No podemos —gruñó la sombra de Rose—. Él nos ha dicho que no podemos.

Charlie se obligó a seguir insistiendo, a pesar del miedo.

—¿También os ha dicho que no podéis traerme unas tijeras?

—Nada que haga sangre. Solo agua. Y comida —dijo el NuncaHombre.

—Las tijeras no son para eso —insistió Charlie.

—¡Nada que haga sangre! —gritó el NuncaHombre; fue como si una racha de viento la empujara hacia atrás—. Nada de probar tu sangre dulce. Aún no. Aún no. Pero no nunca. Él no ha desprometido que nunca.

—Vale —susurró Charlie con voz temblorosa—. Vale.

Se oyó un crujido de tablas en el pasillo y las sombras se dispersaron como ratones cuando un gato andaba cerca. Mark entró en la habitación; tenía los ojos hundidos y el cabello oscuro y grasiento le caía sobre la cara. Sonrió al ver a Charlie.

—Qué gusto encontrarte atada en el suelo de mi casa —la saludó.

Charlie lo recordó fulminándola con la mirada desde el estrado, el día del juicio, y lo seca que había notado la garganta. Eso no era nada al lado de lo que sentía ahora. Pero, por muy aterrorizada que estuviera, también estaba furiosa. Incluso maniatada y tirada en el suelo, no podía evitar imaginarse su venganza.

—La cagué totalmente contigo —dijo, dejando que su voz se quebrara un poco.

La sonrisa de Mark se ensanchó.

—Y tanto que sí.

—Me creía muy lista —continuó Charlie, tratando de transmitir sinceridad, aunque le dejara un regusto amargo—. Tú me habías jodido, así que se me ocurrió joderte a ti también. No pensé en lo que podrían hacerte.

—Un poco tarde para disculparte —dijo Mark.

Era importante que Charlie no se pasara de la raya. Si no se mostraba al menos un poco enfadada, Mark no se tragaría nada de lo que dijera.

—Me pegaste un tiro, así que no voy a pedir perdón.

Mark apartó periódicos para sentarse en una silla.

—Espera a ver lo que te hago esta vez. Tú tienes la culpa de que sea así, ¿sabes? Me gustaría hacerte trizas.

—¿Qué te lo impide? —le espetó Charlie, porque estaba muy cabreada y se sentía muy impotente. Porque tomaba malas decisiones frente al peligro.

La sonrisa de Mark fue de puro rencor.

—Que solo puedo hacértelo una vez.

Charlie se había metido en un buen lío. Si quería engañarlo (aunque ahora no estuviera del todo segura de cómo hacerlo), iba a tener que tragarse la rabia. Mark querría que Charlie reconociera su astucia, su superioridad.

Mark nunca la había considerado una verdadera timadora, como él. Charlie era una mujer, y si una mujer conseguía que su víctima la deseara, o incluso que se enamorara de ella, pues así eran las mujeres, ¿no? Eso no tenía tanto mérito como cuando un hombre guapo y rebelde llegaba a la ciudad y empezaba a robar corazones.

Las mujeres tenían que ser camaleones, seres amorfos e informes hasta que el mundo les dijera cuál era su forma, y por eso a Mark no le impresionaba que Charlie fuera capaz de adoptar un papel. Tal vez pensara que todas las mujeres eran unas estafadoras.

—¿Cómo te… convertiste en lo que eres ahora? —preguntó Charlie, centrándose en parecer fascinada por su respuesta.

—Vicereine no era la única que podía darme una sombra avivada —contestó Mark—. Acudí a otra persona.

—A Salt. —Se le quebró la voz por la sorpresa. Eso era lo que el Sr. Guiñol le había contado del cosechador, que Lionel Salt lo había sometido a una especie de servidumbre.

Mark parecía encantado de haberla escandalizado.

—No pensabas que tuviera lo que hay que tener, ¿verdad?

—Pero no se la compraste. Salt no necesitaba tu dinero.

—Me ofreció un encargo. Quería que llevara un par de cadáveres al centro y que los quemara sin que se enterara nadie. Que pareciera un asesinato con posterior suicidio.

Charlie miró fijamente a Mark; notaba todo el cuerpo helado.

—Era su nieto. Quemaste el cadáver de su nieto.

Mark se encogió de hombros. Parecía irritarle que Charlie lo juzgara.

—Nada de lo que hice esa noche se puede comparar con lo que he hecho desde entonces.

Charlie tenía ganas de pegarle.

—No llegaste a entrar en la cárcel, ¿verdad?

—Sí, pero unos tipos de la Cábala me sacaron a los pocos días. Dejaron a un pringado cumpliendo mi condena, haciéndole creer que él era yo. —Sonrió de oreja a oreja; claramente disfrutaba alardeando—. Supongo que Salt les dijo que yo sabía resolver problemas. Rooster me dijo que, si trabajaba para él, no volvería a pisar la cárcel.

—Qué suerte —dijo Charlie.

El rostro de Mark perdió todo rastro de diversión.

—Trabajar para Rooster y Archie era peor que estar en una celda. Me convirtieron en su cosechador. ¿Tú sabes lo que es eso?

—Robabas sombras —respondió Charlie.

Esta vez fue él quien se sorprendió.

—Pues sí. Y querían que lo hiciera eternamente. Cada vez que me resistía, me decían que podían volver a meterme en la cárcel. Y que conocían gente que se aseguraría de que no volviera a salir de allí.

A Charlie no le costaba imaginar lo que habría sentido Mark. Habría pensado que era un trato estupendo hasta que se había metido hasta el cuello. Y luego la frustración, la desesperación, el odio cada vez mayor. El ansia desesperada de encontrar una salida.

—Al principio, yo solo quería una sombra nueva. No es fácil que tu sombra tenga aspecto de mujer… No te ofendas. Pero me preocupaba que la nueva no fuera muy poderosa, así que se me ocurrió portar las dos temporalmente. —Cuando miró a Charlie, esta vio brotar la locura detrás de sus ojos—. Entonces me di cuenta de que era capaz de hacer muchísimo más con dos sombras. Y supe que necesitaba más.

—Y tuviste que alimentarlas —dijo Charlie, animándolo a continuar—. Una cosa es que mataras a Rooster Argent, pero las personas de la iglesia…

—Los misterios tienen sus motivos. Y las anunciaciones. —Se relamió los labios resecos—. La magia tiene un precio, uno que debe pagarse con sangre. Tengo muchísimo poder, Charlie. Ahora soy como un dios.

Siempre había sido muy dramático. Era una de las cosas que le habían gustado de él, aparte de sus pómulos. Un delgaducho con cazadora de cuero, pelo largo tapándole la cara y una tristeza que Charlie estaba convencida de poder curar.

Pensó en el cuento del hombre de las nueve sombras, en que la avaricia y la envidia lo habían consumido hasta tal punto que al final ya solo le quedaba la tarea sisífica de conseguir sangre suficiente para unas sombras que nunca había necesitado. Aunque Mark creyera que las sombras lo acercaban a la divinidad, era evidente que lo estaban matando.

Estaba demasiado flaco y tenía ojeras. Parecía angustiado. Charlie no pudo evitar pensar en el último Hierofante y en el aspecto

que tenía al final.

—¿No podrías desatarme las manos? —le preguntó—. Me duelen las muñecas.

—Muy graciosa, Charlie.

La tentación de suplicarle era muy fuerte.

—No lo hagas, por favor.

—Tenerte aquí es incluso más divertido de lo que imaginaba —dijo Mark con ansia—. ¿Qué tal si hacemos una cosa? Vamos a alimentar a mis sombras contigo.

Charlie le sostuvo la mirada.

—Si muero, se te acabará la diversión.

—Tranquila. Sé hacer un montón de cortes superficiales.

Charlie se dijo a sí misma que Mark no iba a dejar que saliera ilesa. La prefería herida y humillada, pero no la mataría. Al menos de momento. Al fin y al cabo, mientras Charlie pudiera curarse, Mark podría prolongar su sufrimiento.

A ti te voy a matar dos veces.

—Tengo miedo —confesó.

Mark sonrió como si le encantara oír eso.

—Haces bien.

Charlie inspiró hondo.

—¿Me puedes ayudar a sentarme en el sofá?

Mark se agachó y la levantó del suelo. Entre los dos avanzaron con paso tambaleante hasta el sofá. Él retiró varios vasos llenos de colillas de cigarrillo antes de soltarla sobre los cojines. Luego hurgó entre la basura de la mesita y sacó unas cuchillas de afeitar, un paquete de tabaco y un mechero.

Se encendió un cigarrillo entre las manos ahuecadas.

—¿Un nuevo hábito? —preguntó Charlie, pensando en los filtros amontonados en platos en la casa donde Red había estado a punto de morir. En los que había visto a la salida del cementerio de Hatfield. Pensó en la abundante colonia que Mark llevaba en Solaluna, para disimular el olor rancio de la nicotina.

—Me ayuda con los tembleques —contestó él—. Y mantiene a raya el hambre. Siempre tengo muchísima hambre, Charlie. Hasta he probado a comer lo mismo que ellos, pero no funciona.

Charlie pensó en los mordiscos humanos de los cadáveres y le entraron náuseas.

Mark le tendió el paquete.

—¿Tú fumas?

—Es el único vicio en el que no he caído —respondió ella—. Además, para eso tendrías que soltarme las manos.

—Podría acercarte el cigarrillo a la boca —replicó Mark.

Charlie negó con la cabeza. El olor del humo le hacía pensar en su infancia, cuando iba a casa de su tía paterna, antes del divorcio. Llevaba años sin pensar en ese lugar. Se acordó de cuando esperaba delante de los restaurantes donde trabajaba su tía, con los lavaplatos y cocineros que salían a fumar entre turno y turno. El olor era desagradable, pero los recuerdos que evocaba no.

Charlie procuró aferrarse a eso mientras Mark calentaba el filo de la cuchilla con la llama. Cerró los ojos.

—¿Sabes qué es lo que siempre me ha gustado de ti? —le preguntó Mark. Continuó sin necesidad de que ella respondiera—: Que no eras nada escandalosa. Estoy cansadísimo de tantos gritos. Me he acostumbrado, supongo, pero es demasiado dramático.

Charlie notó la mano de Mark en el brazo y luego el escozor de la cuchilla. Estaba afilada, eso tenía que reconocerlo, así que no le dolió tanto como podría haberlo hecho. Procuró centrarse en cualquier cosa que no fuera la sensación húmeda de la piel.

Haz que siga hablando, pensó.

—Pensaba que las personas no podían tener más de una sombra. ¿Cómo consigues dividir tu consciencia en más de dos partes?

La mano de Mark le agarró el tobillo; trató de no ponerse rígida, pero no pudo evitarlo. Notó de nuevo el roce de la cuchilla.

—Apuesto a que muy pocos podrían —respondió él—. Tal vez no pueda hacerlo nadie más que yo. Después de conseguir la tercera y la cuarta, me puse a practicar hasta dar con un método. Tienes que

ir moviéndote entre ellas, entrar y salir de las diferentes consciencias, y tienes que hacerlo rápido. A veces me pierdo. —Charlie se estremeció por el tono delirante de su voz—. No te muevas —le advirtió Mark—. Quiero hacerte daño, no matarte. Todavía no.

Las sombras se habían congregado en los rincones de la habitación, como esperando a la señal de Mark. Cuanta más sangre derramaba este, más ansiosos eran sus movimientos.

—¿Y si hacemos un trato? —preguntó Charlie. El roce de la cuchilla era una distracción horrible y tampoco podía hacer gran cosa. Pero si la necesidad era la madre de la inventiva, necesitaba empezar a inventarse algo—. Podría conseguirte al Sr. Guiñol.

Al notar que los movimientos de Mark se detenían, Charlie abrió los ojos. Él la observaba con recelo. A su alrededor solo había sombras. Habían acudido a su sangre derramada, hambrientas. Aun así, al ver cómo la miraba Mark, Charlie supo que había acertado.

—¿Cómo?

—Seguramente hayas oído que estaba en la conferencia. Te estará buscando. Y yo soy la Hierofante. Él confía en mí.

Mark se echó a reír.

—Ha puesto a un zorro a vigilar el gallinero.

—Exacto. Puedo hacerlo —insistió Charlie mientras un plan se iba formando a medias en su cabeza.

Él la miró con los ojos entornados.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

—¡Porque estoy acojonada! —admitió—. Quiero sobrevivir. Y sé que tú piensas que todo tiene un precio. ¿Cuál es el precio para que yo salga de esta? —Ambos habían pensado así. Todo tenía un precio. Nada salía gratis. Y menos la lealtad. Y menos el amor. En última instancia, uno estaba solo.

Y aun así, Charlie no veía ninguna forma de salir de aquella que no implicara apostar tanto por el amor como por la lealtad.

—¿No te da miedo que te mate igualmente, diga lo que diga ahora? —preguntó Mark. Como para resaltar su pregunta, trazó otra

línea ardiente en el brazo de Charlie con la cuchilla—. Quizá tampoco deberías fiarte de mí.

Charlie estaba segura al mil por cien de que iba a matarla igualmente.

—¿Qué otra opción me queda?

Él sonrió como si le gustara su respuesta.

—Está bien. —Sacó un móvil desechable—. Llámalo.

Ella negó con la cabeza.

—Si lo uso, adivinará que tú me estás obligando. Debería usar mi propio móvil.

Mark pareció sopesar sus palabras.

—¿Qué le vas a decir?

—Que he conseguido escapar de ti y que necesito que me recoja. A cambio, le prometeré que lo llevaré hasta ti.

—¿Cómo conseguirás que venga solo? —Mark le hizo otro corte en la pierna. Ese le dolió más, como si hubiera presionado la cuchilla con más fuerza.

—¡Estoy pensando! —exclamó Charlie—. Vale, vale. Le diré que, si no viene dentro de quince minutos, la siguiente llamada será a Vicereine, para contárselo todo sobre su chanchullo de venta de sombras.

—No lo hará —dijo Mark—. Es un cobarde.

—Ya sabes lo convincente que puedo ser. —Charlie esperaba estar convenciéndolo a él.

Mark asintió y torció el gesto al recordar.

—Vale —respondió—. Te desato las manos y lo llamas. No hagas ninguna tontería.

Charlie suspiró.

—¿Ya has terminado de sacarme sangre para tus sombras? Creo que esperaré hasta que hayan comido.

—¿Así que al final no te fías de mí? —preguntó, pero no parecía molesto.

—Confío en ti —repuso Charlie.

Todos los timos se basan en el deseo. De dinero, claro, pero también de otras cosas: sexo, poder, estatus, validación. Mark odiaba a Charlie, pero precisamente por eso se creía a salvo de caer en sus tretas.

Le abrió un último corte con la cuchilla e hizo una señal. Las sombras se arremolinaron.

Unas lenguas neblinosas, ásperas y apenas tangibles le lamieron la piel. Una insinuación de solidez, sin ser en absoluto sólidas. Charlie sabía que no era únicamente sangre lo que le estaban sacando; con cada lametón, se llevaban algo más.

Su concentración se difuminó y empezó a notar las extremidades pesadas.

—Por eso quería que llamaras antes —murmuró Mark, dándole un puntapié a una sombra. Archer. Era Archer—. Ahora no me vas a servir de nada.

Los ojos se le habían cerrado solos. Nada de lo que decía Mark parecía lo bastante importante para volver a abrirlos. Nada parecía lo bastante importante para discutir.

—¡Apartaos de ella! —gritó Mark—. Fuera.

Charlie oyó los gemidos tristes y los siseos de protesta de las sombras. Y a pesar del horror que le infundían esos sonidos, estaba demasiado agotada para dejar de sumirse en la inconsciencia.

Cuando despertó, tenía las manos desatadas y estaba tumbada de lado en el sofá, con la cabeza apoyada en una almohada. Todavía se notaba mareada. Un olor a cigarrillos y ramen hervido llenaba el aire.

La sombra de Rose la observaba. La sombra canina, Archer, estaba sentada a su lado.

—A veces nos libera, si consigue una mejor —dijo Rosalva—. A mí me habría dejado libre si le hubiera traído a Red.

—Y se lo trajiste —le recordó Charlie, atontada.

—Pero si Red lo hubiera matado, no me habría dado pena. Así que a ti tampoco debería molestarte haber intercambiado la vida de otro por la tuya.

Charlie asintió, aunque no estaba segura de entenderlo.

—Lo intentaré.

—Dice que ahora que estás despierta tienes que hacer la llamada. Y que tengo que hacerte mucho daño si adviertes al Sr. Guiñol. —Rosalva le tendió su propio móvil.

—Tomo nota. —Charlie lo encendió y le empezaron a llegar mensajes y más mensajes. Fueron destellando en la pantalla, uno tras otro. Mensajes y llamadas de su hermana. Mensajes y llamadas de Malhar.

Charlie notaba el cerebro embotado, y necesitaba estar espabilada para que la llamada saliera bien.

Rosalva se encogió de hombros.

—Mark cambia mucho de opinión.

Era lógico, al tener que alternar el control entre tantas sombras diferentes. Pensó en el cuento, en el auténtico hombre de las nueve sombras, que les gritaba a sus sombras porque le hablaban todas a la vez, porque no dejaban sitio para sus propios pensamientos.

—¿Sobre qué cambia de opinión contigo? —preguntó Charlie.

Le costaba leer la expresión de Rosalva, al estar hecha de sombras.

—Sobre si me libera o no —dijo tras una pausa—. Vamos, llama al Sr. Guiñol.

—Necesito decirle adonde tiene que venir —dijo Charlie—. Un lugar que sirva para una emboscada. Voy a abrir un mapa en mi móvil, ¿vale?

Rosalva asintió.

Charlie sudaba mientras el mapa se cargaba. Resultó que no estaban lejos de Solaluna: a unos quince kilómetros, en un bloque de apartamentos.

Entró en sus contactos y repitió mentalmente el número varias veces, hasta estar segura de haberlo memorizado. Luego lo borró.

—¿Qué has hecho? —preguntó Rosalva con suspicacia.

—Estoy buscando la información de contacto del Sr. Guiñol —respondió Charlie. Luego negó con la cabeza—. Antes de llamar,

tengo que ir al baño.

—¿Por qué? —Archer se levantó y empezó a caminar de un lado a otro antes de volver a sentarse al lado de Rosalva.

Charlie frunció el ceño.

—¿Tú qué crees?

—Vale —dijo la sombra—. Deja el móvil aquí.

Una pena, pero era razonable.

—¿Me cortas las bridas de los pies?

Rosalva transformó el extremo de su dedo en un cuchillo y, al cortar la brida, le arañó la piel a Charlie. Cuando brotaron unas pocas gotas de sangre, un hambre inconfundible apareció en el semblante de Rosalva.

Charlie se había pasado horas atada; en cuanto se soltaron las ataduras, empezó a notar pinchazos de agujas y alfileres en las pantorrillas. Casi se cayó al ponerse de pie, sorprendida por la rigidez. Se apoyó en la pared e intentó caminar para deshacerse de la sensación.

No había muchas habitaciones aparte de aquella, pero cualquier error le daría algo de información sobre el lugar en el que se encontraba, así que no pidió indicaciones para llegar al baño. La primera puerta que abrió llevaba a un dormitorio con las sábanas manchadas de sangre. Probablemente, en algún lugar de aquel apartamento, el cuerpo desangrado de su antiguo ocupante había empezado a pudrirse.

Charlie cerró esa puerta y probó la siguiente. Un cuarto de baño, con una maquinilla eléctrica en su base de carga. Un espray de desodorante a su lado. Costras de pasta de dientes en el lavabo. Una cortina de ducha de *Star Wars* estaba colgada en torno a la bañera, con una imagen de Boba Fett.

La desesperación la golpeó en el pecho. La persona que había vivido y muerto allí no había hecho nada para traer al hombre de las nueve sombras hasta su puerta. Mark había sido un novio de mierda y una mala persona, pero no se había dedicado a asesinar gente todos los días de la semana y dos veces los domingos.

Sin embargo, ahora se había convertido en eso. Si nadie lo detenía, habría más asesinatos en sótanos de iglesias. Más inocentes muertos y desangrados con un apartamento práctico. Más sombras encadenadas a su locura.

Pero ¿cómo iba a detenerlo Charlie? Ella no era umbrista.

Miró por el ventanuco. Quizá pudiera colarse por ahí, pero parecían estar en la tercera planta y la caída era larga.

—Si no sales ya, le digo a Archer que entre —le advirtió Rosalva.

—Estoy meando —gritó Charlie. Luego lo hizo de verdad. Cuando terminó, se lavó las manos y bebió cinco tragos de agua del grifo. Después se sentó en el borde de la bañera y se levantó la camiseta.

Allí, presionado por el aro del sujetador, acolchado entre sus pechos, estaba el vial de cristal con una solitaria sombra atrapada en su interior.

Charlie no tenía ni idea de si la sombra era lo bastante fuerte para ser un Estrago, pero si Mark la encontraba, se la unciría. No podía correr ese riesgo. El pergamino estaba sellado herméticamente con tapones de cera en ambos extremos. Sacó un mondadientes del armario de las medicinas, lo clavó en un extremo y raspó suficiente cera para sacar el tapón.

Puede que Charlie tuviera las manos húmedas por el sudor. Quizá le temblaran. O simplemente no tuvo suficiente cuidado. El caso es que el vial se le escurrió de los dedos y se hizo añicos contra el suelo del aseo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rosalva.

—Perdón —respondió Charlie—. He tirado un vaso.

Una nueva sombra se alzó en la habitación, una oscuridad recortada contra los azulejos que antes no estaba.

—Hola —la saludó Charlie con un susurro.

—Más vale que hayas terminado —la reprendió Rosalva.

Charlie recogió una esquirla de cristal y se hizo un corte en la palma de la mano. Le dolió mucho más que la cuchilla. Luego juntó las manos y las extendió.

—En dirección a la montaña hay un lugar llamado Solaluna. Cuando llegues, busca a una sombra llamada Red. Él te ayudará a volver con tu persona, si es lo que quieres. Y si no quieres, puede enseñarte a sobrevivir así.

La sombra se deslizó por el suelo, alejándose de ella. Charlie no tenía ni idea de si la había entendido.

—Ten cuidado —le dijo con un susurro mientras se marchaba.

—Charlie… —dijo la voz cantarina del NuncaHombre desde el otro lado del ventanuco, mientras una sombra se extendía sobre ella. Charlie dio un respingo de sorpresa; de pronto se alegraba mucho de no haber intentado escapar por ahí.

Inspiró hondo y abrió la puerta del cuarto de baño; Archer y Rosalva estaban delante. Atravesó a Rosalva, volvió al sofá y recuperó su móvil.

—Eso no ha sido muy considerado —dijo Rosalva.

—Ah, ¿así que ahora somos consideradas? —preguntó Charlie antes de poder pensárselo mejor. Necesitaba a Rosalva de su lado, si es que tal cosa era posible—. Perdona. He abierto la puerta del dormitorio creyendo que era el baño. Me he puesto nerviosa al ver toda esa sangre. Y luego he roto el vaso y me he cortado.

—Somos muchos —dijo Rosalva, como a la defensiva—. Siempre tenemos hambre.

Charlie negó con la cabeza.

—No os culpo a vosotros. —Eso no era del todo cierto, pero todas las sombras uncidas a Mark eran robadas. Independientemente de lo que hubieran sido antes, no merecían que las atiborraran de terror.

No pudo evitar pensar en Red, obligado a alimentarse de vidas ajenas. Él no era lo que lo habían obligado a hacer. Quizá esas sombras tampoco.

Ojalá él y Posey estuvieran bien.

Charlie levantó el teléfono.

—Parece que hay un callejón a un par de manzanas de aquí. Voy a proponerle al Sr. Guiñol que nos veamos allí.

Rosalva echó un vistazo al mapa. Pero antes de que pudiera responder, Mark entró en la habitación. Traía una bolsa de comida a domicilio con una esquina oscurecida por la grasa.

—¿Aún no has llamado? —preguntó. Charlie negó con la cabeza mientras marcaba el número—. Pon el altavoz.

Ella inspiró hondo y obedeció. Como había borrado el contacto, no apareció el nombre al conectar.

—¿Charlie? —preguntó Malhar con evidente alivio—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

De fondo se oía gente que hablaba al mismo tiempo.

—Estoy bien, Fred. Por favor, pásame al Sr. Guiñol —dijo con toda la claridad que pudo, sin llegar a parecer artificial.

Se hizo un silencio. *Por favor*, pensó Charlie. *Por favor, entiende lo que intento decirte*.

—Un momento —dijo Malhar.

Al cabo de unos instantes, se oyó la voz de Red:

—Hola.

Charlie se mordió el carrillo para no soltar un sollozo de alivio. Estaba vivo.

Al mirar de reojo a Mark, vio que estaba tenso, pero que aún no sospechaba. El Sr. Guiñol era reservado y había utilizado a Rooster como intermediario. Lo más probable era que Mark no recordara el timbre exacto de su voz, pero no podía estar segura.

—Tienes que ayudarme —dijo Charlie—. No tengo mucho tiempo. He conseguido escapar de la casa, pero en la oscuridad no veo moverse a sus sombras.

Red habló:

—Todos estaban muy preocupados —dijo Red—. Todos menos yo. Yo estoy enfadado, Charlie. No necesito a una Hierofante que no sepa arreglárselas sola. —La frialdad de su voz fue como una bofetada.

—Necesito salir de aquí. Por favor. —No le costó mucho dejar que se le notara el pánico en la voz—. Me ha hecho daño.

—Dime dónde estás. —Antes Charlie había dicho que a Red se le daba bien interpretar un papel. Ahora veía que era capaz de interpretar más de uno, porque no había ni rastro de calidez en su voz.

—Hay un letrero cerca que dice Maple Lane. Prométeme que vendrás ahora mismo —dijo Charlie—. Si no, haré otra llamada. Se lo contaré todo a Vicereine. Caeremos los dos.

—No hace falta que me amenaces. Ya estoy subiendo al coche —respondió con voz gélida—. No cortes la llamada.

—No quiero arriesgarme a que alguien me vea por culpa del móvil. Enciende los faros dos veces cuando llegues y así sabré que eres tú —le dijo Charlie.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea.

—Ten cuidado, Charlie —dijo Red.

—Hay muchísimas sombras. Ven pronto, por favor. —Pulsó el botón para cortar la llamada.

Mark la observó un rato; luego extendió la mano para pedirle el teléfono. Charlie se lo dio.

—Te había dicho que conseguiría que viniera —dijo Charlie, pero le temblaba la voz. Ahora tenía que convencer a Mark de que no la matara—. Y también puedo hacer que salga del coche. Aún me necesitas.

—Entonces, más vale que comas algo. —Mark dejó la bolsa de comida en la mesa, entre los dos—. Tenemos quince minutos hasta que sea la hora de irnos.

Había comprado pescado frito con patatas. Charlie arrastró unas pocas patatas por la salsa tártara. Apenas era capaz de tragar bocado.

Estás jodida, Charlie Hall. Y acabas de meter a Red en tus mierdas.

Trató de convencerse de que aquello solo era otro timo. Tenía que despistar a Mark. Mantenerlo desorientado. Y luego alejarse a toda hostia de él en cuanto llegara Red. Ni que fuera su primera vez estafando a un maníaco homicida. Salt tenía que contar.

Pero en esa ocasión, Charlie había tenido tiempo para trazar un plan. Se había preparado. Tal vez Charlie Hall por fin iba a recibir su merecido. El balazo en la cabeza que había esquivado había tardado un año en regresar como un bumerán.

—Come algo —le dijo Mark.

Probó con otra patata frita, pero seguía sin poder tragar nada.

—¿Y qué pasará cuando mates al Sr. Guiñol?

Él la miró con aire reflexivo.

—Después le toca a Vicereine. Por cortarme los dedos.

—Y luego tendrás que largarte de la ciudad. —Charlie cruzó los brazos por debajo de las tetas, para lucirlas mejor—. Si me perdonaras, podría irme contigo.

Mark bajó la mirada, como ella esperaba. Se le aceleró el corazón. Si creía que Charlie intentaba jugársela, la mataría. Y era verdad que intentaba jugársela. Si quería escapar, no podía dejar que Mark volviera a atarla.

—No lo dices en serio —dijo él.

—Admiro la ambición —repuso Charlie, esperando que la creyera —. Y la obsesión.

—Hay pocas cosas que te alteren —dijo Mark—. Estaría bien tener a alguien así con quien viajar. Alguien de quien las sombras pudieran alimentarse. Siempre podría matarte más tarde.

—¿Adonde planeas ir? —Charlie siguió observándolo y trató de ablandar su mirada con admiración.

Mark sonrió.

—Quizá me marche de los Estados Unidos. Que los ricos y poderosos vengan a buscarme si quieren sombras. Podríamos irnos a Dubái. A las Maldivas. A Egipto.

—Un buen lugar para un dios —dijo Charlie con el corazón retumbando.

Al oír eso, su sonrisa se ensanchó. Mark debía de haber pasado mucho tiempo solo, cosechando para Rooster. Y a medida que obtenía más sombras, le habría costado cada vez más mantener la compostura. Habría horrorizado a todas las personas con las que se

cruzaba. Seguramente, parte del motivo por el que no había matado a Charlie todavía era que le gustaba poder hablar con alguien.

—¿Tienes pasaporte?

Mientras él se encendía otro cigarrillo y se limpiaba la boca grasienta con el dorso de la manga, a Charlie se le ocurrió la deprimente idea de que, probablemente, ella tenía más en común con Mark que con Remy Vincent Carver.

—No, pero conozco a un tío que puede conseguirnos pasaportes de las Islas Salomón.

—Con eso valdría —dijo él.

Charlie se inclinó hacia delante para sacar uno de los cigarrillos de Mark y lo encendió con dedos temblorosos. Odiaba el sabor, pero había fumado suficiente marihuana como para no ponerse a toser.

Sin dejar de sostener el cigarrillo con una mano, escamoteó el mechero. Luego fue al cuarto de baño, se lavó las manos y se apoderó del espray de desodorante al salir; se lo escondió debajo de la camiseta, entre las tetas, casi en el mismo sitio exacto donde había guardado el vial.

—Cuando llegue el Sr. Guiñol, yo lo llamaré desde el callejón. En cuanto salga del coche, podrás ocuparte de él, ¿no?

Mark entornó los ojos. Charlie se había equivocado al decir eso; ese fallo podía condenarla.

—¿Es que no te gusta ver sangre? —preguntó Mark.

—Yo no soy umbrista —dijo Charlie—. Es solo eso.

Él la fulminó con la mirada.

—No hará falta que vuelva a atarte, ¿verdad?

Charlie negó con la cabeza.

Mark asintió; el enfado abandonó su expresión tan deprisa como había llegado. Pero Charlie sabía que no tardaría en volver. Cualquiera que viajara con él (por no hablar de alguien a quien tenía motivos para odiar) terminaría por decir o hacer algo que desatara su paranoia y su ira. Mark lo mataría, aunque luego se arrepintiera. E incluso si conseguía contenerse durante un tiempo, esa persona

terminaría muriendo igualmente. A sus sombras les entraría hambre o Mark le haría un corte demasiado profundo.

—Muy bien, vamos.

Él la guio por dos tramos de escaleras hasta su coche, un Dodge Dart blanco; las sombras oscilaban alrededor de Mark, como globos empujados por el viento.

El vehículo, sucio por la sal de la carretera y manchado de barro, estaba incluso más sucio por dentro. El asiento trasero estaba sembrado de recipientes de comida para llevar, botellas de refresco de tamaño familiar y envoltorios de chocolatinas.

Mark ya le había hablado sobre su hambre, y las pruebas estaban por doquier. Probablemente necesitara comer de manera casi continua para no terminar drenado. Como los exploradores árticos que engullían bloques enteros de mantequilla.

Charlie subió al asiento del copiloto.

—Le has avisado, ¿a que sí? —gruñó Mark mientras se giraba hacia ella.

—¿Qué? —preguntó Charlie, sobresaltada.

—Mientras hablabais por teléfono. Le has avisado, no sé cómo. Las sombras lo saben. No dejan de susurrármelo.

Charlie notó que se le helaban los dedos; toda su sangre parecía agolparse en su corazón.

—Yo nunca haría eso. No quiero morir.

—Juegas demasiado —la acusó él con dureza.

—Si le hubiera avisado, no vendría —le recordó Charlie—. Y entonces me matarías. Nunca he sido una heroína. Ya lo sabes.

Mark pareció calmarse un poco mientras pulsaba el botón de encendido del coche. Pero el motor no arrancó. Ni siquiera se iluminó el salpicadero.

Mark estampó las manos contra el volante.

—¿Has sido tú?

Típico de Charlie Hall, meterse en líos porque el coche de su ex era una mierda.

—Creo que es la batería —dijo ella en voz baja, acordándose de la furgoneta. Las sombras de Mark se movían a su alrededor, como una lenta luz estroboscópica. El pánico le aceleró el corazón. Si Charlie no llegaba al punto de encuentro, aunque lograra escapar de Mark, luego no tendría adonde ir.

Agarró la manilla de la puerta.

Pero antes de que pudiera salir, Mark había pulsado el bloqueo de las puertas.

—Espera aquí —le ordenó.

Le echó una mirada severa mientras salía del coche; sus sombras lo siguieron como la cola de un vestido de novia. Cuando se disponía a abrir el capó, sacó las llaves y las puertas se bloquearon de nuevo.

Charlie miró a su alrededor, buscando frenéticamente cualquier cosa que pudiera usar como arma. A sus pies había una botella de cristal que podía romper. En la guantera encontró un destornillador y se lo guardó en el bolsillo.

Dentro también estaban los papeles del coche. La dueña se llamaba Marie.

El tiempo parecía moverse deprisa y despacio al mismo tiempo. Charlie empezó a marearse. Si no conseguía huir, tendría que viajar con Mark hasta que se le presentara la oportunidad de darle esquinazo… o de matarlo mientras dormía, supuso, aunque no sabía si su aprensión le dejaría hacerlo.

Se imaginó cómo sería viajar por carretera con él, la paranoia y la violencia ocasional. Colarse en la siguiente casa y ver a las sombras desangrar a más inocentes. Fingir que no lo despreciaba. Sonreír si él la tocaba.

Charlie había podido robar a Red delante de las narices de la Cábala. Quizá incluso pudiera robar las estrellas del cielo. Pero no podía hacer lo que haría falta para permanecer al lado de Mark, ni siquiera por su propio bien. Nadie iba a venir a salvar a Charlie. Y quizá esta vez ni siquiera iba a poder salvarse sola.

Mark soltó un taco y le dio un violento puntapié al neumático delantero. Las sombras parecieron agitarse. Archer se manifestó

entre dentelladas. El NuncaHombre flotó hacia las ventanas iluminadas de un apartamento cercano.

Charlie tomó aire, se deslizó hasta el asiento del conductor, desbloqueó la puerta y salió. Se agazapó detrás del coche y cerró la puerta sin hacer ruido.

Sacó el desodorante que llevaba bajo el sujetador y lo destapó.

Mark cerró el capó con fuerza, claramente frustrado. Entonces se dio cuenta de que el asiento del copiloto estaba vacío. Esbozó una sonrisa horrible.

—Chaaaarrlie —dijo—. ¿Te has escondido?

Ella se mordió el carrillo. Cómo no, iba a pasar los últimos instantes de su vida arrodillada en el asfalto helado de un aparcamiento.

Las sombras de Mark flotaban a su alrededor, avanzando lentamente en todas direcciones. No tardarían en encontrarla.

—Va a ser un juego muy divertido. Y mi premio será hacerte trizas.

Charlie salió de su escondite de un salto. Encendió el mechero y roció una llamarada de perfume en dirección al suelo, donde un delgado hilo conectaba a Mark con Rosalva.

Mark se giró hacia Charlie; su rostro era una máscara de hambre y rabia.

—Sabía que me traicionarías.

—Bueno, era de esperar —contestó Charlie.

Rosalva se alejó de Mark flotando, pero las demás sombras se aproximaron. El NuncaHombre agarró a Charlie por la garganta.

Ella encendió el mechero de nuevo. La mano de sombra se alejó, mitad sólida y mitad bruma negra.

—No os acerquéis —dijo Charlie mientras giraba despacio, interponiendo la llama ante ella. Archer y JonJon se agitaban cerca de ella, listos para saltar, pero el fuego parecía ponerlos nerviosos.

—Qué patética. —Mark la agarró por el brazo con el que sostenía el mechero y la tiró al suelo. Charlie se golpeó la cabeza contra el asfalto y tuvo la breve impresión de que el tiempo se le escapaba.

De pronto los dedos de Mark le aferraban la garganta. La estrujó mientras acercaba el rostro de Charlie al suyo. Empezaron a brotar motas de oscuridad que se iban extendiendo, como las películas antiguas estropeadas al exponerse al sol—. A nadie le importará que hayas muerto. Naciste siendo escoria, Charlie, y vas a morir siendo escoria.

Charlie intentó escupirle en la cara, pero no podía tomar aliento.

Red surgió de la oscuridad, a espaldas de Mark.

Por un momento, Charlie creyó que estaba alucinando por la pérdida de consciencia. Pero entonces vio que los dedos de Red agarraban a Mark por el pelo y le tiraban de la cabeza antes de propinarle un puñetazo en el costado. Mark soltó un grito de dolor agudo y satisfactorio.

Charlie se incorporó, respirando con dificultad.

Red le apretaba el cuello a Mark con el antebrazo. Detrás de él estaba Rosalva, cuyo vínculo estaba roto. Retenía a Archer y le hablaba en voz baja.

El NuncaHombre y JonJon flotaban justo detrás de ellos. Charlie rodó para ponerse de costado y trató de recuperar su mechero, pero entonces vio por qué ninguno de ellos se acercaba.

El aire estaba repleto de sombras. Tapaban la luz al moverse y se congregaban en torno a Red en un amplio semicírculo. Todas eran Estragos. Red había creado la jauría de Estragos sobre la que habían teorizado y la había conducido hasta allí para salvar a Charlie.

Mark intentó hablar, pero Red se limitó a estrujarle la garganta con más fuerza.

—Las sombras —dijo Charlie; su voz sonaba rara después de que Mark la hubiera estrangulado—. Las de los viales de cristal.

—Sí —dijo Red—. La que enviaste me encontró y creí que podrían ayudarnos. Esa sombra que salvaste me ha traído hasta aquí. Posey, Malhar y yo veníamos de camino cuando recibimos tu llamada. Eres un infarto hecho persona, Charlie Hall.

—Le has quitado la batería del coche —dijo Charlie mientras se ponía de pie a duras penas.

—La sombra no recordaba cuál era el apartamento exacto en el que estabais. Quería asegurarme de que no pudierais marcharos mientras os buscaba. —Red la miró fijamente—. Estoy muy enfadado, Charlie. No puedo más. Lo que te ha hecho… Si no quieres que lo mate, más vale que me lo digas ahora.

Charlie contempló los vínculos que unían a las sombras restantes con Mark: JonJon, el NuncaHombre, Archer. Las manos del NuncaHombre eran garras largas como cuchillos y su cabeza tenía forma de guadaña. JonJon parecía empuñar un hacha de sombra. Si dejaban de estar uncidos, serían libres de cometer todas las monstruosidades que quisieran.

Archer dejó de forcejear en brazos de Rosalva. Ella lo soltó y Archer se puso a olisquear el suelo.

—¿Te harías responsable de ellos? ¿Para que no se metan en líos? —le preguntó Charlie con una voz que solo temblaba un poco.

—Sí —contestó la sombra de Rose.

Charlie se giró hacia Red.

—Creo que deberíamos soltar a Mark. Creo que deberíamos soltarlos a todos.

Red enarcó las cejas; no había confundido su propuesta con bondad.

—¿Estás segura?

Charlie pensó en el horror del apartamento de la tercera planta. En la masacre de Hatfield y en la casa donde Red había estado a punto de morir. Pensó en sombras robadas de lugares como aquellos, arrancadas de las personas a las que pertenecían, quizá incluso obligadas a beber la sangre de esas mismas personas.

—Estoy segura.

La expresión de Mark era arrogante, a pesar de que el brazo de Red le seguía aplastando la garganta.

Charlie sacó su móvil del bolsillo de Mark; no soportaba el tacto de sus vaqueros grasientos ni la proximidad de su piel. Luego se agachó y, uno por uno, fue quemando los vínculos, transformando a todas sus sombras en Estragos.

—Si sigues siendo la Hierofante —le recordó Red—, serás tú quien tenga que cazarlos.

—Puede ser —dijo Charlie—. Pero hoy no.

—Como quieras. —Red soltó a Mark y lo dejó caer al suelo.

Este se levantó y se sacudió el polvo, con una sonrisa en el rostro demacrado.

—No has sido capaz, ¿verdad? ¿Y tú, Estrago? Rose me habló de ti. Me ha dicho cuánto poder tienes. ¿Por qué te has atado a ella? No es *nadie*.

Red le echó su abrigo por los hombros a Charlie.

—Y aun así, te ha engañado igualmente.

—¿Crees que esto se ha terminado? —se burló Mark.

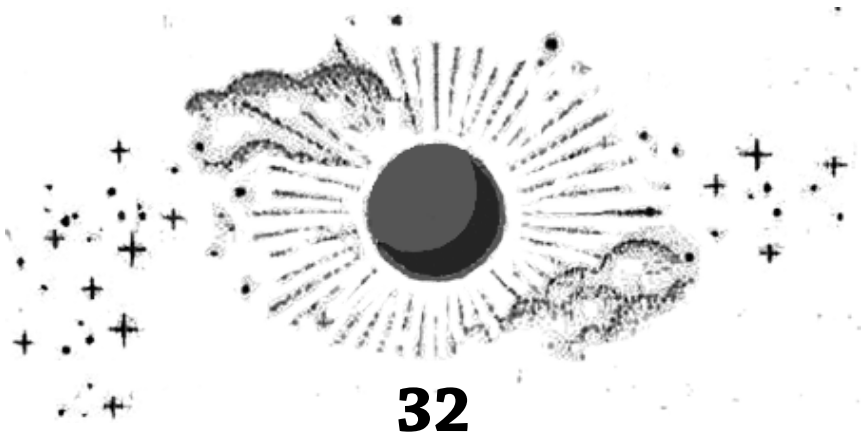
Al cabo de un momento, pareció percatarse de la cantidad de sombras que flotaban a su alrededor. Sombras que él había robado. Sombras que él había atado. Se arremolinaban con un sonido similar al aleteo de docenas de cuervos.

Mark retrocedió un paso.

—Claro que se ha terminado —susurró Charlie mientras Red la guiaba hacia la furgoneta, con el motor encendido y su hermana al volante.

A sus espaldas, Mark empezó a gritar.

Y a pesar de lo que Charlie oyó después, no echó la vista atrás.



32

EL VAGABUNDO

—Charlie Hall, ayúdame a entender por qué, como Hierofante, has soltado a siete Estragos por el mundo.

Vicereine se encontraba en el centro de una gran sala, en la fortaleza de la Cábala de los alteracionistas, una iglesia lujosamente restaurada no muy lejos de donde Emily Dickinson había escrito poesía y renegado del mundo. El tamaño, el mobiliario y las grandes verjas de hierro dejaban claro que los alteracionistas ganaban más dinero que todas las demás Cábalas juntas.

Por los ventanales entraba luz en abundancia. Los divanes de terciopelo verde botella invitaban a sentarse en ellos. Los líderes de las demás Cábalas estaban repartidos por la estancia. Vicereine estaba apoyada en la repisa de una chimenea decorada con azulejos de estilo Artes y Oficios, con una frase grabada sobre el hogar: «El arte no es un objeto; es un camino».

Vicereine representaba a los alteracionistas; Bellamy, a los antifaces.

Y en el lugar del Sr. Guiñol había un tipo calvo con chaqueta de *tweed*, delgado y con pinta de profesor.

Ninguno le ofreció un asiento a Charlie. Ella inspiró hondo.

—Siete no. Cuatro como mucho.

Tras abandonar a Mark a su suerte, Charlie, Posey, Malhar y Red habían vuelto a Solaluna. Charlie se había duchado y había gastado tooooodos los frasquitos de productos de higiene lujosos. Red le pidió vendas y pomada antibiótica a su mayordomo personal, que no les hizo ni una sola pregunta. Varias sombras volvieron, algunas con la esperanza de que les ayudaran a encontrar a sus dueños. Otras, incapaces de aguantar sin sangre.

Charlie apenas había podido dormir un poco antes de que Vicereine le enviara un mensaje para que se reuniera con los líderes de las Cábalas.

Ven ahora mismo, decía el mensaje. *Y trae a Vince si sabes lo que te conviene*.

Charlie casi nunca sabía lo que le convenía, por no hablar de hacerlo. Se había presentado sola.

—¿Dónde está el Estrago peligrosísimo que pusimos a tu cuidado? —preguntó Vicereine.

Con Malhar y Posey, devolviendo sombras a sus umbristas, ignorante de que Charlie planeaba plantar cara a las Cábalas sola.

—Por ahí anda.

—¿Sabes siquiera el paradero de la sombra de Remy Carver? —preguntó Bellamy.

—En este preciso instante, no —admitió Charlie.

Vicereine sacudió la cabeza.

—Tu deber era…

—Nos separamos mientras hacíamos un encargo —dijo Charlie.

—Tu puesto como Hierofante es un castigo —dijo Vicereine, claramente molesta por la interrupción—. Un castigo que nunca te has tomado en serio. Si lo que buscas es que te castiguemos de otra forma, eso tiene arreglo. Tal vez a Red le iría mejor si estuviera uncido a otro umbrista.

—Creo que a Red le va muy bien solo —dijo Charlie, cruzándose de brazos—. El Hierofante es un cargo inventado y absurdo con nombre de carta de tarot. Es un castigo porque se da por hecho que en la comunidad mágica todo el mundo dedica su tiempo a acumular poder y descuida cualquier otra cosa. Pero hay pocas personas que valgan para ello, ¿verdad? Y menos aún que se comprometan de verdad. —Vicereine titubeó el tiempo justo para que Charlie supiera que tenía razón—. He encontrado al asesino de Rooster Argent —continuó Charlie—. A la *persona* responsable de la masacre de Hatfield.

—Esta vez —dijo Vicereine—. Esta vez no ha sido un Estrago.

—Se encargaba de robar sombras a umbristas —dijo Charlie. Un vistazo al títere del Sr. Guiñol le reveló que tenía los ojos cerrados y el semblante inexpresivo. Seguro que resultaba más fácil mentir sin preocuparte de lo que reflejara tu rostro.

—Mark Lord —dijo Bellamy—. Un antiguo socio tuyo.

—Oh, venga ya —resopló Charlie—. Estamos en el Valle. Aquí todos somos antiguos socios de todos.

—¿Quieres que aplacemos esta conversación y hablemos de que nos robaste? —preguntó Bellamy—. De que me robaste a mí.

—Si quieres… —Charlie se giró para mirarlo—. Le arrancasteis una parte a Vince para reducir su poder. Él la necesitaba para sobrevivir esa noche. Nunca debería haber sido vuestra. Te la robé y no me arrepiento en absoluto.

—Nadie quería que muriera —dijo Bellamy con exasperación.

No, solo querías hacer experimentos con él. Pero no ganaba nada diciendo eso.

—Estamos de acuerdo en algo.

—¿Quién eres tú para hablarnos así? —le espetó el Sr. Guiñol, hablando por boca del profesor inconsciente—. No eres umbrista. Ni siquiera tienes una sombra aletargada. Eres una sinsombra.

—¿Eres uno de esos supersticiosos que creen que eso significa que no tengo alma?

—Creo que siempre ha faltado algo en tu interior —respondió con voz monótona—. Pero ahora la gente lo puede ver.

Charlie sintió una intensa chispa de rabia. La clase de rabia que podía llevarla a hacer o decir alguna tontería. Se la tragó. El Sr. Guiñol tenía motivos para actuar como si Charlie no le cayera bien. Tenía motivos para que Charlie no le cayera bien, punto. No debería dejar que eso la molestara, siempre que él cumpliera su promesa y la defendiera ante los demás líderes de las Cábalas.

—Mirad —dijo Charlie—. Estoy dispuesta a someterme al castigo que queráis, pero Vince no volverá a estar uncido.

—Eso será cuando nosotros lo digamos —le informó Vicereine.

¿Cómo había llamado Salt a Charlie? ¿Un trozo de cartílago enganchado en los dientes? Podía aprovecharlo.

—Dejad que Vince descubra lo que significa ser un Estrago que camina entre los humanos. Seguro que Bellamy tiene curiosidad. Dejad que trabaje para las Cábalas por voluntad propia, en lugar de obligado.

Vicereine y Bellamy se miraron entre sí.

—Deberíamos hablar de tu futuro —propuso el Sr. Guiñol—. Sin ti, para que no sigas haciendo exigencias absurdas.

Vicereine le hizo un gesto a una chica alteracionista que aguardaba en una esquina de la sala, vestida con falda de cuadros, camisa blanca y corbata de hombre. Por un momento, Charlie se imaginó a Posey en su lugar. En un día distinto, habría podido ser ella.

—Te llevaré a la cocina —le dijo la chica.

Charlie se dejó escoltar hacia el interior de la casa. La sombra de la chica se deslizaba tras ellas.

La cocina era grande y diáfana, con electrodomésticos industriales, como si los utilizaran para dar de comer a mucha gente. Charlie se llenó un vaso de agua del grifo mientras miraba por la ventana. Dos personas paseaban a un perro. Un hombre rastrillaba el jardín trasero de una casa vecina. Una mujer esperaba el autobús.

La chica salió de la cocina.

Unos minutos después, unos pasos resonaron en las baldosas.

—Charlie —dijo una voz a su espalda. Era el auténtico Sr. Guiñol, visiblemente furioso—. ¿Qué has hecho?

Charlie puso en una balanza la verdad y una mentira que sonaba mejor, y se decantó por la mentira.

—Salvarte la vida. Mark te estaba buscando en Solaluna. A ti y a Archie.

—Y a ti también, Charlie.

—Eso no lo sabía —insistió ella—. Si me hubieras dicho quién era, si me hubieras dado el nombre de Mark, todo habría sido mucho más sencillo.

—Si me hubieras contado que pensabas ir a Solaluna, quizá te lo habría dicho —le recordó él.

Pues claro que Charlie no se lo había dicho, ya que había ido allí para impedir que él les vendiera sombras a los ricachones. Pero, con Archie muerto, el Sr. Guiñol no tenía forma de saber lo que había hecho Charlie.

—Ha sido un error de comunicación. Lo siento.

—Ayudaste a alguien a suplantarme —la acusó el Sr. Guiñol.

—Pero así hicimos salir a Mark, ¿verdad? —Bebió agua—. Y hemos conseguido que tu identidad sea aún más confusa.

—Te enorgulleces de ser una timadora, pero los timadores nunca ganan al final —dijo el Sr. Guiñol—. Son astutos, desde luego. Hay mil historias en las que roban la carne de la mesa y nos reímos con ellos, porque nos gusta ver humillados a los poderosos. Pero al final les sale el tiro por la culata. Los pillan y se restaura el orden. Es mucho más fácil reírse de sus travesuras cuando ya no están.

—Muy bien, profesor —dijo Charlie.

El Sr. Guiñol frunció el ceño.

—Hoy te voy a ayudar, Charlie Hall. Pero a partir de ahora me sirves a mí, ¿entendido? —Charlie asintió—. Eso también implica cosechar sombras para mí.

Ella se humedeció los labios.

—¿Estragos?

El Sr. Guiñol sacudió la cabeza con tristeza, como si le decepcionara su falta de imaginación.

—No solo Estragos. Yo te digo cuántas sombras avivadas necesitamos y tú me las suministras.

El objetivo de Charlie había sido sacar a Red de aquel acuerdo, pero una vez conseguido, ya nada los uniría. Era una apuesta más arriesgada por la lealtad y el amor que pedirle que viniera a rescatarla.

—Asegúrate de que liberen a Red y lo haré.

—No te conviene tenerme como enemigo —le advirtió él.

Era verdad, pero el Sr. Guiñol seguía siendo una excelente palanca que accionar. Tan excelente que resultaba fácil posponer el futuro para otra ocasión. Si Charlie no hacía lo que había prometido, él le daría caza. No le quedaría más remedio. El Sr. Guiñol no podía permitir que Charlie conociera sus secretos a menos que ella también estuviera implicada en ellos. A menos que los dos fueran cómplices.

—Bueno, tengo que concentrarme —dijo el Sr. Guiñol mientras se dirigía a la puerta trasera. Cruzó el jardín, levantando hojas con los pies.

Pasaron otros veinte minutos hasta que volvieron a llamar a Charlie a la sala. Cuando entró, no supo qué pensar, porque nadie parecía contento.

—Tenemos una respuesta —le dijo Vicereine—. Red podrá seguir siendo un Estrago, pero tú deberás permanecer en tu puesto de Hierofante. Hazlo bien o te daré un escarmiento. Sabes que los alteracionistas pueden borrar el deseo o el dolor, ¿verdad? Pues si nos fallas, Charlie Hall, te lo quitaré todo. Te dejaré vacía por dentro.

Charlie asintió una sola vez. Le estaban dando justo lo que ella quería. Por supuesto que tenía que ir acompañado de una amenaza.

—Algunos de nosotros no creemos que puedas ser la Hierofante sin ser también umbrista —continuó Vicereine—. Jamás se ha encargado alguien que no lo fuera.

—Yo puedo —dijo Charlie.

—Lograr lo que parece imposible es tu cualidad más irritante —dijo Bellamy.

El ramalazo de triunfo fue tan embriagador que le entraron ganas de sonreír de oreja a oreja, pero no podía. Todavía no.

—A propósito —dijo entonces—. Tengo que contaros una cosa. Es sobre uno de vosotros. Os ha traicionado. —Se giró hacia el Sr. Guiñol.

El títere con aspecto de profesor se levantó con tanta brusquedad que el hombre despertó de pronto y pestañeó varias veces antes de que sus ojos volvieran a quedarse ausentes.

—Te estás pasando.

—Yo creo que no —repuso Charlie, y empezó a explicar todo el chanchullo—: Al principio, solo eran Rooster y Archie, pero luego el Sr. Guiñol se enteró y tuvieron que dejarlo participar. No sé si descubrió lo que hacían después de quitarle la Cábala a Malik o si ya lo sabía desde antes y eso le ayudó a subir a la cima, pero…

—¿Vais a permitir que mienta de esta manera? ¿Sobre uno de nosotros? —El títere del Sr. Guiñol caminó hacia Vicereine con paso vacilante y la señaló.

Bellamy se interpuso entre ellos. Miró de reojo a Charlie.

—Continúa.

—Sé que trabajaba con Mark; Rooster lo había sacado de la cárcel a cambio de que cosechara sombras. Sombras robadas a nuevos umbristas que podrían haber llegado a entrar en las Cábalas. Y que sin duda seguirían vivos.

—Una conocida embustera como tú sabría contar una historia llamativa —dijo el Sr. Guiñol, hablando a través del hombre—. Pero ¿tienes alguna prueba?

—Claro que sí —contestó Charlie—. Te he chantajeado para que me defiendas ante Vicereine y Bellamy. ¿Por qué ibas a hacerlo si no? Te he prometido no contarles nada a cambio, pero, como tú mismo has dicho, soy una embustera.

Bellamy soltó una carcajada de sorpresa y deleite.

—Estás mal de la cabeza —escupió el títere del Sr. Guiñol—. Loca de los cojones.

—Tú me habrías jodido a la primera —respondió Charlie, permitiéndose esbozar una leve sonrisa—. Y te cabrea que yo lo haya hecho primero.

—Solo tú —dijo Bellamy—. Solo tú habrías tenido valor para utilizar algo así como prueba.

—Pero me creéis —dijo Charlie.

—Te creemos —dijo Vicereine—. Y ahora, lárgate de aquí.

Con las piernas temblando, Charlie salió de la fortaleza de los alteracionistas y se dirigió al Porsche; la adrenalina le cantaba en las venas. Tragaba bocanadas de aire fresco y tonificante. Y sonreía mientras miraba el cielo frío, las estrellas que derramaban su luz sobre ella. Sonreía y no podía dejar de sonreír.

Acababa de entrar en la ruta 9 cuando un coche de policía empezó a seguirla. Justo antes de llegar al puente, le dio las luces.

Charlie aparcó el Porsche, maldiciendo su suerte. Cómo no, no podía disfrutar ni de una sola hora de triunfo sobre el mundo antes de que el mundo volviera a darle una hostia. Cómo no, Adeline no iba a permitir que Red se largara en un coche si no hacía lo que ella quería.

Charlie inspiró hondo y se dispuso a intentar camelárselo.

¿Robado, agente? No tenía ni idea. Mi novio me dijo que era suyo. Remy Carver. Ese mismo. ¿Hay algún problema?

Otros dos coches de policía con las sirenas encendidas aparcaron en la cuneta, delante del Porsche, dejándola encajonada. En fin, Charlie supuso que era un coche caro y que tampoco estaba ocurriendo nada urgente en la ciudad. Una ciudad en la que cada cierto tiempo la policía tenía que recoger a universitarios borrachos del salón de alguna casa ajena con la puerta abierta, porque entraban sin pensar y se quedaban sobados en el suelo.

—Salga del coche y ponga las manos donde pueda verlas. —La voz atronadora salía de un megáfono, desde el vehículo que Charlie tenía detrás—. Salga del coche ya.

Charlie salió.

—Las manos en la nuca.

Charlie obedeció; mientras se hundía los dedos en el cabello corto, intentó recordar si había algo grave que pudieran encontrar en el coche. O en ella.

Sangre, sobre todo.

Los agentes salían de los vehículos y gritaban instrucciones. Charlie notó que le retorcían las muñecas a la espalda y el tacto frío de unas esposas en la piel.

—¿Es usted Charlotte Hall? —le gritó uno.

—¡Yo no he robado el coche! —insistió ella.

El poli la observó con el ceño fruncido, perplejo.

—¿Qué coche?

—Este coche —respondió Charlie, tan confundida como él—. No lo he robado.

—Señorita —dijo el policía—. Tiene problemas más graves. Los inspectores quieren hablar con usted acerca de un asesinato.



Los inspectores dejaron a Charlie esperando en una sala durante casi una hora entera. Contempló la mesa de conglomerado con trocitos arrancados. Observó a una araña que tejía su tela en un rincón.

Finalmente, se abrió la puerta y entró una mujer de mediana edad con dos carpetas de papel manila debajo del brazo. La seguía un compañero más joven, de cabello corto y rizado.

—¿Charlotte Hall? —preguntó la mujer, aunque era evidente que ya lo sabía.

Charlie asintió.

—Prefiero Charlie.

—Soy la inspectora Vitolo y él es el inspector Rudden. Tenemos que hacerte unas preguntas —dijo la inspectora Vitolo.

Como cualquier delincuente profesional, Charlie sabía que no debía acceder a hablar desde el principio.

—¿Me puedo ir?

—Técnicamente, podemos retenerte durante veinticuatro horas antes de acusarte —le informó la inspectora—. O sea, que no.

—¿Acusarme de qué?

La inspectora Vitolo abrió la primera carpeta y sacó tres fotografías. La primera era de Charlie entrando en la fábrica abandonada. En la segunda, Charlie aparecía en el Walgreens, con el pelo manchado de sangre. La tercera era el cadáver del vagabundo.

—¿Quieres contarnos lo que pasó aquí? —preguntó el inspector Rudden.

Charlie se quedó sin respiración. Aquel tríptico de fotografías contaba una historia que Charlie no tenía ni la menor idea de cómo negar.

—Vi el cuerpo —admitió—. Pero ya estaba muerto.

—¿Por qué no llamaste a la policía? —preguntó el inspector Rudden.

En eso Charlie estaba más versada.

—Porque no quería terminar aquí.

—Háblame de Solaluna —dijo la inspectora Vitolo.

—Hace poco allí hubo una conferencia para buscadores ricos —respondió Charlie.

—Murieron cuatro huéspedes —dijo la inspectora Vitolo.

Charlie sacudió la cabeza.

—Sabe que yo no soy responsable de nada de eso. Seguro que tienen testimonios presenciales de la clase de testigos a los que la poli hace caso de verdad.

La inspectora Vitolo frunció el ceño.

—Varios de esos testimonios te vinculan con el asesino. —El inspector Rudden pasó unas cuantas hojas, como si buscara los testimonios relevantes.

Charlie se repantigó en su silla.

—Y una mierda.

La inspectora Vitolo enarcó las cejas con aire pensativo.

—Hace unos meses hubo un ataque en tu lugar de trabajo. Y un asesinato en tu casa de alquiler. Parece que tienes muchísima suerte: no dejan de pasar cosas en los sitios en los que estás, pero tú siempre te libras.

—Tengo una suerte de mierda —dijo Charlie—. De lo contrario, no habría estado en esos sitios.

—Tenemos suficiente para acusarte de la muerte del vagabundo —dijo el inspector Rudden.

Charlie estaba segura de que era una invitación, pero no sabía a qué la estaba invitando.

—Usted sabe que no lo hice.

—¿Sí? —El inspector se inclinó hacia delante—. Pues dime quién fue.

—Había un Estrago —respondió Charlie.

La inspectora Vitolo volvió a enarcar las cejas. El inspector Rudden sonrió con sorna. Mucha gente ajena a la comunidad umbrista no creía en los Estragos. Se consideraban cuentos, como el de la chica que tenía un bulto lleno de arañas en la mejilla.

—Vale, digamos que te creo —dijo la inspectora Vitolo—. ¿Qué le pasó al Estrago?

«Lo maté» era lo que Charlie tenía en la punta de la lengua. Pero parecía una respuesta fácil de retorcer para convertirla en una confesión de asesinato.

—No lo sé —contestó en su lugar—. Me atacó. Por eso estaba sangrando en el Walgreens.

—¿Y quién fue el responsable de lo de Solaluna? —preguntó el inspector Rudden.

—Mark Lord —dijo Charlie—. Seguro que ya lo saben. Alguien se lo habrá dicho.

El inspector pasó unas cuantas páginas más.

—Según nos consta, está en la cárcel.

—Debería estarlo —dijo Charlie—. Y eso es error suyo, no mío.

—Los informes dicen que tú te marchaste de Solaluna con él.

—No me acuerdo, porque estaba inconsciente.

La inspectora Vitolo sacudió la cabeza.

—Y te escapaste. ¿Igual que escapaste del Estrago?

Charlie notaba el peso de la desesperación. Aunque no supieran lo que había hecho, sabían que había hecho algo.

—No de la misma forma. Pero es cierto que escapé de los dos.

El inspector Rudden se recolocó en su asiento.

—¿Y si te digo que tu ADN se halló en el escenario de otro asesinato?

La casa a la que la había llevado Mark, cerca de Solaluna. El ADN de Charlie estaría dentro. Estaría en las patatas fritas que había mojado en salsa tártara. Estaría en el cuarto de baño, por haber tocado el lavabo para mirarse al espejo. Estaría en las bridas con las que Mark la había atado de pies y manos.

—¿De dónde cree que me escapé? —dijo Charlie.

—Y, una vez más, no te pusiste en contacto con la policía —dijo Vitolo.

—No —contestó Charlie—. Acudí a las Cábalas. Después de todo, ustedes ni siquiera creen en los Estragos.

El inspector Rudden resopló.

—¿Crees que son tus amigos?

—¿Cómo? —dijo Charlie, convirtiendo sus palabras en un desafío.

—¿Quién crees que nos dio tu ubicación? Fue uno de ellos.

Qué hijo de puta.

Al final, el Sr. Guiñol se había vengado de ella.

—Supongo que debería haber acudido a ustedes —admitió—. Y ahora, aquí estoy.

Charlie y los inspectores continuaron dando un rodeo tras otro.

No le tomaron las huellas dactilares. No la acusaron. Finalmente la metieron en un calabozo con media docena de mujeres de aspecto cansado, un banco para sentarse y un retrete de acero atascado de papel higiénico.

Charlie se sentó en el suelo frío de la celda y llegó a la conclusión de que, con todas las cosas que había hecho, quizá fuera apropiado

que la hubieran detenido por un delito que no había cometido. Pensó en las grabaciones en las que aparecía entrando en aquel Walgreens, con sangre goteándole por la frente mientras recorría los pasillos, llevándose suturas cutáneas y regalices.

Si la acusaban, nadie creería que no lo había hecho.

Al otro lado de la celda, sentada cerca del retrete de metal abierto, una mujer cubierta con un pesado abrigo susurraba para sus adentros. Una chica con coleta reluciente y sudadera de la UMass estaba sentada en un catre, llorando.

Otra mujer de mediana edad, con un ojo hinchado y un pijama corto, le dijo a Charlie en un susurro:

—Aquí dentro siempre hace un frío de cojones.

Charlie se sacó el jersey por la cabeza y se lo tendió a la mujer.

—Toma. —Se había quedado en camiseta, pero le daba igual. En el lugar al que iba le darían ropa nueva, toda de color naranja.

La mujer se puso la prenda, agradecida.

—Me llamo Molly —le dijo—. Qué maja eres. ¿Es tu primera vez?

—Sí. —Como delincuente, Charlie había tenido un éxito tremendo. Pero había terminado allí de todas formas.

—Que no te reconcoma —dijo la mujer—. Tú solo piensa a quién vas a llamar. Que sea alguien a quien le caigas muy bien. Y que tenga dinero.

Charlie se quedó toda la noche en esa celda mientras la gente iba y venía. Algunas mujeres salieron bajo fianza. Trajeron a varias más. Por lo que pudo oír, a casi todas las habían arrestado por tráfico de drogas, prostitución o intoxicación pública. Una mujer llegó sangrando tras una pelea.

Al cabo de un rato, Charlie empezó a dormitar, aunque nunca mucho tiempo. No conseguía ponerse cómoda en aquellos bancos fríos y daba vueltas y más vueltas a sus pensamientos. ¿Había alguna forma de librarse? ¿Algún trato que pudiera hacer? ¿Algún motivo para que a los inspectores les interesara menos llevarla al juzgado?

Finalmente, uno de los agentes regresó y la llamó:

—Charlotte Hall, sal.

Se puso de pie a duras penas, rígida y dolorida, confiando en que el sistema la escupiera como el alevín que era, convencido de poder atraparla la próxima vez. Esposada de nuevo, la condujeron a la sala de interrogatorios una vez más. La inspectora Vitolo ya estaba dentro. El policía que había traído a Charlie fijó sus esposas a la mesa.

—Sabe que yo no he matado a nadie —dijo.

—No, no lo sé —repuso la inspectora Vitolo—. Como te hemos dicho antes, aquí hay suficiente para acusarte. Sería más fácil que confesaras haber matado al vagabundo. La fiscalía te ofrecerá un trato. Pero si mantienes tu inocencia, pedirán la sentencia máxima.

—Yo no lo hice.

La inspectora Vitolo se encogió de hombros.

—Tú sigue con lo tuyo si quieres, pero ¿me estás diciendo que no solo no eres la responsable, sino que tampoco sabes quién lo hizo? ¿Aunque tú fueras la única persona que estaba en el edificio a la hora de la muerte? ¿Qué probabilidades hay? Y no vuelvas a contarme el cuento del Estrago. Es como si me dijeras que lo mató un fantasma. —Charlie no podía responder nada a eso, así que no lo hizo—. ¿Y tampoco conoces el paradero de Mark Lord? —la incitó Vitolo.

Charlie apretó los dientes.

—Le he dicho que escapé de él. No sé adonde fue después. ¿Cómo voy a saberlo? Hui para que no me matara.

—¿Y cuál era tu relación con él? —preguntó la inspectora Vitolo.

Uf, mal asunto. Y la vacilación de Charlie fue aún peor.

—Eso tiene que aparecer en su ordenador. Lo condenaron por intentar asesinarme.

—Y aun así, sigues viva —dijo Vitolo.

—No es usted la única persona a la que eso le frustra —dijo Charlie, exhausta. Se planteó contarle a la inspectora que poseía información acerca de Mark y la masacre de la iglesia. Seguro que

podía conseguir algo con eso, pero, por cómo estaba yendo la conversación, Vitolo encontraría la forma de implicarla.

—¿Y si te dijera que Mark Lord está muerto? —preguntó Vitolo.

Han encontrado su cuerpo, pensó Charlie.

—Pues le diría que estar en una comisaría es una coartada bastante buena para mí.

—Estamos esperando a que nos comuniquen la hora y la causa de la muerte —repuso Vitolo—. Creo que es mejor que te tomemos las huellas.

Eso hicieron; luego le sacaron fotos y la acusaron de allanamiento. Con eso bastaría para mantenerla encerrada hasta que el fiscal decidiera qué hacer con los demás cargos. Finalmente la llevaron a una celda distinta. En esa había un televisor encendido y dos mujeres, una sentada en el banco y la otra con la cabeza recostada en el regazo de la primera. Charlie se tumbó en el banco opuesto y cerró los ojos, dejándose arrullar por el sonido de un concurso televisivo.

La despertó la voz de Red. Todavía adormilada, Charlie pensó que se había despertado en su antigua casa de alquiler, antes de notar el tacto duro del banco y el olor rancio del aire. Cuando lo recordó todo, se levantó de golpe, creyendo que Red había venido a buscarla.

Pero no, Charlie estaba sola en la celda. La voz de Red salía del televisor de la pared. Estaba en la escalinata del juzgado, vestido con un traje gris, una corbata gris metalizado y un abrigo de cachemira. Sus ojos claros estaban clavados en la lente de la cámara.

—*Quiero dar las gracias a la ciudad de Springfield* —decía— *por restaurar mi libertad y mi reputación. Con mi herencia planeo crear una fundación para asegurarme de que aquellos que me ayudaron en mi momento de mayor necesidad obtengan ayuda en el suyo*.

El rótulo que tenía debajo decía: «Remy Carver, a quien se daba por muerto, hereda la mitad de la fortuna de Lionel Salt».

Adeline estaba a su lado, toda vestida de blanco invernal. Llevaba un bolso color crema al hombro y lucía la sonrisa de alguien que había ensayado frente al espejo para que resultara perfecta para las cámaras. Estaban flanqueados por varios abogados y por Fiona, que llevaba un abrigo con ribetes de pelo.

Red le había dicho a Charlie que pensaba aceptar todo lo que le había dado Remy, pero aquello parecía más bien una rendición. De lo contrario, Adeline no se habría mostrado ni la mitad de contenta; no estaría alisando las solapas del abrigo de Red con una actitud tan posesiva. Ni tampoco él parecería tan rígido y quieto, con la mandíbula tensa, como si tuviera que contenerse para no dar un respingo.

—¿Hall? —Un agente estaba delante de su celda—. Es hora de tu llamada.

Charlie se levantó, con la espalda dolorida por haber dormido en el banco. Siguió al agente por el pasillo hasta una sala que contenía un solo teléfono.

—Tienes quince minutos —dijo el agente—. Recuerda que te estamos grabando.

Charlie se sentó en la fría silla de metal y contempló el teléfono. Consideró y descartó llamar a alguien de su familia. No tenía sentido que se sintieran obligados a pagar su fianza, que sería absurdamente cara. Tampoco tenía sentido intentar ponerse en contacto con Red; estaba ocupado. Probablemente Odette conociera a un buen abogado; eso era lo que le hacía falta de verdad. No necesitaba pedirle ayuda a nadie más.

Levantó el teléfono y tomó una decisión.

—Charlie Hall —dijo Balthazar—. ¿Me estás llamando desde un centro penitenciario?

—Sí —contestó Charlie—. ¿Le puedes pedir algo a Odette de mi parte, muy rápido?

Balthazar suspiró, pero accedió; también accedió a contactar con el abogado de su parte.

Después de la llamada, el agente la devolvió a su celda. Charlie regresó a su banco y se puso a ver una telenovela diurna sobre un bebé que nacía sin sombra.

Pasaron las horas.

La puerta de la celda se abrió. Charlie esperaba que fuera el mismo policía que la había traído, pero el hombre que entró vestía de paisano y tenía hebras plateadas en el pelo; era lo bastante mayor para ser un mandamás. Tenía cara de haberse comido algo amargo y de querer quitarse el sabor de la lengua.

—Nos ha llamado el jefe de policía, pero pensé que debía tratarse de un error, Sr. Carver.

Red entró en la celda, detrás de él. Sr. Carver.

—Y se trata de un error —dijo Red—. Es lo que intento decirle.

Durante un momento de confusión, Charlie creyó que en realidad no estaba viendo a Red, sino al auténtico Remy Carver, que había vuelto de entre los muertos. Lo había visto suficientes veces en fotos para reconocer su expresión perpleja y su forma de peinarse el cabello ondulado con la mano. En su muñeca relucía un reloj de oro. Su camisa blanquísima estaba desabrochada hasta la garganta. Incluso el pantalón parecía caro. Tenía aire de perro labrador, grande y simpático.

Pero Remy Carver estaba muerto; su cuerpo se había quemado.

Charlie se mareó.

Y se mareó todavía más cuando el agente le quitó las esposas.

—Sí, absolutamente seguro —le decía Red al policía que estaba a su lado—. ¿No se lo han explicado mis abogados?

—Charlotte Hall, puede irse —dijo el agente—. De momento. No se marche de la ciudad. Es posible que tengamos más preguntas para usted.

—Entendido —contestó Charlie.

La sensación de irrealidad se intensificó al salir al pasillo. Casi esperaba que Red la mirara como si no la conociera.

Remy nunca habría podido querer a alguien como tú.

Charlie se apartó el pelo de la cara con timidez.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, porque le parecía importante. No podía haberlo llamado Balthazar. Red ni siquiera tenía teléfono.

—Le he dicho a Adeline que quería comprobar con mis propios ojos que te dejaban en libertad. —A pesar de decir eso, no la miró directamente.

—¿Para verme una última vez? —preguntó Charlie, imaginándose la reacción de Adeline.

Cuando dijo eso, Red la miró de reojo y la comisura de su boca se elevó.

—Algo así.

—Dime que no has aceptado sus condiciones por mí —dijo Charlie, girándose hacia él—. Porque me habían detenido.

Red la empujó con suavidad para que no se detuviera.

—Luego hablamos.

En la sala principal del edificio le devolvieron su bolso, su abrigo y su móvil. Le dejaron pasar al cuarto de baño, que utilizó agradecida, y se lavó tres veces las manos con jabón antibacteriano hasta que se sintió limpia.

En el espejo, su reflejo parecía demacrado. No proyectar ninguna sombra le molestaba más de lo que pensaba.

Red la esperaba fuera, apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos mientras hablaba con dos personas trajeadas y otro agente de policía. La mujer llevaba un maletín de diseño, traje gris de raya diplomática y unos tacones moderados; el hombre iba de negro y llevaba varias carpetas bajo el brazo; y el policía parecía estar allí para escoltarlos. Mientras Charlie se dirigía hacia ellos, nadie se giró hasta que lo hizo Red.

—¿Lista para irnos? —preguntó. Ni siquiera en Solaluna le había parecido tan desconocido. Ahora estaba representando su papel a fondo, tanto que ni siquiera parecía un papel.

—Claro —respondió Charlie, aunque no tenía ni idea de adonde iban.

En el exterior, la nieve había cubierto el suelo con un manto blanco. El Porsche plateado estaba aparcado en la plaza reservada

para el jefe de policía.

Era difícil llegar siquiera a concebir la arrogancia y el privilegio que acompañaban a una fortuna exorbitante.

—Remy Carver, supongo —dijo Charlie.

La alivió ver que Red hacía una mueca.

—Era la única forma —contestó.

—¿Han puesto en libertad a una detenida solo porque lo dice un ricachón veinteañero?

—Para las personas como yo no existen demasiadas reglas, pero no, no ha sido tan sencillo. —Red negó con la cabeza—. Al estado le preocupaba que interpusiera una demanda por haberme declarado erróneamente muerto y acusarme de asesinato, así que les he entregado una carta manuscrita en la que los eximo de toda culpa. Y ellos te han entregado a ti.

Red se merecía su fortuna; se la merecía tanto como Remy y Adeline. Pero él nunca habría elegido esa forma de obtenerla. Nunca habría renunciado a su libertad a cambio de dinero. No, había intercambiado su vida por la de Charlie.

—No puedes hacer todo esto por mí —le advirtió Charlie.

Él la ignoró y se dirigió al lado del conductor.

—Ya está hecho.

Cuando Charlie subió al coche, una oleada de agotamiento se abatió sobre ella. En el posavasos del copiloto había un café del Dunkin'. Su aroma invadía el coche, eclipsando el olor caro del cuero.

—Me has comprado un café —dijo Charlie.

—Sí —contestó Red—. Puede que nunca recupere mis recuerdos, pero sé cómo tomas el café.

Ella probó un sorbo y se calentó las manos con el vaso.

—¿Y ahora qué?

—Te llevo a casa —contestó Red—. Al apartamento nuevo.

—¿Y tú? —preguntó Charlie, pero ya sabía la respuesta.

—También me voy a casa. A la mansión.

Charlie asintió con la cabeza. La vida de Red estaba en manos de Adeline. Esta no solo conocía su secreto, sino que ahora también lo

controlaba legalmente. Sus abogados en realidad eran los de Adeline.

Red había vuelto a su antigua vida. A su vida monstruosa, en la que lo trataban como a un monstruo.

Charlie lo recordó acercándose a ella como un dios celeste en el bosque, la noche helada y silenciosa a su alrededor. Recordó su expresión de confusión y dolor mientras le decía que nunca había sentido nada como lo que sentía por ella.

—Puedo librarte de esta —le dijo Charlie. Ya lo había rescatado dos veces de las Cábalas. Encontraría la manera.

—Deja de intentar salvarme —dijo Red—. Ahora me toca a mí salvarte.

Charlie no tenía nada más que ofrecerle, así que no podía retenerlo. Cuando Red la dejó en su apartamento demasiado lujoso y Charlie se inclinó para besar su suave boca, le pareció que era un adiós.



Llegó la Navidad y Charlie fue a casa de su madre sin dar explicaciones por la ausencia de Vince. Nadie lo mencionó. La madre de Charlie intentó quedarse a solas con ella para hablar de su confesión, pero Charlie se pegó al sofá y a la bandeja de los aperitivos, e incluso le pidió a Bob que le enseñara a jugar a *Magic: The Gathering* para no verse arrastrada a una conversación que estaba empeñada en evitar.

—Cielo —le dijo su madre cuando estaba a punto de irse—. Tenemos que hablar.

—De eso nada —replicó Charlie desde la puerta. Entonces se dio cuenta de que ya no quería el perdón de su madre. De que, debajo de todo su miedo, había una ardiente llama de furia. De que tal vez no le daba miedo lo que quisiera decirle su madre, sino lo que

pudiera decirle Charlie a ella—. Lo mejor de no ser una niña es que nadie te puede obligar a hacer nada que no quieras hacer.

En sus turnos en el trabajo, Charlie iba de un lado a otro con los movimientos más mecánicos y metódicos que Don podría haber pedido. Aun así, tuvo que mencionar los turnos que se había saltado Charlie y darle la brasa con varias cosas sobre las que tenía opiniones muy concretas: los aderezos, las copas que había que agitar, si el amaro sabía bien. Y seguía discutiendo con Erin en los descansos, cuchicheando escandalosamente al teléfono.

Una noche, Odette estaba sentada en la barra mientras Charlie mezclaba bíter de naranja con sirope para preparar un Old Fashioned. En el otro extremo, Balthazar bebía un *amaretto sour*.

Don frunció el ceño.

—Hay que ponerle un terrón de azúcar.

Charlie puso los ojos en blanco.

—No soy purista y a nadie le mola notar arenilla en la copa.

—Si la mezclas como es debido, no queda arenosa —repuso Don.

—Ya no es solo que no vaya a echarle un terrón de azúcar —le dijo Charlie—, es que voy a ponerle una cereza de aderezo. Y como sigas así, le echo también una rodaja de naranja.

—Si lo que quieres es echar a perder…

—Ya no aguanto más —dijo Odette con un suspiro de exasperación—. Alguien tiene que darle a este chico lo que quiere.

—¿Una bofetada? —aventuró Charlie, enarcando las cejas.

Odette también levantó las cejas.

—Muy graciosa —dijo Don.

Charlie colocó delante de Odette la bebida terminada (con la cereza, pero sin la rodaja de naranja).

Después de beber un largo trago, la anciana bajó del taburete. Esa noche llevaba un abrigo-vestido con estampado de leopardo y cinturón ancho. Pasó por detrás de la barra hasta donde estaba Don, puso los brazos en jarras y lo miró.

—¿Y bien? ¿Nos lo vas a decir?

Don parecía nervioso.

Odette soltó un largo suspiro de frustración.

—No me van las obras de caridad, querido, pero la necesidad obliga. A ver, presta atención. Si quieres que pare, solo tienes que decírmelo. Tu empleo no está en peligro. Ni tu sensibilidad. —Entonces levantó la mano y le rodeó la garganta con los dedos.

Don se quedó helado; era lógico, porque su jefa dominatrix semijubilada le acababa de agarrar del cuello. Sin embargo, la expresión de su rostro era curiosamente anhelante.

—Yo… yo no…

—¿De verdad, querido? —Odette le sonrió—. Pues dime que pare.

Don no dijo absolutamente nada.

—Muy bien —dijo ella—. A ver, ¿te gustaría que Charlie te diera una bofetada?

Don seguía sin hablar.

—Madre mía. —Balthazar se inclinó en su taburete; parecía fascinado—. Tendrías que haberlo hecho en el escenario.

Odette negó con la cabeza, como si estuviera muy decepcionada tanto con Balthazar como con Don.

—El que no llora no mama.

—Vale, sí —escupió Don.

Charlie soltó un grito ahogado de incredulidad. ¿Era posible que Odette tuviera razón? ¿Don provocaba a los demás con la esperanza de obtener una clase muy concreta de atención negativa?

—Sí, ¿qué? —La voz de Odette era severa.

—Quiero que me dé una bofetada. —Don bajó la mirada.

—Quieres que te dé una bofetada… —Odette apretó con más fuerza, aunque era evidente que Don podía apartarse cuando quisiera. Ella era menuda, de dedos finos.

—Por favor —dijo Don.

Balthazar resopló.

—Vamos, no me jodas.

Odette se giró hacia Charlie.

—¿Quieres hacer los honores? No es obligatorio por supuesto. El consentimiento entusiasta es mi lema, para todos los implicados.

Oh, desde luego que a Charlie le gustaría darle una bofetada a Don, después de todo lo que le había dicho este, aunque no estaba segura de que eso fuera jugar limpio. Caminó hasta Don, sonrió y le cruzó la cara con la mano abierta. Fue extremadamente satisfactorio, aunque no en el mismo sentido que lo era para Don.

La mejilla de Don se tiñó de rosa mientras el cuello se le ponía rojo de vergüenza.

—Bueno, ya puedes irte a casa, querida —le dijo Odette a Charlie —. Balthazar, tú vuelve abajo. Don y yo tenemos que hablar.



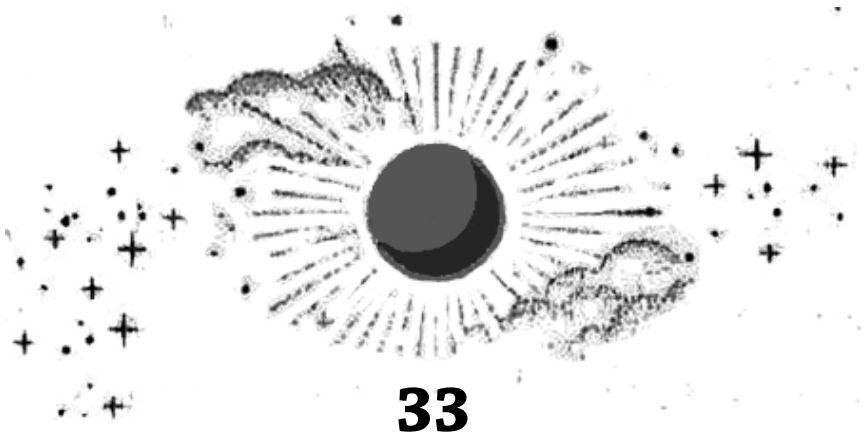
Esa misma semana, el Rapture celebró su propia fiesta navideña y Odette les dio regalos a sus empleados. A Charlie le dio una cafetera de émbolo de cobre. A Rachel, una planta de calamondina. A los dos bármanes de refuerzo, sendas botellas de Champán de importación, con C mayúscula. Don recibió una mordaza de cuero con bola de acero. Balthazar subió a pedir su regalo; Odette le dijo que el regalo era no tener que pagar todas las copas que había cargado a su cuenta.

A la mañana siguiente, Charlie estaba sentada bajo la intensa luz que entraba por las ventanas de su lujoso apartamento nuevo, bebiendo café de su cafetera de émbolo nueva. Se le había formado una sonrisilla en la boca sin ser del todo consciente.

Posey entró con el correo y le dio a Charlie un sobre negro cerrado con un sello de cera. Habría sido bastante con el papel grueso y texturizado del sobre, pero en la invitación que había dentro relucían los relieves dorados:

Remy Vincent Carver solicita cordialmente el honor de su presencia en la gala de etiqueta que celebrará en Nochevieja.

Debajo, escritas a mano con la letra de Red, había tres palabras: *Ven, por favor*.



33

INOLVIDABLE

Dos días después de recibir la invitación, Charlie se pasó por una tienda *vintage* de segunda mano del centro de Northampton, en la que encontró un vestido de satén de color crema que dejaba mucha piel a la vista, pero con elegancia, a la antigua.

Al mirarse al espejo, se sintió tonta. ¿A quién creía que iba a engañar? Red sabía exactamente lo que era Charlie y lo que no.

Aun así, no podía evitar tener la esperanza de que Red la deseara al verla.

La noche de la fiesta, Malhar las recogió a ella y a Posey en su Subaru Forester, que solo estaba un pelín abollado. Él iba muy guapo, con el mismo traje que se había puesto en Solaluna. Y Posey estaba de lo más glamurosa con su vestido de lentejuelas verdes y el pelo recogido, con unos cuantos rizos sueltos sobre los hombros.

A Charlie le costaba pensar que la mansión de Salt ahora era propiedad de Red, pero no tenía sentido fingir lo contrario mientras Malhar aparcaba el coche en el largo sendero de entrada. Aquella

era una fiesta de Nochevieja propia de un heredero ansioso por establecerse entre la élite de la alta sociedad, que había conseguido que invitados ultrarricos de Manhattan, Connecticut y los Berkshires asistieran con escasa antelación. Los árboles del sendero estaban adornados con estrellas plateadas. En lo alto, unas largas ristras de luces blancas se entrelazaban formando un toldo. El efecto era excéntrico y anunciaba caprichos aún mayores.

La casa estaba decorada con inmensos orbes dorados y plateados, todos ellos más grandes que Charlie. Cuando llegaron, se les acercó un aparcacoches vestido con un traje negro.

—Los envíos se entregan por la parte trasera. —El Subaru de Malhar parecía ofenderlo de manera personal.

—Me alegra saberlo —contestó Charlie desde el asiento de atrás, antes de bajar de un salto, procurando que el bajo de su vestido de satén no tocara el suelo.

El aparcacoches parecía más escéptico que arrepentido, pero aceptó las llaves que le tendió Malhar.

—Este coche es un clásico —dijo Malhar mientras bajaba—. Vintage.

—Por fin voy a ver el interior. —Posey admiraba el edificio, maravillada—. Y los libros.

A Charlie se le encogieron las tripas al recordar a su hermana en aquel jardín, en una fiesta diferente. Sentía demasiadas cosas como para ponerlas todas en orden.

—Red me habló de este lugar —comentó Malhar mientras se echaba al hombro una bolsa de cuero gastada—. De que atravesaba las paredes flotando. De su familia. Del sótano de tortura.

—Ah, es verdad. —Posey miró un instante a Charlie—. ¿Es raro que ahora viva aquí?

—Es el hogar de su infancia —respondió Charlie, eludiendo la pregunta.

Posey y Malhar intercambiaron una mirada.

Cuando se aproximaron, un hombre con esmoquin les abrió la puerta antes de que Charlie pudiera llamar. El vestíbulo de techo alto

estaba repleto de globos de distintas tonalidades doradas, desde perlados hasta reflectantes como monedas pulidas, cada uno con una cinta dorada. Un camarero se acercó para ofrecerles una bandeja de champán servido en copas coupé.

Las risas rebotaban en unas paredes que ya no exhibían la siniestra colección de arte de Salt. Charlie miró de reojo hacia el lugar donde sabía que antes había habido un cuadro de un cervatillo en descomposición. En su lugar había un grabado de un hombre desnudo en una pose artística de bailarín; la sombra que tenía detrás era claramente la de una bestia.

Bueno, ahora los cuadros eran menos siniestros.

—Ha venido un montón de gente a esta fiesta —dijo Posey, devolviendo la atención de Charlie al presente.

—Vamos a intentar encontrar esa biblioteca de la que nos hablaste —dijo Malhar—. A ver si el libro todavía abre la sala secreta.

Posey asintió, evidentemente entusiasmada por alejarse de la multitud.

—Quiero pensar que Red me los prestaría. Quizá me daría uno como regalo navideño.

—Estoy segura de que sí. —Tal vez fuera un tanto irónico que fueran ellos quienes iban a robar artefactos umbristas mientras Charlie se limitaba a asistir a la fiesta—. Pero si acabáis encerrados en el sótano, puede que tarde un poco en sacaros.

Posey hizo una mueca y se alejó con Malhar.

Charlie se abrió paso entre el gentío de la fiesta.

Las lámparas de araña estaban atenuadas en el gran salón. En lugar de mesas de cóctel, habían traído docenas de divanes de cuero, dispuestos consecutivamente en torno a una pista de baile. Muchísima gente que Charlie no conocía estaba sentada en ellos, con sus vestidos resplandecientes, sus trajes elegantes y sus esmóquines. Una banda de música, cuyos miembros lucían máscaras plateadas, tocaba una melodía al ritmo de la cual se balanceaban los invitados.

Red estaba de pie junto a uno de los sofás; la luz teñía su pelo de dorado brillante, en contraste con toda la reluciente plata que decoraba la estancia. Lucía una media sonrisa amable. Su abuela señalaba a la gente, como si le estuviera contando una anécdota sobre alguien. Adeline merodeaba cerca de ellos, con la cabeza echada hacia atrás para reírse por algo que había dicho Topher. La larga melena se le desparramaba sobre los hombros y el vestido de fiesta sin tirantes, de un azul muy oscuro.

Lo último que le apetecía a Charlie era volver a tener delante a los amigos de Adeline, aunque debería haber sospechado que estarían por allí. Pero le sorprendía más que Fiona estuviera al lado de Red. Había estado con él en el juzgado, pero podía haber muchas razones para eso. Que ahora se estuviera riendo con él era distinto.

Charlie sabía que debía acercarse a Red para que este viera que había llegado, pero titubeó. En lugar de eso, se quedó en la periferia de la sala. Frente al telón de fondo de aquel ambiente, era consciente de que el vestido se le había arrugado durante el trayecto, de que sus pendientes eran de bisutería. Hasta su perfume era de un frasco medio vacío que había birlado del mostrador de un Macy's.

Para ganar tiempo, se paseó de habitación en habitación con su vestido de satén color crema. La gente la miraba y la identificaba como alguien que no era de los suyos. Una cantante, quizá, alguien que venía a entretenerlos. Cuando se veía reflejada en el cristal de una ventana (el pelo echado hacia atrás, el flequillo retirado de la cara con una pinza de pedrería, el pintalabios del color rojo de un botón que solo se pulsa en caso de emergencia), le parecía que estaba guapa. Sencillamente, se notaba que aquel no era su lugar.

Varios bármanes pulcramente uniformados con pantalón negro y camisa blanca mezclaban bebidas; casi todas incluían Krug dorado, servido de enormes botellas mágnum. No reconoció ni a una sola persona del servicio. Hasta los bármanes eran demasiado sofisticados para que Charlie los conociera.

Para tener algo que hacer mientras deambulaba, bebió. Copa coupé de champán tras copa coupé de champán, fue probando todas las cosas que podían echarse en una: terrón de azúcar y bíter para un cóctel de champán clásico; Chambord para un Kir Royale; ginebra y limón para un French 75; zumo de melocotón para un Bellini; y luego el vodka de toda la vida, solo para avivar las burbujas.

Cuando pidió el último, Charlie ya tenía una borrachera bien encarrilada.

—¡Tu sombra! —exclamó una chica; miraba el lugar en el que debería haber estado la sombra de Charlie. Luego se tapó la boca con la mano—. ¡Perdón! La gente siempre me repite que no diga todo lo que pienso, porque puede ser de mala educación.

Era más joven que Charlie, quizá tenía veintipocos años, con ese lustre repulido que la hacía parecer más guapa de lo que evidenciaban sus rasgos. Tenía un poco de acento y hablaba como si hubiera aprendido un inglés excesivamente correcto.

—No pasa nada —la tranquilizó Charlie—. ¿Eres amiga de Adeline?

—Su prima —contestó la chica—. Por parte de madre.

Su madre la modelo, la que había huido a Europa después de divorciarse de Salt. La que criticaba los malos modales de los niños, pero había abandonado a su propia hija, Adeline, dejándola sola con su siniestro padre. A Charlie se le ocurrió entonces lo raro que era que la madre de Adeline no se hubiera presentado tras la muerte de Salt. Claro que tal vez Adeline no habría recibido con los brazos abiertos una visita tan tardía.

—Voy a ser su ayudante el año que viene —le explicó la chica—. Nos vamos a Ámsterdam dentro de una semana. Quiere comprarse una casa en Nueva York antes de irnos, así que tengo que ver un montón de propiedades, pero el mercado cambia muy deprisa. Esta noche los tres volaremos a la ciudad, justo después de medianoche. En helicóptero privado.

—¿Los tres? —repitió Charlie.

—Remy también viene, y me alegro, porque Adeline es más simpática cuando está con él. —La chica suspiró—. ¿Lo ves? Es la clase de cosas que no debería decir.

¿De modo que Red la había invitado para despedirse definitivamente? La sonrisa educada de Charlie se volvió venenosa.

—¿Esa copa es para Adeline?

El barman le acababa de pasar a la chica una segunda copa coupé.

—¿Sí…? —Algo en el tono de Charlie la hacía dudar.

—Tú ve a socializar —le dijo ella—. Ya le llevo yo el champán.

Ahora que tenía un objetivo, le resultó fácil abrirse camino por el salón. Esa conversación iba a llegar tarde o temprano, pero había planeado llevarse a Adeline discretamente para hablar a solas. Qué tontería. En la vida real, a Charlie nunca se le había dado bien la discreción.

—Tu copa —dijo mientras le tendía el champán a Adeline.

Entonces la vio Red.

—Char —dijo, interrumpiendo la conversación en la que estaba inmerso.

Fiona le dio un codazo en el costado a Red.

—Qué vestido tan bonito. Díselo.

—¿Dónde está…? —empezó a decir Adeline.

La sonrisa venenosa de Charlie seguía en su sitio.

—¿Tu prima? Por ahí anda. Le he dicho que yo te traería la copa, porque tenemos que hablar.

—¿Ah, sí?

—Vamos a dar una vuelta por la fiesta —le propuso Charlie.

—Si tú quieres… —La sonrisa de Adeline flaqueó—. Pero creo que primero deberías hablar con Red. Tiene que decirte varias cosas.

—*Nah*. —Charlie le dedicó una sonrisa a Red—. El deber va antes del placer.

—Como quieras. —Adeline bebió un sorbo de champán. Las dos salieron al pasillo y se dirigieron a uno de los salones menos abarrotados. Al pasar junto a un cuenco de cristal lleno de gorros de

cotillón y matasuegras, Charlie sacó uno y lo hizo girar entre los dedos.

Adeline se detuvo al lado de una fotografía en blanco y negro en la que salía ella misma de niña, con coletitas, sentada en un jardín repleto de flores.

—Todos los cuadros son nuevos —comentó Charlie.

—Los hemos sacado del almacén —respondió ella—. Quiero llevarme algunos a Nueva York.

—Genial —dijo Charlie—. Pero a Red no te lo vas a llevar.

Adeline levantó las cejas y su boca se curvó en una sonrisa, como si se estuviera aguantando las ganas de disfrutar de un capricho especial.

—¿Y por qué dices eso?

—Crees que tienes influencia sobre él porque podrías… ¿qué? ¿Contarle a todo el mundo lo que es? ¿Hacer que parezca que hizo algo malo? Y, por supuesto, tienes esos documentos que él habrá firmado.

Adeline se encogió de hombros con desgana. No le gustaba que nadie la llamara manipuladora, y probablemente los detalles le parecían lo de menos.

Charlie abrió su bolso de mano y guardó el matasuegras dentro. Luego sacó su móvil. Abrió la aplicación de la grabadora y pulsó el botón de reproducción:

—Yo lo vi. Vi morir a mucha gente para alimentar a las sombras. Puede que hasta rajara un par de gargantas yo misma.

—Es ilegal grabar a alguien sin su permiso —dijo Adeline—. Es un delito.

Charlie sonrió.

—Bueno, es que soy una delincuente.

El rostro de Adeline recuperó la soberbia. Se cruzó de brazos.

—No puedes utilizarlo.

—Claro que puedo —repuso Charlie—. Puedo subirlo a internet, a páginas que ignoren tus avisos de retirada. Podrían arrestarme,

supongo, pero hay algo de mí que deberías saber: mi sentido de la auto-conservación es pésimo.

—¿Y qué es lo que quieres? —Adeline sonrió—. No será dinero, imagino. O al menos no una cantidad pequeña de dinero.

—Que lo dejes en paz —dijo Charlie—. Red no irá a ningún sitio al que no quiera ir ni hará nada que no quiera hacer. Vas a dejar que se marche siendo Remy Vincent Carver, sin tenerte a ti diciéndole quién debe ser.

—¿Y qué sacas tú con esto? —preguntó Adeline con voz ácida—. ¿Crees que te querrá cuando ya no te necesite? ¿O es que crees que te querrá por hacer esto, por salvarlo precisamente de mí?

—Red no necesita saber nada de esta conversación —dijo Charlie —. Solo necesita saber que es libre. Si quieres, finge que eres una buena persona. —Adeline retrajo los labios en una mueca que era casi una sonrisa—. Tú me das igual —continuó Charlie, caminando hacia ella—. Pero él me importa. No es tu juguete. Y antes de que digas alguna guarrada sobre él y yo, Red no es el juguete de nadie. Durante un tiempo pensé que no lo considerabas una persona y que por eso lo tratabas así, pero luego comprendí que no es eso. Tienes una casa llena de empleados a los que tratarías igual. Tú no ves a las personas como personas, ¿verdad? Para ti todos somos juguetes.

Adeline negó con la cabeza.

—Te equivocas. No entiendes nada de mi relación con Remy, ni con Red. Durante mucho tiempo, solo nos tuvimos el uno al otro. Nos protegimos. Nos cuidamos.

—Si de verdad piensas eso —dijo Charlie—, solo hay una forma de saber si él siente lo mismo. Deja que decida él.

—Red nunca será tuyo —dijo Adeline.

—Ah, ya lo sé —contestó Charlie. Red la había sacado de la cárcel. Había traído un ejército de sombras para rescatarla de Mark. Charlie le había causado muchas molestias.

—Ha sido una charla interesante —dijo Adeline—. Pero creo que aún quedan invitados por extorsionarme.

—La primera persona a la que le daré esta grabación será Fiona —dijo Charlie con una sonrisa tensa—. Así que díselo a Red esta noche.

Adeline bebió un sorbo de su copa coupé.

—No —respondió tras una larga pausa—. Creo que no.

Cuando Adeline se alejó, Charlie casi se dejó caer en una silla. Cerró los ojos durante un buen rato y, al volver a abrirlos, Red estaba a su lado.

—Me alegra que hayas podido venir —le dijo.

—Es posible que Malhar y Posey te estén robando ahora mismo.

Aunque su sonrisa era irónica, su voz no perdió la calidez:

—Siento no haber podido ir a casa de tu familia en Navidad. Necesitaba poner en orden varios asuntos.

Charlie asintió.

—Lo entiendo.

—Hablé con Bellamy. Me contó el acuerdo que hicisteis.

—No ser umbrista tiene sus ventajas —dijo Charlie; no quería que Red se preocupara por ella—. Como no tengo sombra, no pueden poseerme.

—Pero ¿por qué querrías hacer ese trabajo tan ingrato? —preguntó Red—. ¿Y tú sola?

—Alguien tiene que hacerlo —respondió Charlie—. Quizá pueda convertirlo en un puesto mejor que cuando nos lo endosaron a nosotros. Y si algún que otro Estrago se escapa, en fin, tengo la excusa fácil de mi propia incompetencia.

Red no parecía convencido.

—¿Te puedes quedar después de medianoche, cuando se hayan marchado todos? No hace falta que sea mucho tiempo.

Charlie pensó en el vuelo en helicóptero de Adeline. ¿Él lo sabía? ¿Sabía que esperaba que él la acompañara? ¿Red planeaba darle un último discurso a Charlie justo antes de marcharse?

—Si tú quieres.

Él le dedicó una sonrisa repleta de promesas.

—Ahora esta casa es mía. Adeline prefirió un poco más de dinero. Al final resulta que el sentimental soy yo.

Charlie se negó a dejar que le molestara que la casa fuera de su propiedad. Red se había criado allí, por muchos horrores que hubiera visto.

—Debería ser tuya si la quieres. Deberías tener todo lo que quieras.

—Saber que tú estarás aquí cuando termine la fiesta es lo único que me importa. —Red entrelazó sus dedos con los de Charlie, los apretó y la soltó.

Lo que necesitaba Charlie era otra copa.

Charlie encontró a Posey y a Malhar sentados juntos en las escaleras, mirando fijamente el móvil de Malhar. La bolsa que había a su lado parecía más llena que cuando habían llegado.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie.

Malhar giró la pantalla hacia Charlie. Era un artículo de *Vulture*: «Estudiante de posgrado ilumina el controvertido camino al avivamiento de sombras». A su lado había una foto de Malhar en el Retiro de Elevación Umbral, mirando intensamente a cámara, con una mano extendida en actitud de invitación. Posey aparecía detrás de él.

A medida que Charlie leía, aparecían mensajes en la pantalla.

—Se ha publicado hace una hora —dijo Malhar con tristeza—. ¿Por qué los periodistas no celebran la Nochevieja?

—Puede que la noticia pase sin pena ni gloria —aventuró Posey —. Si ocurre algo… eh… muy gordo.

Por el suspiro de Malhar, Charlie no supo decir qué era lo que prefería.

—Ha empezado la cuenta atrás —exclamó alguien desde la otra sala. Varios camareros salieron del bar con bandejas cargadas de copas coupé y las fueron distribuyendo entre los invitados que no tenían bebida.

Charlie, Posey y Malhar entraron en el gran salón. Allí, cerca de la chimenea, varios grupos de personas habían empezado a corear:

«Trece, doce, once, diez, nueve…». Posey se hizo con tres copas de champán de una bandeja que pasaba por allí. Se pusieron a gritar juntos los segundos que faltaban: «Tres, dos, uno…».

La mitad de los invitados parecían tener un cañón de confeti. Sonaron estallidos y empezó a llover papel reluciente a su alrededor. Todos se pusieron a chillar y a abrazarse.

Los músicos empezaron a tocar *Auld Lang Syne*. Fiona le dio un delicado beso en la mejilla a Charlie. Posey la abrazó. De pronto Red apareció delante de ellas, se inclinó para darle un abrazo a su hermana y luego estrechó a Charlie entre sus brazos. Y le plantó un beso en la boca.

—Feliz año nuevo —le susurró al oído. Y entonces, antes de que ella pudiera responder, se había ido.

A partir de entonces, la fiesta empezó a decaer. Llegaban coches. La gente iba saliendo. Para la una de la madrugada, ya no quedaba casi nadie.

—¿Quieres que te esperemos en el coche? —le preguntó Malhar a Charlie.

Ella negó con la cabeza.

—Puedo volver en taxi.

—Si estás segura… —Posey volvió a abrazarla, su bolsa golpeó la pierna de Charlie; a juzgar por el peso, contenía al menos unos cuantos libros.

Cuando se fueron, Charlie se fijó en que Adeline bajaba por las escaleras. Se había desmaquillado, llevaba el pelo recogido en una coleta apretada y se había puesto ropa de viaje. Varios empleados le bajaban las maletas. Otro estaba descolgando un cuadro de la pared.

—Hora de irnos —le dijo Adeline a Red—. ¿Ya te has despedido?

—Me quedo —contestó él con tranquilidad, como si tal cosa.

Eso hizo que Adeline se detuviera en seco. Parpadeó dos veces.

—No nos marchamos para siempre, pero de momento te necesito conmigo.

—Aún así —dijo él, separando las manos.

Charlie estaba tan perpleja como Adeline. Recordó lo que Red le había dicho en el coche, al salir del calabozo: Deja de intentar salvarme.

—Red. —Adeline lo agarró del brazo con impaciencia. Su voz se volvió más afilada—. No vamos a hablar de esto ahora. Podemos hablarlo en Nueva York.

—Estás acostumbrada a darme órdenes —dijo Red—. Así que te lo voy a perdonar. Pero deberías quitarme la mano de encima.

Era evidente que Adeline no sabía cómo tomarse sus palabras.

—Lo curioso de las herencias —dijo Red— es que, cuando son tuyas, te las quedas.

—Pero los abogados… —A Adeline nunca le había gustado hablar abiertamente de su plan para controlarlo, así que no terminó la frase.

—Ah, sí —dijo Red—. Hasta un Estrago, si tiene una abuela lo bastante rica, o si está a punto de heredar una enorme fortuna, puede convencer a un abogado para que no haga algo ilegal que ni siquiera le beneficia. Pero es mejor que no hablemos de dinero ni de papeleo.

En una ocasión, Salt le había regalado a Charlie un libro de cuentos, para advertirla acerca de Red. Había señalado una historia en la que la sombra de un sabio escapa, hace fortuna y finalmente obliga al sabio a hacerse pasar por la sombra de su sombra. Salt había confiado en que esa historia convenciera a Charlie para ayudarlo a detener a Red, en que le hiciera ver el peligro que suponía al ser capaz de hacerse pasar por humano. Pero el cuento contenía una verdad más cierta. Sospechaba que ni siquiera Salt había entendido la verdadera moraleja: con suficiente dinero, a nadie le importaba que el rico fuera una sombra o no.

Adeline abrió la boca.

—Tú y yo sabemos…

—Para —la interrumpió Red—. No me amenaces con lo que sabes. Porque entonces yo tendré que amenazarte con lo que soy.

Durante un rato, se limitaron a mirarse fijamente. Luego Adeline desvió la mirada hacia Charlie, como si estuviera sopesando ambas amenazas.

—Te echaré de menos —le dijo finalmente a Red—. Pero siempre nos quedará Monaco. *Tu seras toujours le premier que j'ai aimé*.

—*Il est temps que tu me laisses partir* —respondió él.

Adeline ni siquiera miró a Charlie mientras se marchaba.

En ese momento, Fiona bajó las escaleras, vestida con un pantalón elástico y un pañuelo en el cabello.

—Addy me va a hacer el favor de llevarme a Nueva York. Y espero que vengas a visitarme, jovencito.

—Lo haré —le prometió Red—. Lo haré, de verdad.

Fiona le dio un cachete en la mejilla.

—Adiós de momento. —Se giró hacia Charlie—. Y a ti también.

—¿Entonces no te importa que…? —balbuceó ella—. ¿No te importa?

Fiona sonrió.

—Yo, más que nadie, entiendo lo complicadas que pueden ser las familias. —Y dicho eso, se marchó.

Después de que salieran los últimos invitados, los del catering se pusieron a recoger. Y luego ellos también se fueron.

Red giraba las llaves de la casa alrededor del dedo mientras le dedicaba a Charlie una sonrisa de lo más traviesa.

—Bueno, ¿qué se siente al ser asquerosamente rico? —le preguntó ella mientras caminaba hacia él.

—Asco —contestó Red.

Charlie puso los ojos en blanco.

—Pues deja de darte tantos baños de caviar.

—Ven conmigo —dijo él—. Salgamos al jardín. Ponte un abrigo de aquí.

El ropero estaba lleno de prendas de piel auténtica y de imitación, incluida una estola con dos cabezas de visón con ojos de cristal, además de chaquetas acolchadas de esquí y chubasqueros.

Red sacó un chaquetón de lana y se lo puso a Charlie en los hombros.

Salieron juntos al jardín.

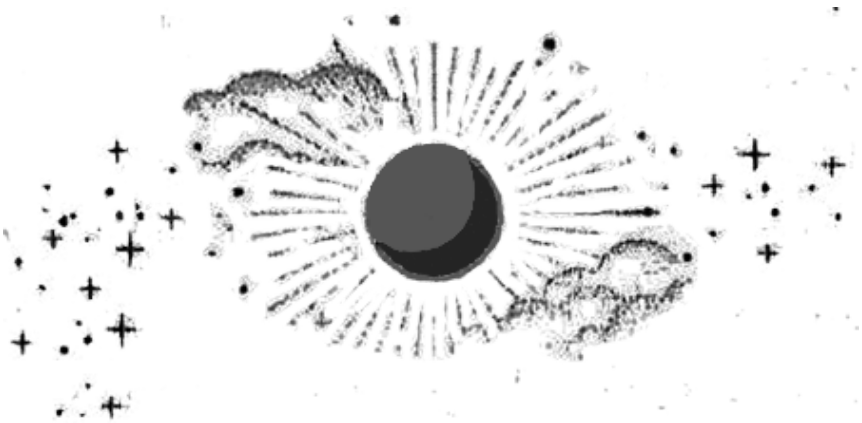
—Quería darte un regalo de Navidad. Algo que te encantara de verdad. Algo que te demostrara lo que siento por ti. ¿Y sabes qué? No es nada fácil comprarte algo, Char. Los diamantes los puedes robar tú misma. Y también los libros de ocultismo. Pero entonces se me ocurrió algo. —Red sacó del bolsillo un mechero plateado de aspecto pesado; tenía grabado lo que parecía ser un blasón familiar. Giró la rueda con el pulgar y encendió la mecha. Aunque era peligroso para un Estrago, la mantuvo firme—. ¿Qué te parece si quemamos este lugar hasta los cimientos?

Charlie lo miró atónita, pero su perplejidad se fue transformando en una lenta sonrisa.

—Es lo más romántico que me han dicho en toda mi vida.

El incendio tardó en arrancar, pero se propagó enseguida. Para cuando la mansión de Salt ardía por los cuatro costados, las llamas llegaban tan alto que parecían chamuscar las mismísimas estrellas. Red, recortado contra ese telón de fondo, tomó a Charlie entre sus brazos. Sus ojos, en los que se reflejaba la conflagración, eran tan luminosos y ardientes como los de cualquier Estrago.

Charlie Hall, la trampa adhesiva para desastres, que era mala desde el día en que nació y no había error que no estuviera dispuesta a repetir, por fin había encontrado a su media naranja.



AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, gracias a mis lectores. A los que llevan conmigo desde el principio y a los que me han descubierto por el camino: gracias por hacerme sentir menos sola y más valiente al contar historias.

Este libro, más que ningún otro que yo recuerde, ha sido divertido de escribir. Eso se lo debo a la técnica de Kelly Link: empezar sabiendo cuáles serían las últimas líneas. Al hacer eso, aunque no estuviera segura de si sería capaz, tuve algo a lo que aferrarme durante las numerosísimas revisiones. Después de tanto tiempo, ¡por fin un cambio en mi proceso de trabajo que funciona de verdad!

Lo cual me lleva a dedicar un enorme agradecimiento a mis amigos escritores: Cassandra Clare, Kelly Link, Joshua Lewis, Steve Berman, Jedediah Berry, Emily Houk, Robin Wasserman, Sarah Rees Brennan y Leigh Bardugo. Gracias por vuestros comentarios, siempre tan considerados e incisivos. No me imagino escribiendo libros sin vosotros, ni quiero intentarlo.

Gracias a mis editoras, Miriam Weinberg y Sam Bradbury. Sam, gracias por beber *whisky* conmigo en Escocia, por aguantar varios borradores de lo más desastrosos y por ofrecerme tus generosos consejos. Miriam, gracias por creer que podía conseguir que este libro funcionara y, después, por hacerme creer a mí que lo había conseguido.

Gracias por el entusiasmo y la experiencia de todo el equipo de Tor Books, sobre todo a Devi Pillai, Lucille Rettino, Eileen Lawrence, Sarah Reidy, Emily Honer, Emily Mlynek, Harper Bullard y William Hinton.

Gracias a Mhari Nimmo, Rachel Kennedy y todas las personas fabulosas de Del Rey UK.

Gracias a Cassie Malmo por ayudarme a difundir el mensaje. Gracias a Heather Baror-Shapiro por acompañar a mis libros por todo el mundo, y a Dana Spector y Mina Ross por acompañar a mis libros por todo Hollywood.

Gracias a mi agente, Joanna Volpe, y a todo el personal de New Leaf, en particular a Lindsay Howard y Trinica Sampson-Vera. Conseguís que resulte más fácil trazar y poner en práctica el plan.

Y gracias a mi pareja, Theo, y a Kayla y Sebastian. Sin vosotros, hace mucho tiempo que me habría arrancado la cara a arañazos.

Por último, gracias al «Valle» de Massachusetts Occidental, donde vivo desde hace casi dos décadas y que todavía estoy descubriendo. Pido disculpas por todos los lugares que me he sacado de la manga y por tomarme algunas licencias geográficas. Os ruego que imaginéis que este es un Massachusetts Occidental alternativo, lleno de granjas de relámpagos, bares con absenta de barril y, por supuesto, magia de sombras.



HOLLY BLACK, es una autora superventas internacional que ha escrito sagas de fantasía juvenil como *Las crónicas de Spiderwick* (con Tony DiTerlizzi) o Magisterium (junto a Cassandra Clare). Ha sido además finalista del premio Eisner.

Actualmente vive en Nueva Inglaterra con su marido y su hijo en una casa con una puerta secreta. Su página web es *blackholly.com*.